

# SONETOS

VENUS  
Y ADONIS



LA  
VIOLACIÓN  
DE LUCRECIA

LAMENTO  
DE UNA AMANTE



EL FÉNIX Y  
EL TÓRTOLO

WILLIAM SHAKESPEARE

*Poesías*

*Obras completas 5*

Edición de ANDREU JAUME

Lectulandia

El mayor dramaturgo de todos los tiempos fue también un extraordinario poeta, y como tal ya habría pasado a la posteridad. La fluidez que muestra al enlazar versos sobre el escenario encuentra su vertiente más íntima en la lírica. Las cuestiones inherentes a la condición humana son perfiladas por un Shakespeare que, sin ocultarse detrás de personajes ficticiales, descubre sus más profundas inquietudes sobre el amor, la muerte, la pervivencia y el inexorable paso del tiempo.

*Poesías* es el último volumen de una colección de cinco que reúne la obra completa de Shakespeare. Aquí se incluyen *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia*, los *Sonetos*, *Lamento de una amante* y *El fénix y el tórtolo*. Esta edición bilingüe, a cargo de Andreu Jaume, quien firma también la introducción, presenta las mejores traducciones contemporáneas, respetando el verso original. Un festín para los amantes de las buenas letras.

**Lectulandia**

William Shakespeare

# **Poesías**

**Obras completas - 5**

ePub r1.0

Titivillus 28.08.16

William Shakespeare, 2016  
Traducción: Andrés Ehrenhaus & Andreu Jaume  
Edición: Andreu Jaume

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



A LA MEMORIA DEL AUTOR,

MI QUERIDO SEÑOR

WILLIAM SHAKESPEARE,

Y

A LO QUE NOS HA DEJADO

Para no levantar envidias en tu nombre,  
será bastante, Shakespeare, cuando honre  
tu libro y fama, si confieso que tus obras  
no pueden de hombre o musa agotar sus loas.  
Es verdad conocida, pero no quisiera  
que fuera mi alabanza por tal senda,  
transida a veces de ignorancia leve  
y, aunque sonora, apenas te merece.  
Y el amor ciego la verdad oculta,  
avanza a tientas y con prisa abrumba.  
O la astuta malicia en falso alaba  
y piensa en la ruina cuando ensalza.  
Así elogian rufianes y putas infames  
a una matrona: lo que más puede dañarle.  
Pero tú estás a prueba de ellos, en verdad  
más allá de su mal fario o de su ruindad.  
Empiezo sin más: ¡Alma de nuestra era!  
¡Aplauso, encanto, prodigio de nuestra escena!  
Mi Shakespeare, arriba. No pienso hospedarte  
con Chaucer o Spenser, o a Beaumont apartarle  
para que le haga un sitio a tu figura.  
Eres un monumento sin su tumba.  
Y vives aún mientras viva tu libro,  
maravillas leemos y loas proferimos.  
Que no te asocie así, se disculpa mi mente,

con grandes pero desiguales musas, se entiende.  
Pues si mi juicio fuera todavía antiguo,  
junto a tus pares te pondría de continuo  
y más que nuestro Lyly diría que brillas,  
más que el audaz Kyd, que de Marlowe la poesía.  
Y aunque tenías poco latín y menos griego,  
no buscaría nombres de entre aquellos  
para elogiarte, sino que al tonante Esquilo,  
a Sófocles y Eurípides, de nuevo vivos,  
junto a Pacuvius, Accius y el de Córdoba muerto,  
tu coturno mostrara sacudir el proscenio.  
O cuando el gorro de bufón lucieras,  
te mediría a solas con la estela  
de la insolente Grecia y de la Roma altiva,  
de todo aquello que surgió de sus cenizas.  
Triunfas, Bretaña mía, puedes mostrar a uno  
a quien las tablas de Europa deben tributo.  
Él era para siempre, más que del momento.  
Y las musas estaban aún en su apogeo  
cuando llegó cual Apolo para regalarnos  
los oídos, o cual Mercurio para encantarnos.  
Natura estaba orgullosa de sus creaciones  
y vestía feliz las ropas de sus canciones,  
tan bien cortadas y con tanto primor tejidas  
que ya nunca otras iguales alumbraría.  
El mordaz Aristófanes, griego jocoso,  
Terencio el pulcro y Plauto el ingenioso,  
no gustan ya y anticuados se alejan  
como si no fueran fruto de la naturaleza.  
Pero no es todo gracias a Natura: tu arte,  
buen Shakespeare, tiene asimismo su parte.  
Y aunque natura sea materia de poetas,  
el arte da la forma y el que crea  
obras con vida, cual son en verdad las tuyas,  
suda y golpea fuerte el yunque de las musas  
y se vuelve uno y lo mismo con lo que fragua.  
De lo contrario, ya no hay laurel sino guasa,  
pues un buen poeta se hace tanto como nace,  
cual fue tu caso. Mirad cómo el rostro del padre  
vive en el hijo, así la estirpe de la mente  
y las formas de Shakespeare resplandece

en sus bien torneados y esculpidos versos,  
donde, en todos y cada uno de ellos,  
parece sacudir y blandir una lanza  
frente a los ojos de la misma ignorancia.  
¡Oh, dulce cisne de Avon! Qué visión sería  
verte sobre las aguas volar todavía  
y sobre el Támesis hacer aquellos vuelos  
que tanto cautivaron a Isa y Jaime primero.  
Quédate, puedo verte en la bóveda elevado,  
una constelación formas ya en lo alto.  
Ilumínanos, ¡oh, astro de los poetas!  
y con furia o influjo anima o amonesta  
la escena decaída que, desde tu partida,  
pena como la noche y desespera el día.  
Nos queda solo el calor que recibimos  
con la luz que se guarda en este libro.

BEN JONSON





# INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de Shakespeare, lo primero que suele decirse, con la seguridad que procuran los lugares comunes de más honda raigambre, es que de su vida no se sabe casi nada y que su personalidad constituye uno de los enigmas más insondables de la historia de la literatura. Como siempre, el tópico esconde algo de verdad y, al mismo tiempo, simplifica un asunto bastante más complejo. Es cierto que de Shakespeare no se sabe mucho, de acuerdo con nuestra moderna concepción de la biografía, pero es indudable que, de todos los dramaturgos isabelinos, con la notable excepción de Ben Jonson, de quien más sabemos, con diferencia, es de William Shakespeare. De Christopher Marlowe, el gran rival del Bardo en sus inicios, *we know next to nothing* («no sabemos prácticamente nada»), como asegura su más reciente biógrafo, por no hablar de Thomas Kyd, John Webs ter o John Fletcher, sombras furtivas y temblorosas en el gran escenario de la época.<sup>[1]</sup>

De este primer tópico se deriva el otro gran mito que persigue a Shakespeare: el proteico fantasma de la autoría de sus obras. Es realmente increíble que a estas alturas se siga especulando, desde las más altas hasta las más bajas instancias, con la propiedad intelectual del canon shakespeariano. Son bien conocidas las hipótesis que, a lo largo de mucho tiempo, han atribuido sus obras a Francis Bacon, el conde de Oxford, a la mismísima reina Isabel, a una asamblea de eruditos neoplatónicos o a Christopher Marlowe, el candidato que ha gozado de un favor más sólido y continuado. ¿Cómo se explica tan obsesiva y enfermiza insistencia en desautorizar al poeta de Stratford-upon-Avon? Para desestimar todas esas herejías, bastaría con apelar al oído y señalar las enormes diferencias prosódicas que separan, por ejemplo, el plúmbeo estilo de Bacon de la profunda levedad del verso shakespeariano o, en el caso de Marlowe, no solo las diferencias formales, sino también las divergencias conceptuales: las preocupaciones filosóficas y teológicas del autor de *Doctor Fausto* están evidentemente muy alejadas del temperamento y la sensibilidad de Shakespeare. Pero no hay modo, las dudas y las suspicacias se suceden y se actualizan en cada generación.

Como bien ha demostrado James Shapiro, la manía persecutoria se inicia a finales del siglo XVIII y se consolida a lo largo del XIX.<sup>[2]</sup> Al parecer, fue un tal James Wilmot, un erudito oxoniense que vivía a unos pocos kilómetros de Stratford, quien, en 1785, empezó a buscar papeles, libros y enseres del poeta y, corroído por el fracaso y la impotencia, decidió que ahí había gato encerrado y, en un arrebato de furia, atribuyó el corpus a Francis Bacon. La ecuación mental resulta muy elocuente y se ha repetido en todas y cada una de las atribuciones, hasta el punto de que podemos considerar a todos los conspiradores dignos herederos de Wilmot.

Hasta entonces, a nadie se le había pasado por la cabeza desacreditar a Shakespeare. No lo hizo, para muestra, ninguno de sus contemporáneos. El poema



que escribió Ben Jonson a modo de homenaje y que se estampó en las primeras páginas de la primera edición de su teatro completo —el llamado Primer Folio de 1623— deja bien claras tanto la autenticidad de la firma como la realidad de la persona que había tras ella: el dulce cisne de Avon, el alma de aquella era. Si hubiera habido la más mínima sospecha, el primer interesado en airearla habría sido el propio Ben Jonson, buen amigo de Shakespeare, pero muy receloso y envidioso del prodigioso talento de su colega.<sup>[3]</sup>

Podríamos definir lo que le ocurrió a Wilmot —y con él a todos sus sucesores— como la «ansiedad del vacío biográfico». Como género, la biografía no se desarrolló hasta bien entrado el siglo XVIII, del cual acabó siendo algo así como un espejo. Para nuestra desgracia, en la época isabelina apenas se escribieron diarios, memorias o crónicas. Además, durante el Romanticismo se acuñó el concepto de «genio», normalmente asociado a una vida intensa, a ser posible rocambolesca, suculenta y pública, capaz de explicar la génesis de la obra literaria y acorde con la grandeza de esta. Byron sería el epítome de ello. Por el contrario, además de insoportablemente banales, los hechos conocidos de la vida de Shakespeare traslucían un olímpico desprecio por su posteridad y una escasísima conciencia de su genio: algo inadmisibles para los hijos del romanticismo que de algún modo somos todavía. Cuando en 1747 se descubrió su testamento —vulgar como todos—, la perplejidad dio paso a la indignación: ni una sola mención a su obra, tan solo dinero, propiedades y la famosa y desconcertante —aunque no tanto, según las costumbres de la época— «segunda mejor cama» para su esposa, Anne Hathaway.<sup>[4]</sup>

Nuestro desconcierto se explica por la incapacidad de aceptar —o de restaurar— las categorías literarias, sociales, políticas y morales de la época, de las que nos separó la Ilustración, algo que también ha determinado el moderno juicio crítico sobre su literatura. Para empezar, en el siglo XVI, no se había instituido aún la figura del autor, tal y como ahora la entendemos y la vendemos. Las obras teatrales pertenecían a la compañía que las explotaba, y los impresores, si se hacían con una copia del manuscrito, podían publicar cualquier pieza, por defectuosa o mutilada que estuviera, sin temor a sanciones. Además, muchos dramas eran fruto de la colaboración a cuatro o a seis manos —en muchas obras de Shakespeare la filología trata de elucidar todavía dónde está su verdadera mano— y el auténtico prestigio literario se ganaba en la lírica y no en el teatro, considerado por los espíritus más sofisticados un simple entretenimiento para las masas.

A la luz de todo esto, es interesante notar cómo Ben Jonson, en el poema laudatorio antes mencionado y que se incluye en el frontispicio de esta edición, se esfuerza en subrayar, ya desde el título mismo, la condición de *autor* de William Shakespeare, y la dignidad que ello conlleva. Sin menoscabo de sus nobles propósitos, hay que decir que aquí Jonson está defendiendo su propia idea de autoría contra la convención de su tiempo, e incluso quién sabe si contra las propias convicciones de Shakespeare. Jonson fue el primero de los dramaturgos de su hora en

desarrollar una aguda conciencia de su propia relevancia literaria y, de hecho, recopiló en vida sus obras en un volumen en folio —en 1616, año de la muerte de Shakespeare—, algo absolutamente inusitado por aquel entonces. A pesar de que ahora parece un mero ejercicio de pompa y circunstancia, el poema de Jonson constituye un documento de extraordinaria trascendencia: nada menos que la primera valoración crítica del canon shakespeariano y la prueba más fehaciente de la legitimidad de su autoría.

La frustración por la vulgaridad, más que por la escasez, de los hechos de la vida de Shakespeare llevó a los cada vez más ansiosos biógrafos a tratar de encontrar algo de su vida en su obra. Fue en el Romanticismo cuando se generalizó la práctica de tratar de llenar las lagunas biográficas mediante el descifre de las presuntas alusiones encriptadas en los dramas y en los poemas. Wordsworth, por ejemplo, consideró que los *Sonetos* eran la llave con que el autor había abierto los secretos de su corazón. Y en realidad fue la llave que destapó la caja de Pandora de las más absurdas y fantasiosas interpretaciones: Shakespeare como gay en el armario, como bisexual, como criptocatólico, como amante de la reina. Lo cierto es que la crítica biográfica ha resultado a la postre muy insatisfactoria. Es verdad, probablemente, que se pueden deducir una serie de detalles biográficos de la lectura de los *Sonetos*, pero no se puede descartar que la voz que habla en ellos sea una invención más entre todas las prodigiosas impersonaciones a las que dio vida y que, por tanto, estemos haciendo el ridículo cada vez que tratamos de identificar a los personajes aludidos en los poemas. Sea como sea, lo cierto es que la profundización en la versatilidad y la riqueza apabullantes de la obra shakespeariana fue engordando esa «angustia del vacío biográfico» hasta extremos paranoicos. Llegó un momento —sobre todo a partir de la remilgada era victoriana— en que se decidió que una obra tan descomunal no podía haber sido escrita por un hombre de pueblo, que había abandonado el colegio en la adolescencia, sin título universitario y con una evidencia biográfica tan ordinaria. Quizá por eso la candidatura de Marlowe ha tenido tantos adeptos. Como hemos dicho, de él se sabe mucho menos, pero al menos hay indicios de que tuvo una vida más subversiva: probablemente fue espía doble —algo así como un Anthony Blunt de su tiempo, pero sustituyendo el comunismo por el catolicismo—, murió en extrañas circunstancias —le clavaron una daga en el ojo durante una reyerta tabernaria— y sobre todo —sobre todo— había estudiado en Cambridge. Más adelante abundaremos en ello, pero resulta hilarante esa arrogancia académica, como si no bastaran decenas de ejemplos parecidos o una somera idea de lo que es la creación literaria para acabar con semejante prejuicio.

Tanto desconcierto, tanta frustración y suspicacia derivó en una industria que todavía no ha cesado. No es de extrañar que muchos biógrafos de Shakespeare, desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX, hayan terminado como farsantes. Fue el caso de William-Henry Ireland, que llegó a producir un manuscrito apócrifo de *El rey Lear* a finales del siglo XVIII o, ya en el XIX, y de John Payne Collier, que empezó su

carrera como respetable erudito shakespeariano y terminó como delincuente, falsificando documentos y arruinado por la plaga de la ansiedad. Aunque quizá el caso más extremo sea el de Hulda y Charles Wallace, un matrimonio estadounidense que, en los albores del novecientos, se mudó a Londres con el firme propósito de encontrar pruebas de la vida de Shakespeare en la Oficina del Registro Público. La pareja peinó cientos de legajos y encontró algunas pruebas curiosas e iluminadoras, pero todas relativas a hechos menores: su intervención en un litigio entre un vendedor de pelucas y su yerno, y algún que otro título de propiedad. La meridiana banalidad de los hallazgos empezó a corroer la cordura de los Wallace, quienes finalmente regresaron a Estados Unidos convencidos de que eran víctimas de una conjura que les escatimaba información.

No queda más remedio, pues, que resignarse a los hechos que conocemos y aceptar que William Shakespeare, el poeta con el que nunca dejamos de indagarnos, fue alguien tan extraordinario y a la vez tan común como un ser humano.

Una interpretación un tanto forzada de su partida de nacimiento ha querido que William Shakespeare naciera un 23 de abril de 1564, en Stratford-upon-Avon, en el condado de Warwick, a unos ciento treinta kilómetros de Londres. Y lo primero que habría que resaltar en su biografía es que Shakespeare se sintió toda la vida muy ligado a su pueblo natal. A juzgar por los indicios que nos han llegado, parece que su relación con la capital, a pesar de haber sido larga e intensa, fue puramente comercial. Tan solo en sus años finales —y como simple inversión— adquirió una propiedad en Londres, donde siempre vivió de alquiler. En cambio, ya en 1597, cuando empezaba a ser bastante conocido y suponemos que bien remunerado, se compró una de las casas más grandes de Stratford, New Place, que todavía podríamos visitar si no fuera porque en 1759 su dueño, un atrabiliario párroco, decidió demolerla, harto del incordio de los turistas.

En 1564, Inglaterra se vio azotada por un brote de peste bubónica, cuyas recurrentes epidemias habían diezmando la población del país hasta dejarla en apenas cinco millones. Fue un verdadero milagro que Shakespeare lograra sobrevivir. William fue el tercero de los ocho hijos de Mary Arden y John Shakespeare. Mary era hija de una familia de acomodados granjeros, y John, de orígenes más inciertos, se dedicó a la fabricación de guantes y al curtido. Ocupó también varios cargos municipales, como el de catador de cerveza de la comuna y, en algún momento de su vida, fue procesado por usura. De los ocho hermanos, hubo cuatro mujeres, de las cuales solo una, Joan, llegó a la edad adulta. De los cuatro varones, solo sabemos que William fue el único que se casó y que los demás se llamaban Gilbert, Richard y Edmund, el benjamín, que también fue actor de teatro en Londres, pero del que nada más se sabe salvo que murió a los veintisiete años, en diciembre de 1607.

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual,

en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible.

Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. La propia reina Isabel era una verdadera intelectual melancólica —la melancolía fue el mal del siglo XVI—, autora ella misma de poemas, cartas y traducciones notables. Se cuenta que en una ocasión le soltó una andanada en latín a un embajador insolente, al que dejó estupefacto. Gracias a su corte y a sus personales gustos, la música, además de la literatura, vivió también un momento irrepetible en Inglaterra. En este sentido, la labor que hicieron músicos como Thomas Morley, William Byrd o John Dowland fue extraordinaria. Algunas de las canciones de este último, como «In Darkness Let me Dwell», capturan, del modo a la vez más primario y elevado, el espíritu de su tiempo. Dowland, por cierto, estaba, en 1601, año de composición de *Hamlet*, trabajando en Elsinore, en la corte del rey de Dinamarca. Quién sabe si fue amigo de Shakespeare, para quien indudablemente la música constituyó un arte paralelo imprescindible. En sus obras abundan las referencias y las metáforas musicales, así como las canciones, muchas de ellas musicadas en su época. De hecho, una parte de la fascinación que produce Shakespeare estriba en vislumbrar el espectro de la melodía que acompañó muchas de sus composiciones, como en las canciones de Ariel de *La tempestad*: la música se ha desvaído, pero late aún en la niebla de la métrica.

Aunque el archivo del colegio se ha perdido, es muy probable que Shakespeare se educara en el colegio local de Stratford, el King's New School, donde los niños de aquel tiempo aprendían casi exclusivamente retórica y literatura latinas, en la gramática de William Lyly, abuelo de John Lyly, uno de los dramaturgos coetáneos del Bardo. La afirmación de Ben Jonson, en el poema ya citado del Primer Folio, según la cual Shakespeare tuvo «poco latín y menos griego» no parece que fuera del todo justa, sobre todo en lo que respecta a su formación latina. Es posible que después del empacho infantil de figuras retóricas no mantuviera vivo su latín, pero es indiscutible que el modelo romano ejerció una profunda y evidente influencia en su

obra. En *Las alegres casadas de Windsor* hay, por cierto, una breve escena, forzosamente intercalada, en que un niño llamado William sufre los rigores de las declinaciones, una evidente parodia de sus propios años escolares.

Se ha especulado mucho con la formación intelectual, con el bagaje cultural de Shakespeare. Ya hemos visto cómo en el siglo XIX se concluyó que alguien con tan poca ilustración no podía haber engendrado una obra tan enorme. Y parece verdad que Shakespeare no fue en puridad un erudito, a la manera en que lo fueron otros contemporáneos como George Chapman, traductor de Homero, Ben Jonson, que si bien no estudió en la universidad se procuró una sólida cultura clásica, o Christopher Marlowe. En cambio, una lectura atenta a las influencias de su obra nos permite imaginar que el autor de *Hamlet* fue un lector voraz, con un olfato infalible para husmear las corrientes de su tiempo, capaz de transformar cualquier cita latina en un largo y reverberante monólogo, extraordinariamente intuitivo, virtuoso del plagio — una palabra que Ben Jonson incorporó al inglés en aquella época, no por casualidad —, dueño, en fin, de una prodigiosa alquimia —la memoria— con la que transformaba el poso de sus lecturas en una nueva materia.

Si bien no se ha podido encontrar ningún libro de su biblioteca personal, es posible hacerse una idea aproximada de sus principales lecturas. Entre los clásicos, predominaban los romanos muy por encima de los griegos, que en el siglo XVI todavía no habían escapado de las manos de los eruditos y se conocían, mayoritariamente, solo a través de sus versiones latinas. El primer autor que deslumbró al joven poeta y que le acompañó durante toda su vida fue, sin ningún género de dudas, Ovidio, especialmente el de las *Metamorfosis* y —para darle la razón a Jonson—, más que en el original, en la traducción que hizo Arthur Golding y que se publicó completa por primera vez en 1567. Shakespeare no solo se dejó deslumbrar por la mitología evocada por Ovidio, sino también por el envolvente fraseo en heptámetros yámbicos de Golding, como demuestra la lectura comparada de varios pasajes. En cuanto a la literatura dramática, quizá los primeros autores que oyó recitar en clase, o que incluso representó en montajes escolares, fueron los comediógrafos Terencio y Plauto, que por otra parte constituyen el sustrato sobre el que se levantó la comedia italiana del siglo XVI, que tanto influyó en el teatro isabelino. En el campo de la tragedia, el autor hegemónico fue Séneca, que durante el Renacimiento inglés actuó como mediador entre el drama sacro, heredero de las representaciones litúrgicas, y la tragedia secular, cuyas bases ayudó a sentar. La convención de dividir el drama en cinco actos es de indudable raíz senequista. Por último, el escritor clásico cuya huella es más visible en el canon shakespeariano es Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* Shakespeare leyó en la traducción de sir Thomas North, publicada por primera vez en 1579, hecha, por cierto, a partir de una traducción francesa y no del original griego. La sombra del Plutarco de North se aprecia ya en obras tan tempranas como *Tito Andrónico* o *Sueño de noche de verano* y fue desde luego el mármol con el que esculpió tragedias como *Julio César*, *Antonio*

y *Cleopatra* o *Coriolano*.

Para completar el mapa de las lecturas básicas de Shakespeare a lo largo de su vida, habría que citar inevitablemente la Biblia, no tanto la llamada Versión Autorizada del rey Jacobo —publicada en 1611, demasiado tarde, por tanto, para que ejerciera un influjo real en el poeta—, cuanto la Biblia de Ginebra de 1599, en realidad una revisión del primer gran texto bíblico en inglés, debido a William Tyndale, responsable, junto a Shakespeare, del alumbramiento de la moderna lengua inglesa.

A los anaqueles de Shakespeare se les pueden añadir muchos títulos más, pero hay uno que ha ido cobrando mayor nitidez a lo largo del último siglo: los *Ensayos* de Montaigne, que se publicaron en inglés en 1603, según la versión de John Florio. Florio era amigo de Shakespeare y es muy posible que le diera a conocer la obra de Montaigne mucho antes de que se publicara; de hecho era bastante habitual en la época el tráfico constante de manuscritos. Sea como fuere, lo cierto es que la voz de Montaigne ayudó a moldear el pensamiento renacentista de Shakespeare. Uno de los pasatiempos favoritos de los eruditos shakespearianos consiste en tratar de detectar ecos de Montaigne en tal o cual pasaje, como en *Hamlet*, en cuyo trasluz parecen adivinarse las aguas de la «Apología de Ramón Sibiuda».

Sin que sepamos por qué, Shakespeare abandonó la escuela a los quince años. La época que antecede a su irrupción en la escena londinense, los años comprendidos entre 1585 y 1592, se conoce justamente como «los años perdidos», pues ahí nos movemos completamente a ciegas. Sabemos que antes, hacia 1582, se había casado precipitadamente con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor que él y a la que había dejado embarazada de su primera hija, Susanna, que nació en mayo de 1583. De ese matrimonio solo sabemos a ciencia cierta que tuvo dos hijos más, los gemelos Hamnet y Judith, nacidos en febrero de 1585. Hamnet —nombre sospechosamente parecido a Hamlet— moriría prematuramente a los once años. Desgraciadamente, la estirpe de Shakespeare se extinguió muy pronto, en 1670, con la muerte de la única nieta que llegó a la vejez, la hija de Susanna, Elizabeth Hall, quien murió sin descendencia. Para los biógrafos ansiosos, no solo esa interrupción infausta de la descendencia constituye una maldición, sino también la lentitud con que despertó el interés biográfico por Shakespeare. La pequeña, Judith, murió en 1662 y sobrevivió a sus tres hijos. Si John Aubrey, uno de los primeros en esbozar un perfil biográfico del poeta, se hubiera preocupado en ir a verla, en vez de escribir vaguedades, hoy sabríamos muchas cosas que se han desvanecido para siempre.<sup>[5]</sup>

Sobre los años perdidos hay varias y pintorescas hipótesis. El citado Aubrey —y se trata de una creencia que ha ido tomando cada vez más cuerpo— asegura que en sus años mozos Shakespeare había sido maestro de escuela. Otros dicen que vivió en Escocia como católico recusante (otro de los enigmas más mareados de su biografía es su credo religioso, sobre todo desde que, aparentemente, se descubrió que su padre había muerto convertido al catolicismo). En realidad, podemos hacer las conjeturas

que queramos: quizá estuvo en Escocia o en Italia, aunque lo más sensato es que estuviera en Stratford cuidando de sus hijos y desahogándose por las noches en la taberna, mientras soñaba con triunfar en la escena y convertirse en uno de los actores de esas compañías que de niño había visto actuar de gira en su pueblo.

El Londres que conoció Shakespeare en los últimos años ochenta o principios de los noventa del siglo XVI era una ciudad terrible, peligrosa, sucia, ruidosa y fascinante. Se agrupaba en lo que hoy se conoce como la City, y uno de sus rasgos más ominosos era la frecuente exhibición de cabezas cortadas por orden judicial, festoneadas de cuervos. En Inglaterra no había té aún y la gente bebía cantidades ingentes de cerveza: un galón —ocho pintas— era la habitual dosis diaria, costumbre que muchos ingleses mantienen hoy día.

Shakespeare, de todos modos, se pasó buena parte de su vida en las afueras de la ciudad, en los descampados donde se levantaban los teatros de la época, el Red Lion, el más antiguo, el Theatre de James Burbage (padre de Richard, compañero de Shakespeare y uno de los que primero encarnó a sus grandes personajes), el Curtain o el Fortune de Philip Henslowe, un empresario teatral gracias a cuyo diario (en realidad un libro de cuentas con comentarios) conocemos hoy muchos detalles valiosos sobre el oficio. Otros teatros importantes fueron los situados en la orilla izquierda del Támesis: el Rose, el Swan y, sobre todo, el Globe, el escenario por antonomasia de Shakespeare, quien en numerosas ocasiones evoca en sus obras esas salas, como cuando el coro de *Enrique V* habla de «esta O de madera», pues a menudo eran de planta octogonal y daban la impresión de ser edificios circulares. Si tenemos una vaga idea de cómo eran esos teatros es gracias a Johannes de Witt, un turista holandés que en 1596 dibujó un esbozo del Swan: cielo abierto, espacio efectivamente circular, escenario rectangular y flanqueado a los tres lados por el público, dos puertas al fondo de la escena, entre las que solía haber una cortina (donde tal vez Hamlet apuñaló por primera vez a Polonio) y una galería por encima del escenario que no se sabe con certeza si albergaba a público distinguido o se utilizaba para necesidades de la obra, como la aparición del espectro en *Hamlet* o la escena del balcón en *Romeo y Julieta*. El público que atendía esas obras de teatro también acostumbraba a asistir a otro de los espectáculos más populares de su tiempo: el suplicio del oso o del toro, que consistía en situar en medio de un escenario al animal atado con cadenas y arrojarle perros rabiosos para ver cómo se defendía. Lejos de ser tan solo un entretenimiento para la plebe era considerado un deporte refinado, al que asistía la propia reina Isabel, a menudo acompañada de legaciones diplomáticas. Hay en las obras de Shakespeare numerosas referencias a ese espectáculo.

Ya hemos apuntado al principio que William Shakespeare fue, antes que autor, un verdadero hombre de teatro (Jonson, como veremos, no sería el primero en jugar con su apellido y llamarle *shakestage*, literalmente sacude-escenas). De hecho, además de actor y guionista —suena mal, pero esa era entonces la categoría del dramaturgo—,



hizo las veces de director y productor. A partir de 1595 —cuando aparece la primera referencia— y hasta su presunto retiro en 1613, estuvo asociado a una compañía, Lord Chamberlain's Men, que, con el ascenso de Jacobo I, se convertiría en The King's Men, sin duda una de las más prestigiosas ypreciadas de la época, que además contribuyó decididamente al ennoblecimiento de la profesión, hasta entonces considerada una ocupación de maleantes. Su hombre fuerte fue Richard Burbage, quien, aunque cueste creerlo, tuvo el privilegio de encarnar por primera vez a Hamlet, Otelo y Lear. También fueron importantes en la compañía los cómicos, especialmente Will Kemp y Robert Armin, que dio vida por primera vez al bufón de *El rey Lear*. No había aún actrices y los personajes femeninos eran interpretados siempre por chicos jóvenes, los llamados «boy actors».

En tanto que intérprete, hoy diríamos que Shakespeare era un actor de reparto, pues, de acuerdo con las noticias que nos han llegado, se reservó siempre los papeles menores de sus propias obras. Sabemos con seguridad que encarnó al fantasma del rey en *Hamlet* y al personaje del viejo Adán en *Como les guste*. Y la leyenda quiere que también interpretara al coro al principio de *Enrique V*, hipótesis irresistible donde las haya.

Gracias a un panfleto que escribió el dramaturgo Robert Greene hacia 1593, sabemos que a la altura de esos años William Shakespeare era ya un nombre conocido y polémico en el mundo del teatro. Greene era dramaturgo y formó parte de los llamados University Wits, un grupo de sofisticados dramaturgos universitarios, perdidamente *oxbridge*, entre los que también se contaban John Lyly, George Peele o Thomas Nashe. Greene fue un precursor de los que considerarían inadmisibile que un asilvestrado provinciano fuera capaz de escribir lo que escribió y se sintió ultrajado, como si aquel chico hubiera aparecido para quitarles el pan de la boca. Aunque no se sabe qué motivó el encono de Greene —probablemente tan solo la envidia—, lo cierto es que en el panfleto aludió veladamente a él en los siguientes términos: «No os confiéis: hay un Cuervo advenedizo, ornado con nuestras plumas, que, con su corazón de Tigre bajo la piel de actor, se cree tan capaz de esbozar verso blanco como el mejor y siendo un perfecto *Johannes fac totum*, su arrogancia le convierte en el único sacude-escenas [*shake-scene*] de un país». La prueba de que se refería a Shakespeare, aparte del juego de palabras con su apellido, es que la frase «corazón de Tigre bajo la piel de actor» es una burla de unos versos de *Enrique VI, tercera parte*, una de sus obras más tempranas.

La datación de las obras de Shakespeare es problemática. Hay un consenso generalizado según el cual las primeras obras son comedias románticas, como *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores* o *La doma de la fiera*, o bien los primeros dramas históricos, como las tres partes de *Enrique VI* o *Ricardo III*. Cuando Shakespeare llegó a Londres, la joven revelación del momento era a todas luces Christopher Marlowe, un brillante, lenguaraz, impertinente y descreído poeta que muy probablemente debió de ejercer una profunda fascinación, a la vez personal y

literaria, en el recién llegado. Podemos por tanto imaginar a Shakespeare tratando de afinar su propia voz bajo el encanto de Marlowe, a quien sin duda imitó en sus primeros dramas históricos, sobre todo en *Ricardo II*, escrito con la falsilla del *Eduardo II* marloviano. El primer poema narrativo de Shakespeare, *Venus y Adonis*, está escrito también como emulación del inacabado *Hero y Leandro* de Marlowe, que si bien se publicó más tarde que *Venus*, en 1598 y finalizado por George Chapman, es muy probable que hubiera circulado ya en manuscrito. De acuerdo con todo esto, podemos aventurar la teoría de que la única puerta que encontró Shakespeare para escapar de la arrolladora sombra de Kit Marlowe fue la comedia, un género que este no había ensayado y al que su propio talento se plegaba de un modo más natural.

Un año antes de que Marlowe muriera en la reyerta de Deptford, en 1593, se decretó el cierre temporal de los teatros por uno de los periódicos brotes de peste. Shakespeare, que ya empezaba a saborear sus primeros triunfos, aprovechó el paréntesis para dedicarse a la lírica y empezó a escribir los *Sonetos*, que no terminaría hasta 1603 y que no se publicarían hasta 1609, probablemente sin su consentimiento y con el añadido de otro poema largo: «Lamento de una amante». El soneto había sido popularizado en Inglaterra por sir Philip Sidney en su *Astrophil y Stella*, que se había publicado en 1591, aunque la forma poética se había incorporado a la literatura inglesa mucho antes, en tiempos de Enrique VIII, gracias a Thomas Wyatt, un poeta que hizo memorables versiones de Petrarca. Además de los sonetos, Shakespeare emprendió la redacción de su primer poema narrativo, *Venus y Adonis*, su mayor éxito editorial —llegó a ver diez reimpressiones—, basado en las *Metamorfosis* de Ovidio y publicado por Richard Field, oriundo también de Stratford. El éxito de *Venus* le animó a escribir una continuación, *La violación de Lucrecia*, inspirada en los *Fasti* ovidianos, aunque ya no obtuvo el favor comercial del primero.

Los dos poemas están fervorosamente dedicados a un aristócrata que al parecer el poeta quería convertir en su patrón. Se trataba de Henry Wriothesley, conde Southampton y barón de Titchfield, un joven bello y afeminado, ahijado de lord Burghley, primer ministro de la reina y amigo del conde de Essex (uno de los personajes más notorios de la época, protagonista de una conjura contra la monarca que le costaría el cuello). Si bien Southampton es el candidato más votado en los últimos sesenta años para ser el joven al que se dirige el poeta en los *Sonetos*, no se sabe nada de su relación ni hay pruebas de que, como aseguran algunos biógrafos, hubieran mantenido una relación íntima. A. L. Rowse, uno de los más conspicuos —y arrogantes— eruditos shakespearianos del siglo xx, estaba convencido de que no hubo intimidad real entre ambos. Para él, Southampton se había enamorado de Shakespeare quien, siendo un heterosexual convencido, le había consolado y aconsejado con esa serie de sonetos privados. En cualquier caso, la relación entre aristócratas y plebeyos no era en aquel siglo tan cercana y fácil como la imaginación novelística y cinematográfica ha supuesto, algo que explicaría la embarazosa zalamería de las dedicatorias que Shakespeare escribió a Southampton.

En los últimos años del siglo XVI, la vida y la obra de Shakespeare fue adquiriendo una progresiva y trabajosa madurez. Hemos visto cómo se zafó de la influencia de Marlowe, también que posiblemente consiguió la protección de un aristócrata, y sabemos que su actividad teatral siguió siendo continuada y febril hasta el final de la centuria. En 1598, un tal Francis Meres publicó un *common-place book*, un libro de citas, muy del gusto de la época, que no hubiera tenido ninguna importancia si no fuera porque incluía un breve listado de algunas obras que Shakespeare había publicado hasta entonces. Meres citaba, entre las comedias, *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores*, *Trabajos de amor en vano*, *Trabajos de amor ganados*, *Sueño de noche de verano* y *El mercader de Venecia*. Entre las tragedias hablaba de *Ricardo II*, *Ricardo III*, *Enrique IV*, *El rey Juan*, *Tito Andrónico* y *Romeo y Julieta*. Desde que se descubrió, el catálogo de Meres ha servido para datar muchas obras y jugar con algunos supuestos, como por ejemplo la identidad de esa misteriosa comedia, *Trabajos de amor ganados*, probablemente extraviada. Pero sobre todo nos sirve para ir perfilando la geografía de su imaginación. Mientras se acercaba el fin de siglo e Inglaterra contemplaba el lento crepúsculo de la era isabelina, Shakespeare se había consolidado como un brillante comediógrafo y un esforzado autor de tragedias, aunque todavía no había alcanzado su plena madurez en el género. Había escrito, eso sí, su drama histórico más perfecto: *Enrique IV*, donde sobresalía sir John Falstaff, una de sus criaturas más maravillosas, para algunos un precursor de Hamlet, como el mismo príncipe Hal. Falstaff supone de algún modo la culminación de su talento cómico a la vez que la preparación para la década de las grandes tragedias, cuyo tono ensayó prometedoramente en *Romeo y Julieta*.

Uno de los rasgos de la personalidad de Shakespeare que más incomodaban a los románticos era su descarada tendencia al aburguesamiento, esa aparente sumisión a las convenciones de su tiempo y su presunta condición de arribista, violentamente opuesta a la ética romántica. En 1596, por ejemplo, consiguió para su apellido un escudo de armas, bajo el lema «Non Sans Droicz», veleidad de la que ya Ben Jonson se burló en su obra *Every Man Out of His Humor*, a uno de cuyos personajes se le concede también un blasón donde aparece una cabeza de jabalí con la leyenda «No sin mostaza». Un año más tarde, como se ha indicado al principio, Shakespeare se compró la casa más grande de Stratford, New House, consumando así su lento ascenso hacia el tratamiento de *gentleman*.

Quizá el período más importante de la vida y la obra de Shakespeare sea el de la transición entre los siglos XVI y XVII, donde su obra experimenta también una convulsión que determinará el tono y la evolución de su obra madura y tardía. Para empezar, el cambio de siglo supuso la consolidación de un nuevo teatro, el Globe. El propietario del solar donde se erigía el Theatre se negó a renovar contrato y los Chamberlain's Men decidieron desmontar el edificio pieza por pieza y volver a levantarlo en otro espacio, al otro lado del Támesis. Así, hacia 1599, nació el Globe,

el teatro que gestaría en sus entrañas uno de los momentos estelares del arte de todos los tiempos y que también propiciaría, por cierto, el fin del mismo, pues fue durante una representación de *Enrique VIII*, en 1613, una de las dos obras últimas que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, cuando, tras un cañonazo, la estructura de madera se incendió y el teatro se convirtió en ceniza. Aunque se reconstruyó en 1614, Shakespeare y sus colegas debieron de vivir el accidente como una metáfora del fin de una época.

En torno a 1600 y 1601, Shakespeare escribió y estrenó *Hamlet*, su primera gran tragedia, una obra en la que indagó con especial fervor en una de sus obsesiones: la relación entre padres e hijos. Su hijo Hamnet había muerto en 1596, y su padre, John Shakespeare, en 1601. A partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca, hay sin duda un cambio de tono en su obra, un lento proceso de apropiación de un nuevo género a la vez que la despedida de otro: la comedia ligera y sentimental. El tránsito supone asimismo la formulación de un nuevo lenguaje poético, cada vez más hondo, matizado, ambiguo, elíptico y polisémico. Contemporáneo de esa gran tragedia es el portentoso poema *El tórtolo y fénix*, publicado en 1601 como complemento a *Love's Martyr* de Robert Chester, junto a otras colaboraciones de Ben Jonson o George Chapman. Es un poema breve e incomprensiblemente no suele citarse entre sus obras más destacadas, quizá debido a su hermetismo y a su naturaleza aparentemente excéntrica dentro del canon, pero lo cierto es que es una de sus máximas creaciones, un preludio de la poesía metafísica de John Donne o George Herbert. Su lectura nos sirve para comprobar en qué punto de visionario virtuosismo estaba el estilo de Shakespeare en los albores del siglo XVII. Entre *Hamlet* y *Fénix* parece vislumbrarse entre brumas el paisaje de su obra madura, ese bosque de símbolos, alegorías y tragedias que forman, como un único poema sin fin, *Otelo*, *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Cuento de invierno* o *La tempestad*.

Después de *Hamlet* llegaron, además de las grandes tragedias, las llamadas comedias problemáticas, como *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida*, algo sombrías y alejadas ya de la alegría de sus primeros años de carrera. Sus últimas obras, denominadas «romances» a falta de un nombre propio para el género híbrido que inventó, entreverado de comedia, tragedia y alegoría, destilan una complejidad y una, digamos, luminosa oscuridad que ha llevado a algunos críticos a especular con la posibilidad de que Shakespeare hubiera sido un seguidor de la estética hermética del neoplatonismo renacentista.

Los hechos de su vida durante el período de composición del último tramo de su obra son escasos. En 1607 su hija Susanna se casó con John Hall, un médico de Stratford. Aquel mismo año murió su hermano pequeño, el también actor Edmund. Al año siguiente murió su madre y nació su nieta Elizabeth, según hemos visto la última de sus descendientes. En 1603 había muerto la reina Isabel y había subido al trono Jacobo I, que resultó ser un monarca muy propicio para Shakespeare, culto y amante de las artes e impulsor de la nueva Biblia inglesa. Fue también muy partidario del

teatro y concedió a los Chamberlain's Men la patente real, convirtiéndolos en los King's Men, la compañía con la que Shakespeare estrenaría muchas de sus obras maestras y que en 1608 alquiló el teatro de Blackfriars, techado y seguramente más parecido a las salas modernas. Allí cerca, en 1613, Shakespeare compró la única casa que tuvo en Londres, posiblemente, como se decía al principio, como inversión.

La última obra que Shakespeare escribió en solitario fue *La tempestad*, que tiene cierto aire de síntesis, sublimación y despedida de su arte, por mucho que algunos críticos actuales digan que el poeta no pensaba retirarse. Resulta difícil de creer. Es verdad que el Bardo escribiría aún dos obras en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven: *Enrique VIII* y *Dos nobles de la misma sangre*; pero se puede considerar que el canon termina con *La tempestad*. Es realmente muy difícil resistirse a interpretar el último monólogo de Próspero, cuando se dirige al público, se despoja de su arte y pide un aplauso liberador, como el adiós del propio Shakespeare a su magia.

Aparte de la colaboración con Fletcher y el incendio del Globe, de los últimos años de vida de William Shakespeare solo sabemos que aparentemente dejó de escribir y que en el momento de su muerte estaba en Stratford, adonde presumimos que se retiró. Murió en 1616, el mismo día de su nacimiento, el 23 de abril, festividad de San Jorge, patrón de Inglaterra. Según una anotación del diario de John Ward, vicario de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford, donde el poeta está enterrado, Shakespeare habría muerto de unas fiebres tifoideas contraídas durante una jugua con los poetas Ben Jonson y Michael Drayton. Es verdad que esa entrada de diario fue escrita cincuenta años después de la muerte del Bardo, así que tiene un valor histórico muy relativo, pero al mismo tiempo nos consuela, aunque sea nada más que un instante, de la inevitable ansiedad biográfica.

El acontecimiento más importante acaecido en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Shakespeare fue sin duda la publicación de su teatro completo en el llamado Primer Folio. Fue en 1623, y la edición estuvo al cuidado de los actores John Heminges y Henry Condell, compañeros de Shakespeare desde los tiempos de la Chamberlain's Men y probablemente amigos íntimos.

Nunca les agradeceremos lo suficiente a Heminges y Condell que se tomaran el trabajo de reunir la obra dispersa y pirateada de Shakespeare y trataran de publicarla dignamente. En vida del poeta se habían editado muchas de sus obras en un formato barato, los llamados Cuartos, a veces con el consentimiento de la compañía y otras de manera furtiva y de la mano, muy a menudo, de impresores sin escrúpulos que lanzaban al mercado versiones defectuosas, mutiladas y adulteradas, los llamados «malos cuartos», para diferenciarlos de los «buenos cuartos», impresos en ocasiones por orden de la compañía —que, como hemos visto, ostentaba los derechos de las obras—, para desmentir las versiones divulgadas por los cuartos fraudulentos.

Algunas de esas ediciones se vendieron muy bien y con frecuencia las diferencias que median entre el texto de los diversos cuartos y el texto del Primer Folio son muy difíciles de salvar y desde entonces han llevado de cabeza a muchos editores, como en el caso, por ejemplo, de *El rey Lear*, cuya fijación resulta enormemente problemática.

De las treinta y ocho obras que conforman el canon shakespeariano, nada menos que dieciocho se imprimieron por primera vez en el Primer Folio.<sup>[6]</sup> Sin la labor de Heminges y Condell no tendríamos hoy piezas como *Macbeth*, *La tempestad*, *Antonio y Cleopatra*, *El cuento de invierno* o *Cimbelino*. Poco importa que no fueran editores profesionales y dejaran cientos de problemas por resolver y otros tantos irresolubles: su trabajo —que se presume arduo, pues supuso la localización de manuscritos y el cotejo de distintas versiones— es suficiente para que merezcan nuestra devoción perpetua.

El prestigio de Shakespeare, curiosamente, se fue apagando a lo largo del siglo XVII, quizá debido a la decadencia que sufrió el teatro, inducida sobre todo por los ataques de los cada vez más poderosos puritanos, que lo consideraban un entretenimiento pecaminoso y corruptor. El 29 de septiembre de 1662, por ejemplo, Samuel Pepys anotó elocuentemente en su diario: «Después de cenar asistimos al teatro del Rey, donde daban *Sueño de noche de verano*. No la había visto y no la volveré a ver jamás. Es la pieza más insípida y ridícula que existe».<sup>[7]</sup> La moderna trascendencia de Shakespeare tardó todavía mucho tiempo en establecerse.

La historia de la construcción crítica de Shakespeare empieza en el siglo XVIII. Se suele considerar la edición de 1709 de Nicholas Rowe la primera gran contribución a la fijación y la interpretación del corpus shakespeariano. Rowe marcó el camino que seguirían otros eruditos como Edmond Malone o Alexander Pope, que hizo una edición de la obra completa en 1725, luego muy discutida y enmendada. Quien sin duda establece los criterios modernos de Shakespeare, tanto filológicos como críticos, es el doctor Samuel Johnson, en su edición de 1765. El prefacio —y las notas— de ese trabajo constituyó la primera y más ambiciosa tarea hermenéutica en torno al autor de *Hamlet*. Muchos de los juicios de Johnson han sido luego matizados o aun rebatidos, pero su lectura dictó el gusto del siglo XVIII y su edición preparó el ingreso del Bardo en la modernidad, es decir, en el romanticismo.

El juicio de Johnson, extraordinariamente lúcido, no supone todavía —no podría serlo en ningún caso, viniendo de donde venía— una consagración incondicional. Además de admitir la grandeza del autor, no se priva de señalar los muchos defectos que a su entender tiene Shakespeare como dramaturgo. El romanticismo, en cambio, inauguraría la bardolatría y, a partir de entonces, ya serían contadas las excepciones entre los críticos que se atreverían a relativizar la importancia del poeta.

Se puede trazar una gruesa línea crítica que va desde Coleridge, pasando por Charles Lamb y William Hazlitt, y que desemboca en la lectura victoriana de Swinburne, a su vez puerta de entrada a la efervescencia exegética suscitada por

Shakespeare a lo largo de todo el siglo xx, en cuya estela todavía bogamos.

Resulta ciertamente muy difícil tratar de sintetizar la importancia de Shakespeare. Para empezar, hay que decir que contribuyó como ningún otro escritor a la consolidación del inglés como lengua moderna. Como dijo T. S. Eliot, hizo el trabajo de dos poetas, pues a un tiempo simplificó y complicó el idioma, una buena parte de cuyo léxico fue inventado por él. En su teatro conviven armónicamente el estilo elevado y el demótico. En este sentido, hizo lo mismo que Dante por el italiano, es decir, moldear un habla y construirle una casa en la que pudiera habitar. En época de Shakespeare, el inglés estaba todavía en una fase amorfa, no había criterios ortográficos —su propio nombre se escribía de las maneras más variadas y absurdas, y faltaba mucho para que Samuel Johnson pusiera orden con el primer Diccionario—, ni por supuesto gramaticales o sintácticos. La *koiné* cultural era aún el latín, lengua en la que se escribía la teología y la filosofía. Con su prodigiosa intuición, Shakespeare operó en una tierra prácticamente virgen. Y con el eco de Grecia y Roma y la ayuda de algunos predecesores, creó un mundo nuevo.

Los principales antecesores de Shakespeare en su tarea son, por un lado, el medieval Chaucer y, por otro, Edmund Spenser, el poeta isabelino, autor de *La reina de las hadas*, el poema épico de su tiempo. A ellos habría que añadir sin duda el ejemplo de Christopher Marlowe que, según hemos visto, probablemente deslumbró al joven poeta a su llegada a Londres a finales de los años ochenta del siglo xvi. Marlowe creó la moderna tragedia inglesa en obras como *Tamerlán*, *El judío de Malta*, *Doctor Fausto* o *Eduardo II* y elevó el verso blanco a la categoría dramática que aún no tenía. El *blank verse* —verso contado pero no rimado—, el principal instrumento de Shakespeare (aunque no el único, pues a menudo, y no solo en la poesía, utilizó la rima y otros metros), no fue un invento de Marlowe ni de Shakespeare sino de Henry Howard, conde de Surrey, en su traducción parcial de la *Eneida*, publicada en 1554, de tal modo que la herramienta principal del Bardo se forjó según un modelo latino, como tantos otros elementos de su estética.

Tampoco la tragedia inglesa fue una ocurrencia de Marlowe. La historia del teatro inglés hunde sus raíces en la noche medieval, concretamente en la liturgia de la Iglesia, de la que se derivó el drama religioso, especialmente en los llamados milagros y en las moralidades, piezas edificantes y alegóricas sobre asuntos como el amor divino, la muerte o la resurrección. Tras ello, el drama, tanto en la comedia como en la tragedia, sufre un lento proceso de secularización bajo la disciplina clásica, con traducciones e imitaciones de autores latinos, principalmente, como Terencio, Plauto y, sobre todo, Séneca. El modelo senequista provocó una doble alteración: por un lado permitió el tratamiento de motivos seculares a la manera del viejo drama sacro y por otro propició la aparición de un teatro que aunaba a un tiempo lo artístico y lo popular. Y es precisamente ahí donde llega Shakespeare para



llevar el género a su apoteosis y, con ello, a su extinción.

Cada generación tiene su propia lectura crítica de los clásicos en general y de Shakespeare en particular. Nosotros, en buena medida, todavía hablamos críticamente el lenguaje de los románticos, es decir, nuestra consideración de Shakespeare es aún deudora del método y del sistema de ideas con que el romanticismo revistió a Shakespeare para convertirlo en un espejo de ellos mismos y en un ejemplo de la literatura que trataban de llevar a cabo. No es casual que el crítico shakespeariano por excelencia de la segunda mitad del siglo xx, Harold Bloom, haya sido también el mejor intérprete del romanticismo. Su entronización de Shakespeare como centro del canon es de cuño netamente romántico.

Del otro lado, a principios del siglo xx, surgió una crítica que reaccionó contra esos postulados, una corriente que creía necesario restaurar el horizonte moral en que se había gestado la obra de Shakespeare para comprenderla cabalmente. Si los románticos, por así decirlo, habían arrancado a los personajes del argumento —si habían segregado el carácter de la acción— y se habían apropiado de los monólogos shakespearianos como precursores de su propia idea del monólogo dramático y de su particular concepción poética, sin tener en cuenta el código moral, social y político con que esas obras se habían construido y que el público de su tiempo compartía y entendía, estos otros críticos, como E. E. Stoll, en cambio, pedían una restitución de esas categorías y una reinserción de los personajes en su mundo: entender a Falstaff de acuerdo con el sentido de honor de la época, reconocer que Hamlet sabe que está infringiendo la ley o que Yago es muy consciente de su malignidad y de la transgresión que está cometiendo. Desde entonces, toda la crítica shakespeariana se ha movido entre esos dos polos aparentemente irreconciliables. ¿Con cuál quedarnos? Es verdad que la lectura romántica es excesiva, partidista y excesivamente psicológica, pero no es menos cierto que la tentativa de restauración del horizonte moral es muy difícil y problemática, si no imposible. Sin duda es factible averiguar algunos de los presupuestos morales de los isabelinos y arrojar así otra luz en los personajes y las tramas shakespearianas, pero al mismo tiempo nos topamos con el problema de que una buena parte del trasfondo intelectual, espiritual, filosófico, ético y moral —pensemos sobre todo en los llamados «romances»— se ha perdido para siempre y no podemos sino conjeturarlo. Por otro lado, todo ejercicio crítico tiene siempre algo de subversión, de traición al alma original de la obra. La historia de la transmisión literaria es una cadena de lecturas aviesas, interesadas, amoldadas al propio tiempo, que denuncian precisamente la naturaleza proteica del clásico, de lectura infinita. El camino opuesto, el del estricto respeto al aura prístina de la obra, es el de la filología, enormemente necesaria y loable, pero que, sin el complemento de la interpretación, conduce al silencio y la esterilidad. Habría que preguntarse si no es lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con Cervantes, cuya obra no ha suscitado entre nosotros el corpus hermenéutico que soporta ya Shakespeare, sino tan solo una retahíla de ediciones críticas, todas admirables, eso sí.

Y ya puestos en tesitura romántica, habría que aludir, para terminar, a la gran cuestión que late en toda la obra de Shakespeare. Se ha dicho desde diversos frentes que la modernidad del Bardo radica en que acierta a formular una visión del mundo desacralizado, que Hamlet, por ejemplo, escenifica en sí mismo la irrupción de la conciencia del Renacimiento, una idea ciertamente saturada de romanticismo. Quizá lo que ocurre —y por eso su lectura es eterna— es que más que un mundo desacralizado, lo que Shakespeare convoca en su obra es algo así como un oxímoron espiritual, una imposible conciliación entre el viejo mundo de la religión, la superstición y el teocentrismo y el nuevo mundo del humanismo, la razón y la trascendencia secular. Hamlet, pues, no sería tanto un embajador del Renacimiento cuanto una conciencia escindida entre dos universos, aquel de su padre que se aleja y el nuevo de su hora que apenas acierta a entender y por el que sin embargo muere: lo mismo que nos ocurre a todo nosotros ahora, en este comienzo del siglo XXI.

ANDREU JAUME

## LA LÍRICA DE SHAKESPEARE

Antes que por su obra dramática, Shakespeare sería popularmente conocido como poeta lírico, la condición en que aún, según los cánones isabelinos, se cifraban el prestigio y la legitimidad de un autor. Aunque no sabemos si fue por vocación o tan solo por pura necesidad, lo cierto es que *Venus y Adonis*, el primero de sus poemas narrativos, se compuso hacia 1592, durante uno de los sólitos brotes de peste que obligaban al cierre de los teatros y que procuraban a los dramaturgos el tiempo y la calma necesarios para el cultivo de la lírica. De hecho, es posible que, con la excepción del enigmático *El fénix y el tórtolo*, todos los poemas recogidos en este volumen se escribieran en esos años de plaga, cuando el joven Shakespeare apenas acababa de llegar a Londres y se había estrenado ya como brillante comediógrafo y esforzado aprendiz de trágico.

La publicación, en 1593, de *Venus y Adonis* supuso un éxito fulgurante, hasta el extremo de convertirse en el poema largo más vendido de la era isabelina. Y la verdad es que, entre toda su obra poética, destaca por ser el más fácil, complaciente y venal, el menos genuino y arriesgado. Tal vez buena parte del favor que mereció se explique porque en él Shakespeare acertó a sintetizar una larga y fértil tradición literaria —moldeada según la interpretación medieval de los clásicos latinos y en especial de una distorsión de Ovidio— donde, a través del mito y la alegoría, se habían fundado en Europa los usos, las costumbres y las expresiones del amor cortés.

Como siempre que se habla de los años de formación de Shakespeare, la sombra de Christopher Marlowe nunca anda lejos. Y la lírica no es una excepción. Tras las estrofas de *Venus y Adonis* se aprecia la admiración y aun la envidia por *Hero y Leandro*, un poema que, si bien se publicó más tarde, en 1598 y acabado por George Chapman, había sido escrito a principios de la década de los noventa (fue quizá lo último que compuso su autor) y ya había circulado entre amigos. Más que por afinidades estilísticas, el influjo agónico de Marlowe se transparenta en el empeño por completar o ahondar en la sublimación amorosa que aquel había logrado en su poema narrativo, sin duda una pieza hechizante, melodiosa y mucho más equilibrada que la de Shakespeare, a quien a menudo se le nota incómodo en el género, algo paródico a ratos y menos familiarizado con la tradición en que pretende insertarse.

La fuente de *Venus y Adonis* es sin duda las *Metamorfosis* de Ovidio, una obra que, en la traducción de Arthur Golding, acompañó a Shakespeare durante toda su vida. Aquí, para el trasfondo general de la historia, aprovechó el libro décimo, aunque también, con el fin de matizar y problematizar el conflicto amoroso, se sirvió del cuarto, en concreto de la fábula de la ninfa Salmacis y del bello Hermafrodito, que termina fundido con aquella por el fervor de su pasión. Resulta llamativo comprobar, a la luz sobre todo de lo que veremos, cómo Shakespeare, en un estadio todavía muy incipiente de su obra, juega ya con una figura obsesiva que terminará por convertirse en el álgebra de todo su universo.

Un año más tarde, en 1594, todavía con los teatros clausurados por la peste, Shakespeare publicó un segundo poema narrativo. Como si pretendiera vengarse de su éxito, ahora dio a su público una obra mucho más madura y arriesgada, también basada en Ovidio —pero en esta ocasión en una breve historia de los *Fasti*—, considerablemente más lúgubre e incluso sórdida y quizá por ello bastante menos popular que su antecesor. *La violación de Lucrecia* es un poema a ratos soberbio, ya más genuino estilísticamente y con una notable capacidad introspectiva. De algún modo puede apreciarse la ansiedad de Shakespeare por conquistar el tono de la tragedia, que por entonces aún se resistía a la voracidad de su genio. En este sentido, hay en la concepción dramática del asunto, en la gravedad del tono, en la versificación, así como en los parlamentos de los protagonistas, tanto de Lucrecia como de Tarquinio, una elevación —quizá un punto exagerada y retórica, pero muy eficaz— propia de las tragedias de Séneca —siempre más cerca de los recitativos que de la dramaturgia— que tanto ayudaron a conformar el sustrato sobre el que se levantaría el drama isabelino:

»Ni sonreirá en secreto al contemplarte,  
ni va a mofarse allí con quien quisiera  
pues no compró el botín con oro infame  
si no que lo robó y forzó la puerta.  
En cuanto a mí, de mi hado soy la dueña;  
no cejaré hasta que la muerte cobre  
su deuda y con mi vida la condone.<sup>[8]</sup>

Incluso hacia el final, cuando el anciano padre de Lucrecia se acerca al cadáver de su hija, hay en sus palabras un primer pálpito, podríamos decir, de la *pietà* que años más tarde protagonizará Lear con el cadáver de Cordelia en brazos:

«¡Ay hija, hija!», se duele Lucrecio.  
«Te quitas tú la vida y muero yo.  
Los hijos de sus padres son reflejo,  
¿yo dónde vivo ahora que murió?  
Te di la vida y tú me das dolor.  
¿Precede la hija a sus progenitores?  
¿Somos sus descendientes y ellos nones?»<sup>[9]</sup>

Buena parte de los elementos conjugados en los dos poemas narrativos se encuentran también en los *Sonetos*, una de las obras literarias que más especulaciones absurdas ha generado. Si bien se publicaron en 1609, en esta ocasión no fue por voluntad de su autor, sino —algo bastante frecuente en la época— por la codicia de

un editor, Thomas Thorpe, que con toda probabilidad se hizo furtivamente con un manuscrito y lo sacó a la luz con la esperanza —a la postre frustrada— de hacerse de oro. Durante mucho tiempo, la famosa dedicatoria —«to the only begetter of these ensuing sonnets, Mr. W. H.»— fue objeto de las más abstrusas teorías, sobre todo en lo que respecta a la identidad que se esconde tras esas iniciales. Hoy ya parece consensuada la idea de que, puesto que Shakespeare no autorizó la publicación, tampoco escribió ese homenaje y probablemente las dichas iniciales guardan el secreto —si es que hay tal— de quién fue el traidor en el círculo íntimo del poeta.

La publicación de los *Sonetos*, hoy tan populares, pasó en 1609 casi desapercibida y Thorpe no llegó a agotar ni siquiera la primera edición. A la secuencia le añadió, por cierto, otro poema narrativo, *Lamento de una amante*, atribuido a Shakespeare pero que, atendiendo al oído y teniendo en cuenta la catadura del editor, más parece obra de un talentoso imitador de *Venus y Adonis*.

La pobre recepción de los *Sonetos* quizá se debió a que en 1609 el género estaba considerablemente pasado de moda, calmada ya la fiebre sonetista que había infectado Inglaterra entre 1592 y 1594, la temporada en que se compusieron los poemas narrativos y que probablemente Shakespeare también aprovechó para ejercitarse la mano en la estrofa italiana, aunque es posible que siguiera escribiéndolos hasta finales del siglo.

El soneto llegó a Inglaterra por boca de dos excelentes poetas renacentistas, Thomas Wyatt y Henry Howard, conde de Surrey y padre también de lo que entendemos por «verso blanco». Los dos adaptaron al inglés el modelo de Petrarca, pero fue sobre todo Surrey quien estableció la variante anglosajona del soneto —tres cuartetos y un pareado final, a modo de síntesis y conclusión— que Shakespeare haría suyo. La dedicación de Shakespeare a ese nuevo lenguaje métrico se debe también a la publicación, en 1591, de *Astrophil y Stella*, de sir Philip Sidney, una secuencia de sonetos y canciones que se había escrito en la década de los ochenta y que constituye una de las aportaciones más virtuosas a la poesía isabelina.

Quizá porque las reglas eran más estrictas y por tanto más limitada la capacidad de experimentación, Shakespeare, en la lírica, no logró innovar tanto como en el teatro. También es verdad que nunca sabremos hasta qué punto juzgaba sus sonetos, pongamos por caso, meros ensayos, simples divertimentos o puntuales desahogos. De todos modos, hay que decir que, mucho más que en los poemas narrativos, en esta secuencia, Shakespeare consigue, como mínimo, desmontar el tinglado mitológico que solía acompañar a la lírica amorosa y ensuciarla con el barro de la experiencia. Y solo con eso ya logró superar de golpe a Marlowe.

Clásicamente, los *Sonetos* se han dividido en dos grandes secciones: una, la más larga y principal, está dedicada al *Fair Youth*, el bello joven, la segunda a la *Dark Lady*, la dama oscura, antítesis, quién sabe si intencionada, de la Laura petrarquista. Los esfuerzos por averiguar la identidad que pretendidamente se esconde tras los dos personajes conforman un género literario en sí mismo y han distraído a menudo del

verdadero interés de la obra. El candidato más votado para encarnar al joven ha sido siempre el patrón de Shakespeare, el conde Southampton. Por su parte, la dama ha tenido menos modelos evidentes o consensuados, aunque la teoría del eminente e irascible erudito shakespeariano A. L. Rowse, publicada en su libro *Shakespeare the Man* (Nueva York, Harper & Row, 1973), según la cual la mujer sería la poeta Emilia Lanier, tuvo en su momento —y aun después— bastantes adeptos. También es verosímil y divertida la idea, concebida en el siglo XVIII y luego popularizada por Oscar Wilde en su memorable ensayo «El retrato del señor W. H.», de que el bello mozo era uno de los *boy actors* que en el teatro isabelino protagonizaban papeles femeninos.

De todas maneras, por mucho morbo que despierten, en nada cambiaría nuestra apreciación de los sonetos si de pronto descubriéramos que tras la máscara del joven se escondía el paje favorito de la reina Isabel o que la mujer morena era la novia de Ben Jonson. En un poema, la voz que habla, si no imaginaria, es siempre imaginada y a menudo se incurre críticamente en el vicio de identificar al poeta con el poema, que pertenece a un orden de realidad distinto. De acuerdo con esto, también podemos argüir que quien fue capaz de inventar a Falstaff, Lady Macbeth o Hamlet tenía talento suficiente como para crear asimismo la máscara confesional de los sonetos. Y con ella a todos los personajes que la acompañan.

Sea como fuere, lo cierto es que la actitud del poeta es distinta cuando se dirige a uno o a otra. Con el joven es a veces más paternal, siempre más platónico y condescendiente, mientras que con la dama es más descarnadamente sexual, más cruel y varonil, casi como si fuera un personaje distinto el que habla. Con el joven, la relación parece más larga, de hecho sabemos que dura tres años. Incluso cabe conjeturar que no hubo uno sino varios chicos. La secuencia que va del soneto I al XVII parece concentrada en una persona muy concreta, a la que se anima a tener descendencia y que bien podría ser alguien parecido a Southampton, ya que el consejo se aviene perfectamente con la ética aristocrática. Ahí Shakespeare parece actuar, más que como enamorado, como un buen padrino, como un amigo de la familia con especial ascendiente sobre el vástago. Luego la relación se complica, hay celos, parece que se interfiere una mujer, entra en escena otro autor, uno los enigmas biográficos más socorridos, el del poeta rival, para cuyo puesto se ha barajado a menudo tanto a Marlowe como a Chapman. El poeta medita constantemente sobre el paso del tiempo, contrapuesto siempre a la eternidad del arte, un tópico latino que Shakespeare, como tantas veces, refresca y pone al día con una dicción que le devuelve su naturaleza prístina:

*Si ni la piedra, el bronce, el mar, la tierra  
se libran de la triste destrucción,  
¿cómo ha de hacerle frente la belleza,  
que apenas tiene el brío de una flor?*

*¿Y qué opondrá el aliento veraniego  
al despiadado embate de los días,  
si el tiempo tumba pórticos de hierro  
y ni la roca aguanta su embestida?  
¡Cruel desazón! Pues ¿quién podrá evitar  
que el tiempo encofre su mejor alhaja?  
¿Qué mano detendrá su pie fugaz,  
librando a la belleza de su azada?  
No salvará mi amor sino un milagro:  
que impreso en tinta negra brille tanto.<sup>[10]</sup>*

La lectura atenta de estos sonetos pone de relieve los abundantes paralelismos que pueden establecerse con aspectos de *Venus* y *Adonis*, en cuya primera parte, oímos, por boca de Venus, exhortaciones a Adonis para que se preocupe por su descendencia que se parecen mucho a las arengas matrimoniales por parte del poeta al bello joven. Se trata de un asunto que, metamorfoseado, recorre toda la obra de Shakespeare y se concreta en la idea del doble. Recordemos que entre las fuentes que el poeta manejó para aquel poema narrativo se contaba la historia de Salmacis y el bello Hermafrodito, un relato de pasión enfermiza que terminaba con la creación de un ser mitad mujer, mitad hombre, propiamente un hermafrodita. Aquí, en los sonetos, Shakespeare parece también, de un modo privadamente obsesivo, conjugar esa idea de la duplicidad, a través de la conminación a la descendencia, de la aparición — como un reflejo invertido— del poeta rival, del tratamiento a menudo pareado de un mismo asunto en dos sonetos consecutivos y, sobre todo, de esa ambivalencia sexual, que, en el fondo, quizá no sea sino fruto —pura puesta en escena— de una decidida ambición por experimentar poéticamente toda la escala de emociones amorosas de la que es capaz el ser humano, desde la visión extática y alucinada hasta la humillación imperdonable de la excesiva intimidad:

*Si en antros de impudicia se derrama  
vigor, eso es lascivia, que en su afán  
es cruel, sangrienta, indigna de confianza,  
atroz, salvaje, sórdida y brutal;  
fugaz y aborrecida casi al vuelo,  
buscada sin razón y, al consumarse,  
odiada sin razón, como ese cebo  
capaz de volver loco a quien lo trague:  
tan loco cuando busca y cuando tuvo,  
posea, poseería o poseyera;  
en acto, un gozo, luego, un infortunio;  
un sueño que no pasa de promesa.*



*Lo saben todos y ninguno evita  
el cielo que al infierno los destina.*<sup>[11]</sup>

Más allá de toda exégesis, los *Sonetos* perduran merced a su inmediata capacidad de encanto, inducido por un fraseo y un oído infalibles que permiten, como la canción de una criatura mitológica, que nos creamos hasta el más embarazoso de los versos.

Esa idea del doble, seminal en toda la obra de Shakespeare, adquiere su expresión más perfecta y turbadora en *El fénix y el tórtolo*, probablemente el más tardío y el último de cuantos poemas escribió. Se publicó por primera vez en 1601, como apéndice a un poema alegórico de un tal Robert Chester titulado *Love's Martyr, or Rosalin's Complaint*, un canto al amor perfecto que elige la imagen del mítico fénix como metáfora. La evocación del ave mitológica —muy parecida al águila, que se alimentaba de rocío y ardía cada quinientos años para renacer de sus cenizas— como trasunto amoroso y símbolo escatológico no era ni mucho menos nueva en la poesía y ya había sido cultivada en el Renacimiento por Petrarca y Ronsard, por poner tan solo unos pocos ejemplos. Nos encontramos, pues, ante un tópico literario. El poema de Shakespeare formaba parte de unos ensayos o unas variaciones finales sobre el tema principal que también contaba con aportaciones de John Marston, George Chapman y Ben Jonson, todos ellos buenos amigos del Bardo. El libro estaba dedicado a sir John Salusbury, un oscuro poeta, por lo que cabría inferir que la obra es un homenaje a sir John y su esposa, Ursula Stanley, de lo que a su vez podría deducirse que los poemas fueron escritos para celebrar las nupcias de Salusbury en 1586. Otros, dada la naturaleza elegíaca y aun fúnebre de muchos versos, sugieren que detrás de la obra se esconde algo más oscuro, quizá el amor prohibido del tal Salusbury por una sobrina. Otra teoría biográfica que se ha impuesto ha sido la de ver en el fénix y el tórtolo una alegoría del amor trágico entre la reina Isabel y el conde de Essex, que había sido ejecutado por traición en 1601, el mismo año en que se publicó *Love's Martyr*. Nunca lo sabremos. Lo único que de verdad importa, al analizar estos restos biográficos sobre los que descansa el poema, es tener en cuenta que estamos ante una poesía de cenáculo, que, a despecho de todas las significaciones trascendentales que queramos arrancarle, probablemente tenía mucho de tomadura de pelo, de *private joke*, de broma privada entre amigos, cuyo código, con el eco de las risas que debió de provocar, se ha esfumado para siempre.

*El fénix y el tórtolo* es un poema extraordinariamente hipnótico, de lectura inagotable, cuya interpretación, como el ave de sus versos, arde y renace sin cesar. En cierto modo, prefigura la poesía de los metafísicos, que muy pronto se impondría como dialecto lírico del seiscientos. Por su fabulosa riqueza y complejidad, también por el milagro de su frágil sencillez, el poema ha sido víctima de la hermenéutica más osada, un taraceado de explicaciones místicas, alquímicas, sufíes o cabalísticas que prueban, más allá de sus aciertos o iluminaciones, la fértil locura que engendra en el viajero este canto.<sup>[12]</sup>

Al principio, Shakespeare parece recoger el guante de Robert Chester y convoca a un grupo de pájaros a las exequias del fénix y el tórtolo. La péntada inicial del poema, antes de que comience la antífona, supone una presentación de esas aves: la lechuza, mensajera de la muerte, el águila, la forma mortal del propio fénix, el cisne, sacerdote y maestro cantor del réquiem, y el cuervo, como imagen del duelo y quizá de algo oscuro y abyecto que se esconde tras el amor fenecido. Luego empieza el funeral, el responso, formado por una cadena de estrofas don de Shakespeare rodea, persigue, alumbra, esconde, multiplica y encierra la idea del doble que se le había ido complicando desde que naciera en sus comedias más intrascendentes y juveniles y que ahora se consagra aquí —en la extinción de la cifra— como una definición exacta del amor perfecto:

*Se amaron como se aman dos,  
teniendo esencia solo una,  
distintos, división ninguna,  
la cifra enamorada allí murió.*

*Almas lejanas, pero unidas;  
distancia sin espacio vieran  
entre este tórtolo y su reina;  
en otros fuera maravilla.*

*Tan fuerte era de amor el brillo,  
que el tórtolo sintió el derecho,  
en la mirada de fénix ardiendo,  
el uno era para el otro el mío.*

*La propiedad así temblaba,  
lo suyo no era ya lo mismo,  
sola natura con nombres distintos,  
ni dos ni uno se llamaba.*

Ante el recuerdo de esa fusión exacta, la razón, aturdida por la imposibilidad de tal fenómeno, compone un treno, el canto fúnebre con el que se cierra el poema. Ahora la razón se vuelve sobre sí misma para interrogarse acerca de sus límites y tratar de escapar al encanto o el espejismo suscitado por la intensidad y la fortaleza de ese amor que solo la muerte ha podido dividir de nuevo y que, según se nos dice, no tuvo posteridad, lo que constituye de algún modo la explicación de su naturaleza:

*Quedaron sin posteridad,  
pero no por enfermedad,*

*fue desposada castidad.*

Por estos versos tal vez pasa la sombra del bello joven de los *Sonetos*, a quien Shakespeare —o el personaje que habla en esos poemas— conminaba a casarse y tener descendencia, al igual que Venus en sus admoniciones a Adonis. La paloma, por cierto, es el ave de Venus, cuyo pecho amigo, se nos dice en la estrofa inmediatamente anterior, se ha ido hacia la eternidad, mientras que la muerte es ahora el nido —vacío— del fénix. Los últimos versos revelan la crueldad y la venganza de la razón:

*A esta urna acudan aquellos  
que son puros o bellos,  
oren por estos dos pájaros muertos.*

Después de haber experimentado la elevación espiritual de ese amor perfecto, casto, de esa mutua llama que parecía consumirse perpetuamente en la mirada del fénix y el tórtolo, terminado el canto, finalizado el treno, la razón se impone y dictamina que, a fin de cuentas, el ave fabulosa y su compañero no son ahora más que dos vulgares pájaros muertos.

La capacidad de Shakespeare para formular en su obra una concepción secular de la trascendencia es uno de los rasgos que configuran su modernidad y que explican su imbatible vigencia, su condición de exacto y constante contemporáneo. Y en esa concepción destacan especialmente sus visiones del amor como estado en que el hombre alcanza el punto álgido de su naturaleza y donde confluyen, inseparables, lo numinoso y lo mortal. En este aspecto, *El fénix y el tórtolo* puede leerse, no solo como la figura suprema de su lírica, sino como el álgebra de toda su obra, pues en esa radical indagación del doble, en la mirada de las dos aves, se refleja todo su universo poético y dramático, traspasado febrilmente por un constante combate de opuestos, quizá instigado por la pérdida de la divinidad, que define a todos sus personajes, desde Proteo y Valentín o Falstaff y Hal, hasta Hamlet y Laertes o Ariel y Calibán.

En su particular idea de la trascendencia, Shakespeare proyecta necesariamente una, digamos, alternativa a la concepción ortodoxa de la eternidad, una versión laica de la posteridad que se cifra en el arte como nueva religión, como último ámbito de supervivencia y superación de la muerte. Es algo que se intuye, por ejemplo, en el mandato del espectro paterno a Hamlet y en la petición que este, antes de morir, le hace a Horacio, embajador de los vivos. Por ello, quizá podríamos leer la primera estrofa de *El fénix y el tórtolo* como una resurrección del ave mítica que canta sin fin su propia muerte mientras nos convoca a la interpretación de sus exequias:

*Que el ave de cantar más alto,*

*allá en el solo árbol árabe,  
clarín sea y heraldo grave:  
a cuyo son plieguen alas los castos.*

A. J.

## SOBRE ESTA EDICIÓN

Con la excepción de los *Sonetos* y *Lamento de una amante*, que se publicaron por primera vez en Galaxia-Gutenberg en 2009, todas las traducciones recogidas en este volumen son inéditas y se han hecho expresamente para esta edición, último tomo de la *Obra completa* de Shakespeare. A diferencia de los volúmenes precedentes, incluimos aquí el original, como es costumbre en los libros de poesía. La idea que ha inspirado estas versiones es la misma que guió la selección de traducciones en los volúmenes de teatro, es decir, el respeto al verso. Los traductores han procurado en todo momento reproducir en castellano la ilusión de la música original sin traicionar o distorsionar el significado.

Los textos se han fijado de acuerdo con la edición que también sirvió de referencia para el teatro: *The Oxford Shakespeare. The Complete Works*, Stanley Wells y Gary Taylor, eds. (Oxford, Oxford University Press, 1988). No se han incluido, en cambio, varios poemas breves que esa edición recopiló y cuya autoría sigue siendo dudosa, como sostienen, por ejemplo, Jonathan Bate y Eric Rasmussen, responsables de la edición más reciente de las obras del Bardo: *William Shakespeare, Complete Works* (Londres, Macmillan, 2007), quienes incluso descartan *Lamento de una amante*, por considerar prácticamente probado que se trata de una pieza apócrifa. Puesto que originalmente se publicó como obra de Shakespeare y en el mismo volumen que los *Sonetos* y, dada asimismo la escasa difusión que ha tenido en castellano, se ha decidido mantenerla para que el lector pueda juzgarla. No incluimos, sin embargo, el breve poema «To the Queen» (A la reina), que se descubrió a finales del siglo xx y que, aunque Bate y Rasmussen consideran canónico, es posible que pertenezca al limbo de los textos de autoría dudosa y siempre debatida.

A. J.

## CRONOLOGÍA APROXIMADA DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO	OBRA
1589-1590	<i>Enrique VI, parte primera</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte segunda</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte tercera</i>
1592-1593	<i>Ricardo III</i>
1592-1593	<i>Los dos caballeros de Verona</i>
1592-1593	<i>Venus y Adonis</i>
1593	<i>La comedia de los errores</i>
1593-1609	<i>Sonetos y Lamento de una amante</i>
1593-1594	<i>La violación de Lucrecia</i>
1593-1594	<i>Tito Andrónico</i>
1593-1594	<i>La doma de la fiera</i>
1594-1595	<i>Trabajos de amor en vano</i>
1594-1596	<i>El rey Juan</i>
1595	<i>Ricardo II</i>
1595-1596	<i>Romeo y Julieta</i>
1595-1596	<i>Sueño de noche de verano</i>
1596-1597	<i>El mercader de Venecia</i>
1596-1597	<i>Enrique IV, parte primera</i>
1597	<i>Las alegres casadas de Windsor</i>
1598	<i>Enrique IV, parte segunda</i>
1598-1599	<i>Mucho ruido y pocas nueces</i>
1599	<i>Enrique V</i>
1599	<i>Julio César</i>
1599	<i>Como les guste</i>
1600-1601	<i>Hamlet</i>

1601	<i>El fénix y el tórtolo</i>
1601-1602	<i>Noche de Epifanía o Lo que queráis</i>
1601-1602	<i>Troilo y Crésida</i>
1602-1603	<i>Bien está todo lo que bien acaba</i>
1604	<i>Medida por medida</i>
1604	<i>Otelo</i>
1605	<i>El rey Lear</i>
1606	<i>Macbeth</i>
1606	<i>Antonio y Cleopatra</i>
1607-1608	<i>Coriolano</i>
1607-1608	<i>Timón de Atenas</i>
1607-1608	<i>Pericles, príncipe de Tiro</i>
1609-1610	<i>Cimbelino</i>
1610-1611	<i>Cuento de invierno</i>
1611	<i>La tempestad</i>
1612-1613	<i>Enrique VIII</i>
1613	<i>Dos nobles de la misma sangre</i>





# VENUS Y ADONIS

## VENUS AND ADONIS

*versión de*  
*Andrés Ehrenhaus*

Poema narrativo compuesto en estrofas de seis versos con rima *ababaa*. Se publicó en Cuarto en 1593 y tuvo un extraordinario éxito, como demuestran las sucesivas reimpresiones entre 1594 y 1617. Tanto los poemas como los sonetos no empezaron a incluirse en la obra completa de Shakespeare hasta que Edmond Malone los editó como suplemento a la edición de 1778 de Samuel Johnson y George Stevens.



*Vilia miretur vulgus; mihi flavus Apollo  
Pocula Castalia plena ministret aqua.*

## TO THE RIGHT HONOURABLE

Henry Wriothesley, Earl of Southampton,  
and Baron of Titchfield

Right Honourable, I know not how I shall offend in dedicating my unpolished lines to your lordship, nor how the world will censure me for choosing so strong a prop to support so weak a burden; only, if your honour seem but pleased, I account myself highly praised, and vow to take advantage of all idle hours, till I have honoured you with some graver labour. But if the first heir of my invention prove deformed, I shall be sorry it had so noble a godfather, and never after ear so barren a land, for fear it yield me still so bad a harvest. I leave it to your honourable survey, and your honour to your heart's content, which I wish may always answer your own wish and the world's hopeful expectation.

Your honour's in all duty,  
WILLIAM SHAKESPEARE

*Even as the sun with purple-coloured face  
Had ta'en his last leave of the weeping morn,  
Rose-cheeked Adonis hied him to the chase.  
Hunting he loved, but love he laughed to scorn.  
Sick-thoughted Venus makes amain unto him,  
And like a bold-faced suitor 'gins to woo him.*

*'Thrice fairer than myself,' thus she began,  
'The fields' chief flower, sweet above compare,  
Stain to all nymphs, more lovely than a man,  
More white and red than doves or roses are—  
Nature that made thee with herself at strife  
Saith that the world hath ending with thy life.*

*'Vouchsafe, thou wonder, to alight thy steed  
And rein his proud head to the saddle-bow;  
If thou wilt deign this favour, for thy meed  
A thousand honey secrets shalt thou know.  
Here come and sit where never serpent hisses;  
And, being sat, I'll smother thee with kisses,*

*'And yet not cloy thy lips with loathed satiety,  
But rather famish them amid their plenty,  
Making them red, and pale, with fresh variety;  
Ten kisses short as one, one long as twenty.  
A summer's day will seem an hour but short,  
Being wasted in such time-beguiling sport.'*

*With this, she seizeth on his sweating palm,  
The precedent of pith and livelihood,  
And, trembling in her passion, calls it balm—  
Earth's sovereign salve to do a goddess good.  
Being so enraged, desire doth lend her force  
Courageously to pluck him from his horse.*

*Over one arm, the lusty courser's rein;  
Under her other was the tender boy,  
Who blushed and pouted in a dull disdain  
With leaden appetite, unapt to toy.  
She red and hot as coals of glowing fire;*

*He red for shame, but frosty in desire.*

*The studded bridle on a ragged bough  
Nimble she fastens —O, how quick is love!  
The steed is stallèd up, and even now  
To tie the rider she begins to prove.  
    Backward she pushed him, as she would be thrust,  
    And governed him in strength, though not in lust.*

*So soon was she along as he was down,  
Each leaning on their elbows and their hips.  
Now doth she stroke his cheek, now doth he frown  
And 'gins to chide, but soon she stops his lips,  
    And, kissing, speaks, with lustful language broken:  
    'If thou wilt chide, thy lips shall never open.'*

*He burns with bashful shame; she with her tears  
Doth quench the maiden burning of his cheeks.  
Then, with her windy sighs and golden hairs,  
To fan and blow them dry again she seeks.  
    He saith she is immodest, blames her miss;  
    What follows more she murders with a kiss.*

*Even as an empty eagle, sharp by fast,  
Tires with her beak on feathers, flesh, and bone,  
Shaking her wings, devouring all in haste  
Till either gorge be stuffed or prey be gone,  
    Even so she kissed his brow, his cheek, his chin,  
    And where she ends she doth anew begin.*

*Forced to content, but never to obey,  
Panting he lies and breatheth in her face.  
She feedeth on the steam as on a prey  
And calls it heavenly moisture, air of grace,  
    Wishing her cheeks were gardens full of flowers,  
    So they were dewed with such distilling showers.*

*Look how a bird lies tangled in a net,  
So fastened in her arms Adonis lies.  
Pure shame and awed resistance made him fret,*

*Which bred more beauty in his angry eyes.  
Rain added to a river that is rank  
Perforce will force it overflow the bank.*

*Still she entreats, and prettily entreats,  
For to a pretty ear she tunes her tale.  
Still is he sullen, still he lours and frets  
'Twixt crimson shame and anger ashy-pale.  
Being red, she loves him best; and being white,  
Her best is bettered with a more delight.*

*Look how he can, she cannot choose but love;  
And by her fair immortal hand she swears  
From his soft bosom never to remove  
Till he take truce with her contending tears,  
Which long have rained, making her cheeks all wet;  
And one sweet kiss shall pay this countless debt.*

*Upon this promise did he raise his chin,  
Like a divedapper peering through a wave  
Who, being looked on, ducks as quickly in—  
So offers he to give what she did crave.  
But when her lips were ready for his pay,  
He winks, and turns his lips another way.*

*Never did passenger in summer's heat  
More thirst for drink than she for this good turn.  
Her help she sees, but help she cannot get.  
She bathes in water, yet her fire must burn.  
'O pity,' gan she cry, 'flint-hearted boy!  
'Tis but a kiss I beg—why art thou coy?*

*'I have been wooed as I entreat thee now  
Even by the stern and direful god of war,  
Whose sinewy neck in battle ne'er did bow,  
Who conquers where he comes in every jar.  
Yet hath he been my captive and my slave,  
And begged for that which thou unasked shalt have.*

*'Over my altars hath he hung his lance,*

*His battered shield, his uncontrolled crest,  
And for my sake hath learned to sport and dance,  
To toy, to wanton, dally, smile, and jest,  
    Scorning his churlish drum and ensign red,  
    Making my arms his field, his tent my bed.*

*'Thus he that over-ruled I overruled,  
Leading him prisoner in a red-rose chain.  
Strong-tempered steel his stronger strength obeyed,  
Yet was he servile to my coy disdain.  
    O, be not proud, nor brag not of thy might,  
    For mast'ring her that foiled the god of fight.*

*'Touch but my lips with those fair lips of thine—  
Though mine be not so fair, yet are they red—  
The kiss shall be thine own as well as mine.  
What seest thou in the ground? Hold up thy head.  
    Look in mine eyeballs: there thy beauty lies.  
    Then why not lips on lips, since eyes in eyes?*

*'Art thou ashamed to kiss? Then wink again,  
And I will wink. So shall the day seem night.  
Love keeps his revels where there are but twain.  
Be bold to play—our sport is not in sight.  
    These blue-veined violets whereon we lean  
    Never can blab, nor know not what we mean.*

*'The tender spring upon thy tempting lip  
Shows thee unripe; yet mayst thou well be tasted.  
Make use of time; let not advantage slip.  
Beauty within itself should not be wasted.  
    Fair flowers that are not gathered in their prime  
    Rot, and consume themselves in little time.*

*'Were I hard-favoured, foul, or wrinkled-old,  
Ill-nurtured, crooked, churlish, harsh in voice,  
O'er-worn, despised, rheumatic, and cold,  
Thick-sighted, barren, lean, and lacking juice,  
    Then mightst thou pause, for then I were not for thee.  
    But having no defects, why dost abhor me?*

*'Thou canst not see one wrinkle in my brow.  
Mine eyes are grey, and bright, and quick in turning.  
My beauty as the spring doth yearly grow.  
My flesh is soft and plump, my marrow burning.  
My smooth moist hand, were it with thy hand felt,  
Would in thy palm dissolve, or seem to melt.*

*'Bid me discourse, I will enchant thine ear;  
Or like a fairy, trip upon the green;  
Or like a nymph, with long, dishevelled hair,  
Dance on the sands, and yet no footing seen.  
Love is a spirit all compact of fire,  
Not gross to sink, but light, and will aspire.*

*'Witness this primrose bank whereon I lie:  
These forceless flowers like sturdy trees support me.  
Two strengthless doves will draw me through the sky  
From morn till night, even where I list to sport me.  
Is love so light, sweet boy, and may it be  
That thou should think it heavy unto thee?*

*'Is thine own heart to thine own face affected?  
Can thy right hand seize love upon thy left?  
Then woo thyself, be of thyself rejected;  
Steal thine own freedom, and complain on theft,  
Narcissus so himself himself forsook,  
And died to kiss his shadow in the brook.*

*'Torches are made to light, jewels to wear,  
Dainties to taste, fresh beauty for the use,  
Herbs for their smell, and sappy plants to bear.  
Things growing to themselves are growth's abuse.  
Seeds spring from seeds, and beauty breedeth beauty:  
Thou wast begot; to get it is thy duty.*

*'Upon the earth's increase why shouldst thou feed  
Unless the earth with thy increase be fed?  
By law of nature thou art bound to breed,  
That thine may live when thou thyself art dead;*

*And so in spite of death thou dost survive,  
In that thy likeness still is left alive.'*

*By this, the lovesick queen began to sweat,  
For where they lay the shadow had forsook them,  
And Titan, tired in the midday heat,  
With burning eye did hotly overlook them,  
Wishing Adonis had his team to guide  
So he were like him, and by Venus' side.*

*And now Adonis, with a lazy sprite  
And with a heavy, dark, disliking eye,  
His louring brows o'erwhelming his fair sight,  
Like misty vapours when they blot the sky,  
Souring his cheeks, cries, 'Fie, no more of love!  
The sun doth burn my face; I must remove.'*

*'Ay me,' quoth Venus, 'young, and so unkind?  
What bare excuses mak'st thou to be gone?  
I'll sigh celestial breath, whose gentle wind  
Shall cool the heat of this descending sun.  
I'll make a shadow for thee of my hairs;  
If they burn too, I'll quench them with my tears.'*

*'The sun that shines from heaven shines but warm,  
And lo, I lie between that sun and thee.  
The heat I have from thence doth little harm;  
Thine eye darts forth the fire that burneth me,  
And were I not immortal, life were done  
Between this heavenly and earthly sun.'*

*'Art thou obdurate, flinty, hard as steel?  
Nay, more than flint, for stone at rain relenteth.  
Art thou a woman's son, and canst not feel  
What 'tis to love, how want of love tormenteth?  
O, had thy mother borne so hard a mind,  
She had not brought forth thee, but died unkind.'*

*'What am I, that thou shouldst contemn me this?  
Or what great danger dwells upon my suit?'*



*What were thy lips the worse for one poor kiss?  
Speak, fair; but speak fair words, or else be mute.  
Give me one kiss, I'll give it thee again,  
And one for int'rest, if thou wilt have twain.*

*'Fie, lifeless picture, cold and senseless stone,  
Well painted idol, image dull and dead,  
Statue contenting but the eye alone,  
Thing like a man, but of no woman bred:  
Thou art no man, though of a man's complexion,  
For men will kiss even by their own direction.'*

*This said, impatience chokes her pleading tongue,  
And swelling passion doth provoke a pause.  
Red cheeks and fiery eyes blaze forth her wrong.  
Being judge in love, she cannot right her cause;  
And now she weeps, and now she fain would speak,  
And now her sobs do her intendments break.*

*Sometime she shakes her head, and then his hand;  
Now gazeth she on him, now on the ground.  
Sometime her arms enfold him like a band;  
She would, he will not in her arms be bound.  
And when from thence he struggles to be gone,  
She locks her lily fingers one in one.*

*'Fondling,' she saith, 'since I have hemmed thee here  
Within the circuit of this ivory pale,  
I'll be a park, and thou shalt be my deer.  
Feed where thou wilt, on mountain or in dale;  
Graze on my lips, and if those hills be dry,  
Stray lower, where the pleasant fountains lie.*

*'Within this limit is relief enough,  
Sweet bottom-grass, and high delightful plain,  
Round rising hillocks, brakes obscure and rough,  
To shelter thee from tempest and from rain.  
Then be my deer, since I am such a park;  
No dog shall rouse thee, though a thousand bark.'*

*At this Adonis smiles as in disdain,  
That in each cheek appears a pretty dimple.  
Love made those hollows, if himself were slain,  
He might be buried in a tomb so simple,  
Foreknowing well, if there he came to lie,  
Why, there love lived, and there he could not die.*

*These lovely caves, these round enchanting pits,  
Opened their mouths to swallow Venus' liking.  
Being mad before, how doth she now for wits?  
Struck dead at first, what needs a second striking?  
Poor queen of love, in thine own law forlorn,  
To love a cheek that smiles at thee in scorn?*

*Now which way shall she turn? What shall she say?  
Her words are done, her woes the more increasing.  
The time is spent; her object will away,  
And from her twining arms doth urge releasing.  
'Pity,' she cries; 'some favour, some remorse!'  
Away he springs, and hasteth to his horse.*

*But lo, from forth a copse that neighbours by  
A breeding jennet, lusty, young, and proud,  
Adonis' trampling courser doth espy,  
And forth she rushes, snorts, and neighs aloud.  
The strong-necked steed, being tied unto a tree,  
Breaketh his rein, and to her straight goes he.*

*Imperiously he leaps, he neighs, he bounds,  
And now his woven girths he breaks asunder.  
The bearing earth with his hard hoof he wounds,  
Whose hollow womb resounds like heaven's thunder.  
The iron bit he crusheth 'tween his teeth,  
Controlling what he was controllèd with.*

*His ears up-pricked, his braided hanging mane  
Upon his compassed crest now stand on end;  
His nostrils drink the air, and forth again,  
As from a furnace, vapours doth he send.*

*His eye, which scornfully glisters like fire,  
Shows his hot courage and his high desire.*

*Sometime he trots, as if he told the steps,  
With gentle majesty and modest pride.  
Anon he rears upright, curvets, and leaps,  
As who should say, 'Lo, thus my strength is tried,  
And this I do to captivate the eye  
Of the fair breeder that is standing by.'*

*What recketh he his rider's angry stir,  
His flattering 'Holla', or his 'Stand, I say!'  
What cares he now for curb or pricking spur,  
For rich caparisons or trappings gay?  
He sees his love, and nothing else he sees,  
For nothing else with his proud sight agrees.*

*Look when a painter would surpass the life  
In limning out a well proportioned steed,  
His art with nature's workmanship at strife,  
As if the dead the living should exceed:  
So did this horse excel a common one  
In shape, in courage, colour, pace, and bone.*

*Round-hoofed, short-jointed, fetlocks shag and long,  
Broad breast, full eye, small head, and nostril wide,  
High crest, short ears, straight legs, and passing strong;  
Thin mane, thick tail, broad buttock, tender hide—  
Look what a horse should have he did not lack,  
Save a proud rider on so proud a back.*

*Sometime he scuds far off, and there he stares;  
Anon he starts at stirring of a feather.  
To bid the wind a base he now prepares,  
And whe'er he run or fly they know not whether;  
For through his mane and tail the high wind sings,  
Fanning the hairs, who wave like feathered wings.*

*He looks upon his love, and neighs unto her;  
She answers him as if she knew his mind.*

*Being proud, as females are, to see him woo her,  
She puts on outward strangeness, seems unkind,  
Spurns at his love, and scorns the heat he feels,  
Beating his kind embracements with her heels.*

*Then, like a melancholy malcontent,  
He vails his tail that, like a falling plume,  
Cool shadow to his melting buttock lent.  
He stamps, and bites the poor flies in his fume.  
His love, perceiving how he was enraged,  
Grew kinder, and his fury was assuaged.*

*His testy master goeth about to take him,  
When lo, the unbacked breeder, full of fear,  
Jealous of catching, swiftly doth forsake him,  
With her the horse, and left Adonis there.  
As they were mad unto the wood they hie them,  
Outstripping crows that strive to overfly them.*

*All swoll'n with chafing, down Adonis sits,  
Banning his boist'rous and unruly beast;  
And now the happy season once more fits  
That lovesick love by pleading may be blessed;  
For lovers say the heart hath treble wrong  
When it is barred the aidance of the tongue.*

*An oven that is stopped, or river stayed,  
Burneth more hotly, swelleth with more rage.  
So of concealèd sorrow may be said  
Free vent of words love's tire doth assuage.  
But when the heart's attorney once is mute,  
The client breaks, as desperate in his suit.*

*He sees her coming, and begins to glow,  
Even as a dying coal revives with wind,  
And with his bonnet hides his angry brow,  
Looks on the dull earth with disturbèd mind,  
Taking no notice that she is so nigh,  
For all askance he holds her in his eye.*

O, what a sight it was wistly to view  
How she came stealing to the wayward boy,  
To note the fighting conflict of her hue,  
How white and red each other did destroy!  
But now her cheek was pale; and by and by  
It flashed forth fire, as lightning from the sky.  
Now was she just before him as he sat,  
And like a lowly lover down she kneels;  
With one fair hand she heaveth up his hat;  
Her other tender hand his fair cheek feels.  
    His tend'rer cheek receives her soft hand's print  
    As apt as new-fall'n snow takes any dint.

O, what a war of looks was then between them,  
Her eyes petitioners to his eyes suing!  
His eyes saw her eyes as they had not seen them;  
Her eyes wooed still; his eyes disdained the wooing;  
    And all this dumb play had his acts made plain  
    With tears which, chorus-like, her eyes did rain.

Full gently now she takes him by the hand,  
A lily prisoned in a jail of snow,  
Or ivory in an alabaster band;  
So white a friend engirds so white a foe.  
    This beauteous combat, wilful and unwilling,  
    Showed like two silver doves that sit a-billing.

Once more the engine of her thoughts began:  
'O fairest mover on this mortal round,  
Would thou wert as I am, and I a man,  
My heart all whole as thine, thy heart my wound;  
    For one sweet look thy help I would assure thee,  
    Though nothing but my body's bane would cure thee.'

'Give me my hand,' saith he. 'Why dost thou feel it?'  
'Give me my heart,' saith she, 'and thou shalt have it?'  
O, give it me, lest thy hard heart do steel it,  
And, being steeled, soft sighs can never grave it;  
    Then love's deep groans I never shall regard,

*Because Adonis' heart hath made mine hard.'*

*'For shame,' he cries, 'let go, and let me go!  
My day's delight is past; my horse is gone,  
And 'tis your fault I am bereft him so.  
I pray you hence, and leave me here alone;  
For all my mind, my thought, my busy care  
Is how to get my palfrey from the mare.'*

*Thus she replies : 'Thy palfrey, as he should,  
Welcomes the warm approach of sweet desire.  
Affection is a coal that must be cooled,  
Else, suffered, it will set the heart on fire.  
The sea hath bounds, but deep desire hath none;  
Therefore no marvel though thy horse be gone.*

*'How like a jade he stood tied to the tree,  
Servilely mastered with a leathern rein!  
But when he saw his love, his youth's fair fee,  
He held such petty bondage in disdain,  
Throwing the base thong from his bending crest,  
Enfranchising his mouth, his back, his breast.*

*'Who sees his true-love in her naked bed,  
Teaching the sheets a whiter hue than white,  
But when his glutton eye so full hath fed  
His other agents aim at like delight?  
Who is so faint that dares not be so bold  
To touch the tire, the weather being cold?*

*'Let me excuse thy courser, gentle boy;  
And learn of him, I heartily beseech thee,  
To take advantage on presented joy.  
Though I were dumb, yet his proceedings teach thee.  
O, learn to love! The lesson is but plain,  
And, once made perfect, never lost again.'*

*'I know not love,' quoth he, 'nor will not know it,  
Unless it be a boar, and then I chase it.  
'Tis much to borrow, and I will not owe it.*

*My love to love is love but to disgrace it;  
For I have heard it is a life in death,  
That laughs and weeps, and all but with a breath.*

*'Who wears a garment shapeless and unfinished?  
Who plucks the bud before one leaf put forth?  
If springing things be any jot diminished,  
They wither in their prime, prove nothing worth.  
The colt that's backed and burdened being young,  
Loseth his pride, and never waxeth strong.*

*'You hurt my hand with wringing. Let us part,  
And leave this idle theme, this bootless chat.  
Remove your siege from my unyielding heart;  
To love's alarms it will not ope the gate.  
Dismiss your vows, your feigned tears, your flatt'ry;  
For where a heart is hard they make no batt'ry.'*

*'What, canst thou talk?' quoth she. 'Hast thou a tongue?  
O, would thou hadst not, or I had no hearing!  
Thy mermaid's voice hath done me double wrong.  
I had my load before, now pressed with bearing:  
Melodious discord, heavenly tune harsh sounding,  
Ears' deep-sweet music, and heart's deep-sore wounding.*

*'Had I no eyes but ears, my ears would love  
That inward beauty and invisible;  
Or were I deaf, thy outward parts would move  
Each part in me that were but sensible.  
Though neither eyes nor ears to hear nor see,  
Yet should I be in love by touching thee.*

*'Say that the sense of feeling were bereft me,  
And that I could not see, nor hear, nor touch,  
And nothing but the very smell were left me,  
Yet would my love to thee be still as much;  
For from the stillitory of thy face excelling  
Comes breath perfumed, that breedeth love by smelling.*

*'But O, what banquet wert thou to the taste,*

*Being nurse and feeder of the other four!  
Would they not wish the feast might ever last  
And bid suspicion double-lock the door  
Lest jealousy, that sour unwelcome guest,  
Should by his stealing-in disturb the feast?’*

*Once more the ruby-coloured portal opened  
Which to his speech did honey passage yield,  
Like a red morn that ever yet betokened  
Wrack to the seaman, tempest to the field,  
Sorrow to shepherds, woe unto the birds,  
Gusts and foul flaws to herdmen and to herds.*

*This ill presage advisedly she marketh.  
Even as the wind is hushed before it raineth,  
Or as the wolf doth grin before he barketh,  
Or as the berry breaks before it staineth,  
Or like the deadly bullet of a gun,  
His meaning struck her ere his words begun,*

*And at his look she flatly falleth down,  
For looks kill love, and love by looks reviveth;  
A smile recures the wounding of a frown,  
But blessèd bankrupt that by loss so thriveeth!  
The silly boy, believing she is dead,  
Claps her pale cheek till clapping makes it red,*

*And, all amazed, brake off his late intent,  
For sharply he did think to reprehend her,  
Which cunning love did wittily prevent.  
Fair fall the wit that can so well defend her!  
For on the grass she lies as she were slain,  
Till his breath breatheth life in her again.*

*He wrings her nose, he strikes her on the cheeks,  
He bends her fingers, holds her pulses hard;  
He chafes her lips; a thousand ways he seeks  
To mend the hurt that his unkindness marred.  
He kisses her; and she, by her good will,  
Will never rise, so he will kiss her still.*



*The night of sorrow now is turned to day.  
Her two blue windows faintly she upheaveth,  
Like the fair sun when, in his fresh array,  
He cheers the morn, and all the earth relieveth;  
And as the bright sun glorifies the sky,  
So is her face illumined with her eye,*

*Whose beams upon his hairless face are fixed,  
As if from thence they borrowed all their shine.  
Were never four such lamps together mixed,  
Had not his clouded with his brow's repine.  
But hers, which through the crystal tears gave light,  
Shone like the moon in water seen by night.*

*'O, where am I?' quoth she; 'in earth or heaven,  
Or in the ocean drenched, or in the fire?  
What hour is this: or morn or weary even?  
Do I delight to die, or life desire?  
But now I lived, and life was death's annoy;  
But now I died, and death was lively joy.*

*'O, thou didst kill me; kill me once again!  
Thy eyes' shrewd tutor, that hard heart of thine,  
Hath taught them scornful tricks, and such disdain  
That they have murdered this poor heart of mine,  
And these mine eyes, true leaders to their queen,  
But for thy piteous lips no more had seen.*

*'Long may they kiss each other, for this cure!  
O, never let their crimson liveries wear,  
And as they last, their verdure still endure  
To drive infection from the dangerous year,  
That the star-gazers, having writ on death,  
May say the plague is banished by thy breath!*

*'Pure lips, sweet seals in my soft lips imprinted,  
What bargains may I make still to be sealing?  
To sell myself I can be well contented,  
So thou wilt buy, and pay, and use good dealing;*

*Which purchase if thou make, for fear of slips  
Set thy seal manual on my wax-red lips.*

*'A thousand kisses buys my heart from me;  
And pay them at thy leisure, one by one.  
What is ten hundred touches unto thee?  
Are they not quickly told, and quickly gone?  
Say for non-payment that the debt should double,  
Is twenty hundred kisses such a trouble?'*

*'Fair queen,' quoth he, 'if any love you owe me,  
Measure my strangeness with my unripe years.  
Before I know myself, seek not to know me.  
No fisher but the ungrown fry forbears.  
The mellow plum doth fall, the green sticks fast,  
Or, being early plucked, is sour to taste.*

*'Look, the world's comforter with weary gait  
His day's hot task hath ended in the west.  
The owl, night's herald, shrieks 'tis very late;  
The sheep are gone to fold, birds to their nest,  
And coal-black clouds, that shadow heaven's light,  
Do summon us to part and bid good night.*

*'Now let me say good night, and so say you.  
If you will say so, you shall have a kiss.'  
'Good night,' quoth she; and ere he says adieu  
The honey fee of parting tendered is.  
Her arms do lend his neck a sweet embrace.  
Incorporate then they seem; face grows to face,*

*Till breathless he disjoined, and backward drew  
The heavenly moisture, that sweet coral mouth,  
Whose precious taste her thirsty lips well knew,  
Whereon they surfeit, yet complain on drought.  
He with her plenty pressed, she faint with dearth,  
Their lips together glued, fall to the earth.*

*Now quick desire hath caught the yielding prey,  
And glutton-like she feeds, yet never filleth.*

*Her lips are conquerors, his lips obey,  
Paying what ransom the insulter willeth,  
Whose vulture thought doth pitch the price so high  
That she will draw his lips' rich treasure dry,*

*And, having felt the sweetness of the spoil,  
With blindfold fury she begins to forage.  
Her face doth reek and smoke, her blood doth boil,  
And careless lust stirs up a desperate courage,  
Planting oblivion, beating reason back,  
Forgetting shame's pure blush and honour's wrack.*

*Hot, faint, and weary with her hard embracing,  
Like a wild bird being tamed with too much handling,  
Or as the fleet-foot roe that's tired with chasing,  
Or like the froward infant stilled with dandling,  
He now obeys, and now no more resisteth,  
While she takes all she can, not all she listeth.*

*What wax so frozen but dissolves with temp'ring  
And yields at last to every light impression?  
Things out of hope are compassed oft with vent'ring,  
Chiefly in love, whose leave exceeds commission.  
Affection faints not, like a pale-faced coward,  
But then woos best when most his choice is froward.*

*When he did frown, O, had she then gave over,  
Such nectar from his lips she had not sucked.  
Foul words and frowns must not repel a lover.  
What though the rose have prickles, yet 'tis plucked!  
Were beauty under twenty locks kept fast,  
Yet love breaks through, and pikes them all at last.*

*For pity now she can no more detain him.  
The poor fool prays her that he may depart.  
She is resolved no longer to restrain him,  
Bids him farewell, and look well to her heart,  
The which, by Cupid's bow she doth protest,  
He carries thence encaged in his breast.*

*'Sweet boy,' she says, 'this night I'll waste in sorrow,  
For my sick heart commands mine eyes to watch.  
Tell me, love's master, shall we meet tomorrow?  
Say, shall we, shall we? Wilt thou make the match?'*  
    *He tells her no, tomorrow he intends  
    To hunt the boar with certain of his friends.*

*'The boar!' quoth she; whereat a sudden pale,  
Like lawn being spread upon the blushing rose,  
Usurps her cheek. She trembles at his tale,  
And on his neck her yoking arms she throws.  
    She sinketh down, still hanging by his neck.  
    He on her belly falls, she on her back.*

*Now is she in the very lists of love,  
Her champion mounted for the hot encounter.  
All is imaginary she doth prove.  
He will not manage her, although he mount her,  
    That worse than Tantalus' is her annoy,  
    To clip Elysium, and to lack her joy.*

*Even so poor birds, deceived with painted grapes,  
Do surfeit by the eye, and pine the maw;  
Even so she languisheth in her mishaps  
As those poor birds that helpless berries saw.  
    The warm effects which she in him finds missing  
    She seeks to kindle with continual kissing.*

*But all in vain, good queen! It will not be.  
She hath assayed as much as may be proved;  
Her pleading hath deserved a greater fee:  
She's Love; she loves; and yet she is not loved.  
    'Fie, fie,' he says, 'you crush me. Let me go.  
    You have no reason to withhold me so.'*

*'Thou hadst been gone,' quoth she, 'sweet boy, ere this,  
But that thou told'st me thou wouldst hunt the boar.  
O, be advised; thou know'st not what it is  
With javelin's point a churlish swine to gore,*

*Whose tushes, never sheathed, he whetteth still,  
Like to a mortal butcher, bent to kill.*

*'On his bow-back he hath a battle set  
Of bristly pikes that ever threat his foes.  
His eyes like glow-worms shine; when he doth fret  
His snout digs sepulchres where'er he goes.  
Being moved, he strikes, whate'er is in his way,  
And whom he strikes his crooked tushes slay.*

*'His brawny sides with hairy bristles armed  
Are better proof than thy spear's point can enter.  
His short thick neck cannot be easily harmed.  
Being ireful, on the lion he will venture.  
The thorny brambles and embracing bushes,  
As fearful of him, part; through whom he rushes*

*'Alas, he naught esteems that face of thine,  
To which love's eyes pays tributary gazes,  
Nor thy soft hands, sweet lips, and crystal eyne,  
Whose full perfection all the world amazes;  
But having thee at vantage —wondrous dread!—  
Would root these beauties as he roots the mead.*

*'O, let him keep his loathsome cabin still.  
Beauty hath naught to do with such foul fiends.  
Come not within his danger by thy will.  
They that thrive well take counsel of their friends.  
When thou didst name the boar, not to dissemble,  
I feared thy fortune, and my joints did tremble.*

*'Didst thou not mark my face? Was it not white?  
Sawest thou not signs of fear lurk in mine eye?  
Grew I not faint, and fell I not downright?  
Within my bosom, whereon thou dost lie,  
My boding heart pants, beats, and takes no rest,  
But like an earthquake shakes thee on my breast.*

*'For where love reigns, disturbing jealousy  
Doth call himself affection's sentinel,*

*Gives false alarms, suggesteth mutiny,  
And in a peaceful hour doth cry, "Kill, killl",  
Distemp'ring gentle love in his desire,  
As air and water do abate the fire.*

*'This sour informer, this bate-breeding spy,  
This canker that eats up love's tender spring,  
This carry-tale, dissentious jealousy,  
That sometime true news, sometime false doth bring,  
Knocks at my heart, and whispers in mine ear  
That if I love thee, I thy death should fear;*

*'And, more than so, presenteth to mine eye  
The picture of an angry chafing boar,  
Under whose sharp fangs on his back doth lie  
An image like thyself, all stained with gore,  
Whose blood upon the fresh flowers being shed  
Doth make them droop with grief, and hang the head.*

*'What should I do, seeing thee so indeed,  
That tremble at th'imagination?  
The thought of it doth make my faint heart bleed,  
And fear doth teach it divination.  
I prophesy thy death, my living sorrow,  
If thou encounter with the boar tomorrow.*

*'But if thou needs wilt hunt, be ruled by me:  
Uncouple at the timorous fliying hare,  
Or at the fox which lives by subtlety,  
Or at the roe which no encounter dare.  
Pursue these fearful creatures o'er the downs,  
And on thy well-breathed horse keep with thy hounds.*

*'And when thou hast on foot the purblind hare,  
Mark the poor wretch, to overshoot his troubles,  
How he outruns the wind, and with what care  
He cranks and crosses with a thousand doubles.  
The many musits through the which he goes  
Are like a labyrinth to amaze his foes.*

*'Sometime he runs among a flock of sheep  
To make the cunning hounds mistake their smell,  
And sometime where earth-delving conies keep,  
To stop the loud pursuers in their yell;  
And sometime sorteth with a herd of deer.  
Danger deviseth shifts; wit waits on fear.*

*'For there his smell with others being mingled,  
The hot scent-snuffing hounds are driven to doubt,  
Ceasing their clamorous cry till they have singled,  
With much ado, the cold fault cleanly out.  
Then do they spend their mouths. Echo replies,  
As if another chase were in the skies.*

*'By this, poor Wat, far off upon a hill,  
Stands on his hinder legs with list'ning ear,  
To hearken if his foes pursue him still.  
Anon their loud alarums he doth hear,  
And now his grief may be comparèd well  
To one sore sick that hears the passing-bell.*

*'Then shalt thou see the dew-bedabbled wretch  
Turn, and return, indenting with the way.  
Each envious brier his weary legs do scratch;  
Each shadow makes him stop, each murmur stay;  
For misery is trodden on by many,  
And, being low, never relieved by any.*

*'Lie quietly, and hear a little more;  
Nay, do not struggle, for thou shalt not rise.  
To make thee hate the hunting of the boar  
Unlike myself thou hear'st me moralize,  
Applying this to that, and so to so,  
For love can comment upon every woe.*

*'Where did I leave?' 'No matter where,' quoth he;  
'Leave me, and then the story aptly ends.  
The night is spent.' 'Why what of that?' quoth she.  
'I am,' quoth he, 'expected of my friends,*

*And now 'tis dark, and going I shall fall.'*  
*'In night,' quoth she, 'desire sees best of all.'*

*'But if thou fall, O, then imagine this:  
The earth, in love with thee, thy footing trips,  
And all is but to rob thee of a kiss.  
Rich preys make true men thieves; so do thy lips  
Make modest Dian cloudy and forlorn  
Lest she should steal a kiss, and die forsworn.'*

*'Now of this dark night I perceive the reason.  
Cynthia, for shame, obscures her silver shine  
Till forging nature be condemned of treason  
For stealing moulds from heaven, that were divine,  
Wherein she framed thee, in high heaven's despite,  
To shame the sun by day and her by night.'*

*'And therefore hath she bribed the destinies  
To cross the curious workmanship of nature,  
To mingle beauty with infirmities,  
And pure perfection with impure defeature,  
Making it subject to the tyranny  
Of mad mischances and much misery;  
'As burning fevers, agues pale and faint,  
Life-poisoning pestilence, and frenzies wood,  
The marrow-eating sickness whose attaint  
Disorder breeds by heating of the blood;  
Surfeits, impostumes, grief, and damned despair  
Swear nature's death for framing thee so fair.'*

*'And not the least of all these maladies  
But in one minute's fight brings beauty under.  
Both favour, savour, hue, and qualities,  
Whereat th'impartial gazer late did wonder,  
Are on the sudden wasted, thawed, and done,  
As mountain snow melts with the midday sun.'*

*'Therefore, despite of fruitless chastity,  
Love-lacking vestals and self-loving nuns,  
That on the earth would breed a scarcity*



*And barren dearth of daughters and of sons,  
Be prodigal. The lamp that burns by night  
Dries up his oil to lend the world his light.*

*‘What is thy body but a swallowing grave,  
Seeming to bury that posterity  
Which, by the rights of time, thou needs must have  
If thou destroy them not in dark obscurity?  
If so, the world will hold thee in disdain,  
Sith in thy pride so fair a hope is slain.*

*‘So in thyself thyself art made away,  
A mischief worse than civil, home-bred strife,  
Or theirs whose desperate hands themselves do slay,  
Or butcher sire that reaves his son of life.  
Foul cank’ring rust the hidden treasure frets,  
But gold that’s put to use more gold begets.’*

*‘Nay, then,’ quoth Adon, ‘You will fall again  
Into your idle, over-handled theme.  
The kiss I gave you is bestowed in vain,  
And all in vain you strive against the stream;  
For, by this black-faced night, desire’s foul nurse,  
Your treatise makes me like you worse and worse.*

*‘If love have lent you twenty thousand tongues,  
And every tongue more moving than your own,  
Bewitching like the wanton mermaid’s songs,  
Yet from mine ear the tempting tune is blown;  
For know, my heart stands armèd in mine ear,  
And will not let a false sound enter there,*

*‘Lest the deceiving harmony should run  
Into the quiet closure of my breast,  
And then my little heart were quite undone,  
In his bedchamber to be barred of rest.  
No, lady, no. My heart longs not to groan,  
But soundly sleeps, while now it sleeps alone.*

*‘What have you urged that I cannot reprove?’*

*The path is smooth that leadeth on to danger.  
I hate not love, but your device in love,  
That lends embracements unto every stranger.  
    You do it for increase—O strange excuse,  
    When reason is the bawd to lust's abuse!*

*'Call it not love, for love to heaven is fled  
Since sweating lust on earth usurped his name,  
Under whose simple semblance he hath fed  
Upon fresh beauty, blotting it with blame;  
    Which the hot tyrant stains, and soon bereaves,  
    As caterpillars do the tender leaves.*

*'Love comforteth, like sunshine after rain,  
But lust's effect is tempest after sun.  
Love's gentle spring doth always fresh remain;  
Lust's winter comes ere summer half be done.  
    Love surfeits not; lust like a glutton dies.  
    Love is all truth, lust full of forgèd lies.*

*'More I could tell, but more I dare not say;  
The text is old, the orator too green.  
Therefore in sadness now I will away;  
My face is full of shame, my heart of teen.  
    Mine ears that to your wanton talk attended  
    Do burn themselves for having so offended.'*

*With this he breaketh from the sweet embrace  
Of those fair arms which bound him to her breast,  
And homeward through the dark laund runs apace,  
Leaves love upon her back, deeply distressed.  
    Look how a bright star shooteth from the sky,  
    So glides he in the night from Venus' eye,*

*Which after him she darts, as one on shore  
Gazing upon a late-embarkèd friend  
Till the wild waves will have him seen no more,  
Whose ridges with the meeting clouds contend.  
    So did the merciless and pitchy night  
    Fold in the object that did feed her sight.*

*Whereat amazed, as one that unaware  
Hath dropped a precious jewel in the flood,  
Or stonished, as night wand'ers often are,  
Their light blown out in some mistrustful wood:  
Even so, confounded in the dark she lay,  
Having lost the fair discovery of her way.*

*And now she beats her heart, whereat it groans,  
That all the neighbour caves, as seeming troubled,  
Make verbal repetition of her moans;  
Passion on passion deeply is redoubled.  
'Ay me,' she cries, and twenty times 'Woe, woe!'  
And twenty echoes twenty times cry so.*

*She, marking them, begins a wailing note,  
And sings extemporally a woeful ditty,  
How love makes young men thrall, and old men dote,  
How love is wise in folly, foolish-witty.  
Her heavy anthem still concludes in woe,  
And still the choir of echoes answer so.*

*Her song was tedious, and outwore the night;  
For lovers' hours are long, though seeming short.  
If pleased themselves, others, they think, delight  
In such-like circumstance, with such-like sport.  
Their copious stories oftentimes begun  
End without audience, and are never done.*

*For who hath she to spend the night withal  
But idle sounds resembling parasites,  
Like shrill-tongued tapsters answering every call,  
Soothing the humour of fantastic wits?  
She says "'Tis so'; they answer all "'Tis so',  
And would say after her, if she said 'No'.*

*Lo, here the gentle lark, weary of rest,  
From his moist cabinet mounts up on high  
And wakes the morning, from whose silver breast  
The sun ariseth in his majesty,*

*Who doth the world so gloriously behold  
That cedar tops and hills seem burnished gold.*

*Venus salutes him with this fair good-morrow:  
'O thou clear god, and patron of all light,  
From whom each lamp and shining star doth borrow  
The beauteous influence that makes him bright:  
There lives a son that sucked an earthly mother  
May lend thee light, as thou dost lend to other.'*

*This said, she hasteth to a myrtle grove,  
Musing the morning is so much o'erworn  
And yet she hears no tidings of her love.  
She hearkens for his hounds, and for his horn.  
Anon she hears them chant it lustily,  
And all in haste she coasteth to the cry.*

*And as she runs, the bushes in the way  
Some catch her by the neck, some kiss her face,  
Some twine about her thigh to make her stay.  
She wildly breaketh from their strict embrace,  
Like a milch doe whose swelling dugs do ache,  
Hasting to feed her fawn bid in some brake.*

*By this she hears the hounds are at a bay,  
Whereat she starts, like one that spies an adder  
Wreathed up in fatal folds just in his way,  
The fear whereof doth make him shake and shudder;  
Even so the timorous yelping of the hounds  
Appals her senses, and her spirit confounds.*

*For now she knows it is no gentle chase,  
But the blunt boar, rough bear, or lion proud,  
Because the cry remaineth in one place,  
Where fearfully the dogs exclaim aloud.  
Finding their enemy to be so curst,  
They all strain court'sy who shall cope him first.*

*This dismal cry rings sadly in her ear,  
Through which it enters to surprise her heart,*

*Who, overcome by doubt and bloodless fear,  
With cold-pale weakness numbs each feeling part;  
Like soldiers when their captain once doth yield,  
They basely fly, and dare not stay the field.*

*Thus stands she in a trembling ecstasy,  
Till, cheering up her senses all dismayed,  
She tells them 'tis a causeless fantasy  
And childish error that they are afraid;  
Bids them leave quaking, bids them fear no more;  
And with that word she spied the hunted boar,*

*Whose frothy mouth, bepainted all with red,  
Like milk and blood being mingled both together,  
A second fear through all her sinews spread,  
Which madly hurries her, she knows not whither.  
This way she runs, and now she will no further,  
But back retires to rate the boar for murder.*

*A thousand spleens bear her a thousand ways.  
She treads the path that she untreads again.  
Her more than haste is mated with delays,  
Like the proceedings of a drunken brain,  
Full of respects, yet naught at all respecting;  
In hand with all things, naught at all effecting.  
Here kennelled in a brake she finds a hound,  
And asks the weary caitiff for his master;  
And there another licking of his wound,  
'Gainst venom'd sores the only sovereign plaster.  
And here she meets another, sadly scowling,  
To whom she speaks; and he replies with howling.*

*When he hath ceased his ill-resounding noise,  
Another flap-mouthed mourner, black and grim,  
Against the welkin volleys out his voice.  
Another, and another, answer him,  
Clapping their proud tails to the ground below,  
Shaking their scratched ears, bleeding as they go.*

*Look how the world's poor people are amazed*

*At apparitions, signs, and prodigies,  
Whereon with fearful eyes they long have gazed,  
Infusing them with dreadful prophecies:  
So she at these sad signs draws up her breath,  
And, sighing it again, exclaims on death.*

*'Hard-favoured tyrant, ugly, meagre, lean,  
Hateful divorce of love'—thus chides she death;  
'Grim-grinning ghost, earth's worm: what dost thou mean  
To stifle beauty, and to steal his breath  
Who, when he lived, his breath and beauty set  
Gloss on the rose, smell to the violet?*

*'If he be dead—O no, it cannot be,  
Seeing his beauty, thou shouldst strike at it.  
O yes, it may; thou hast no eyes to see,  
But hatefully, at random dost thou hit.  
Thy mark is feeble age; but thy false dart  
Mistakes that aim, and cleaves an infant's heart.*

*'Hadst thou but bid beware, then he had spoke,  
And, hearing him, thy power had lost his power.  
The destinies will curse thee for this stroke.  
They bid thee crop a weed; thou pluck'st a flower.  
Love's golden arrow at him should have fled,  
And not death's ebon dart to strike him dead.*

*'Dost thou drink tears, that thou provok'st such weeping?  
What may a heavy groan advantage thee?  
Why hast thou cast into eternal sleeping  
Those eyes that taught all other eyes to see?  
Now nature cares not for thy mortal vigour,  
Since her best work is ruined with thy rigour.'*

*Here overcome, as one full of despair,  
She vailed her eyelids, who like sluices stopped  
The crystal tide that from her two cheeks fair  
In the sweet channel of her bosom dropped.  
But through the flood-gates breaks the silver rain,  
And with his strong course opens them again.*

O, how her eyes and tears did lend and borrow!  
Her eye seen in the tears, tears in her eye,  
Both crystals, where they viewed each other's sorrow:  
Sorrow, that friendly sighs sought still to dry,  
    But, like a stormy day, now wind, now rain,  
    Sighs dry her cheeks, tears make them wet again.

Variable passions throng her constant woe,  
As striving who should best become her grief.  
All entertained, each passion labours so  
That every present sorrow seemeth chief,  
    But none is best. Then join they all together,  
    Like many clouds consulting for foul weather.

By this, far off she hears some huntsman hollo;  
A nurse's song ne'er pleased her babe so well.  
The dire imagination she did follow  
This sound of hope doth labour to expel;  
    For now reviving joy bids her rejoice  
    And flatters her it is Adonis' voice.

Whereat her tears began to turn their tide,  
Being prisoned in her eye like pearls in glass;  
Yet sometimes falls an orient drop beside,  
Which her cheek melts, as scorning it should pass  
    To wash the foul face of the sluttish ground,  
    Who is but drunken when she seemeth drowned.

O hard-believing love—how strange it seems  
Not to believe, and yet too credulous!  
Thy weal and woe are both of them extremes.  
Despair, and hope, makes thee ridiculous.  
    The one doth flatter thee in thoughts unlikely;  
    In likely thoughts the other kills thee quickly.

Now she unweaves the web that she hath wrought.  
Adonis lives, and death is not to blame.  
It was not she that called him all to naught.  
Now she adds honours to his hateful name.

*She clepes him king of graves, and grave for kings,  
Imperious supreme of all mortal things.*

*'No, no,' quoth she, 'sweet death, I did but jest.  
Yet pardon me, I felt a kind of fear  
Whenas I met the boar, that bloody beast,  
Which knows no pity, but is still severe.  
Then, gentle shadow—truth I must confess—  
I railed on thee, fearing my love's decease.*

*'Tis not my fault; the boar provoked my tongue.  
Be wreaked on him, invisible commander.  
'Tis he, foul creature, that hath done thee wrong.  
I did but act; he's author of thy slander.  
Grief hath two tongues, and never woman yet  
Could rule them both, without ten women's wit.'*

*Thus, hoping that Adonis is alive,  
Her rash suspect she doth extenuate,  
And, that his beauty may the better thrive,  
With death she humbly doth insinuate;  
Tells him of trophies, statues, tombs; and stories  
His victories, his triumphs, and his glories.*

*'O Jove,' quoth she, 'how much a fool was I  
To be of such a weak and silly mind  
To wall his death who lives, and must not die  
Till mutual overthrow of mortal kind?  
For he being dead, with him is beauty slain,  
And beauty dead, black chaos comes again.*

*'Fie, fie, fond love, thou art as full of fear  
As one with treasure laden, hemmed with thieves.  
Trifles unwitnessèd with eye or ear  
Thy coward heart with false bethinking grieves.'  
Even at this word she hears a merry horn,  
Whereat she leaps, that was but late forlorn.*

*As falcons to the lure, away she flies.  
The grass stoops not, she treads on it so light;*



*And in her haste unfortunately spies  
The foul boar's conquest on her fair delight;  
Which seen, her eyes, as murdered with the view,  
Like stars ashamed of day, themselves withdrew.*

*Or as the snail, whose tender horns being hit  
Shrinks backward in his shelly cave with pain,  
And there, all smothered up, in shade doth sit,  
Long after fearing to creep forth again;  
So at his bloody view her eyes are fled  
Into the deep dark cabins of her head,*

*Where they resign their office and their light  
To the disposing of her troubled brain,  
Who bids them still consort with ugly night,  
And never wound the heart with looks again,  
Who, like a king perplexèd in his throne,  
By their suggestion gives a deadly groan,*

*Whereat each tributary subject quakes,  
As when the wind, imprisoned in the ground,  
Struggling for passage, earth's foundation shakes,  
Which with cold terror doth men's mind confound.  
This mutiny each part doth so surprise  
That from their dark beds once more leap her eyes,*

*And, being opened, threw unwilling light  
Upon the wide wound that the boar had trenched  
In his soft flank, whose wonted lily-white  
With purple tears that his wound wept was drenched.  
No flower was nigh, no grass, herb, leaf, or weed,  
But stole his blood, and seemed with him to bleed.*

*This solemn sympathy poor Venus noteth.  
Over one shoulder doth she hang her head.  
Dumbly she passions, frantically she doteth.  
She thinks he could not die, he is not dead.  
Her voice is stopped, her joints forget to bow,  
Her eyes are mad that they have wept till now.*

*Upon his hurt she looks so steadfastly  
That her sight, dazzling, makes the wound seem three;  
And then she reprehends her mangling eye,  
That makes more gashes where no breach should be.  
His face seems twain; each several limb is doubled;  
For oft the eye mistakes, the brain being troubled.*

*'My tongue cannot express my grief for one,  
And yet,' quoth she, 'behold two Adons dead!  
My sighs are blown away, my salt tears gone,  
Mine eyes are turned to fire, my heart to lead.  
Heavy heart's lead, melt at mine eyes' red fire!  
So shall I die by drops of hot desire.*

*'Alas, poor world, what treasure hast thou lost,  
What face remains alive that's worth the viewing?  
Whose tongue is music now? What canst thou boast  
Of things long since, or anything ensuing?  
The flowers are sweet, their colours fresh and trim;  
But true sweet beauty lived and died with him.*

*'Bonnet nor veil henceforth no creature wear:  
Nor sun nor wind will ever strive to kiss you.  
Having no fair to lose, you need not fear.  
The sun doth scorn you, and the wind doth hiss you.  
But when Adonis lived, sun and sharp air  
Lurked like two thieves to rob him of his fair;*

*'And therefore would he put his bonnet on,  
Under whose brim the gaudy sun would peep.  
The wind would blow it off, and, being gone,  
Play with his locks; then would Adonis weep,  
And straight, in pity of his tender years,  
They both would strive who first should dry his tears.*

*'To see his face the lion walked along  
Behind some hedge, because he would not fear him.  
To recreate himself when he hath sung,  
The tiger would be tame, and gently hear him.*

*If he had spoke, the wolf would leave his prey,  
And never fright the silly lamb that day.*

*'When he beheld his shadow in the brook,  
The fishes spread on it their golden gills.  
When he was by, the birds such pleasure took  
That some would sing, some other in their bills  
    Would bring him mulberries and ripe-red cherries.  
    He fed them with his sight, they him with berries.*

*'But this foul, grim, and urchin-snouted boar,  
Whose downward eye still looketh for a grave,  
Ne'er saw the beauteous livery that he wore:  
Witness the entertainment that he gave.  
    If he did see his face, why then, I know  
    He thought to kiss him, and hath killed him so.*

*'Tis true, 'tis true; thus was Adonis slain;  
He ran upon the boar with his sharp spear,  
Who did not whet his teeth at him again,  
But by a kiss thought to persuade him there,  
    And, nuzzling in his flank, the loving swine  
    Sheathed unaware the tusk in his soft groin.*

*'Had I been toothed like him, I must confess  
With kissing him I should have killed him first;  
But he is dead, and never did he bless  
My youth with his, the more am I accursed.'  
    With this she falleth in the place she stood,  
    And stains her face with his congealèd blood.*

*She looks upon his lips, and they are pale.  
She takes him by the hand, and that is cold.  
She whispers in his ears a heavy tale,  
As if they heard the woeful words she told.  
    She lifts the coffer-lids that close his eyes,  
    Where lo, two lamps burnt out in darkness lies;*

*Two glasses, where herself herself beheld  
A thousand times, and now no more reflect,*

*Their virtue lost, wherein they late excelled,  
And every beauty robbed of his effect.  
‘Wonder of time,’ quoth she, ‘this is my spite,  
That, thou being dead, the day should yet be light.*

*‘Since thou art dead, lo, here I prophesy  
Sorrow on love hereafter shall attend.  
It shall be waited on with jealousy,  
Find sweet beginning, but unsavoury end;  
Ne’er settled equally, but high or low,  
That all love’s pleasure shall not match his woe.*

*‘It shall be fickle, false, and full of fraud,  
Bud, and be blasted, in a breathing-while:  
The bottom poison, and the top o’erstrawed  
With sweets that shall the truest sight beguile.  
The strongest body shall it make most weak,  
Strike the wise dumb, and teach the fool to speak.*

*‘It shall be sparing, and too full of riot,  
Teaching decrepit age to tread the measures.  
The staring ruffian shall it keep in quiet,  
Pluck down the rich, enrich the poor with treasures;  
It shall be raging-mad, and silly-mild;  
Make the young old, the old become a child.*

*‘It shall suspect where is no cause of fear;  
It shall not fear where it should most mistrust.  
It shall be merciful, and too severe,  
And most deceiving when it seems most just.  
Perverse it shall be where it shows most toward,  
Put fear to valour, courage to the coward.*

*‘It shall be cause of war and dire events,  
And set dissension ’twixt the son and sire;  
Subject and servile to all discontents,  
As dry combustious matter is to fire.  
Sith in his prime death doth my love destroy,  
They that love best their loves shall not enjoy.’*

*By this, the boy that by her side lay killed  
Was melted like a vapour from her sight,  
And in his blood that on the ground lay spilled  
A purple flower sprung up, chequered with white,  
Resembling well his pale cheeks, and the blood  
Which in round drops upon their whiteness stood.*

*She bows her head the new-sprung flower to smell,  
Comparing it to her Adonis' breath,  
And says within her bosom it shall dwell,  
Since he himself is reft from her by death.  
She crops the stalk, and in the breath appears  
Green-dropping sap, which she compares to tears.*

*'Poor flower,' quoth she, 'this was thy father's guise—  
Sweet issue of a more sweet-smelling sire—  
For every little grief to wet his eyes.  
To grow unto himself was his desire,  
And so 'tis thine; but know it is as good  
To wither in my breast as in his blood.*

*'Here was thy father's bed, here in my breast.  
Thou art the next of blood, and 'tis thy right.  
Lo, in this hollow cradle take thy rest;  
My throbbing heart shall rock thee day and night.  
There shall not be one minute in an hour  
Wherein I will not kiss my sweet love's flower.'*

*Thus, weary of the world, away she hies,  
And yokes her silver doves, by whose swift aid  
Their mistress, mounted, through the empty skies  
In her light chariot quickly is conveyed,  
Holding their course to Paphos, where their queen  
Means to immure herself, and not be seen.*



*Vilia miretur vulgus: mihi flavus Apollo  
Pocula Castalia plena ministret aqua.*

## AL MUY HONORABLE

Enrique Wriothsesley, conde de Southampton  
y barón de Titchfield

Muy honorable, espero no ofenderos en modo alguno al dedicaros, señor, estos imperfectos versos, así como espero que el mundo no censure mi elección de un sostén tan robusto para tan endeble carga; y, por poco que vuestro honor se sienta satisfecho, me tendré por sumamente afortunado y me dispondré a emplear todo mi tiempo ocioso en obsequiaros con obras de más calado. Mas si el primogénito de mi invención resultara deforme, me reprocharé siempre haberle dado un padrino tan noble y jamás volveré a sembrar en tierra tan baldía, temiendo que todas sean malas cosechas. A vuestro elevado juicio y a vuestra gracia lo someto para deleite de vuestro espíritu, con la esperaza de que esté a la altura de vuestros deseos y de las expectativas del mundo.

Siempre al servicio de vuestro honor,  
WILLIAM SHAKESPEARE

Tan pronto el sol de enrojecida faz  
dejó gimiendo atrás a la alborada,  
el rozagante Adonis fue a cazar  
pues ríe del amor y ama la caza.

Turbada, Venus, le salió al camino  
con firme decisión de seducirlo.

«Tres veces», empezó, «más que yo hermoso,  
flor cardinal, dulzura que se impone,  
palomo blanco, más que rosa rojo,  
baldón de ninfas, gustas más que un hombre.

Natura, que te hizo, a riesgo suyo  
juró que con tu vida acaba el mundo.

»Alivia, oh maravilla, a tu caballo  
y ata su noble testa a la montura.  
Si tú me concedieras esto, a cambio,  
la miel de mil secretos será tuya.

Aquí, que no hay serpientes, toma asiento  
y deja que te colme con mis besos.

»Mas sin saciar tus labios, de tal modo  
que sientan aún más hambre en la abundancia  
y pasen sin cesar del blanco al rojo:  
que un beso dure diez y veinte, nada;  
en lides tan traviesas y gozosas,  
se esfuma un día de estío en una hora.»

Le toma, aquí, la palma, y al sudor,  
que es signo del vigor de las personas,  
lo llama, estremecida de pasión,  
ungüento terrenal para una diosa.

Es tal su ardor y su deseo, tanto,  
que tira de él y logra desmontarlo.

Sofrena con un brazo el recio potro  
y tiene bajo el otro al tierno joven  
que con desdén se ofusca y frunce el morro,  
sin brío ni apetito de deporte;  
ardiendo en llamas ella, rojo fuego,

y él, rojo de vergüenza, como un hielo.

Ella ata aprisa al nudo de una rama  
la brida ornada. ¡Raudo es el amor!  
Atado está el caballo y ya se afana  
por sujetar a quien lo cabalgó.

Y aunque es más fuerte que él y lo derriba,  
no logra someterlo a su lascivia.

Ni bien lo ve en el suelo está a su vera,  
cadera con cadera y codo a codo;  
le roza la mejilla y él protesta,  
mas ella lo silencia poco a poco,  
hablando en besos de una lengua rota:  
«Protesta y no abrirás ya más la boca».

Él arde de vergüenza y ella alivia  
sus núbiles mejillas con sus lágrimas  
que trata luego, con lo que suspira  
y sus cabellos de oro, de secarlas.

La acusa de inmodesta y de ofenderlo  
y ella asesina el resto con un beso.

Como águila certera por el hambre  
que en plumas, carne, huesos hunde el pico,  
batiendo alas para apresurarse  
pues llena el buche pronto o marra el tiro,  
pestañas, sien, mentón ella le besa  
y allí donde termina, recomienza.

Forzado a contentar, no a obedecer,  
él yace y, al jadear, le echa en la cara  
su aliento, que ella engulle y dice de él  
que es aire celestial, vapor de gracia:  
quisiera dos jardines por mejillas,  
regadas por el vaho que él suspira.

Cual pájaro atrapado entre las redes,  
así se encuentra Adonis en sus brazos;  
y cuanto, en su pudor, más se revuelve,



más bellos son sus ojos desairados:  
si llueve cuando el cauce está crecido,  
por fuerza se va a desbordar el río.

Y aunque ella insiste, insiste en sus lindezas,  
a tono de sus lindas orejitas,  
él sigue arisco y hosco y no se entrega,  
purpúreo de vergüenza y blanco de ira;  
más rojo es como más lo adora y tanto  
o más aún lo adora si está blanco.

Él no, pero ella solo puede amar  
y, con mano inmortal de diosa, jura  
que de su pecho suave no se irá  
si él no le da una tregua a tanta lluvia  
de lágrimas que mojan sus cabellos,  
y salda su gran deuda con un beso.

Él, ante la promesa, alzó el mentón  
cual ánade que emerge entre las olas  
y, al verse visto, ya se zambulló;  
le ofrece darle aquello que ella añora  
mas, cuando ya sus labios preparaba,  
los ojos cierra él y el labio aparta.

Jamás en la canícula un viajero  
sufrió de sed como ella ante su finta:  
¡ver el remedio y no poder tenerlo,  
bañarse en agua y ser candela viva!  
«Piedad», rogó, «muchacho desalmado.  
un beso pido, ¿qué te cuesta darlo?

»Me ha cortejado, igual que yo ahora a ti,  
incluso el fiero y cruel dios de la guerra,  
que en lucha nunca dobla la cerviz  
y vence donde vaya y donde quiera.  
Mas fue mi esclavo y manso me pedía  
aquello que tendrás sin que lo pidas.

»Él en mi altar depuso su alabarda,

su fiel escudo, su invencible yelmo,  
y tuvo que aprender bailes y chanzas,  
festejos, galanteos y otros juegos,  
    burlarse del tambor, la roja enseña;  
    se escudó en mí y mi lecho fue su tienda.

»Así el conquistador fue mi conquista  
y tuvo que arrastrar cadenas rosas;  
su fuerza al fuerte acero se imponía  
mas sucumbió al desdén de su señora.  
    ¡Cuidado, no presumas de enfrentarte  
    a quien se impuso al dios de los combates!

»Tan solo pon tus labios en los míos,  
que aun siendo rojos no son tan hermosos,  
y el beso será un beso compartido.  
¿Qué hay en el suelo? Mírame a los ojos:  
    allí está tu belleza, y si has posado  
    en mí tus ojos, ¿por qué no tus labios?

»¿Te da pudor besar? Cierra otra vez  
los ojos; yo también y será oscuro.  
Lo que es de a dos, amor lo deja ser;  
ya no nos ven, valor, juguemos juntos.  
    Las lilas donde estamos recostados  
    ni saben chismorrear ni a qué jugamos.

»El bozo que te realza el labio enseña  
que aún eres tierno pero apetecible.  
No pierdas tu ocasión, que el tiempo vuela  
y la belleza puede consumirse.  
    Las flores bellas que se cortan tarde  
    no tardan en pudrir y marchitarse.

»Si fuera yo fruncida, fea, anciana,  
deforme, mal nutrida, de voz ronca,  
reumática, vulgar, perdida, exhausta,  
distante, miope, seca, yerma o floja,  
    tendrías razón en que no te merezco;  
    ¿mas tú me apartas libre de defectos?

»No encuentras en mi frente ni una arruga,  
mis ojos brillan grises y vivaces,  
cada año reverdece mi hermosura,  
mi carne es suave y mis entrañas arden;  
mi mano blanda y húmeda en tu mano  
que vaya a derretirse no es extraño.

»Si quieres que hable, endulzaré tu oído  
o, como un hada, bailaré en la hierba,  
o haré de ninfa de cabello fino  
que danza y no la ves pisar la arena;  
amor es un espíritu de fuego  
compacto, pero flota y es ligero.

»¿Ves cómo el delicado escaramujo  
me aguanta cual si fuera un árbol fuerte?  
¿Y cómo dos palomos debiluchos  
me llevan noche y día a mi deleite?  
Si es tan leve el amor, dulce muchacho,  
¿por qué ha de ser que a ti te pese tanto?

»¿Se prenda de tu faz tu corazón?  
¿Tu diestra ama a tu izquierda, por asomo?  
Cortéjate y después dite que no;  
sustrae tu libertad y acusa un robo.  
Narciso así también supo engañarse  
y al fin se ahogó al querer besar su imagen.

»La antorcha da la luz; las joyas, lujo;  
lo hermoso se usa y la pitanza gusta;  
la hierba huele, dan las plantas fruto:  
quien crece para sí, creciendo abusa.  
Lo bello es la simiente de lo bello;  
concibe, pues a ti te concibieron.

»¿Por qué no aumentas para alimentarlo  
si el suelo, con su aumento, te alimenta?  
Es ley de vida que hayas engendrado  
y que los tuyos vivan cuando mueras.

Tu muerte, así, no impedirá que vivas  
en ellos, pues por ti cobraron vida.»

La reina enamorada entró a sudar  
pues ya la sombra no los cobijaba.  
En pleno mediodía, el dios Titán  
clavaba en la pareja su ojo en llamas:  
    si Adonis condujera su carruaje  
    podría ser como él, junto a su amante.

Y Adonis, con pereza y con fatiga  
y un gesto de disgusto oscuro y denso,  
las cejas sobre su mirada limpia  
cual brumas que se ciernen sobre el cielo,  
    agriando el morro, grita: «¡Cuánto sol!  
    No es tiempo para amores. Yo me voy».

«Tan joven», Venus dice, «y tan ingrato,  
¡qué excusas vanas das para esconderte!  
Mi aliento celestial, efluvio alado,  
mitigaré el calor del sol cadente;  
    te haré con mi cabello una pantalla  
    y si arde, ya lo apagarán mis lágrimas.

»Calienta el sol, allá en el cielo, el mundo,  
y entre ese sol y tú yo me interpongo.  
Mas el calor que arroja no lo sufro  
pues queman más las teas de tus ojos.  
    Si no fuera inmortal, habría muerto,  
    ay, entre el sol terreno y el del cielo.

»¿De acero o pedernal es tu dureza?  
De piedra, no, pues no la ablanda el agua;  
¿un hijo de mujer que no comprenda  
lo que es amar y cuánto duele el ansia?  
    De ser tu madre dura igual que tú,  
    habría de morir sin darte a luz.

»¿Qué soy para que así tú me desprecies?  
¿Qué gran peligro esconden mis requiebros?

¿Qué mal le hará a tus labios que me beses?  
Sé franco y dulce o quédate en silencio.  
Tú dame un beso y yo te lo repongo  
con intereses, si me aceptas otro.

»¡Aparta, forma inerte, mármol frío,  
figura de adornar, perfil sin vida,  
estatua contemplada por ti mismo,  
fantoche que mujer no pariría!  
Tú no eres hombre, ni que lo parezcas:  
los hombres besan hasta por su cuenta.»

Con el afán, su lengua al fin se aturde  
y la pasión creciente pide pausa.  
Sus ojos y su rostro en llamas sufren:  
jueza en amores y en su amor pleiteada.  
Solloza a ratos o habla en un susurro  
y el llanto rompe todo su discurso.

Su mano aprieta o la cabeza agita,  
o clava en él la vista o mira abajo,  
lo envuelve con sus brazos como cintas,  
queriendo, y él no quiere, sujetarlo.  
Y cuando él se revuelve, torna pronto  
sus dedos de azucena en un cerrojo.

«Cariño», dice, «si yo te he traído  
a este corral de estacas marmoladas,  
es por ser parque y tú, mi cervatillo,  
que abreva ora en el valle o la montaña;  
pasta en mis labios, pero si esas cotas  
se secan, baja a fuentes más sabrosas.

»De todo dispondrás en este linde:  
humbrías frescas, prados y mesetas,  
colinas mansas, matorrales firmes,  
cobijo de la lluvia y las tormentas.  
Sé pues mi ciervo, y yo seré tu parque;  
ni un perro acechará, aunque muchos ladren.»

Sonríe a esto Adonis con desdén  
y enseña dos hoyuelos deliciosos  
que amor cavó; si fuera a morir él,  
querrá Venus yacer en ese pozo,  
sabiendo bien que al reposar allí,  
si allí vivió el amor, no va a morir.

Dos huecos fascinantes o dos grutas  
que tragan los anhelos de la diosa.  
Si ya está loca, ¿importa la cordura?  
Si un golpe la mató, ¿el segundo importa?  
¡Tu ley te obliga a amar, oh pobre reina,  
el rostro que, sonriendo, te desdeña!

¿Adónde recurrir? ¿Qué más decirle?  
Ya ha hablado y va en aumento su desgracia;  
no hay tiempo ya, su presa se resiste  
y lucha con los brazos que la atrapan.  
«Piedad», le pide, «compasión, reparo».  
De un salto, él corre en pos de su caballo.

Mas una yegua airosa, pronta y joven,  
que espiaba desde un soto convecino  
al buen corcel de Adonis, sale al trote,  
resopla y, al pararse, da un relincho.  
El alazán, atado a un árbol, tensa  
la rienda, al fin la rompe y va tras ella.

Relincha y piafa, alzándose, imperioso,  
y rompe, ahora, a mordiscos, sus aperos.  
Escarba el suelo con sus cascos broncos  
y el vientre de la tierra truena, hueco.  
Parte el bocado férreo a dentelladas:  
domina así lo que lo dominaba.

Orejas rectas y al albur las crines  
trenzadas sobre el cuello tenso en arco;  
se bebe el aire y luego lo despide  
por sus ollares como hirviente vaho.

Se ve en sus ojos de fulgor altivo  
su arrojo ardiente y sus altos designios.

De pronto, puntillea el paso al trote  
con grácil majestad y humilde orgullo,  
o se alza, corvetea y suelta coces,  
igual que si dijera: «Así presumo  
de mi bravura para congraciarme  
con la bonita yegua que allí pace».

¿Qué importan ya los gritos del jinete,  
sus suaves «¡sooo!», sus irritados «¡quieto!»?  
¿Qué más le dan la espuela y los arneses,  
las bridas, las gualdrapas y aparejos?  
Él ve su amor, y no ve nada más,  
pues nada más de lo que ve querrá.

¿Ven? Si el pintor trasciende al fin la vida  
plasmando el porte exacto de un equino,  
en pugna con natura como artista  
pues luce más lo inerte que lo vivo,  
así, más que los otros, este bruto  
lucía en casta, pelo, andar y músculo.

Robusto, impar cerneja y prietos cascós,  
gran pecho, ollares anchos, breve testa,  
orejas cortas, recio, cruz en alto,  
de noble grupa y piel, y cola espesa...  
¿Qué más quiere un corcel? Le falta solo  
un buen jinete en su soberbio lomo.

A veces corre lejos y se vuelve,  
y otras lo asusta el vuelo de una pluma;  
o reta al viento a que se atreva y juegue,  
y si galopa o vuela queda en duda.  
Batiendo cola y crin, el viento canta,  
y al agitarlas las convierte en alas.

Relincha él a su amor y ella responde  
cual si le conociera el pensamiento:

le halaga —es hembra— que le haga la corte,  
mas finge indiferencia y tuerce el gesto.

Se ríe de su ardor y sus ardidés  
y le devuelve coces por melindres.

Entonces él, con rabia melancólica,  
humilla el rabo que, como un penacho,  
le refrescaba el anca sudorosa,  
y piafa y muerde moscas, despechado.

La amada, percibiendo su furor,  
más tierna y afectuosa, lo calmó.

Airado llega el amo y ya lo arrea;  
la yegua indomeñada de él se aparta,  
pues teme que la atrapen, y despega  
veloz; y el potro atrás, a Adonis planta.

Galopan como locos y se esconden,  
más raudos que los cuervos, en el bosque.

Se sienta Adonis, cárdeno y jadeante,  
e impreca al potro indócil e impulsivo,  
brindando la ocasión de que lo alcancen  
las súplicas de amor de amor herido.

Es triple el daño, los amantes dicen,  
si el uso de la lengua les impiden.

Si se represa un río o tapa un horno,  
mayores son su cauce o su ignición;  
lo mismo si se ahogan los congojos:  
poder hablar mitiga el mal de amor.

Mas si el letrado calla y enmudece,  
se parte el corazón, que es su cliente.

Él ya la ve venir y se sonroja  
cual un rescoldo que reaviva el viento,  
y esconde su disgusto tras su gorra,  
confuso, escudriñando el duro suelo.

A fuerza de apartar la vista de ella,  
no se percata de que está tan cerca.



¡Oh, qué delicia ver con qué sigilo  
se acerca ansiosa al indolente joven!  
¡Y cómo rojo y blanco su conflicto  
resuelven y al final qué tez se impone!  
Pues su mejilla pálida, en un rato,  
ha comenzado a arder y lanza rayos.

Ya está donde él se sienta, justo enfrente,  
y como amante humilde se arrodilla.  
Con una mano el gorro le desprende;  
la otra, suave, el rostro le acaricia:  
más suave aún, el rostro es nieve nueva,

tan blanda que hasta un roce deja huella.  
¡Qué guerra se desata ahora en sus ojos!  
Los de ella pretendientes de los suyos,  
los de él mirando sin mirar los otros,  
tiernos los de ella, mas los de él, tozudos;  
la pantomima al fin acaba en drama:  
los ojos de ella son un coro en lágrimas.

Lo toma de la mano con ternura,  
prisión de nieve para un frágil lirio  
o mármol que asa de alabastro ajusta,  
pues blancos son amigo y enemigo:  
combate bello de convite y finta  
de dos palomas níveas que se pican.

De nuevo a maquinar ella se pone:  
«¡Oh, ser de impar belleza en esta tierra,  
si fueras como yo y yo, siendo un hombre  
de intacto corazón, tu herida fuera,  
querría, a una mirada, ir a curarte  
aun si, por curarte, yo enfermase!».

«Devuélveme mi mano. No la toques.»  
«Y tú mi corazón y te la suelto.  
No vaya a ser que el tuyo me lo azogue  
e ignore, así azogado, los requiebros.

No oiré ya los gemidos del amor  
si el tuyo me endurece el corazón.»

Él grita: «Por pudor, suéltala y suéltame.  
¡Adiós día de caza, adiós caballo!  
Y ya que es por tu culpa que se fue,  
te ruego que te apartes de mi lado,  
pues solo busco y pienso la manera  
de separar mi potro de esa yegua».

«Bien hace el potro», le responde aprisa,  
«en festejar que el dulce anhelo irrumpa;  
si el ascua del afecto no se enfría,  
soflama el corazón y lo chamusca.  
No es el deseo un mar, pues nunca acaba,  
ni es sorprendente que el corcel marchara.

»Pacía, atado al árbol, como un penco  
esclavo de una rienda, pero al ver  
que amor y juventud tenían premio,  
miró sus ataduras con desdén.  
Rompió la brida indigna y humillante  
y liberó cruz, boca, pecho, ijares.

»¿Quién ve a su amada en un lecho desnudo,  
más blanca que las sábanas de lino,  
y, ya saciado el ojo, encuentra injusto  
que se solacen los demás sentidos?  
¿Quién es tan desabrido que no intenta  
tocar el fuego cuando el frío aprieta?

»Doncel, permite que a tu bruto excuse  
y aprende de su ejemplo, yo te imploro,  
pues él te enseña, si es que yo no supe,  
a no dejar de aprovechar el gozo.  
Aprende a amar, que la lección es simple  
e inolvidable cuando la repites.»

«¿Amor?», replica, «no ardo en conocerlo;  
si fuera un jabalí, lo cazaría.

Prefiero no deber tanto dispendio.  
Lo que amo del amor es ser su ruina,  
pues dicen que es vivir como una muerte  
que ríe y llora a un tiempo y de repente.

»¿Quién usa ropa informe y no acabada?  
¿Quién poda el tallo que no ha dado hoja?  
Si lo que está creciendo se rebaja,  
se queda mustio en vida y ya no brota.  
Poner montura y peso a un potro joven  
hará que crezca triste y pierda porte.

»La mano me lastimas: suelta, vamos.  
Dejemos de charlar sin ton ni son;  
no sites ya a mi corazón blindado,  
que no abrirá el portón al son de amor.  
Retira lances, lágrimas y arrullos;  
que no hacen mella en corazones duros.»

«¡Si tienes lengua y hablas, oh sorpresa!  
Mejor no la tuvieras, ni yo oído.  
Pues hieres con tu canto de sirena  
el doble de lo que ya me has herido:  
mi oído escucha trinos celestiales  
y el corazón, acordes disonantes.

»Sin ojos, mis oídos amarían  
esa belleza interna e invisible.  
Si fuese sorda, lo que está a la vista  
sería mi jalón para sentirte.  
Si no pudiera oír ni verte, igual  
podría amarte solo con tocar.

»Supón, entonces, que perdiera el tacto,  
que no pudiese oír, tocar o ver  
y solo me valiera del olfato;  
ni así mi amor decrecería, pues  
destila un hálito tu rostro excelso  
tan rico que enamora con olerlo.

»¡Oh, qué ágape podrías darle al gusto  
si ya a los otros cuatro diste a espuestas!  
Querrán que dure siempre y, a su turno,  
que ponga dos cerrojos la sospecha,  
no sea que los celos, malos huéspedes,  
se cuelen y fastidien el banquete.»

Una vez más se abrió la puerta grana  
de donde habían manado sus desplantes,  
tal como un alba roja, que presagia  
naufragios, y en el campo, tempestades,  
desgracias a las aves, y a pastores  
y a sus rebaños, lluvias y ciclones.

Así que ella atendió ese vaticinio,  
pues si antes de que llueva el viento afloja,  
sonríe el lobo en antes del aullido,  
la mora solo mancha si está rota  
y el proyectil impacta y luego avisa,  
supo ella, sin que hablase, qué diría.

Y cuando él la miró, cayó de plano;  
mirar mata el amor, pues lo revive,  
y una sonrisa cura un gesto amargo.  
¡Oh bancarrota ideal, que amor consigue!  
Cree el cándido que ha muerto y cachetea  
sus pálidas mejillas hasta arderlas.

Confuso, Adonis frena su intención  
de reprenderla como ansiaba hacerlo;  
¡bendito sea el ingenio del amor  
que resguardó el amor de amor cayendo!  
Pues ella ahora, inerte sobre el césped,  
espera a que el aliento de él la aliente.

Y él palpa y le pellizca la nariz,  
le dobla dedos o le aprieta el pulso,  
le frota el labio y busca más de mil  
remedios a su proceder tan brusco;

la besa y ella es lista y calla: Adonis  
la seguirá besando si está inmóvil.

La noche de dolor se ha vuelto día  
y ella abre apenas sus ventanas garzas  
tal como el rubio sol al mundo anima  
con su saludo fresco a la mañana.

E igual que el sol al cielo hace glorioso,  
el ojo de ella fulge en todo el rostro;

sus rayos a la cara imberbe apuntan,  
tal vez porque por él están brillando;  
mas esos cuatro focos no se cruzan  
si no es porque los de él están nublados;  
los de ella, tras el llanto, son cristales  
de luz lunar que brilla en un estanque.

«Oh, ¿dónde estoy?», dice ella, «¿En cielo o tierra?  
¿En medio del océano o del fuego?  
¿Y qué hora es, aurora o noche negra?  
¿Me muero por vivir o en gozo muero?  
Viviendo, me moría sin cesar.  
Muriendo gozo y todo es más vivaz.

»Tú me has matado, ¡mátame otra vez!  
Tu duro corazón, sagaz tutor,  
dio trucos a tus ojos y el desdén  
mortal para mi pobre corazón.  
Vigías de su reina, ven los míos  
por gracia de tus labios compasivos.

»Si es por curar, que el beso entre ellos dure  
y no se gasten sus barnices grana,  
y que, al durar, con su frescura expulsen  
las infecciones de épocas aciagas,  
y en tinta los astrólogos revelen  
que fue tu aliento el que alejó la peste.

»Oh, dulces labios que los míos sellan,  
¿qué pides para que sigan sellando?

Venderme no me importa mientras tengas  
a bien pagar lo justo por el trato;  
y como garantía de la compra  
podrás sellar el lacre de mi boca.

»Mi corazón se vende por mil besos,  
a plazos, pagaderos de uno en uno.  
¿Qué más te dan a ti diez veces ciento?  
Contarlos dura más que hacerlos humo.  
La deuda se duplica por moroso:  
¿verdad que dos mil besos son muy poco?»

«Si me amas, bella reina», habló el doncel,  
«achácale a mi edad esta impericia.  
No busques lo que aún no sé cómo es.  
El pescador da al mar la pesca chica;  
la pruna no madura nunca cae  
y sabe amarga si la arrancas antes.

»¿Ves? El consolador del mundo va  
cansino, a retirarse en el poniente.  
Ya es tarde: ulula el búho nocturnal,  
anidan aves, las ovejas duermen,  
y aquellos nubarrones de carbón  
nos muestran el camino del adiós.

»Te doy las buenas noches; tú haz lo mismo,  
que un beso te daré si tú las dieras.»  
Entonces «Buenas noches», ella dijo,  
y se cobró la miel de su promesa.  
Rodeó su dulce cuello y, abrazada,  
los dos semblaban uno, cara a cara.

Por fin, él, sin aliento, se desprende,  
y hurta el coral jugoso que es su boca,  
el néctar que los labios de ella beben  
con más afán y sed cuanto más toman.  
Ella ávida y copiosa, él presionado,  
de nuevo ruedan, labio contra labio.

Cayó la presa en garras del deseo  
que ya se ceba en él y es insaciable.  
Sus labios mandan y los de él, sin peros,  
le dan lo que ella exige por rescate,  
y su avidez de buitre es tan mezquina  
que secará el tesoro que rapiña.

Sabiendo que el trofeo es tierno, empieza  
a hacer acopio de él con ciega furia.  
Su rostro hierve, su sangre se altera  
y un lúbrico valor brutal la impulsa  
a ahogar en el olvido la razón,  
la honra, la zozobra y el pudor.

Febril y desbravado a abrazos como  
un pájaro que al tacto se hace dócil,  
cansado de escapar como ágil corzo,  
o infante consolado a pulso, Adonis  
consiente a su rapaz, y ella se sirve  
con creces, mas no tanto cuanto pide.

¿Qué cera, por más fría, no se ablanda  
con fuego y cede a una ligera impronta?  
Los imposibles se obran con audacia;  
la estima, con licencias amorosas.  
No cede y se acobarda la ternura,  
que ante lo adverso insiste y se estimula.

De haber cedido al ver crecer su enojo,  
no habría catado el néctar de sus labios.  
¿Qué amante cede a muecas y rezongos?  
La rosa pincha y no la desechamos.  
Si aíslan la belleza veinte llaves,  
amor, una tras otra, va y las abre.

No puede, por piedad, ya retenerlo;  
el pobrecillo ruega que lo suelte  
y así lo hará: le dice adiós y luego  
que cuide de su corazón inerme,

pues, por Cupido, jura, si se fuera,  
cautivo en sus costillas se lo lleva.

«Doncel, mi noche», dice, «será dura:  
dolido, el corazón querrá vigilia.  
¿Tal vez, campeón de amor, mañana acudas?  
¿Vendrás? ¿Vendrás mañana a nuestra cita?». Mas él dice que no, que ha prometido  
cazar un jabalí con sus amigos.

«¡Un jabalí!» La palidez del susto,  
igual que un tul sobre una rosa, borra  
su buen color. Pesada como un yugo,  
lo aferra con sus brazos, temblorosa,  
y sin soltarle el cuello, se desliza,  
cae de espaldas y él le cae encima.

Se siente en plena liza del amor,  
con su campeón montado para el lance;  
mas todo es fruto de imaginación:  
es su jinete pero no es su amante.  
Ni Tántalo sufrió martirio igual:  
tener a Elisio y no poder gozar.

Aquellas pobres aves que engañaron  
el hambre hincando el ojo en uvas falsas  
son como Venus, que agua sus quebrantos  
en la ilusión de frutas simuladas  
pues, para suplantar su calidez,  
lo besa una y otra y otra vez.

Mas es en vano e inútil, buena reina.  
Se ha hecho todo cuanto era posible.  
Valía el alegato mejor renta:  
que amor no sea amada y ame es triste.  
«¡Atrás, atrás! Me ahogas», dice el joven.  
«No puedes retenerme sin razones.»

«Te habría soltado, dulce», alega, «antes  
si no hubieras mentado el jabalí.



¡Cuidado! Arriesga mucho aquel que plante  
su lanza en esa bestia tan cerril,  
que esgrime sus colmillos asesinos  
igual que un matarife sus cuchillos.

»Hay en su lomo arqueado una escuadrilla  
de chuzos con que espanta a quien lo aceche.  
Sus ojos son lucernas si lo hostigan  
y va hocicando tumbas donde fuere.  
Acorralado, embiste contra todo  
y raja a quien se topa con su morro.

»Sus flancos pardos forman una cota  
de cerdas resistentes a tu lanza;  
su cuello corto y grueso no se dobla;  
si enfrente hay un león, no se amilana.  
Las zarzas y matojos espinados  
se apartan temerosos a su paso.

»Tampoco apreciaría el rostro bello  
al que en miradas rinde amor tributo,  
tus dulces manos, labios o el perfecto  
cristal de tu ojo, que encandila el mundo;  
tú ponte a tiro del jabato enorme  
y hará con tu belleza lo que al monte.

»¡Oh, déjalo en su fétido humedal!  
No busca montaraces la belleza.  
No vayas a su encuentro a voluntad:  
oír a tus amigos te compensa.  
Y es que al nombrar el jabalí me puse  
tan mal por ti que ya no me sostuve.

»¿No viste mi expresión? ¿Mi palidez?  
¿Los signos en mis ojos de ese miedo?  
¿No me desvanecí, no fui a caer?  
Aquí, donde reposas, en mi pecho,  
mi corazón presente, late, brinca;  
no duerme: es como un sismo que te agita.

»Pues donde reina amor, los celos viles,  
llamándose vigías del cariño,  
la alarma siembran, hablan de motines  
y piden sangre cuando no hay motivo,  
    aguando los deseos del amante  
    igual que apagan fuegos agua y aire.

»Espías, intrigantes, acusones,  
parásitos de amor en su sazón,  
correvediles, crueles portadores  
de nuevas, ciertas unas y otras no,  
    van a mi corazón y le susurran  
    que he de temer, si te amo, que sucumbas.

»Van más allá y me ponen ante el ojo  
la imagen cruel de un jabalí rabiando,  
y yace bajo sus colmillos hondos  
alguno como tú, bañado en coágulos  
    y cuya sangre cae en las corolas,  
    que inclinan la cabeza con zozobra.

»¿Qué debo hacer al verte de esta guisa  
aparte de temblar ante la idea?  
Mi corazón se sangra y debilita  
y el miedo en la adivinación lo adiestra.  
    Tu muerte yo predigo, oh sinvivir,  
    si vas mañana en pos del jabalí.

»¿Has de cazar por fuerza? Yo te guío:  
pon tus traíllas tras la esquiva liebre  
o el zorro, que se vale del sigilo,  
o el corzo, que a enfrentarse no se atreve;  
    persigue a estas criaturas por los valles  
    con tu tenaz corcel junto a tus canes.

»Y estudia el rastro de la liebre miope,  
la astucia de la pobre bestia para  
adelantarse al viento, y cómo corre  
de lado y en zigzag en su escapada.

Las madrigueras que atraviesa sirven  
de laberinto a quienes la persiguen.

»Si encuentra ovejas, cruza entre el rebaño  
y burla así el olfato de los perros,  
o encuentra protección, si ladran alto,  
en huecos que socavan los conejos,  
y a veces va entre gamos. Nos procura  
salidas el peligro; el miedo, astucia.

»Pues al mezclar su olor con otros bichos,  
confunde el fino olfato del lebel,  
que ya no ladra y busca con ahínco  
el rastro frío y, al volverlo a oler,  
se pone a aullar y el eco le replica,  
jugando a que en el cielo hay cacería.

»En esto, la huidiza, en una loma  
se yergue un poco y para las orejas,  
atenta al enemigo que la acosa.  
Al poco, los baladros ya le llegan  
y su sonido aciago se compara  
a cuando un moribundo oye campanas.

»Mojada de rocío, intentará  
ir serpenteando y dar abruptas eses,  
mas cada espino vil la va a arañar  
y sombras y murmullos la detienen,  
pues la desgracia la transitan muchos  
y al que tropieza no lo ayuda ni uno.

»Estate quieto, espera, me has de oír,  
no luches más, no quieras levantarte.  
¡Debes odiar cazar el jabalí!  
No va conmigo ser moralizante  
y aun así, si he dicho esto y aquello,  
es porque amor ha de advertir los riesgos.

»¿Por dónde iba?» Y él: «¿Qué importa dónde?  
Con irme ya me basta, y despedirnos.

La noche expira». Y ella: «¿Quién te corre?».  
«Me esperan», le contesta, «mis amigos  
y no quiero caer por no ver bien».  
«Quien ve mejor de noche es el placer.

»Mas si cayeras, piensa en que la tierra,  
enamorada, te ha hecho perder paso  
y todo por robarte un beso. Hay presas  
que hacen ratero a un hombre; así, tus labios  
inquietan hasta a Diana, pura y casta:  
si roba un beso, morirá profana.

»La noche es fosca porque Cintia oculta  
su luz platina mientras no condenen  
por su traición a la falaz natura,  
que hurtó a los dioses moldes para hacerte,  
airando al cielo, pues tu hechura pone  
en evidencia al sol, y a ella de noche.

»Y sobornó a los hados en su intento  
de entorpecer lo que natura urdía,  
mezclando lo enfermizo con lo bello  
y lo perfecto y puro con la ruina,  
dejándolo a merced del despotismo  
de males, infortunios, desatinos,

»de fiebres y espeluznos demacrantes,  
de tóxicos efluvios y de espasmos,  
del mal funesto que echa a hervir la sangre  
y al corroer la médula hace estragos;  
abscesos, náuseas, bilis, luchan todos  
contra natura por hacerte hermoso.

»El mal más leve arrasa tu belleza  
en menos de un minuto de batalla.  
Facciones, tono, aspecto, las esencias  
que la mirada ecuánime apreciaba,  
se ven de pronto mustias, sin color,  
deshechas como nieve bajo el sol.

»Ignora pues la estéril castidad  
de la vestal que no ama o la novicia  
que se ama a sí y al cabo sembrarán  
un yermo erial de hijos y de hijas;  
    sé pródigo. La lámpara nocturna  
    le da su aceite al mundo si lo alumbra.

»¿Tu cuerpo qué es sino un sepulcro hambriento  
que finge que ha enterrado el porvenir  
al que, por ley vital, te enfrenta el tiempo  
si no destruyes su misterio vil?  
    Te acusará de hacerlo todo el mundo  
    y de pisar promesas con tu orgullo.

»Así tú mismo acabas con ti mismo,  
desgracia peor que guerras entre hermanos  
o manos que a sí mismas se han herido  
o la abyección de un padre sanguinario.  
    La herrumbre esconderá un tesoro en moho;  
    usar el oro, en cambio, da más oro.»

«¿Ya vuelves», dijo Adonis, «a asediarme  
con tu retórica trillada y vana?  
El beso que te he dado ha sido en balde  
y en balde contra la corriente nadas:  
    la noche sabe, lúbrica matrona,  
    que si más hablas, más me decepcionas.

»Aunque el amor te diera diez mil lenguas,  
cada una más facunda que la tuya,  
que hechizan como cantos de sirena,  
mi oído su atrayente son no escucha;  
    parapetado en él, mi corazón  
    aleja cualquier tono seductor,

»no fuera que su artera melodía  
llegara al apacible hostel del pecho,  
a mi corazoncito hiciera trizas  
y ni en su alcoba conciliara el sueño.

Señora, no: mi corazón no quiere  
gemir, pues solo está y mejor se duerme.

»¿Qué has dicho que no pueda rebatir?  
El tránsito al peligro siempre es plácido.  
Yo no odio amar sino que para ti  
amar sea darse abrazos con extraños.  
¿Es para procrear? Excusa incierta  
si sirve a la lujuria de alcahueta.

»No has de llamarlo amor, que al cielo huye  
pues esta le usurpó en la tierra el nombre  
y, usando el parecido, asaz se nutre  
de la belleza, que al final corrompe.  
Así, voraz tirana, la malogra  
igual que las orugas a las hojas.

»Amor es como el sol cuando ha llovido;  
lujuria es un turbión después del sol.  
El río del amor es fresco y lindo;  
lujuria es un invierno con calor.  
No abusa amor; lujuria muere ahíta.  
Amor veraz, lujuria fementida.

»Podría decir más, mas no me atrevo:  
el texto es viejo; el orador, bisoño.  
Por ello parto ahora, triste y llenos  
de pena el corazón, de apuro el rostro,  
con los oídos, tras tu charla obscena,  
ardiendo del oprobio y la vergüenza.»

Y a esto se libró del dulce abrazo  
que al seno generoso lo amarraba  
y regresó corriendo por los claros,  
dejando a amor deshecha y desdichada.  
Así como la estrella que ahora fuga,  
él a los ojos de ella ya se oculta,

mas ellos buscan, como el que, en el muelle,  
cuando un amigo acaba de embarcarse,

lo avista hasta que surca la rompiente  
que reta con sus crestas al celaje;  
así la noche lúgubre e impía  
se cierra sobre él y se lo quita.

Atónita se queda, como quien  
dejó una joya que cayera al río,  
o como cuando deja el viento cruel  
sin lumbre en pleno bosque al peregrino;  
así a oscuras yace sin hallar  
la alhaja que la lleve adonde va.

Se bate el pecho entonces, y al gemir,  
sintiendo igual dolor, las cuevas próximas  
repiten los quejidos de raíz.  
Dolor de más, dolor que se redobla.  
«¡Ay, pena!», llora y veinte veces: «¡No!».  
Y veinte veces veinte vuelve el son.

Al percibirlo, entona un canto agudo,  
improvisando sobre amor y sus estragos:  
al joven vuelve blando, al viejo, un burro;  
es loco en juicio y en locura, sabio.  
Acaba cada estrofa con un ¡no!  
Y el coro de ecos le devuelve el son.

Tedioso, el canto remató la noche,  
pues ve el amante corta la hora larga:  
supone que, al gozar con un deporte,  
a todos placera su circunstancia.  
Las candidas historias que comienza  
se quedan sin final y sin audiencia.

¿Con quién iba a pasar la noche oscura  
si no con ayes de éter que, al sereno,  
corean los caprichos de la ilusa  
igual que parroquianos lisonjeros?  
Dice «Es así» y responden «Sí, sí, sí»;  
si dice «No», «No, no» se oye decir.

Mas hete aquí que la gentil alondra  
su tibio nido deja y en la cima  
despierta a la mañana, en cuya alcoba  
de plata el regio sol despunta el día,  
abriendo al mundo un ojo tan glorioso  
que tiñe cedros y colinas de oro.

Con un saludo Venus lo recibe:  
«Señor de toda luz, oh dios fulgente  
a quien las lámparas y estrellas piden  
el hálito vital que las enciende,  
sé de un mortal criado por su madre  
que de esa luz que das puede prestarte».

Y dicho así se acerca hasta unos mirtos;  
le extraña no tener, tan de mañana,  
indicios de su amor, como el aullido  
de los lebreles o el clarín de caza.  
De pronto escucha su afanoso canto  
y corre a donde piensa que han ladrado.

Y en su carrera va apartando arbustos  
que arañan su hombro o besan sus mejillas  
o intentan enredársele en los muslos,  
mas de su estrecho abrazo se desliga  
y, como gama con las ubres pingües,  
va en busca del cervato que la alivie.

Los perros ladran desde una encerrona  
y esto la espanta más que a quien tropieza  
con una víbora que allí se enrosca  
y, presa del terror, tiritita y tiembla;  
el miedo con que aúllan los podencos  
le turba el alma y le entorpece el cuerpo.

Ya ve que la partida va detrás  
del león audaz, del jabalí, del oso,  
pues la jauría, fija en un lugar,  
se agita temerosa y ladra a coro;



la bestia es tan brutal que los lebreles  
se ceden el honor de hacerle frente.

Traspone el triste aullido sus oídos  
y toma por sorpresa al corazón,  
que nubla sus sentidos, quebradizo  
y pálido de duda y de temor;  
y sus soldados, viendo cómo el líder  
flaquea, rompen filas y se rinden.

Así, temblando extática, se para,  
mas pronto azuza a sus sentidos mustios,  
diciéndoles que es fantasía vana  
y error de niños su terror absurdo;  
que dejen de temer y de sufrir.  
Y en ese instante avista al jabalí,

en cuyo hocico atroz, babeante y rojo,  
las manchas que parecen leche y sangre  
ya vuelven a asustarla de tal modo  
que corre sin motivo a cualquier parte.  
Mas pronto para y torna tras sus pasos  
para enfrentarse al jabalí y matarlo.

Mil ánimos la llevan por mil sendas  
y llega a sitios de los que partía;  
a ratos va deprisa, a ratos frena,  
como un cerebro dado a la bebida,  
lastrado por reparos que no escucha  
e intentos malogrados que lo abruman.

Ve a un can agazapado en los helechos  
y le pregunta por su dueño al pobre;  
y a otro que se lame y ese unguento  
le cura las heridas e infecciones;  
y encuentra a otro de mirada huraña  
que gañe, lastimero, cuando le habla.

Y cuando cesan sus gañidos, tiene  
a un plañidero umbrío y mofletudo

que clama al cielo con su voz doliente  
y varios que replican a su turno,  
golpeando el suelo con el noble rabo,  
rascadas las orejas y sangrando.

De siempre ha deslumbrado a los humildes  
la aparición de signos y prodigios  
que observan con recelo, pues transmiten  
señales de espantosos vaticinios;  
también le cortan el resuello a ella,  
que lo recobra y a la muerte impreca.

«Famélica tirana, informe, astrosa,  
divorcio del amor», así la injuria,  
«culebra, espectro de sonrisa umbrosa,  
¿le robas el aliento y la hermosura  
a aquel cuya hermosura y cuyo aliento  
dan lustre a rosas y perfume a espliegos?

»Si lo has matado... ¡No, no puede ser  
que, frente a tal belleza, lo atacases...!  
O sí, pues tienes ojos que no ven  
y el odio y el azar guían tu embate.  
Tu diana es la vejez pero tu dardo  
fallido ha perforado un pecho cándido.

»Golpeaste sin aviso, pues temías  
poder perder poder al oír su voz;  
espero que las parcas te maldigan:  
te piden malas hierbas, no una flor.  
En vez de flecha del amor dorada,  
lo alcanza el dardo de ébano y lo mata.

»¿Tu sed aplacas con el llanto de otros?  
¿Tú qué ventaja obtienes del pesar?  
¿Por qué sumiste en sueño a aquellos ojos  
que han enseñado a ver a los demás?  
Natura ya no apoya tus sentencias  
pues tu rigor truncó su obra maestra.»

Aquí, abatida y ya sin ilusiones,  
veló sus párpados, que como esclusa,  
cortaron el fluir cristal que corre  
mejilla abajo al seno y su hendidura;  
    mas ya la lluvia irrumpe y salva el dique  
    con tal caudal que volverán a abrirse.

Sus lágrimas, sus ojos, dan y toman:  
hay lágrima en los ojos y ojo en lágrimas,  
y en ambos se refleja la congoja  
que los suspiros secan, mas no basta  
    pues, como en las tormentas, viene el llanto  
    y moja lo que el viento fue secando.

Su pena es un hatajo de emociones  
pugnando por tener la primacía  
con tal tenacidad y tal desorden  
que todas pueden ser la que domina;  
    o bien ninguna, pues son como un cerco  
    de nubes que presagian el mal tiempo.

De pronto, lejos, oye a un cazador...  
¡Jamás contuvo así un arrullo a un niño!  
Con toda su esperanza en esa voz,  
aparta la zozobra del camino  
    y el gozo renovado la hace dócil,  
    pues la convence que es la voz de Adonis.

Sus lágrimas reinician la marea  
y como perlas en el ojo asoman;  
si alguna por oriente se despeña  
se funde en su mejilla, que le arrostra  
    que enjuague la fangosa y sucia cara  
    terrestre, que está ebria, no inundada.

Oh desconfiado amor, resulta extraño:  
¡no crees y eres cándido a la vez!  
Tu gozo y tu pesar son extremados  
y tonta tu esperanza, esté o no esté:

si está, te da imposibles que soñar  
y te hunde en lo posible si no está.

Su propia red ahora la descose:  
si él vive ya la muerte no es culpable  
ni Venus la ha llenado de reproches;  
es más, añade lustre al nombre infame:  
sepulcro regio, reina de sepulcros,  
suprema emperatriz del otro mundo.

«No, yo, verás, bromeaba», se disculpa.  
«Perdona si me pudo la ansiedad  
al ver el jabalí, la fiera inmunda  
que no tiene piedad para atacar,  
y entonces, dulce sombra, lo confieso,  
clamé, pues a mi amor creía muerto.

»Fue el jabalí, no yo, que urgió a mi lengua,  
desfógate con él, reina invisible.  
Si ha habido ofensa fue la de esa bestia:  
yo actué pero él fue autor de lo que dije.  
Dos lenguas tiene el daño ¿y qué mujer  
las calla sin el juicio de otras diez?»

Con la esperanza de que Adonis viva  
excusa sus sospechas infundadas  
y por cuidar de su belleza insigne  
intenta congraciarse con la parca,  
le habla de estatuas, tumbas, glosas, domos,  
de sus triunfos, sus glorias y sus logros.

«Oh, Júpiter, ¡qué tonta», dice, «he sido,  
qué sinrazón me indujo a que llorase  
que ha muerto quien no muere y sigue vivo  
en tanto no se extingan los mortales!  
Muriendo él, también lo bello muere,  
y sin lo bello, el negro caos vuelve.

«Aparta, loco amor, te asalta el miedo  
de quien lleva un tesoro entre ladrones;

intrigas que ni se oyen ni se vieron  
a tu cobarde corazón corroen.»

Dicho lo cual, oye una alegre trompa  
y la que estaba triste ahora bota.

Ahí va, como el halcón a su captura.  
Ni aplasta el césped: vuela más que pisa,  
y en su carrera observa con angustia  
que el jabalí ha ganado la partida.

Sus ojos, lapidados por la escena,  
se velan cual, de día, las estrellas,

o el caracol, de tan sensibles astas  
que un golpe las retrae en su armazón  
y agazapado allí en la sombra aguarda,  
pues si se asoma aún teme lo peor;  
así, al ver a su amor ensangrentado,  
los ojos se retiran a sus claustros

y allí renuncian a su luz y oficio  
pues el cerebro, atribulado, pide  
que de la negra noche sean maridos  
y, por no herir al corazón, no miren:  
recibe el rey, perplejo en su sitial,  
gimiendo las noticias que le dan,

y sus sentidos tiemblan en tributo,  
igual que el viento, preso en socavones,  
pugnando por salir, sacude al mundo,  
que siembra su terror entre los hombres.  
El caos los sorprende tanto a todos  
que salta de su oscura cuenca el ojo

y, abierto, vierte un haz involuntario  
en la honda herida con que abrió la bestia  
el flanco tierno, que es un lirio blanco  
bañado en rojas lágrimas funestas.  
No había flor, raíz u hoja cercana  
que de esa misma sangre no sangrara.

Advierte Venus tan solemne afecto.  
Ladea la cabeza, escarnecida.  
Su pena es muda; su furor, frenético.  
No ha muerto, piensa, cree, se empecina.  
Perdió la voz, no dobla las junturas;  
sus ojos, hartos de llorar, se ofuscan.

La herida mira ahora tan absorta  
que se obnubila y le parecen tres;  
dolida con sus ojos, les reprocha  
que se imaginen llagas que no estén.  
Dos caras cree ver, los miembros, dobles:  
en plena turbación, el ojo es torpe.

«Mi lengua a duras penas llora a uno  
y ahora», gime, «dos Adonis yacen.  
Sin lágrimas de sal, sin un susurro,  
mi corazón de plomo, mi ojo que arde...  
¡Oh plomo que en su rojo se disuelve,  
tus gotas de deseo son mi muerte!

»¡Ay, pobre mundo, pierdes un tesoro!  
¿Qué rostro vivo vale ya la pena?  
¿Qué lengua será son, dónde habrá otro  
pasado o porvenir que te envanezca?  
Las flores son bonitas, frescas, pero  
él era la belleza y hoy ha muerto.

»¡Que nadie lleve velo ni tocado  
si el sol y el viento a nadie besarán!  
No habiendo ya belleza, no hay reparo:  
se mofan sol y viento por igual.  
Mas, vivo Adonis, ambos dos, sin duda,  
pugnaban por robarle la hermosura.

»Por eso se ponía su capota,  
que el sol burlaba, espiando bajo el ala;  
y el viento, al despojarlo de la gorra,  
jugaba con sus rizos, y él lloraba.

Mas, viéndolo tan tierno, competían  
por enjugar sus lágrimas deprisa.  
»Por contemplar su rostro iba el león  
tras de unas matas porque no se asuste.  
Y si cantaba, para oír su voz  
se echaba cerca el tigre, manso y dulce.  
    Si hablaba, el zorro estaba un día entero  
    sin ahuyentar a cándidos borregos.

»Si acaso se miraba en el torrente,  
los peces lo teñían todo de oro.  
Las aves, encantadas de su suerte,  
cantaban o en el pico, con arrobos,  
    traían ricas moras y cerezas;  
    comía frutos él; su imagen, ellas.

»Mas este jabalí de hocico inmundo  
que siempre busca hollar alguna tumba  
no vio belleza en él ni rasgos puros:  
su forma de tratarlo lo asegura.  
    Y si los vio, quizá tan solo quiso  
    besarlos y fue matarlos lo que hizo.

»¡Fue así, fue así que a Adonis lo mataron!  
Blandió su lanza contra el jabalí,  
que no enseñó sus dientes, al contrario:  
con besos lo trató de seducir,  
    posó su morro amante en la piel fina  
    y hundió el colmillo a fondo en las costillas.

»Con esa dentadura, lo confieso,  
lo habría matado a besos mucho antes,  
mas no podré gozar, pues está muerto,  
de nuestra juventud... ¡Destino infame!»  
    Y dicho así se desplomó y la cara  
    se le manchó de sangre coagulada.

Sus labios mira, pálidos ahora;  
qué fría está su mano, que sostiene.  
Suspira en sus oídos una historia,

mas no oyen ya sus pláticas dolientes.

Y al destapar los cofres de sus ojos  
ve dos candiles muertos, sin rescoldo;

mil veces devolvió ese espejo doble  
su imagen reflejada y ya no luce:  
perdió la principal de sus funciones  
y le quitaron todas sus virtudes:

«¡Oh maravilla», dijo, «es una burla  
que el día tenga luz y tú ninguna!

»Aquí, puesto que has muerto, vaticino  
que no habrá amor sin pena desde hoy  
ni sin los celos siempre a su servicio;  
irá de la dulzura al sinsabor  
y, al no tener medida, edad o rango,  
no habrá placer que valga lo penado.

»Será aparente, falso, un mero fraude,  
de brote a planta seca en un aliento,  
ponzoña en la raíz y arriba un ágape  
de dulces que confunden al más cuerdo;  
al cuerpo más robusto lo hará débil,  
al listo, mudo, y hablará el imbécil.

»Será tacaño y frívolo a la vez,  
al viejo enseñará a bailar sin pausa  
y al vil rufián le parará los pies;  
dará miseria al rico, al pobre holganza,  
será tan cándido como demente  
y al joven hará viejo; al viejo, imberbe.

»Albergará sospechas sin motivo  
y cuando lo haya, no sospechará;  
será severo pero desmedido  
y más injusto cuanto más veraz.  
Parecerá sumiso el que es tozudo,  
cobarde el bravo y bravo el inseguro.

»Será razón de escándalos y guerras



y, entre hijo y padre, causa de disputas;  
esclavo y súbdito de las reyertas  
así como del fuego lo es la turba.

Si muerte hurtó a mi amor en su sazón,  
que nadie más disfute del amor.»

Entonces, a su lado, el joven muerto  
se evaporó frente a sus propios ojos  
y de la sangre que encharcaba el suelo  
brotó una flor granate y blanca, como  
la palidez de su mejilla exangüe  
surcada por las gotas de su sangre.

Se inclina Venus para oler el brote  
bañado en el aliento de su Adonis;  
que viva entre sus senos corresponde  
pues muerte se llevó al muchacho dócil.

Y cuando corta el tallo emana savia  
en gotas que compara con las lágrimas.

«Te dio tu padre, pobre flor, su estilo:  
retoño de un señor aún más balsámico,  
también tú lloras al menor motivo  
y creces al arbitrio de tu agrado  
igual que él, mas si has de marchitarte,  
lo mismo da en mi seno que en su sangre.

»El lecho de tu padre fue mi pecho,  
y es tu derecho, al ser su descendiente,  
que, día y noche, ¿ves?, en este hueco  
mi corazón se encargue de mecerte.

No habrá minuto en que no bese yo  
el mórbido capullo de mi amor.»

Y así se va, cansada de este mundo,  
jaleando a sus argénteas palomas,  
que elevan por los cielos con su impulso  
el carro ingrávigo de su señora  
en dirección a Pafos, pues su reina  
irá a amurarse allí y que no la vean.





# LA VIOLACIÓN DE LUCRECIA

## THE RAPE OF LUCRECE

*versión de*  
*Andrés Ehrenhaus*

Poema narrativo compuesto en estrofas de siete versos con rima *ababbcc*, la llamada «rima real». El Cuarto publicado en 1594 no tuvo tanto éxito como *Venus y Adonis*, pero se reimprimió cinco veces entre 1598 y 1616.



TO THE RIGHT  
HONOURABLE HENRY

Wriothesley, Earl of Southampton  
and Baron of Titchfield

The love I dedicate to your lordship is without end, whereof this pamphlet without beginning is but a superfluous moiety. The warrant I have of your honourable disposition, not the worth of my untutored lines, makes it assured of acceptance. What I have done is yours; what I have to do is yours, being part in all I have, devoted yours. Were my worth greater my duty would show greater, meantime, as it is, it is bound to your lordship, to whom I wish long life still lengthened with all happiness.

Your lordship's in all duty,  
WILLIAM SHAKESPEARE

## THE ARGUMENT

Lucius Tarquinius (for his excessive pride surnamed Superbus), after he had caused his own father-in-law Servius Tullius to be cruelly murdered, and, contrary to the Roman laws and customs, not requiring or staying for the people's suffrages had possessed himself of the kingdom, went accompanied with his sons and other noblemen of Rome to besiege Ardea, during which siege the principal men of the army meeting one evening at the tent of Sextus Tarquinius, the King's son, in their discourses after supper everyone commended the virtues of his own wife, among whom Collatinus extolled the incomparable chastity of his wife, Lucretia. In that pleasant humour they all posted to Rome, and, intending by their secret and sudden arrival to make trial of that which every one had before avouched, only Collatinus finds his wife (though it were late in the night) spinning amongst her maids. The other ladies were all found dancing, and revelling, or in several disports. Whereupon the noblemen yielded Collatinus the victory and his wife the fame. At that time Sextus Tarquinius, being enflamed with Lucrece' beauty, yet smothering his passions for the present, departed with the rest back to the camp, from whence he shortly after privily withdrew himself and was, according to his estate, royally entertained and lodged by Lucrece at Collatium. The same night he treacherously stealeth into her chamber, violently ravished her, and early in the morning speedeth away. Lucrece, in this lamentable plight, hastily dispatcheth messengers—one to Rome for her father, another to the camp for Collatine. They came, the one accompanied with Junius Brutus, the other with Publius Valerius, and, finding Lucrece attired in mourning habit, demanded the cause of her sorrow. She, first taking an oath of them for her revenge, revealed the actor and whole manner of his dealing, and withal suddenly stabbed herself. Which done, with one consent they all vowed to root out the whole hated family of the Tarquins, and, bearing the dead body to Rome, Brutus acquainted the people with the doer and manner of the vile deed, with a bitter invective against the tyranny of the King; wherewith the people were so moved that with one consent and a general acclamation the Tarquins were all exiled and the state government changed from kings to consuls.

*From the besieged Ardea all in post,  
Borne by the trustless wings of false desire,  
Lust-breathèd Tarquin leaves the Roman host  
And to Collatium bears the lightless fire  
Which, in pale embers hid, lurks to aspire  
    And girdle with embracing flames the waist  
    Of Collatine's fair love, Lucrece the chaste.*

*Haply that name of chaste unhapp'ly set  
This bateless edge on his keen appetite,  
When Collatine unwisely did not let  
To praise the clear unmatched red and white  
Which triumphed in that sky of his delight,  
    Where mortal stars as bright as heaven's beauties  
    With pure aspects did him peculiar duties.*

*For he the night before in Tarquin's tent  
Unlocked the treasure of his happy state,  
What priceless wealth the heavens had him lent  
In the possession of his beauteous mate,  
Reck'ning his fortune at such high-proud rate  
    That kings might be espousèd to more fame,  
    But king nor peer to such a peerless dame.*

*O happiness enjoyed but of a few,  
And, if possessed, as soon decayed and done  
As is the morning's silver melting dew  
Against the golden splendour of the sun,  
An expired date cancelled ere well begun!  
    Honour and beauty in the owner's arms  
    Are weakly fortified from a world of harms.*

*Beauty itself doth of itself persuade  
The eyes of men without an orator.  
What needeth then apology be made  
To set forth that which is so singular?  
Or why is Collatine the publisher  
    Of that rich jewel he should keep unknown  
    From thievish ears, because it is his own?*

*Perchance his boast of Lucrece' sov'reignty  
Suggested this proud issue of a king,  
For by our ears our hearts oft tainted be.  
Perchance that envy of so rich a thing,  
Braving compare, disdainfully did sting  
    His high-pitched thoughts, that meaner men should vaunt  
    That golden hap which their superiors want.*

*But some untimely thought did instigate  
His all-too-timeless speed, if none of those.  
His honour, his affairs, his friends, his state  
Neglected all, with swift intent he goes  
To quench the coal which in his liver glows.  
    O rash false heat, wrapped in repentant cold,  
    Thy hasty spring still blasts and ne'er grows old!*

*When at Collatium this false lord arrived,  
Well was he welcomed by the Roman dame,  
Within whose face beauty and virtue strived  
Which of them both should underprop her fame.  
When virtue bragged, beauty would blush for shame;  
    When beauty boasted blushes, in despite  
    Virtue would stain that or with silver white.*

*But beauty, in that white entitulèd  
From Venus' doves, doth challenge that fair field.  
Then virtue claims from beauty beauty's red,  
Which virtue gave the golden age to gild  
Their silver cheeks, and called it then their shield,  
    Teaching them thus to use it in the fight:  
    When shame assailed, the red should fence the white.*

*This heraldry in Lucrece' face was seen,  
Argued by beauty's red and virtue's white.  
Of either's colour was the other queen,  
Proving from world's minority their right.  
Yet their ambition makes them still to fight,  
    The sovereignty of either being so great  
    That oft they interchange each other's seat.*

*This silent war of lilies and of roses  
Which Tarquin viewed in her fair face's field  
In their pure ranks his traitor eye encloses,  
Where, lest between them both it should be killed,  
The coward captive vanquishèd doth yield  
    To those two armies that would let him go  
    Rather than triumph in so false a foe.*

*Now thinks he that her husband's shallow tongue,  
The niggard prodigal that praised her so,  
In that high task hath done her beauty wrong,  
Which far exceeds his barren skill to show.  
Therefore that praise which Collatine doth owe  
    Enchanted Tarquin answers with surmise  
    In silent wonder of still-gazing eyes.*

*This earthly saint adorèd by this devil  
Little suspecteth the false worshipper,  
For unstained thoughts do seldom dream on evil.  
Birds never limed no secret bushes fear,  
So guiltless she securely gives good cheer  
    And reverent welcome to her princely guest,  
    Whose inward ill no outward harm expressed,*

*For that he coloured with his high estate,  
Hiding base sin in pleats of majesty,  
That nothing in him seemed inordinate  
Save sometime too much wonder of his eye,  
Which, having all, all could not satisfy,  
    But poorly rich so wanteth in his store  
    That, cloyed with much, he pineth still for more.*

*But she that never coped with stranger eyes  
Could pick no meaning from their parling looks,  
Nor read the subtle shining secrecies  
Writ in the glassy margins of such books.  
She touched no unknown baits nor feared no hooks,  
    Nor could she moralize his wanton sight  
    More than his eyes were opened to the light.*



*He stories to her ears her husband's fame  
Won in the fields of fruitful Italy,  
And decks with praises Collatine's high name  
Made glorious by his manly chivalry  
With bruised arms and wreaths of victory.  
Her joy with heaved-up hand she doth express,  
And wordless so greets heaven for his success.*

*Far from the purpose of his coming thither  
He makes excuses for his being there.  
No cloudy show of stormy blust'ring weather  
Doth yet in his fair welkin once appear  
Till sable night, mother of dread and fear,  
Upon the world dim darkness doth display  
And in her vaulty prison stows the day.*

*For then is Tarquin brought unto his bed,  
Intending weariness with heavy sprite;  
For after supper long he questionèd  
With modest Lucrece, and wore out the night.  
Now leaden slumber with life's strength doth fight,  
And everyone to rest himself betakes  
Save thieves, and cares, and troubled minds that wakes.*

*As one of which doth Tarquin lie resolving  
The sundry dangers of his will's obtaining,  
Yet ever to obtain his will resolving,  
Though weak-built hopes persuade him to abstaining.  
Despair to gain doth traffic oft for gaining,  
And when great treasure is the meed proposed,  
Though death be adjunct, there's no death supposed.*

*Those that much covet are with gain so fond  
That what they have not, that which they possess,  
They scatter and unloose it from their bond,  
And so by hoping more they have but less,  
Or, gaining more, the profit of excess  
Is but to surfeit and such griefs sustain  
That they prove bankrupt in this poor-rich gain.*

*The aim of all is but to nurse the life  
With honour, wealth, and ease in waning age,  
And in this aim there is such thwarting strife  
That one for all, or all for one, we gage,  
As life for honour in fell battle's rage,  
    Honour for wealth; and oft that wealth doth cost  
    The death of all, and all together lost.*

*So that, in vent'ring ill, we leave to be  
The things we are for that which we expect,  
And this ambitious foul infirmity  
In having much, torments us with defect  
Of that we have; so then we do neglect  
    The thing we have, and all for want of wit  
    Make something nothing by augmenting it.*

*Such hazard now must doting Tarquin make,  
Pawning his honour to obtain his lust,  
And for himself himself he must forsake.  
Then where is truth if there be no self-trust?  
When shall he think to find a stranger just  
    When he himself himself confounds, betrays  
    To sland'rous tongues and wretched hateful days?*

*Now stole upon the time the dead of night  
When heavy sleep had closed up mortal eyes.  
No comfortable star did lend his light,  
No noise but owls' and wolves' death-boding cries  
Now serves the season, that they may surprise  
    The silly lambs. Pure thoughts are dead and still,  
    While lust and murder wakes to stain and kill.*

*And now this lustful lord leapt from his bed,  
Throwing his mantle rudely o'er his arm,  
Is madly tossed between desire and dread.  
Th'one sweetly flatters, th'other feareth harm,  
But honest fear, bewitched with lust's foul charm,  
    Doth too-too oft betake him to retire,  
    Beaten away by brainsick rude desire.*

*His falchion on a flint he softly smiteth,  
That from the cold stone sparks of fire do fly,  
Whereat a waxen torch forthwith he lighteth,  
Which must be lodestar to his lustful eye,  
And to the flame thus speaks advisedly:  
    ‘As from this cold flint I enforced this fire,  
    So Lucrece must I force to my desire.’*

*Here pale with fear he doth premeditate  
The dangers of his loathsome enterprise,  
And in his inward mind he doth debate  
What following sorrow may on this arise.  
Then, looking scornfully, he doth despise  
    His naked armour of still-slaughtered lust,  
    And justly thus controls his thoughts unjust:*

*‘Fair torch, burn out thy light, and lend it not  
To darken her whose light excelleth thine;  
And die, unhallowed thoughts, before you blot  
With your uncleanness that which is divine.  
Offer pure incense to so pure a shrine.  
    Let fair humanity abhor the deed  
    That spots and stains love’s modest snow-white weed.*

*‘O shame to knighthood and to shining arms!  
O foul dishonour to my household’s grave!  
O impious act including all foul harms!  
A martial man to be soft fancy’s slave!  
True valour still a true respect should have;  
    Then my digression is so vile, so base,  
    That it will live engraven in my face.*

*‘Yea, though I die the scandal will survive  
And be an eyesore in my golden coat.  
Some loathsome dash the herald will contrive  
To cipher me how fondly I did dote,  
That my posterity, shamed with the note,  
    Shall curse my bones and hold it for no sin  
    To wish that I their father had not been.*

*'What win I if I gain the thing I seek?  
A dream, a breath, a froth of fleeting joy.  
Who buys a minute's mirth to wail a week,  
Or sells eternity to get a toy?  
For one sweet grape who will the vine destroy?  
Or what fond beggar, but to touch the crown,  
Would with the sceptre straight be stricken down?*

*'If Collatinus dream of my intent  
Will he not wake, and in a desp'rate rage  
Post hither this vile purpose to prevent?—  
This siege that hath engirt his marriage,  
This blur to youth, this sorrow to the sage,  
This dying virtue, this surviving shame,  
Whose crime will bear an ever-during blame.*

*'O what excuse can my invention make  
When thou shalt charge me with so black a deed?  
Will not my tongue be mute, my frail joints shake,  
Mine eyes forgo their light, my false heart bleed?  
The guilt being great, the fear doth still exceed,  
And extreme fear can neither fight nor fly,  
But coward-like with trembling terror die.*

*'Had Collatinus killed my son or sire,  
Or lain in ambush to betray my life,  
Or were he not my dear friend, this desire  
Might have excuse to work upon his wife  
As in revenge or quittal of such strife.  
But as he is my kinsman, my dear friend,  
The shame and fault finds no excuse nor end.*

*'Shameful it is—ay, if the fact be known.  
Hateful it is —there is no hate in loving.  
I'll beg her love— but she is not her own.  
The worst is but denial and reproving?  
My will is strong past reason's weak removing.  
Who fears a sentence or an old man's saw  
Shall by a painted cloth be kept in awe.'*

*Thus graceless holds he disputation  
'Tween frozen conscience and hot-burning will,  
And with good thoughts makes dispensation,  
Urging the worser sense for vantage still;  
Which in a moment doth confound and kill  
    All pure effects, and doth so far proceed  
    That what is vile shows like a virtuous deed.*

*Quoth he, 'She took me kindly by the hand,  
And gazed for tidings in my eager eyes,  
Fearing some hard news from the warlike band  
Where her belovèd Collatinus lies.  
O how her fear did make her colour rise!  
    First red as roses that on lawn we lay,  
    Then white as lawn, the roses took away.*

*'And how her hand, in my hand being locked,  
Forced it to tremble with her loyal fear,  
Which struck her sad, and then it faster rocked  
Until her husband's welfare she did hear,  
Whereat she smilèd with so sweet a cheer  
    That had Narcissus seen her as she stood  
    Self-love had never drowned him in the flood.*

*'Why hunt I then for colour or excuses?  
All orators are dumb when beauty pleadeth.  
Poor wretches have remorse in poor abuses;  
Love thrives not in the heart that shadows dreadeth;  
Affection is my captain, and he leadeth,  
    And when his gaudy banner is dismayed,  
    The coward fights, and will not be dismayed.*

*'Then childish fear avaunt, debating die,  
Respect and reason wait on wrinkled age!  
My heart shall never countermand mine eye,  
Sad pause and deep regard beseems the sage.  
My part is youth, and beats these from the stage.  
    Desire my pilot is, beauty my prize.  
    Then who fears sinking where such treasure lies?'*

As corn o'ergrown by weeds, so heedful fear  
Is almost choked by unresisted lust.  
Away he steals, with open list'ning ear,  
Full of foul hope and full of fond mistrust,  
Both which as servitors to the unjust  
So cross him with their opposite persuasion  
That now he vows a league, and now invasion.  
Within his thought her heavenly image sits,  
And in the selfsame seat sits Collatine.  
That eye which looks on her confounds his wits,  
That eye which him beholds, as more divine,  
Unto a view so false will not incline,  
    But with a pure appeal seeks to the heart,  
    Which once corrupted, takes the worser part,

And therein heartens up his servile powers  
Who, flattered by their leader's jocund show,  
Stuff up his lust as minutes fill up hours,  
And as their captain, so their pride doth grow,  
Paying more slavish tribute than they owe.  
    By reprobate desire thus madly led  
    The Roman lord marcheth to Lucrece' bed.

The locks between her chamber and his will,  
Each one by him enforced, retires his ward;  
But as they open they all rate his ill,  
Which drives the creeping thief to some regard.  
The threshold grates the door to have him heard,  
    Night-wand'ring weasels shriek to see him there.  
    They fright him, yet he still pursues his fear.

As each unwilling portal yields him way,  
Through little vents and crannies of the place  
The wind wars with his torch to make him stay,  
And blows the smoke of it into his face,  
Extinguishing his conduct in this case.  
    But his hot heart, which fond desire doth scorch,  
    Puffs forth another wind that fires the torch,

And being lighted, by the light he spies

*Lucretia's glove wherein her needle sticks,  
He takes it from the rushes where it lies,  
And gripping it, the needle his finger pricks,  
As who should say 'This glove to wanton tricks  
Is not inured. Return again in haste.  
Thou seest our mistress' ornaments are chaste.'*

*But all these poor forbiddings could not stay him;  
He in the worst sense consters their denial.  
The doors, the wind, the glove that did delay him  
He takes for accidental things of trial,  
Or as those bars which stop the hourly dial,  
Who with a ling'ring stay his course doth let  
Till every minute pays the hour his debt.*

*'So, so,' quoth he, 'these lets attend the time,  
Like little frosts that sometime threat the spring  
To add a more rejoicing to the prime,  
And give the sneapèd birds more cause to sing.  
Pain pays the income of each precious thing.  
Huge rocks, high winds, strong pirates, shelves, and sands  
The merchant fears, ere rich at home he lands.'*

*Now is he come unto the chamber door  
That shuts him from the heaven of bis thought,  
Which with a yielding latch, and with no more,  
Hath barred him from the blessèd thing he sought.  
So from himself impiety hath wrought  
That for his prey to pray he doth begin,  
As if the heavens should countenance his sin.*

*But in the midst of his unfruitful prayer  
Having solicited th'eternal power  
That his foul thoughts might compass his fair fair,  
And they would stand auspicious to the hour,  
Even there he starts. Quoth he, 'I must deflower.  
The powers to whom I pray abhor this fact;  
How can they then assist me in the act?*

*'Then love and fortune be my gods, my guide!*

*My will is backed with resolution.  
Thoughts are but dreams till their effects be tried;  
The blackest sin is cleared with absolution.  
Against love's fire fear's frost hath dissolution.  
The eye of heaven is out, and misty night  
Covers the shame that follows sweet delight.'*

*This said, his guilty hand plucked up the latch,  
And with his knee the door he opens wide.  
The dove sleeps fast that this night-owl will catch.  
Thus treason works ere traitors be espied.  
Who sees the lurking serpent steps aside,  
But she, sound sleeping, fearing no such thing,  
Lies at the mercy of his mortal sting.*

*Into the chamber wickedly he stalks,  
And gazeth on her yet-unstained bed.  
The curtains being close, about he walks,  
Rolling his greedy eye-balls in his head.  
By their high treason is his heart misled,  
Which gives the watchword to his hand full soon  
To draw the cloud that hides the silver moon.*

*Look as the fair and fiery-pointed sun  
Rushing from forth a cloud bereaves our sight,  
Even so, the curtain drawn, his eyes begun  
To wink, being blinded with a greater light.  
Whether it is that she reflects so bright  
That dazzleth them, or else some shame supposed,  
But blind they are, and keep themselves enclosed.*

*O had they in that darksome prison died,  
Then had they seen the period of their ill.  
Then Collatine again by Lucrece' side  
In his clear bed might have reposèd still.  
But they must ope, this blessèd league to kill,  
And holy-thoughted Lucrece to their sight  
Must sell her joy, her life, her words delight.*

*Her lily hand her rosy cheek lies under,*



*Coz'ning the pillow of a lawful kiss,  
Who therefore angry seems to part in sunder  
Swelling on either side to want his bliss;  
Between whose hills her head entombèd is,  
Where like a virtuous monument she lies  
To be admired of lewd unhallowed eyes.*

*Without the bed her other fair hand was,  
On the green coverlet, whose perfect white  
Showed like an April daisy on the grass,  
With pearly sweat resembling dew of night.  
Her eyes like marigolds had sheathed their light,  
And canopied in darkness sweetly lay  
Till they might open to adorn the day.*

*Her hair like golden threads played with her breath—  
O modest wantons, wanton modesty!—  
Showing life's triumph in the map of death,  
And death's dim look in life's mortality.  
Each in her sleep themselves so beautify  
As if between them twain there were no strife,  
But that life lived in death, and death in life.*

*Her breasts like ivory globes circled with blue,  
A pair of maiden worlds unconquerèd,  
Save of their lord no bearing yoke they knew,  
And him by oath they truly honourèd.  
These worlds in Tarquin new ambition bred,  
Who like a foul usurper went about  
From this fair throne to heave the owner out.*

*What could he see but mightily he noted?  
What did he note but strongly he desired?  
What he beheld, on that he firmly doted,  
And in his will his wilful eye he tired.  
With more than admiration he admired  
Her azure veins, her alabaster skin,  
Her coral lips, her snow-white dimpled chin.*

*As the grim lion fawneth o'er his prey,*

*Sharp hunger by the conquest satisfied,  
So o'er this sleeping soul doth Tarquin stay,  
His rage of lust by gazing qualified,  
Slaked not suppressed for standing by her side.*

*His eye which late this mutiny restrains  
Unto a greater uproar tempts his veins,*

*And they like straggling slaves for pillage fighting,  
Obdurate vassals fell exploits effecting,  
In bloody death and ravishment delighting,  
Nor children's tears nor mothers' groans respecting,  
Swell in their pride, the onset still expecting.  
Anon his beating heart, alarum striking,  
Gives the hot charge, and bids them do their liking.*

*His drumming heart cheers up his burning eye,  
His eye commends the leading to his hand.  
His hand, as proud of such a dignity,  
Smoking with pride marched on to make his stand  
On her bare breast, the heart of all her land,  
Whose ranks of blue veins as his hand did scale  
Left their round turrets destitute and pale.*

*They, must'ring to the quiet cabinet  
Where their dear governess and lady lies,  
Do tell her she is dreadfully beset,  
And fright her with confusion of their cries.  
She much amazed breaks ope her locked-up eyes,  
Who, peeping forth this tumult to behold,  
Are by his flaming torch dimmed and controlled.*

*Imagine her as one in dead of night  
From forth dull sleep by dreadful fancy waking,  
That thinks she hath beheld some ghastly sprite  
Whose grim aspect sets every joint a-shaking.  
What terror 'tis! But she in worsè taking,  
From sleep disturbèd, heedfully doth view  
The sight which makes supposed terror true.*

*Wrapped and confounded in a thousand fears,*

*Like to a new-killed bird she trembling lies.  
She dares not look, yet, winking, there appears  
Quick-shifting antics, ugly in her eyes.  
Such shadows are the weak brain's forgeries,  
Who, angry that the eyes fly from their lights,  
In darkness daunts them with more dreadful sights.*

*His hand that yet remains upon her breast—  
Rude ram, to batter such an ivory wall—  
May feel her heart, poor citizen, distressed,  
Wounding itself to death, rise up and fall,  
Beating her bulk, that his hand shakes withal.  
This moves in him more rage and lesser pity  
To make the breach and enter this sheet city.*

*First like a trumpet doth his tongue begin  
To sound a parley to his heartless foe,  
Who o'er the white sheet peers her whiter chin,  
The reason of this rash alarm to know,  
Which he by dumb demeanour seeks to show.  
But she with vehement prayers urgeth still  
Under what colour he commits this ill.*

*Thus he replies: 'The colour in thy face,  
That even for anger makes the lily pale  
And the red rose blush at her own disgrace,  
Shall plead for me and tell my loving tale.  
Under that colour am I come to scale  
Thy never-conquered fort. The fault is thine,  
For those thine eyes betray thee unto mine.*

*'Thus I forestall thee, if thou mean to chide:  
Thy beauty hath ensnared thee to this night,  
Where thou with patience must my will abide,  
My will that marks thee for my earth's delight,  
Which I to conquer sought with all my might.  
But as reproof and reason beat it dead,  
By thy bright beauty was it newly bred.*

*'I see what crosses my attempt will bring,*

*I know what thorns the growing rose defends;  
I think the honey guarded with a sting;  
All this beforehand counsel comprehends.  
But will is deaf, and hears no heedful friends.  
    Only he hath an eye to gaze on beauty,  
    And dotes on what he looks, 'gainst law or duty.*

*'I have debated even in my soul  
What wrong, what shame, what sorrow I shall breed;  
But nothing can affection's course control,  
Or stop the headlong fury of his speed.  
I know repentant tears ensue the deed,  
    Reproach, disdain, and deadly enmity,  
    Yet strive I to embrace mine infamy.'*

*This said, he shakes aloft his Roman blade,  
Which like a falcon tow'ring in the skies  
Coucheth the fowl below with his wings' shade  
Whose crooked beak threatens, if he mount he dies.  
So under his insulting falchion lies  
    Harmless Lucretia, marking what he tells  
    With trembling fear, as fowl hear falcons' bells.*

*'Lucrece,' quoth he, 'this night I must enjoy thee.  
If thou deny, then force must work my way,  
For in thy bed I purpose to destroy thee.  
That done, some worthless slave of thine I'll slay  
To kill thine honour with thy life's decay;  
    And in thy dead arms do I mean to place him,  
    Swearing I slew him seeing thee embrace him.*

*'So thy surviving husband shall remain  
The scornful mark of every open eye,  
Thy kinsmen hang their heads at this disdain,  
Thy issue blurred with nameless bastardy,  
And thou, the author of their obloquy,  
    Shalt have thy trespass cited up in rhymes  
    And sung by children in succeeding times.*

*'But if thou yield, I rest thy secret friend.*

*The fault unknown is as a thought unacted.  
A little harm done to a great good end  
For lawful policy remains enacted.  
The poisonous simple sometime is compacted  
    In a pure compound; being so applied,  
    His venom in effect is purified.*

*'Then for thy husband and thy children's sake  
Tender my suit; bequeath not to their lot  
The shame that from them no device can take,  
The blemish that will never be forgot,  
Worse than a slavish wipe or birth-hour's blot;  
    For marks descried in men's nativity  
    Are nature's faults, not their own infamy.'*

*Here with a cockatrice' dead-killing eye  
He rouseth up himself, and makes a pause,  
While she, the picture of pure piety,  
Like a white hind under the gripe's sharp claws,  
Pleads in a wilderness where are no laws  
    To the rough beast that knows no gentle right,  
    Nor aught obeys but his foul appetite.*

*But when a black-faced cloud the world doth threat,  
In his dim mist th'aspiring mountains hiding,  
From earth's dark womb some gentle gust doth get  
Which blows these pitchy vapours from their bidding,  
Hind'ring their present fall by this dividing;  
    So his unhallowed haste her words delays,  
    And moody Pluto winks while Orpheus plays.*

*Yet, foul night-waking cat, he doth but dally  
While in his holdfast foot the weak mouse panteth.  
Her sad behaviour feeds his vulture folly,  
A swallowing gulf that even in plenty wanteth.  
His ear her prayers admits, but his heart granteth  
    No penetrable entrance to her plaining.  
    Tears harden lust, though marble wear with raining.*

*Her pity-pleading eyes are sadly fixed*

*In the remorseless wrinkles of his face.  
Her modest eloquence with sighs is mixed,  
Which to her oratory adds more grace.  
She puts the period often from his place,  
And midst the sentence so her accent breaks  
That twice she doth begin ere once she speaks.*

*She conjures him by high almighty Jove,  
By knighthood, gentry, and sweet friendship's oath,  
By her untimely tears, her husband's love,  
By holy human law and common troth,  
By heaven and earth and all the power of both,  
That to his borrowed bed he make retire,  
And stoop to honour, not to foul desire.*

*Quoth she, 'Reward not hospitality  
With such black payment as thou hast pretended.  
Mud not the fountain that gave drink to thee;  
Mar not the thing that cannot be amended;  
End thy ill aim before thy shoot be ended.  
He is no woodman that doth bend his bow  
To strike a poor unseasonable doe.*

*'My husband is thy friend; for his sake spare me.  
Thyself art mighty; for thine own sake leave me;  
Myself a weakling; do not then ensnare me.  
Thou look'st not like deceit; do not deceive me.  
My sighs like whirlwinds labour hence to heave thee.  
If ever man were moved with woman's moans,  
Be moved with my tears, my sighs, my groans.*

*'All which together, like a troubled ocean,  
Beat at thy rocky and wreck-threat'ning heart  
To soften it with their continual motion,  
For stones dissolved to water do convert.  
O, if no harder than a stone thou art,  
Melt at my tears, and be compassionate.  
Soft pity enters at an iron gate.*

*'In Tarquin's likeness I did entertain thee.*

*Hast thou put on his shape to do him shame?  
To all the host of heaven I complain me.  
Thou wrong'st his honour, wound'st his princely name.  
Thou art not what thou seem'st, and if the same,  
    Thou seem'st not what thou art, a god, a king,  
    For kings like gods should govern everything.*

*'How will thy shame be seeded in thine age  
When thus thy vices bud before thy spring?  
If in thy hope thou dar'st do such outrage,  
What dar'st thou not when once thou art a king?  
O be remembered, no outrageous thing  
    From vassal actors can be wiped away;  
    Then kings' misdeeds cannot be hid in clay.*

*'This deed will make thee only loved for fear,  
But happy monarchs still are feared for love.  
With foul offenders thou perforce must bear  
When they in thee the like offences prove.  
If but for fear of this, thy will remove;  
    For princes are the glass, the school, the book  
    Where subjects' eyes do learn, do read, do look.*

*'And wilt thou be the school where lust shall learn?  
Must he in thee read lectures of such shame?  
Wilt thou be glass wherein it shall discern  
Authority for sin, warrant for blame,  
To privilege dishonour in thy name?  
    Thou back'st reproach against long-living laud,  
    And mak'st fair reputation but a bawd.*

*'Hast thou command? By him that gave it thee,  
From a pure heart command thy rebel will.  
Draw not thy sword to guard iniquity,  
For it was lent thee all that brood to kill.  
Thy princely office how canst thou fulfil  
    When, patterned by thy fault, foul sin may say  
    He learned to sin, and thou didst teach the way?*

*'Think but how vile a spectacle it were*

To view thy present trespass in another.  
Men's faults do seldom to themselves appear;  
Their own transgressions partially they smother.  
This guilt would seem death-worthy in thy brother.  
O, how are they wrapped in with infamies  
That from their own misdeeds askance their eyes!

'To thee, to thee my heaved-up hands appeal,  
Not to seducing lust, thy rash relier.  
I sue for exiled majesty's repeal;  
Let him return, and flatt'ring thoughts retire.  
His true respect will prison false desire,  
And wipe the dim mist from thy dotting eyne,  
That thou shalt see thy state, and pity mine.'

'Have done,' quoth he; 'my uncontrollèd tide  
Turns not, but swells the higher by this let.  
Small lights are soon blown out; huge fires abide,  
And with the wind in greater fury fret.  
The petty streams, that pay a daily debt  
To their salt sovereign, with their fresh falls' haste  
Add to his flow, but alter not his taste.'

'Thou art,' quoth she, 'a sea, a sovereign king,  
And lo, there falls into thy boundless flood  
Black lust, dishonour, shame, misgoverning,  
Who seek te stain the ocean of thy blood.  
If all these petty ills shall change thy good,  
Thy sea within a puddle's womb is hearsed,  
And not the puddle in thy sea dispersed.

'So shall these slaves be king, and thou their slave;  
Thou nobly base, they basely dignified;  
Thou their fair life, and they thy fouler grave;  
Thou loathèd in their shame, they in thy pride.  
The lesser thing should not the greater hide.  
The cedar stoops not to the base shrub's foot,  
But low shrubs wither at the cedar's root.

'So let thy thoughts, low vassals to thy state'-



*'No more,' quoth he, 'by heaven, I will not hear thee.  
Yield to my love. If not, enforced hate  
Instead of love's coy touch shall rudely tear thee.  
That done, despitefully I mean to bear thee  
    Unto the base bed of some rascal groom  
    To be thy partner in this shameful doom.'*

*This said, he sets his foot upon the light;  
For light and lust are deadly enemies.  
Shame folded up in blind concealing night  
When most unseen, then most doth tyrannize.  
The wolf hath seized his prey, the poor lamb cries,  
    Till with her own white fleece her voice controlled  
    Entombs her outcry in her lips' sweet fold.*

*For with the nightly linen that she wears  
He pens her piteous clamours in her head,  
Cooling his hot face in the chastest tears  
That ever modest eyes with sorrow shed.  
O that prone lust should stain so pure a bed,  
    The spots whereof could weeping purify,  
    Her tears should drop on them perpetually!*

*But she hath lost a dearer thing than life,  
And he hath won what he would lose again.  
This forcèd league doth force a further strife,  
This momentary joy breeds months of pain;  
This hot desire converts to cold disdain.  
    Pure chastity is rifled of her store,  
    And lust, the thief, far poorer than before.*

*Look as the full-fed hound or gorgèd hawk,  
Unapt for tender smell or speedy flight,  
Make slow pursuit, or altogether balk  
The prey wherein by nature they delight,  
So surfeit-taking Tarquin fares this night.  
    His taste delicious, in digestion souring,  
    Devours his will that lived by foul devouring.*

*O deeper sin than bottomless conceit*

*Can comprehend in still imagination!  
Drunken desire must vomit his receipt  
Ere he can see his own abomination.  
While lust is in his pride, no exclamation  
    Can curb his heat or rein his rash desire,  
    Till like a jade self-will himself doth tire.*

*And then with lank and lean discoloured cheek,  
With heavy eye, knit brow, and strengthless pace,  
Feeble desire, all recreant, poor, and meek,  
Like to a bankrupt beggar wails his case.  
The flesh being proud, desire doth fight with grace,  
    For there it revels, and when that decays,  
    The guilty rebel for remission prays.*

*So fares it with this faultful lord of Rome  
Who this accomplishment so hotly chased;  
For now against himself he sounds this doom,  
That through the length of times he stands disgraced.  
Besides, his soul's fair temple is defaced,  
    To whose weak ruins muster troops of cares  
    To ask the spotted princess how she fares.*

*She says her subjects with foul insurrection  
Have battered down her consecrated wall,  
And by their mortal fault brought in subjection  
Her immortality, and made her thrall  
To living death and pain perpetual,  
    Which in her prescience she controllèd still,  
    But her foresight could not forestall their will.*

*Ev'n in this thought through the dark night he stealeth,  
A captive victor that hath lost in gain,  
Bearing away the wound that nothing healeth,  
The scar that will, despite of cure, remain;  
Leaving his spoil perplexed in greater pain.  
    She bears the load of lust he left behind,  
    And he the burden of a guilty mind.*

*He like a thievish dog creeps sadly thence;*

*She like a wearied lamb lies panting there.  
He scowls, and hates himself for his offence;  
She, desperate, with her nails her flesh doth tear.  
He faintly flies, sweating with guilty fear;  
    She stays, exclaiming ore the direful night.  
    He runs, and chides his vanished loathed delight.*

*He thence departs, a heavy convertite;  
She there remains, a hopeless castaway.  
He in his speed looks for the morning light;  
She prays she never may behold the day.  
‘For day,’ quoth she, ‘night’s scapes doth open lay,  
And my true eyes have never practised how  
    To cloak offences with a cunning brow.*

*‘They think not but that every eye can see  
The same disgrace which they themselves behold,  
And therefore would they still in darkness be,  
To have their unseen sin remain untold.  
For they their guilt with weeping will unfold,  
    And grave, like water that doth eat in steel,  
    Upon my cheeks what helpless shame I feel.’*

*Here she exclaims against repose and rest,  
And bids her eyes hereafter still be blind.  
She wakes her heart by beating ore her breast,  
And bids it leap from thence where it may find  
Some purer chest to close so pure a mind.  
    Frantic with grief, thus breathes she forth her spite  
    Against the unseen secrecy of night:*

*‘O comfort-killing night, image of hell,  
Dim register and notary of shame,  
Black stage for tragedies and murders fell,  
Vast sin-concealing chaos, nurse of blame!  
Blind muffled bawd, dark harbour for defame,  
    Grim cave of death, whisp’ring conspirator  
    With close-tongued treason and the ravisher!*

*‘O hateful, vaporious, and foggy night,*

*Since thou art guilty of my cureless crime,  
Muster thy mists to meet the eastern light,  
Make war against proportioned course of time.  
Or if thou wilt permit the sun to climb  
His wonted height, yet ere he go to bed  
Knit poisonous clouds about his golden head.*

*‘With rotten damps ravish the morning air,  
Let their exhaled unwholesome breaths make sick  
The life of purity, the supreme fair,  
Ere he arrive his weary noon-tide prick;  
And let thy musty vapours march so thick  
That in their smoky ranks his smothered light  
May set at noon, and make perpetual night.*

*‘Were Tarquin night, as he is but night’s child,  
The silver-shining queen he would distain;  
Her twinkling handmaids too, by him defiled,  
Through night’s black bosom should not peep again.  
So should I have co-partners in my pain,  
And fellowship in woe doth woe assuage,  
As palmers’ chat makes short their pilgrimage.*

*‘Where now I have no one to blush with me,  
To cross their arms and hang their heads with mine,  
To mask their brows and hide their infamy,  
But I alone, alone must sit and pine,  
Seasoning the earth with showers of silver brine,  
Mingling my talk with tears, my grief with groans,  
Poor wasting monuments of lasting moans.*

*‘O night, thou furnace of foul reeking smoke,  
Let not the jealous day behold that face  
which underneath thy black all-hiding cloak  
Immodestly lies martyred with disgrace!  
Keep still possession of thy gloomy place,  
That all the faults which in thy reign are made  
May likewise be sepulchred in thy shade.*

*‘Make me not object to the tell-tale day:*

*The light will show charactered in my brow  
The story of sweet chastity's decay,  
The impious breach of holy wedlock vow.  
Yea, the illiterate that know not how  
    To cipher what is writ in learnèd books  
    Will quote my loathsome trespass in my looks.*

*'The nurse to still her child will tell my story,  
And fright her crying babe with Tarquin's name.  
The orator to deck his oratory  
Will couple my reproach to Tarquin's shame.  
Feast-finding minstrels tuning my defame  
    Will tie the hearers to attend each line,  
    How Tarquin wrongèd me, I Collatine.*

*'Let my good name, that senseless reputation,  
For Collatine's dear love be kept unspotted;  
If that be made a theme for disputation,  
The branches of another root are rotted,  
And undeserved reproach to him allotted  
    That is as clear from this attaint of mine  
    As I ere this was pure to Collatine.*

*'O unseen shame, invisible disgrace!  
O unfelt sore, crest-wounding private scar!  
Reproach is stamped in Collatinus' face,  
And Tarquin's eye may read the mot afar,  
How he in peace is wounded, not in war.  
    Alas, how many bear such shameful blows,  
    Which not themselves but he that gives them knows!*

*'If, Collatine, thine honour lay in me,  
From me by strong assault it is bereft;  
My honey lost, and I, a drone-like bee,  
Have no perfection of my summer left,  
But robbed and ransacked by injurious theft.  
    In thy weak hive a wandering wasp hath crept,  
    And sucked the honey which thy chaste bee kept.*

*'Yet am I guilty of thy honour's wrack;*

*Yet for thy honour did I entertain him.  
Coming from thee, I could not put him back,  
For it had been dishonour to disdain him.  
Besides, of weariness he did complain him,  
And talked of virtue—O unlooked-for evil,  
When virtue is profaned in such a devil!*

*‘Why should the worm intrude the maiden bud,  
Or hateful cuckoos hatch in sparrows’ nests,  
Or toads infect fair founts with venom mud,  
Or tyrant folly lurk in gentle breasts,  
Or kings be breakers of their own behests?  
But no perfection is so absolute  
That some impurity doth not pollute.*

*‘The aged man that coffers up his gold  
Is plagued with cramps, and gouts, and painful fits,  
And scarce hath eyes his treasure to behold,  
But like still-pining Tantalus he sits,  
And useless barns the harvest of his wits,  
Having no other pleasure of his gain  
But torment that it cannot cure his pain.*

*‘So then he hath it when he cannot use it,  
And leaves it to be mastered by his young,  
Who in their pride do presently abuse it.  
Their father was too weak and they too strong  
To hold their cursèd-blessèd fortune long.  
The sweets we wish for turn to loathèd sours  
Even in the moment that we call them ours.*

*‘Unruly blasts wait on the tender spring,  
Unwholesome weeds take root with precious flowers,  
The adder hisses where the sweet birds sing,  
What virtue breeds, iniquity devours.  
We have no good that we can say is ours  
But ill-annexèd opportunity  
Or kills his life or else his quality.*

*‘O opportunity, thy guilt is great!*

*'Tis thou that execut'st the traitor's treason;  
Thou sets the wolf where he the lamb may get;  
Whoever plots the sin, thou points the season.  
'Tis thou that spurn'st at right, at law, at reason;  
And in thy shady cell where none may spy him  
Sits sin, to seize the sours that wander by him.*

*'Thou mak'st the vestal violate her oath,  
Thou blow'st the fire when temperance is thawed,  
Thou smother'st honesty, thou murd'rest troth,  
Thou foul abettor, thou notorious bawd;  
Thou plantest scandal and displacest laud.  
Thou ravisher, thou traitor, thou false thief,  
Thy honey turns to gall, thy joy to grief.*

*'Thy secret pleasure turns to open shame,  
Thy private feasting to a public fast,  
Thy smoothing titles to a ragged name,  
Thy sugared tongue to bitter wormwood taste.  
Thy violent vanities can never last.  
How comes it then, vile opportunity,  
Being so bad, such numbers seek for thee?*

*'When wilt thou be the humble suppliant's friend,  
And bring him where his suit may be obtained?  
When wilt thou sort an hour great strifes to end,  
Or free that soul which wretchedness hath chained,  
Give physic to the sick, ease to the pained?  
The poor, lame, blind, halt, creep, cry out for thee,  
But they ne'er meet with opportunity.*

*'The patient dies while the physician sleeps,  
The orphan pines while the oppressor feeds,  
Justice is feasting while the widow weeps,  
Advice is sporting while infection breeds.  
Thou grant'st no time for charitable deeds.  
Wrath, envy, treason, rape, and murder's rages,  
Thy heinous hours wait on them as their pages.*

*'When truth and virtue have to do with thee*

*A thousand crosses keep them from thy aid.  
They buy thy help, but sin ne'er gives a fee;  
He gratis comes, and thou art well appaid  
As well to hear as grant what he hath said.  
My Collatine would else have come to me  
When Tarquin did, but he was stayed by thee.*

*'Guilty thou art of murder and of theft,  
Guilty of perjury and subornation,  
Guilty of treason, forgery, and shift,  
Guilty of incest, that abomination:  
An accessory by thine inclination  
To all sins past and all that are to come  
From the creation to the general doom.*

*'Misshapen time, copesmate of ugly night,  
Swift subtle post, carrier of grisly care,  
Eater of youth, false slave to false delight,  
Base watch of woes, sin's pack-house, virtue's snare,  
Thou nursest all, and murd'rest all that are.  
O hear me then, injurious shifting time;  
Be guilty of my death, since of my crime.*

*'Why hath thy servant opportunity  
Betrayed the hours thou gav'st me to repose,  
Cancelled my fortunes, and enchainèd me  
To endless date of never-ending woes?  
Time's office is to fine the hate of foes,  
To eat up errors by opinion bred,  
Not spend the dowry of a lawful bed.*

*'Time's glory is to calm contending kings,  
To unmask falsehood and bring truth to light,  
To stamp the seal of time in agèd things,  
To wake the morn and sentinel the night,  
To wrong the wronger till he render right,  
To ruinatè proud buildings with thy hours  
And smear with dust their glitt'ring golden towers;*

*'To fill with worm-holes stately monuments,*



*To feed oblivion with decay of things,  
To blot old books and alter their contents,  
To pluck the quills from ancient ravens' wings,  
To dry the old oak's sap and blemish springs,  
    To spoil antiquities of hammered steel,  
    And turn the giddy round of fortune's wheel;*

*'To show the beldame daughters of her daughter,  
To make the child a man, the man a child,  
To slay the tiger that doth live by slaughter,  
To tame the unicorn and lion wild,  
To mock the subtle in themselves beguiled,  
    To cheer the ploughman with increaseful crops,  
    And waste huge stones with little water drops.*

*'Why work'st thou mischief in thy pilgrimage,  
Unless thou couldst return to make amends?  
One poor retiring minute in an age  
Would purchase thee a thousand thousand friends,  
Lending him wit that to bad debtors lends.  
    O this dread night, wouldst thou one hour come back,  
    I could prevent this storm and shun thy wrack!*

*'Thou ceaseless lackey to eternity,  
With some mischance cross Tarquin in his flight.  
Devise extremes beyond extremity  
To make him curse this cursèd crimeful night.  
Let ghastly shadows his lewd eyes affright,  
    And the dire thought of his committed evil  
    Shape every bush a hideous shapeless devil.*

*'Disturb his hours of rest with restless trances;  
Afflict him in his bed with bedrid groans;  
Let there bechance him pitiful mischances  
To make him moan, but pity not his moans.  
Stone him with hardened hearts harder than stones,  
    And let mild women to him lose their mildness,  
    Wilder to him than tigers in their wildness.*

*'Let him have time to tear his curlèd hair,*

*Let him have time against himself to rave,  
Let him have time of time's help to despair,  
Let him have time to live a loathèd slave,  
Let him have time a beggar's orts to crave,  
And time to see one that by alms doth live  
Disdain to him disdainèd scraps to give.*

*'Let him have time to see his friends his foes,  
And merry fools to mock at him resort.  
Let him have time to mark how slow time goes  
In time of sorrow, and how swift and short  
His time of folly and his time of sport;  
And ever let his unrecalling crime  
Have time to wail th'abusing of his time.*

*'O time, thou tutor both to good and bad,  
Teach me to curse him that thou taught'st this ill;  
At his own shadow let the thief run mad,  
Himself himself seek every hour to kill;  
Such wretched hands such wretched blood should spill,  
For who so base would such an office have  
As sland'rous deathsman to so base a slave?*

*'The baser is he, coming from a king,  
To shame his hope with deeds degenerate.  
The mightier man, the mightier is the thing  
That makes him honoured or begets him hate,  
For greatest scandal waits on greatest state.  
The moon being clouded presently is missed,  
But little stars may hide them when they list.*

*'The crow may bathe his coal-black wings in mire  
And unperceived fly with the filth away,  
But if the like the snow-white swan desire,  
The stain upon bis silver down will stay.  
Poor grooms are sightless night, kings glorious day.  
Gnats are unnoted wheresoe'er they fly,  
But eagles gazed upon with every eye.*

*'Out, idle words, servants to shallow fools,*

*Unprofitable sounds, weak arbitrators!  
Busy yourselves in skill-contending schools,  
Debate where leisure serves with dull debaters,  
To trembling clients be you mediators;  
For me, I force not argument a straw,  
Since that my case is past the help of law.*

*‘In vain I rail at opportunity,  
At time, at Tarquin, and uncheerful night.  
In vain I cavil with mine infamy,  
In vain I spurn at my confirmed despite.  
This helpless smoke of words doth me no right;  
The remedy indeed to do me good  
Is to let forth my foul defilèd blood.*

*‘Poor hand, why quiver’st thou at this decree?  
Honour thyself to rid me of this shame,  
For if I die, my honour lives in thee,  
But if I live, thou liv’st in my defame.  
Since thou couldst not defend thy loyal dame,  
And wast afeard to scratch her wicked foe,  
Kill both thyself and her for yielding so.’*

*This said, from her betumbled couch she starteth,  
To find some desp’rate instrument of death.  
But this, no slaughterhouse, no tool imparteth  
To make more vent for passage of her breath,  
Which thronging through her lips so vanisheth  
As smoke from Etna that in air consumes,  
Or that which from dischargèd cannon fumes.*

*‘In vain,’ quoth she, ‘I live, and seek in vain  
Some happy mean to end a hapless life.  
I feared by Tarquin’s falchion to be slain,  
Yet for the selfsame purpose seek a knife.  
But when I feared I was a loyal wife;  
So am I now—O no, that cannot be,  
Of that true type hath Tarquin rifled me.*

*‘O, that is gone for which I sought to live,*

*And therefore now I need not fear to die.  
To clear this spot by death, at least I give  
A badge of fame to siander's livery,  
A dying life to living infamy.  
    Poor helpless help, the treasure stol'n away,  
    To burn the guiltless casket where it lay!*

*'Well, well, dear Collatine, thou shalt not know  
The stainèd taste of violated troth.  
I will not wrong thy true affection so  
To flatter thee with an infringèd oath.  
This bastard graft shall never come to growth.  
    He shall not boast, who did thy stock pollute,  
    That thou art doting father of his fruit,*

*'Nor shall he smile at thee in secret thought,  
Nor laugh with his companions at thy state.  
But thou shalt know thy int'rest was not bought  
Basely with gold, but stol'n from forth thy gate.  
For me, I am the mistress of my fate,  
    And with my trespass never will dispense  
    Till life to death acquit my forced offence.*

*'I will not poison thee with my attaint,  
Nor fold my fault in cleanly coined excuses.  
My sable ground of sin I will not paint  
To hide the truth of this false night's abuses.  
My tongue shall utter all; mine eyes, like sluices,  
    As from a mountain spring that feeds a dale  
    Shall gush pure streams to purge my impure tale.'*

*By this, lamenting Philomel had ended  
The well-tuned warble of her nightly sorrow,  
And solemn night with slow sad gait descended  
To ugly hell, when lo, the blushing morrow  
Lends light to all fair eyes that light will borrow.  
    But cloudy Lucrece shames herself to see,  
    And therefore still in night would cloistered be.*

*Revealing day through every cranny spies,*

*And seems to point her out where she sits weeping;  
To whom she sobbing speaks, 'O eye of eyes,  
Why pry'st thou through my window? Leave thy peeping,  
Mock with thy tickling beams eyes that are sleeping,  
Brand not my forehead with thy piercing light,  
For day hath naught to do what's done by night.'*

*Thus cavils she with everything she sees:  
True grief is fond and testy as a child  
Who, wayward once, his mood with naught agrees;  
Old woes, not infant sorrows, bear them mild.  
Continuance tames the one; the other wild,  
Like an unpractised swimmer plunging still,  
With too much labour drowns for want of skill.*

*So she, deep drenchèd in a sea of care,  
Holds disputation with each thing she views,  
And to herself all sorrow doth compare;  
No object but her passion's strength renews,  
And as one shifts, another straight ensues.  
Sometime her grief is dumb and hath no words,  
Sometime 'tis mad and too much talk affords.*

*The little birds that tune their morning's joy  
Make her moans mad with their sweet melody,  
For mirth doth search the bottom of annoy;  
Sad souls are slain in merry company;  
Grief best is pleased with grief's society.  
True sorrow then is feelingly sufficed  
When with like semblance it is sympathized.*

*'Tis double death to drown in ken of shore;  
He ten times pines that pines beholding food;  
To see the salve doth make the wound ache more;  
Great grief grieves most at that would do it good;  
Deep woes roll forward like a gentle flood  
Who, being stopped, the bounding banks o'erflows.  
Grief dallied with nor law nor limit knows.*

*'You mocking birds,' quoth she, 'your tunes entomb*

*Within your hollow-swelling feathered breasts,  
And in my hearing be you mute and dumb;  
My restless discord loves no stops nor rests;  
A woeful hostess brooks not merry guests.  
    Relish your nimble notes to pleasing ears;  
    Distress likes dumps when time is kept with tears.*

*‘Come, Philomel, that sing’st of ravishment,  
Make thy sad grove in my dishevelled hair.  
As the dank earth weeps at thy languishment,  
So I at each sad strain will strain a tear,  
And with deep groans the diapason bear;  
    For burden-wise I’ll hum on Tarquin still,  
    While thou on Tereus descants better skill.*

*‘And whiles against a thorn thou bear’st thy part  
To keep thy sharp woes waking, wretched I,  
To imitate thee well, against my heart  
Will fix a sharp knife to affright mine eye,  
Who if it wink shall thereon fall and die.  
    These means, as frets upon an instrument,  
    Shall tune our heart-strings to true languishment.*

*‘And for, poor bird, thou sing’st not in the day,  
As shaming any eye should thee behold,  
Some dark deep desert seated from the way,  
That knows not parching heat nor freezing cold,  
Will we find out, and there we will unfold  
    To creatures stern sad tunes to change their kinds.  
    Since men prove beasts, let beasts bear gentle minds.’*

*As the poor frightened deer that stands at gaze,  
Wildly determining which way to fly,  
Or one encompassed with a winding maze,  
That cannot tread the way out readily,  
So with herself is she in mutiny,  
    To live or die which of the twain were better  
    When life is shamed and death reproach’s debtor.*

*‘To kill myself,’ quoth she, ‘alack, what were it*

*But with my body my poor soul's pollution?  
They that lose half with greater patience bear it  
Than they whose whole is swallowed in confusion.  
That mother tries a merciless conclusion  
Who, having two sweet babes, when death takes ore  
Will slay the other and be nurse to none.*

*'My body or my soul, which was the dearer,  
When the one pure the other made divine?  
Whose love of either to myself was nearer,  
When both were kept for heaven and Collatine?  
Ay me, the bark peeled from the lofty pine  
His leaves will wither and his sap decay;  
So must my soul, her bark being peeled away.*

*'Her house is sacked, her quiet interrupted,  
Her mansion battered by the enemy,  
Her sacred temple spotted, spoiled, corrupted,  
Grossly engirt with daring infamy.  
Then let it not be called impiety  
If in this blemished fort I make some hole  
Through which I may convey this troubled soul.*

*'Yet die I will not till my Collatine  
Have heard the cause of my untimely death,  
That he may vow in that sad hour of mine  
Revenge on him that made me stop my breath.  
My stained blood to Tarquin I'll bequeath,  
Which by him tainted shall for him be spent,  
And as his due writ in my testament.*

*'My honour I'll bequeath unto the knife  
That wounds my body so dishonoured.  
'Tis honour to deprive dishonoured life;  
The one will live, the other being dead.  
So of shame's ashes shall my lame be bred,  
For in my death I murder shameful scorn;  
My shame so dead, mine honour is new born.*

*'Dear lord of that dear jewel I have lost,*

*What legacy shall I bequeath to thee?  
My resolution, love, shall be thy boast,  
By whose example thou revenged mayst be.  
How Tarquin must be used, read it in me.  
Myself, thy friend, will kill myself, thy foe;  
And for my sake serve thou false Tarquin so.*

*'This brief abridgement of my will I make:  
My soul and body to the skies and ground;  
My resolution, husband, do thou take;  
Mine honour be the knife's that makes my wound;  
My shame be his that did my fame confound;  
And all my fame that lives disbursèd be  
To those that live and think no shame of me.*

*'Thou, Collatine, shalt oversee this will.  
How was I overseen that thou shalt see it!  
My blood shall wash the slander of mine ill;  
My life's foul deed my life's fair end shall free it.  
Faint not, faint heart, but stoutly say "So be it".  
Yield to my hand, my hand shall conquer thee;  
Thou dead, both die, and both shall victors be.'*

*This plot of death when sadly she had laid,  
And wiped the brinish pearl from her bright eyes,  
With untuned tongue she hoarsely calls her maid,  
Whose swift obedience to her mistress hies;  
For fleet-winged duty with thought's feathers flies.  
Poor Lucrece' cheeks unto her maid seem so  
As winter meads when sur doth melt their snow.*

*Her mistress she doth give demure good-morrow  
With soft slow tongue, true mark of modesty,  
And sorts a sad look to her lady's sorrow,  
For why her face wore sorrow's livery;  
But durst not ask of her audaciously  
Why her two suns were cloud-eclipsèd so,  
Nor why her fair cheeks over-washed with woe.*

*But as the earth doth weep, the sun being set,*



*Each flower moistened like a melting eye,  
Even so the maid with swelling drops gan wet  
Her circled eyne, enforced by sympathy  
Of these fair suns set in her mistress' sky,  
    Who in a salt-waved ocean quench their light;  
    Which makes the maid weep like the dewy night.*

*A pretty while these pretty creatures stand,  
Like ivory conduits coral cisterns filling.  
One justly weeps, the other takes in hand  
No cause but company of her drops' spilling.  
Their gentle sex to weep are often willing,  
    Grieving themselves to guess at others' smarts,  
    And then they drown their eyes or break their hearts.*

*For men have marble, women waxen minds,  
And therefore are they formed as marble will.  
The weak oppressed, th'impression of strange kinds  
Is formed in them by force, by fraud, or skill.  
Then call them not the authors of their ill,  
    No more than wax shall be accounted evil  
    Wherein is stamped the semblance of a devil.*

*Their smoothness like a goodly champaign plain  
Lays open all the little worms that creep;  
In men as in a rough-grown grove remain  
Cave-keeping evils that obscurely sleep.  
Through crystal walls each little mote will peep;  
    Though men can cover crimes with bold stern looks,  
    Poor women's faces are their own faults' books.*

*No man inveigh against the withered flower,  
But chide rough winter that the flower hath killed.  
Not that devoured, but that which doth devour  
Is worthy blame. O, let it not be held  
Poor women's faults that they are so full-filled  
    With men's abuses. Those proud lords, to blame,  
    Make weak-made women tenants to their shame.*

*The precedent whereof in Lucrece view,*

*Assailed by night with circumstances strong  
Of present death, and shame that might ensue  
By that her death, to do her husband wrong.  
Such danger to resistance did belong*

*That dying fear through all her body spread;  
And who cannot abuse a body dead?*

*By this, mild patience bid fair Lucrece speak  
To the poor counterfeit of her complaining.  
'My girl,' quoth she, 'on what occasion break  
Those tears from thee that down thy cheeks are raining?  
If thou dost weep for grief of my sustaining,  
Know, gentle wench, it small avails my mood.  
If tears could help, mine own would do me good.*

*'But tell me, girl, when went'—and there she stayed,  
Till after a deep groan—'Tarquin from hence?'  
'Madam, ere I was up,' replied the maid,  
'The more to blame my sluggard negligence.  
Yet with the fault I thus far can dispense:  
Myself was stirring ere the break of day,  
And ere I rose was Tarquin gone away.*

*'But lady, if your maid may be so bold,  
She would request to know your heaviness.'  
'O, peace,' quoth Lucrece, 'if it should be told,  
The repetition cannot make it less;  
For more it is than I can well express,  
And that deep torture may be called a hell  
When more is felt than one hath power to tell*

*'Go, get me hither paper, ink, and pen;  
Yet save that labour, for I have them here.  
What should I say? One of my husband's men  
Bid thou be ready by and by to bear  
A letter to my lord, my love, my dear.  
Bid him with speed prepare to carry it;  
The cause craves haste, and it will soon be writ.'*

*Her maid is gone, and she prepares to write,*

*First hovering o'er the paper with her quill.  
Conceit and grief an eager combat fight;  
What wit sets down is blotted straight with will;  
This is too curious-good, this blunt and ill.  
    Much like a press of people at a door  
    Throng her inventions, which shall go before.*

*At last she thus begins: 'Thou worthy lord  
Of that unworthy wife that greeteth thee,  
Health to thy person! Next, vouchsafe t' afford—  
If ever, love, thy Lucrece thou wilt see —  
Some present speed to come and visit me.  
    So I commend me, from our house in grief;  
    My woes are tedious, though my words are brief.'*

*Here folds she up the tenor of her woe,  
Her certain sorrow writ uncertainly.  
By this short schedule Collatine may know  
Her grief, but not her grief's true quality.  
She dares not thereof make discovery,  
    Lest he should hold it her own gross abuse,  
    Ere she with blood had stained her stain's excuse.*

*Besides, the life and feeling of her passion  
She hoards, to spend when he is by to hear her,  
When sighs and groans and tears may grace the fashion  
Of her disgrace, the better so to clear her  
From that suspicion which the world might bear her.  
    To shun this blot she would not blot the letter  
    With words, till action might become them better.*

*To see sad sights moves more than hear them told,  
For then the eye interprets to the ear  
The heavy motion that it doth behold,  
When every part a part of woe doth bear.  
'Tis but a part of sorrow that we hear;  
    Deep sounds make lesser noise than shallow fords,  
    And sorrow ebbs, being blown with wind of words.*

*Her letter now is sealed, and on it writ*

*'At Ardea to my lord with more than haste'.  
The post attends, and she delivers it,  
Charging the sour-faced groom to hie as fast  
As lagging fowls before the northern blast.  
Speed more than speed but dull and slow she deems;  
Extremity still urgeth such extremes.*

*The homely villain curtsies to her low,  
And blushing on her with a steadfast eye  
Recives the scroll without or yea or no,  
And forth with bashful innocence doth hie.  
But they whose guilt within their bosoms lie  
Imagine every eye beholds their blame,  
For Lucrece thought he blushed to see her shame,*

*When, silly groom, God wot, it was defect  
Of spirit, life, and bold audacity.  
Such harmless creatures have a true respect  
To talk in deeds, while others saucily  
Promise more speed, but do it leisurely.  
Even so this pattern of the worn-out age  
Pawned honest looks, but laid no words to gage.*

*His kindled duty kindled her mistrust,  
That two red fires in both their faces blazed.  
She thought he blushed as knowing Tarquin's lust,  
And blushing with him, wistly on him gazed.  
Her earnest eye did make him more amazed.  
The more she saw the blood his cheeks replenish,  
The more she thought he spied in her some blemish.*

*But long she thinks till he return again,  
And yet the duteous vassal scarce is gone.  
The weary time she cannot entertain,  
For now 'tis stale to sigh, to weep, and groan.  
So woe hath wearied woe, moan tired moan,  
That she her plaints a little while doth stay,  
Pausing for means to mourn some newer way.*

*At last she calls to mind where hangs a piece*

*Of skilful painting made for Priam's Troy,  
Before the which is drawn the power of Greece,  
Por Helen's rape the city to destroy,  
Threat'ning cloud-kissing Ilion with annoy;  
Which the conceited painter drew so proud  
As heaven, it seemed, to kiss the turrets bowed.*

*A thousand lamentable objects there,  
In scorn of nature, art gave lifeless life.  
Many a dry drop seemed a weeping tear  
Shed for the slaughtered husband by the wife.  
The red blood reeked to show the painter's strife,  
And dying eyes gleamed forth their ashy lights  
Like dying coals burnt out in tedious nights.*

*There might you see the labouring pioneer  
Begrimed with sweat and smearèd all with dust,  
And from the towers of Troy there would appear  
The very eyes of men through loop-holes thrust,  
Gazing upon the Greeks with little lust.  
Such sweet observance in this work was had  
That one might see those far-off eyes look sad.*

*In great commanders grace and majesty  
You might behold, triumphing in their faces;  
In youth, quick bearing and dexterity;  
And here and there the painter interlaces  
Pale cowards marching on with trembling paces,  
Which heartless peasants did so well resemble  
That one would swear he saw them quake and tremble.*

*In Ajax and Ulysses, O what art  
Of physiognomy might one behold!  
The face of either ciphered either's heart;  
Their face their manners most expressly told.  
In Ajax' eyes blunt rage and rigour rolled,  
But the mild glance that sly Ulysses lent  
Showed deep regard and smiling government.*

*There pleading might you see grave Nestor stand,*

*As 'twere encouraging the Greeks to fight,  
Making such sober action with his hand  
That it beguiled attention, charmed the sight.  
In speech it seemed his beard all silver-white  
    Wagged up and down, and from his lips did fly  
    Thin winding breath which purred up to the sky.*

*About him were a press of gaping faces  
Which seemed to swallow up his sound advice,  
All jointly list'ning, but with several graces,  
As if some mermaid did their ears entice;  
Some high, some low, the painter was so nice.  
    'Che scalps of many, almost hid behind,  
    To jump up higher seemed, to mock the mind.*

*Here one man's hand leaned on another's head,  
His nose being shadowed by his neighbour's ear;  
Here one being thronged bears back, all boll'n and red;  
Another, smothered, seems to pelt and swear,  
And in their rage such signs of rage they bear  
    As but for loss of Nestor's golden words  
    It seemed they would debate with angry swords.*

*For much imaginary work was there;  
Conceit deceitful, so compact, so kind,  
That for Achilles' image stood his spear  
Gripped in an armèd hand; himself behind  
Was left unseen save to the eye of mind;  
    A hand, a foot, a face, a leg, a head,  
    Stood for the whole to be imaginèd.*

*And from the walls of strong-besiegèd Troy  
When their brave hope, bold Hector, marched to field,  
Stood many Trojan mothers sharing joy  
To see their youthful sons bright weapons wield;  
And to their hope they such odd action yield  
    That through their light joy seemèd to appear,  
    Like bright things stained, a kind of heavy fear.*

*And from the strand of Dardan where they fought*

*To Simois' reedy banks the red blood ran,  
Whose waves to imitate the battle sought  
With swelling ridges, and their ranks began  
To break upon the gallèd shore, and then  
Retire again, till meeting greater ranks  
They join, and shoot their foam at Simois' banks.*

*To this well painted piece is Lucrece come,  
To find a face where all distress is stelled.  
Many she sees where cares have carvèd some,  
But none where all distress and dolour dwelled  
Till she despairing Hecuba beheld  
Staring on Priam's wounds with her old eyes,  
Which bleeding under Pyrrhus' proud foot lies.*

*In her the painter had anatomized  
Time's ruin, beauty's wreck, and grim care's reign.  
Her checeks with chaps and wrinkles were disguised;  
Of what she was no semblance did remain.  
Her blue blood changed to black in every vein,  
Wanting the spring that those shrunk pipes had fed,  
Showed life imprisoned in a body dead.*

*On this sad shadow Lucrece spends her eyes,  
And shapes her sorrow to the beldame's woes,  
Who nothing wants to answer her but cries  
And bitter words to ban her cruel foes.  
The painter was no god to lend her those,  
And therefore Lucrece swears he did her wrong  
To give her so much grief, and not a tongue.*

*'Poor instrument,' quoth she, 'without a sound,  
I'll tune thy woes with my lamenting tongue,  
And drop sweet balm in Priam's painted wound,  
And rail on Pyrrhus that hath done him wrong,  
And with my tears quench Troy that burns so long,  
And with my knife scratch out the angry eyes  
Of all the Greeks that are thine enemies.*

*'Show me the strumpet that began this stir,*

*That with my nails her beauty I may tear.  
Thy heat of lust, fond Paris, did incur  
This load of wrath that burning Troy doth bear;  
Thine eye kindled the fire that burneth here,  
And here in Troy, for trespass of thine eye,  
The sire, the son, the dame and daughter die.*

*'Why should the private pleasure of someone  
Become the public plague of many moe?  
Let sin alone committed light alone  
Upon his head that hath transgressèd so;  
Let guiltless souls be freed from guilty woe.  
Por one's offence why should so many fall,  
To plague a private sin in general?*

*'Lo, here weeps Hecuba, here Priam dies,  
Here manly Hector faints, here Troilus swoons,  
Here friend by friend in bloody channel lies,  
And friend to friend gives unadvisèd wounds,  
And one man's lust these many lives confounds.  
Had doting Priam checked his son's desire,  
Troy had been bright with fame, and not with fire.'*

*Here feelingly she weeps Troy's painted woes;  
For sorrow, like a heavy hanging bell  
Once set on ringing, with his own weight goes;  
Then little strength rings out the doleful knell.  
So Lucrece, set a-work, sad tales doth tell  
To pencilled pensiveness and coloured sorrow.  
She lends them words, and she their looks doth borrow.*

*She throws her eyes about the painting round,  
And who she finds forlorn she doth lament.  
At last she sees a wretched image bound,  
That piteous looks to Phrygian shepherds lent.  
His face, though full of cares, yet showed content.  
Onward to Troy with the blunt swains he goes,  
So mild that patience seemed to scorn his woes.*

*In him the painter laboured with his skill*



*To hide deceit and give the harmless show  
An humble gait, calm looks, eyes wailing still,  
A brow unbent that seemed to welcome woe;  
Cheeks neither red nor pale, but mingled so  
    That blushing red no guilty instance gave,  
    Nor ashy pale the fear that false hearts have.*

*But like a constant and confirmed devil  
He entertained a show so seeming just,  
And therein so ensconced his secret evil  
That jealousy itself could not mistrust  
False creeping craft and perjury should thrust  
    Into so bright a day such blackfaced storms,  
    Or blot with hell-born sin such saint-like forms.*

*The well skilled workman this mild image drew  
For perjured Sinon, whose enchanting story  
The credulous old Priam after slew;  
Whose words like wildfire burnt the shining glory  
Of rich-built Ilion, that the skies were sorry,  
    And little stars shot from their fixed places  
    When their glass fell wherein they viewed their faces.*

*This picture she advisedly perused,  
And chid the painter for his wondrous skill,  
Saying some shape in Sinon's was abused,  
So fair a form lodged not a mind so ill;  
And still on him she gazed, and gazing still,  
    Such signs of truth in his plain face she spied  
    That she concludes the picture was belied.*

*'It cannot be,' quoth she, 'that so much guile' —  
She would have said 'can lurk in such a look',  
But Tarquin's shape came in her mind the while,  
And from her tongue 'can lurk' from 'cannot' took.  
'It cannot be' she in that sense forsook,  
    And turned it thus: 'It cannot be, I find,  
    But such a face should bear a wicked mind.*

*For even as subtle Sinon here is painted,*

*So sober-sad, so weary, and so mild,  
As if with grief or travail he had fainted,  
To me came Tarquin armèd, too beguiled  
With outward honesty, but yet defiled  
    With inward vice. As Priam him did cherish,  
    So did I Tarquin, so my Troy did perish.*

*‘Look, look, how list’ning Priam wets his eyes  
To see those borrowed tears that Sinon sheds.  
Priam, why art thou old and yet not wise?  
For every tear he falls a Trojan bleeds.  
His eye drops fire, no water thence proceeds.  
    Those round clear pearls of his that move thy pity  
    Are balls of quenchless fire to burra thy city.*

*‘such devils steal effects from lightless hell,  
For Sinon in his fire doth quake with cold,  
And in that cold hot-burning fire doth dwell.  
These contraries such unity do hold  
Only to flatter fools and make them bold;  
    So Priam’s trust false Sinon’s tears doth flatter,  
    That he finds means to burn his Troy with water.’*

*Here, all enraged, such passion her assails  
That patience is quite beaten from her breast.  
She tears the senseless Sinon with her nails,  
Comparing him to that unhappy guest  
Whose deed hath made herself herself detest.  
    At last she smilingly with this gives o’er:  
    ‘Fool, fool,’ quoth she, ‘his wounds will not be sore.’*

*Thus ebbs and flows the current of her sorrow,  
And time doth weary time with her complaining.  
She looks for night, and then she longs for morrow,  
And both she thinks too long with her remaining.  
Short time seems long in sorrow’s sharp sustaining.  
    Though woe be heavy, yet it seldom sleeps,  
    And they that watch see time how slow it creeps.*

*Which all this time hath overslipped her thought*

*That she with painted images hath spent,  
Being from the feeling of her own grief brought  
By deep surmise of others' detriment,  
Losing her woes in shows of discontent.*

*It easeth some, though none it ever cured,  
To think their dolour others have endured.*

*But now the mindful messenger come back  
Brings home his lord and other company,  
Who finds his Lucrece clad in mourning black,  
And round about her tear-distainèd eye  
Blue circles streamed, like rainbows in the sky.*

*These water-galls in her dim element  
Foretell now storms to those already spent.*

*Which when her sad beholding husband saw,  
Amazedly in her sad face he stares.  
Her eyes, though sod in tears, looked red and raw,  
Her lively colour killed with deadly cares.  
He hath no power to ask her how she fares.*

*Both stood like old acquaintance in a trance,  
Met far from home, wond'ring each other's chance.*

*At last he takes her by the bloodless hand,  
And thus begins: 'What uncouth ill event  
Hath thee befall'n, that thou dost trembling stand?  
Sweet love, what spite hath thy fair colour spent?  
Why art thou thus attired in discontent?*

*Unmask, dear dear, this moody heaviness,  
And tell thy grief, that we may give redress.'*

*Three times with sighs she gives her sorrow fire  
Ere once she can discharge one word of woe.  
At length addressed to answer his desire,  
She modestly prepares to let them know  
Her honour is ta'en prisoner by the foe,  
While Collatine and his consorted lords  
With sad attention long to hear her words.*

*And now this pale swan in her wat'ry nest*

*Begins the sad dirge of her certain ending.  
'Few words,' quoth she, 'shall fit the trespass best,  
Where no excuse can give the fault amending.  
In me more woes than words are now depending,  
And my laments would be drawn out too long  
To tell them all with one poor tired tongue.*

*'Then be this all the task it hath to say:  
Dear husband, in the interest of thy bed  
A stranger came, and on that pillow lay  
Where thou wast wont to rest thy weary head;  
And what wrong else may be imaginèd  
By foul enforcement might be done to me,  
From that, alas, thy Lucrece is not free.*

*'For in the dreadful dead of dark midnight  
With shining falchion in my chamber came  
A creeping creature with a flaming light,  
And softly cried, "Awake, thou Roman dame,  
And entertain my love; else lasting shame  
On thee and thine this night I will inflict,  
If thou my love's desire do contradict.*

*"For some hard-favoured groom of thine," quoth he,  
"Unless thou yoke thy liking to my will,  
I'll murder straight, and then I'll slaughter thee,  
And swear I found you where you did fulfil  
The loathsome act of lust, and so did kill  
The lechers in their deed. This act will be  
My fame, and thy perpetual infamy."*

*'With this I did begin to start and cry,  
And then against my heart he set his sword,  
Swearing unless I took all patiently  
I should not live to speak another word.  
So should my shame still rest upon record,  
And never be forgot in mighty Rome  
Th'adulterate death of Lucrece and her groom.*

*'Mine enemy was strong, my poor self weak,*

*And far the weaker with so strong a fear.  
My bloody judge forbade my tongue to speak;  
No rightful plea might plead for justice there.  
His scarlet lust came evidence to swear  
That my poor beauty had purloined his eyes;  
And when the judge is robbed, the prisoner dies.*

*'O teach me how to make mine own excuse,  
Or at the least this refuge let me find:  
Though my gross blood be stained with this abuse,  
Immaculate and spotless is my mind.  
That was not forced, that never was inclined  
To accessory yieldings, but still pure  
Doth in her poisoned closet yet endure.'*

*Lo, here the hopeless merchant of this loss,  
With head declined and voice dammed up with woe,  
With sad set eyes and wreathèd arms across,  
From lips new waxen pale begins to blow  
The grief away that stops his answer so;  
But wretched as he is, he strives in vain.  
What he breathes out, his breath drinks up again.*

*As through an arch the violent roaring tide  
Outruns the eye that doth behold his haste,  
Yet in the eddy boundeth in his pride  
Back to the strait that forced him on so fast,  
In rage sent out, recalled in rage being past;  
Even so his sighs, his sorrows, make a saw,  
To push grief on, and back the lame grief draw.*

*Which speechless woe of his poor she attendeth,  
And his untimely frenzy thus awaketh:  
'Dear lord, thy sorrow to my sorrow lendeth  
Another power; no flood by raining slaketh.  
My woe too sensible thy passion maketh,  
More feeling-painful. Let it then suffice  
To drown on woe one pair of weeping eyes.*

*'And for my sake, when I might charm thee so,*

*For she that was thy Lucrece, now attend me.  
Be suddenly revengèd on my foe—  
Thine, mine, his own. Suppose thou dost defend me  
From what is past. The help that thou shalt lend me  
Comes all too late, yet let the traitor die,  
For sparing justice feeds iniquity.*

*‘But ere I name him, you fair lords,’ quoth she,  
Speaking to those that came with Collatine,  
‘Shall plight your honourable faiths to me  
With swift pursuit to venge this wrong of mine;  
For ’tis a meritorious fair design  
To chase injustice with revengeful arms.  
Knights, by their oaths, should right poor ladies’ harms.’*

*At this request with noble disposition  
Each present lord began to promise aid,  
As bound in knighthood to her imposition,  
Longing to hear the hateful foe bewrayed.  
But she that yet her sad task hath not said  
The protestation stops. ‘O speak,’ quoth she;  
‘How may this forcèd stain be wiped from me?’*

*‘What is the quality of my offence,  
Being constrained with dreadful circumstance?  
May my pure mind with the foul act dispense,  
My low-declinèd honour to advance?  
May any terms acquit me from this chance?  
The poisoned fountain clears itself again,  
And why not I from this compellèd stain?’*

*With this they all at once began to say  
Her body’s stain her mind untainted clears,  
While with a joyless smile she turns away  
The face, that map which deep impression bears  
Of hard misfortune, carved in it with tears.  
‘No, no,’ quoth she, ‘no dame hereafter living  
By my excuse shall claim excuse’s giving.’*

*Here with a sigh as if her heart would break*

*She throws forth Tarquin's name. 'He, he,' she says —  
But more than he her poor tongue could not speak,  
Till after many accents and delays,  
Untimely breathings, sick and short essays,  
She utters this: 'He, he, fair lords, 'tis he  
That guides this hand to give this wound to me.'*

*Even here she sheathèd in her harmless breast  
A harmful knife, that thence her soul unsheathed.  
That blow did bail it from the deep unrest  
Of that polluted prison where it breathed.  
Her contrite sighs unto the clouds bequeathed  
Her wingèd sprite, and through her wounds doth fly  
Life's lasting date from cancelled destiny.*

*Stone-still, astonished with this deadly deed  
Stood Collatine and all his lordly crew,  
Till Lucrece' father that beholds her bleed  
Himself on her self-slaughtered body threw;  
And from the purple fountain Brutus drew  
The murd'rous knife; and as it left the place  
Her blood in poor revenge held it in chase,*

*And bubbling from her breast it doth divide  
In two slow rivers, that the crimson blood  
Circles her body in on every side,  
Who like a late-sacked island vastly stood,  
Bare and unpeopled in this fearful flood.  
Some of her blood still pure and red remained,  
And some looked black, and that false Tarquin-stained.*

*About the mourning and congealèd face  
Of that black blood a wat'ry rigol goes,  
Which seems to weep upon the tainted place;  
And ever since, as pitying Lucrece' woes,  
Corrupted blood some watery token shows;  
And blood untainted still doth red abide,  
Blushing at that which is so putrefied.*

*'Daughter, dear daughter,' old Lucretius cries,*

*'That life was mine which thou hast here deprived.  
If in the child the father's image lies,  
Where shall I live now Lucrece is unlived?  
Thou wast not to this end from me derived.  
If children predecease progenitors,  
We are their offspring, and they none of ours.*

*'Poor broken glass, I often did behold  
In thy sweet semblance my old age new born;  
But now that fair fresh mirror, dim and old,  
Shows me a bare-bound death by time outworn.  
O, from thy cheeks my image thou hast torn,  
And shivered all the beauty of my glass,  
That I no more can see what once I was.*

*'O time, cease thou thy course and last no longer,  
If they surcease to be that should survive!  
Shall rotten death make conquest of the stronger,  
And leave the falt'ring feeble souls alive?  
The old bees die, the young possess their hive.  
Then live, sweet Lucrece, live again and see  
Thy father die, and not thy father thee.'*

*By this starts Collatine as from a dream,  
And bids Lucretius give his sorrow place;  
And then in key-cold Lucrece's bleeding stream  
He falls, and bathes the pale fear in his face,  
And counterfeits to die with her a space,  
Till manly shame bids him possess his breath,  
And live to be revengèd on her death.*

*The deep vexation of his inward soul  
Hath served a dumb arrest upon his tongue,  
Who, mad that sorrow should his use control,  
Or keep him from heart-easing words so long,  
Begins to talk; but through his lips do throng  
Weak words, so thick come in his poor heart's aid  
That no man could distinguish what he said.*

*Yet sometime 'Tarquin' was pronouncèd plain,*



*But through his teeth, as if the name he tore.  
This windy tempest, till it blow up rain,  
Held back his sorrow's tide to make it more.  
At last it rains, and busy winds give o'er.  
Then son and father weep with equal strife  
Who should weep most, for daughter or for wife.*

*The one doth call her his, the other his,  
Yet neither may possess the claim they lay.  
The father says 'She's mine'; 'O, mine she is,'  
Replies her husband, 'do not take away  
My sorrow's interest; let no mourner say  
He weeps for her, for she was only mine,  
And only must be wailed by Collatine.'*

*'O,' quoth Lucretius, 'I did give that life  
Which she too early and too late hath spilled.'  
'Woe, woe,' quoth Collatine, 'she was my wife.  
I owed her, and 'tis mine that she hath killed.'  
'My daughter' and 'my wife' with clamours filled  
The dispersed air, who, holding Lucrece' life,  
Answered their cries, 'my daughter' and 'my wife'.*

*Brutus, who plucked the knife from Lucrece' side,  
Seeing Such emulation in their woe  
Began to clothe his wit in state and pride,  
Burying in Lucrece' wound his folly's show.  
He with the Romans was esteemèd so  
As silly jeering idiots are with kings,  
For sportive words and utt'ring foolish things.*

*But now he throws that shallow habit by  
Wherein deep policy did him disguise,  
And armed his long-hid wits advisedly  
To check she tears in Collatinus' eyes.  
'Thou wrongèd lord of Rome,' quoth he, 'arise.  
Let my unsounded self, supposed a fool,  
Now set thy long-experienced wit to school.*

*'Why, Collatine, is woe the cure for woe?*

*Do wounds help wounds, or grief help grievous deeds?  
Is it revenge to give thyself a blow  
For his foul act by whom thy fair wife bleeds?  
Such childish humour from weak minds proceeds;  
Thy wretched wife mistook the matter so  
To slay herself, that should have slain her foe.*

*‘Courageous Roman, do not steep thy heart  
In such relenting dew of lamentations,  
But kneel with me, and help to bear thy part  
To rouse our Roman gods with invocations  
That they will suffer these abominations—  
Since Rome herself in them doth stand disgraced—  
By our strong arms from forth her fair streets chased.*

*‘Now by the Capitol that we adore,  
And by this chaste blood so unjustly stained,  
By heaven’s fair sun that breeds the fat earth’s store,  
By all our country rights in Rome maintained,  
And by chaste Lucrece’ soul that late complained  
Her wrongs to us, and by this bloody knife,  
We will revenge the death of this true wife.’*

*This said, he struck his hand upon his breast,  
And kissed the fatal knife to end his vow,  
And to his protestation urged the rest,  
Who, wond’ring at him, did his words allow.  
Then jointly to the ground their knees they bow,  
And that deep vow which Brutus made before  
He doth again repeat, and that they swore.*

*When they had sworn to this advisèd doom  
They did conclude to bear dead Lucrece thence,  
To show her bleeding body thorough Rome,  
And so to publish Tarquin’s foul offence;  
Which being done with speedy diligence,  
The Romans plausibly did give consent  
To Tarquin’s everlasting banishment.*



AL MUY  
HONORABLE ENRIQUE

Wriothesly, conde de Southampton  
y barón de Titchfield

Profeso por vos, señor, un afecto ilimitado, del cual este poema de comienzo abrupto es tan solo una humilde muestra. La certeza que albergo de vuestra noble disposición, y no el escaso valor de mis torpes versos, es lo que garantiza su buena acogida. Lo que he hecho es vuestro y lo que haga, como parte de todo lo que os he dedicado, también lo será. Si mis cualidades fueran mayores, mayor sería mi homenaje, que dedico, tal cual es, a vos, señor, a quien deseo una larga vida colmada de felicidad.

A vuestro servicio siempre,  
WILLIAM SHAKESPEARE

## EL ARGUMENTO

Tras promover el despiadado asesinato de su suegro Servio Tulio y de apoderarse del trono sin solicitar ni esperar el sufragio del pueblo, contraviniendo las leyes y costumbres romanas, Lucio Tarquinio el Soberbio, así apodado debido a su desmesurado orgullo, se desplazó junto a sus hijos y otros nobles a poner sitio a Ardea. Cierta tarde, durante este sitio, se reunieron en la tienda de Sexto Tarquinio, el hijo del rey, los principales caudillos del ejército, y en la charla que siguió a la cena, en que se entretuvieron ponderando la virtud de sus mujeres, destacó entre todos Colatino con su elogio de la incomparable castidad de su esposa Lucrecia. En este alegre ánimo y sin anunciar su llegada partieron todos a Roma, con la intención de ratificar la veracidad de lo que cada cual había proclamado en la cena, pero solo Colatino encuentra a su mujer, a pesar de lo avanzado de la hora, hilando junto a sus doncellas; los restantes nobles, en cambio, las encuentran danzando y festejando o dedicadas a diversos entretenimientos, de modo que proclaman unánimemente la victoria de Colatino y la fama de su mujer. Hecho esto, Sexto Tarquinio, prendado de la belleza de Lucrecia pero sofrenando por el momento su pasión, regresa con los demás al campamento, aunque poco después parte en secreto a Colatia, donde Lucrecia se ocupa de recibirlo regiamente como corresponde a su rango. Aquella misma noche Tarquinio se llega sigilosamente a su alcoba, abusa con violencia de ella y huye a toda prisa de madrugada. Lucrecia, presa de la desolación, envía con urgencia sendos mensajeros, uno a su padre en Roma, el otro a Colatino en el frente. Ambos se presentan, en compañía de Junio Bruto este y de Publio Valerio aquel, y preguntan a Lucrecia por la razón del luto que viste. Ella les exige que juren venganza antes de revelar al culpable de su dolor y los detalles de su crimen y, sin darles tiempo a reaccionar, se apuñala causándose la muerte. Ante tal hecho, todos proclaman su unánime propósito de acabar de raíz con la odiada estirpe de los Tarquinius y, llevando el cadáver a Roma, Bruto comunica al pueblo las circunstancias del vil suceso y el nombre de su perpetrador mediante una amarga arenga contra la tiranía de los reyes. Sus palabras causan tal efecto en la gente de Roma que, por consentimiento y aclamación general, se decide a desterrar para siempre a los Tarquinius y poner fin a la monarquía a favor del gobierno de los cónsules.

Urgido por las alas inconstantes  
del pérfido deseo, el vil Tarquinio  
se evade de sitiar a Ardea y parte  
—con ese fuego túbido escondido  
entre cenizas— a Colatia, listo  
para abrasar el talle de la casta  
Lucrecia, amor que Colatino exalta.

Tal vez llamarla «casta» fue el tizón  
que puso el filo a ese voraz anhelo,  
pues Colatino, incauto, se empeñó  
en alabar el rojo y blanco excelsos  
que destacaban en su firmamento;  
allí, dos astros, bellos como estrellas,  
lo colman, derramando su pureza.

Él mismo había abierto por la noche  
el cofre del tesoro de su vida  
haciendo gala de su fiel consorte,  
regalo celestial de impar valía,  
y alborozándose de tanta dicha:  
un rey puede casarse con más gloria  
mas nunca con tan singular esposa.

Oh júbilo que gozan unos pocos  
y que enseguida mengua y ya se acaba,  
igual que seca el sol con rayos de oro  
la plata del rocío en la mañana:  
¡su fecha expira aun antes de empezada!  
Un mundo amenazante acecha siempre  
al dueño de ese honor y ese deleite.

Lo bello es persuasivo sin discursos  
y atrae las miradas por sí mismo;  
¿es necesario entonces el abuso  
de elogios que destaquen lo exquisito?  
¿Por qué fue a hacer libelo Colatino  
de aquella joya que debió esconder  
de oídos ávidos, pues es de él?

Quizá elogiar lo regio de Lucrecia  
estimuló a ese vástago real:  
nos suele enardecer lo que nos cuentan;  
tal vez la envidia de algo tan feraz  
e incomparable le hizo maliciar  
    que el subalterno no ha de presumir  
    de lo que el jefe anhela para sí.

Mas, fueran cuales fueran sus razones,  
alguna aguijoneó su prisa insana.  
Dejando atrás a amigos, rango, honores,  
corre a Colatia a sofocar las ascuas  
que anidan en su hígado y lo inflaman.  
    ¡Oscuro ardor, oculto en frías culpas,  
    tu fruto abrasa y no madura nunca!

A su llegada, el pérfido señor  
fue bienvenido por la fiel patricia,  
en cuya faz virtud y perfección  
se disputaban cuál la hacía más digna.  
Si la virtud pujaba, enrojecía  
    de apuro la belleza, y la virtud  
    blanqueaba el rojo en plata con su luz.

Mas la belleza debe a las palomas  
de Venus, dice, el blanco de su rostro;  
reclama entonces la virtud su cuota  
de ese rubor con que la edad de oro  
resguarda su tez blanca del acoso  
    pues ella le ha enseñado cómo usarlo:  
    el rojo, en la vergüenza, escuda al blanco.

La heráldica del rostro de Lucrecia  
tenía en blanco y gules los cantones;  
las dos, tanto virtud como belleza,  
imperan desde siempre en sus colores,  
mas su ambición es grande y van al choque.  
    Tan soberanas son que es habitual  
    que se intercambien tronos a la par.

En ese hermoso campo ve Tarquinio  
la muda lid de lirios y de rosas  
y, ante las bellas filas, su ojo impío,  
por no morir a manos de ambas tropas,  
acepta, acobardado, la derrota;  
    un soez rival al que los dos ejércitos  
    prefieren verlo huyendo que vencerlo.

Se mofa ahora de la lengua llana  
del pródigo marido adulador  
que, puesto a la labor, no dio la talla  
pues la belleza excede su expresión.  
    Y como Colatino no atinó,  
    Tarquinio ha de suplir esa escasez

mirándola hechizado hasta los pies.  
Esta alma santa apenas si sospecha  
del diablo que le rinde un culto turbio:  
al mal las mentes puras ni lo sueñan  
ni el ave libre teme el cepo oculto.  
Así, sin culpa ni presentimiento alguno,  
    le da la bienvenida al regio huésped  
    que no trasluce el mal que dentro cuece.

Portando los colores de su alcurnia,  
esconde la bajeza en su vestuario  
y nada hay de excesivo en su conducta  
salvo quizá sus ojos que, extasiados,  
lo tienen todo y, lejos de gozarlo,  
    son pobremente ricos, pues por grande  
    que sea lo que acopian, no es bastante.

Mas ella nunca ha estado ante un extraño  
y no descifra el brillo de esos ojos  
ni lee los secretos reflejados  
en esos libros de vidrioso lomo.  
No teme a anzuelo ni ha probado ajonjo  
    y su mirar lascivo cree común:  
    dos ojos bien abiertos a la luz.

Él le habla del valor de su marido  
forjado en las campiñas italianas  
y ensalza el nombre del gran Colatino,  
al frente de su brava caballada,  
sus armas herrumbrosas y sus palmas.

El éxito la alegra y hacia el cielo  
las manos alza en agradecimiento.

Sin confesar el fin de su visita,  
Tarquinio se deshace en mil disculpas.  
No hay nubes en su rostro todavía  
ni indicios de tempestas o de brumas;  
así hasta que la noche, madre oscura  
del miedo, sume al mundo en la zozobra  
y encierra al claro día en su mazmorra.

Tarquinio entonces finje estar cansado  
y pide ir a su alcoba para echarse  
pues tras la cena ha hablado largo rato  
con la gentil Lucrecia y ya es muy tarde.  
El sueño plúmbeo y el vigor se abaten  
y todos duermen menos los ladrones,

las cuitas y las almas más innobles.  
Tarquinio, desvelado así, sopesa  
la envergadura de lo que persigue,  
mas se decide a perseguir su presa  
sin reparar en si es o no es posible.  
A veces gana más quien se desvive,  
y cuando un gran tesoro es el trofeo,  
el riesgo de morir no está en el precio.

Quien tanto empeño pone por ganar  
lo bello que no tiene desatiende  
lo suyo y lo dispersa, y cuantimás  
ganancia espera conseguir, más pierde  
o, incluso cuando gana, lo que obtiene  
es menos que el esfuerzo que ha invertido  
y va a la quiebra en vez de hacerse rico.  
Queremos llevar todos una vida



de honor, riqueza y dicha en la vejez,  
y en la porfía el tráfigo nos quita  
una por todas o, por una, tres:  
la vida por luchar con honra, o bien  
    la honra por riqueza, y eso acaba  
    matando todo y ya no queda nada.

El riesgo ciego induce a que perdamos  
lo que era nuestro a cambio de ilusiones  
y la ambición febril por tener tanto  
nos atormenta con que nuestro porte  
es bien escaso. Sin mediar, entonces,  
    cordura, al verlo magro, lo agrandamos  
    y el algo queda en nada al aumentarlo.

Tarquino el necio corre azar semblante  
al apostar su honor por su lujuria,  
pues tiene que perder para ganarse.  
Mas, sin confianza, ¿en qué verdad se escuda?  
¿Y cree que a una extraña la subyuga  
    quien por ganar se pierde y se abandona  
    a la murmuración y la carroña?

Ya llegan esas horas de la noche  
en que los ojos se hunden en el sueño.  
No hay en el cielo estrella que conforte  
y aúllan torvos lobos y mochuelos.  
Ahora es cuando están más indefensos  
    los corderitos. Yace la pureza  
    y crimen y lujuria, en vilo, acechan.

Del lecho baja el lúbrico señor  
y se echa el manto al hombro toscamente.  
Trepida entre el deseo y la aprensión,  
pues ambos goce o daño le prometen;  
mas sus reparos ceden casi siempre  
    al lujurioso embrujo y no lo apartan,  
    batidos por el basto ardor del ansia.

Frotando así la espada en una piedra,

consigue sacar chispas con que atiza  
la cera de una antorcha y a esa estrella  
polar que guía al ojo en su lascivia  
le dice estas palabras alusivas:

«Si pudo arder el frío pedernal,  
también Lucrecia al fin se encenderá».

Sospesa ahora pálido de miedo  
los riesgos de su empresa despreciable  
y piensa para sí qué contratiempos  
lo aguardan si prosigue hacia delante.  
Entonces, con desdén, desnuda el traje  
blindado de lujuria, la abatible,  
y ajusta así lo injusto de sus fines:

«Antorcha clara, apaga ya tu fuego,  
no enfosques a quien luce más que tú.  
Y muere sin manchar, mal pensamiento,  
lo que es un don divino con tu pus.  
Ofrece incienso puro a su virtud,  
y que la humanidad repudie un acto  
que ultraja a amor y su nivoso manto.

»¡Vergüenza a mi blasón y mi panoplia!  
¡Baldón de los sepulcros de los míos!  
¡Oh acción impía, fuente de deshonras!  
¡Un ser marcial esclavo de espejismos!  
Respeto y valentía han de ir unidos.  
¡Tan vil y tan soez es mi propósito  
que vivirá esculpido aquí en mi rostro!

»Si muero no se lavará la infamia,  
tenaz como una mácula en mi escudo;  
y añadirá el heraldo alguna lacra  
que abunde en la crudeza de mi abuso.  
Mis hijos, ultrajados en su orgullo,  
maldecirán mis huesos, sin culparse  
por no querer que fuera yo su padre.

»Si logro lo que busco, ¿qué obtendré?

Un sueño, un soplo, un borbotón de dicha.  
¿Quién compra un día alegre y llora un mes,  
o cambia eternidad por chucherías?  
¿Acaba una uva dulce con la viña?  
    ¿Qué pordiosero palpa la corona  
    si de inmediato el cetro lo desloma?

»Si Colatino me descubre en sueños,  
¿acaso no despertará indignado  
y acudirá al galope a poner freno  
al infamante acoso de su tálamo,  
escarnio del verdor y del recato,  
    que mata la virtud y vuelve eterna,  
    en el haber del crimen, la vergüenza?

»¿Qué excusa inventaré cuando me acuses  
de cometer tan negra iniquidad?  
¿No perderé la voz y hasta las luces?  
¿Mi falso corazón no sangrará?  
La culpa es grande y el temor lo es más:  
    el miedo extremo ni huye ni combate,  
    tan solo tiembla como los cobardes.

»Si Colatino me hurta padre o hijo  
o el vil traidor me hiciera una emboscada  
o no fuese mi amigo, este apetito  
por su mujer sería la venganza  
o represalia por una de esas causas;  
    mas siendo amigo y familiar, mi culpa  
    no tiene fin ni mi vergüenza, excusa.

»Es vergonzoso, si esto se supiese,  
y odioso, aunque en amor no existe el odio.  
Aunque le implore, no se pertenece.  
Lo peor es el rechazo y el oprobio.  
Mi arresto es más potente que el decoro;  
    quien tema las sentencias de un anciano  
    se asustará con un tapiz pintado».

Así es como se emperran en reñir

conciencia helada y tórrido deseo.  
Mas él despacha a la razón por fin  
y da por buenos malos pensamientos,  
matando en un instante y confundiendo  
sus buenas intenciones; de esta guisa  
concluye que, en verdad, su mancha limpia.

Recita: «Me tomó la mano y, pronta,  
buscó noticias en mis ojos ávidos,  
temiendo algún percance allí en la tropa  
que engrosa Colatino, su adorado.  
¡Oh, qué color dio el miedo a sus encantos!  
Primero rosas rojas en linón  
y luego, sin las rosas, puro albor.

»Su mano, que en la mía estaba presa,  
forzó a su carcelera a que temblaran  
a dúo, y luego me apretó con fuerza,  
temiendo por su esposo; al aliviarla,  
ya me soltó y sonrió con tanta gracia  
que, viéndola, Narciso, en ese instante,  
no habría ahogado su alma por amarse.

»¿Qué tanta excusa, entonces, y matices?  
Lo bello acalla todos los discursos.  
De flojos es culparse de actos viles:  
no anida amor en quien teme lo oscuro.  
Mi jefe es la pasión: él manda y cumplo,  
pues cuando su estandarte ondea alegre,  
el más cobarde lucha y no lo vencen.

»¡Atrás, miedo infantil! ¡Al cuerno, dudas!  
Respeto y sensatez son pan de viejos.  
Mi corazón con mi ojo no disputa.  
De sabios es actuar con juicio y tiento;  
de jóvenes, echarlos del proscenio.  
Mis ansias al timón, bello el botín:  
¿quién teme hundirse en un tesoro así?».

Igual que los hierbajos con el trigo,

ahoga la lascivia sus temores.  
Ya se aventura, atento y con sigilo,  
partido entre recelos e ilusiones  
que, como fieles siervos del desorden,  
    lo tienen tan confuso que no acaba  
    de optar por la invasión o por la alianza.

Sentada y celestial él la imagina,  
y en ese trono a Colatino al lado.  
Lo incita y turba el ojo que la mira  
y el que lo mira a él, con más recato,  
en vez de decantarse por lo falso,  
    apela honestamente al corazón,  
    que escoge, ya corrupto, lo peor;

y apela a sus pasiones más rijosas,  
que, henchidas por la arenga de su líder,  
lo engrosan, cual minutos a las horas,  
y al ver al capitán orgullo en ristre,  
aportan más de lo que se les pide.  
    Con tan servil deseo por bandera,  
    va el príncipe hacia el lecho de Lucrecia.

Forzados uno a uno, los cerrojos  
que la protegen de su anhelo caen;  
mas al chirriar reprochan el oprobio  
y el incursor vacila unos instantes.  
El quicio cruje y trata de dar parte;  
    las comadreas que lo ven se espantan  
    y ellas a él, mas sigue y no se para.

Y cada vez que irrumpe en una alcoba,  
el viento, atravesando mil ranuras,  
intenta ahogar las llamas de su antorcha  
y le echa el humo encima, a ver si nubla  
su vista y logra hacer que se confunda;  
    mas como el viento del deseo escuece,  
    su corazón la enciende nuevamente.

Y bajo el halo de esa luz atisba

en unas esterillas, sobre el suelo,  
un guante de ella con su aguja fina.  
La aguja, que lo pincha al recogerlo,  
parece que dijera: «De ese juego  
procaz no sabe el guante. Vuelve atrás,  
¿no ves que es casta y pura hasta en su ajuar?».

Tan débiles recaudos no lo frenan  
pues él le da al rechazo el peor sentido.  
Prefiere creer que viento, guante, puertas  
son meros accidentes del camino,  
igual que en cada muesca queda en vilo  
el tiempo en el reloj: es solo el cupo  
que pagan por su avance los minutos.

«Minucias», piensa, «son, que se interponen  
tal como en primavera las escarchas  
dan más realce a los primeros soles  
y el ave helada canta con más ganas.  
Lo que es precioso con dolor se paga:  
piratas, peñas, sirtes, fuertes vientos  
supera el comerciante por dinero».

Ahora está a las puertas de la alcoba  
que sellan el acceso a sus pensamientos;  
apenas un pestillo que atesora  
la cosa celestial que más le place.  
Y su impiedad ha obrado tal dislate  
que reza por su presa, como ansiando  
que el cielo favorezca su pecado.

Mas en mitad de su oración sin tino,  
rogando que el poder eterno ayude  
a que ella, bella, acceda a sus designios  
y en la hora más propicia lo secunde,  
se para: «Si he de desflorarla», aduce,  
«y el cielo estos asuntos aborrece,  
¿acaso alentará mis intereses?

»¡Que amor y suerte sean mis mentores!

Mi empeño empuja con resolución.  
Son sueños los deseos sin acciones.  
Se absuelve hasta el pecado más atroz  
y funde el miedo el fuego del amor.  
El cielo cierra su ojo y en la noche  
se esfuma la vergüenza tras el goce».

Corrió el pestillo, así, con manos ruines,  
y a golpe de rodilla abrió la puerta.  
Duerme el pichón que el búho va a engullirse.  
Así obra la traición, sin que la vean.  
Se aparta quien ve que la sierpe acecha,  
mas ella duerme un sueño tan profundo  
que está a merced de su mordisco impuro.

Se adentra él en la alcoba con malicia  
y observa el lecho aún immaculado.  
Da vueltas; han corrido las cortinas  
y sus pupilas giran con descaro.  
Su alta traición le da la seña y santo  
al corazón a fin de que desnuble  
a la plateada luna de sus nubes.

Ved cómo el sol que apunta esplendoroso  
tras una nube asoma y nos deslumbra;  
mas, sin cortinas ya, cierra sus ojos  
ante el reflejo de una luz más pura;  
ya sea que ella brilla cual ninguna  
o que algún resto de pudor aún arde,  
velados, ya no atinan a asomarse.

¡Si en esa reclusión hubieran muerto,  
habrían purgado el precio de su mal!  
Y Colatino habría vuelto, de hecho,  
a echarse con Lucrecia y descansar.  
Mas quieren destrozar esa unidad  
y ante ellos, la virtuosa y fiel Lucrecia  
ha de entregar su vida y su decencia.

Su mano, un lirio bajo la rosada

mejilla, le birla a la almohada un beso  
que, airada, en dos mitades se separa  
y cada lado se infla por quererlo;  
entierra la cabeza entre dos cerros:  
    parece el monumento de una cripta  
    que admiran unos ojos con lascivia.

Su otra mano yace sobre el verde  
del cobertor, y es tan perfecto el blanco  
que es una margarita sobre el césped  
y es el relente su sudor perlado.  
Sus ojos de caléndula son faros  
    que yacen a cubierto de las sombras  
    y en la mañana se abren y la adornan.

Jugando con su pelo de hilos de oro,  
su aliento —¡oh voluptuoso y casto ardor!—  
retrata el don de vida victorioso  
y la macabra muerte y su visión.  
Irradian tal belleza entre las dos  
    que, mientras ella duerme, se percibe  
    que vida en muerte y muerte en vida viven.

Sus senos de marfil con vivo azul  
son mundos vírgenes por conquistar,  
y no conocen sujeción ni albur  
que los de su señor en puridad.  
Despiertan en Tarquinio tal afán  
    que, cual usurpador, está dispuesto  
    a echar del bello trono al digno dueño.

¿Qué pudo ver que no lo deslumbrase?  
¿Y qué notó que no deseara mucho?  
Lo que observaba lo ponía en trance  
y su ojo, de ver tanto, estaba duro.  
Más que admirar, miraba sin tapujos  
    las venas en el cutis de alabastro,  
    las nieves del mentón, los rojos labios.

Cual león feroz que juega con su presa



y aguza el hambre previa a la conquista,  
así Tarquinio acecha su alma quieta  
y al verla colma su ávida codicia;  
mas no la sacia, solo la mitiga,  
pues su ojo, que frenaba aquel motín,  
mirándola, sus venas vuelve a henchir.

Y aquellas, como tropa de saqueo,  
vasallos que han curtido mil infamias,  
que gozan con la sangre y el tormento  
e ignoran si hembra o niño vierten lágrimas,  
palpitan, orgullosas, y se ensanchan.  
Por fin su corazón da la señal  
de carga a discreción a cada cual.

Su corazón batiente anima al ojo;  
el ojo, ardiendo, da a la mano el mando;  
la mano, altiva en cargo tan honroso,  
avanza ardiendo sobre el seno franco,  
el centro capital de aquel condado,  
cuyas venitas, bajo esos embates,  
entregan las dos torres circulares.

Y acuden en tropel al gabinete  
adonde yace y sueña su señora  
a hablar del cruel asedio y la estremecen  
con sus confusos gritos. Ella entorna  
los ojos soñolientos, que se asombran  
del súbito tumulto. El invasor  
los nubla con el brillo de su hachón.

Pensemos que ella es alguien que en el medio  
de un sueño atroz despierta pues vislumbra  
la aterradora sombra de un espectro  
tan lóbrego que tiemblan sus junturas.  
¿Terrible situación? Peor la suya,  
que encuentra frente a frente al despertar  
la imagen del terror hecha verdad.

Confusa y enredada en mil temores,

es como un ave trémula abatida.  
Prefiere no mirar, mas ve visiones  
grotescas cuando cierra las pupilas.  
Son sombras que el cerebro se imagina:  
    furioso, pues los ojos bajan velas,  
    los llena de terror con más escenas.

La mano de él aún aborda el seno  
de muros de marfil cual toscos ariete,  
y siente el corazón, colono inquieto  
que se alza y cae, hiriéndose de muerte,  
golpeando el bulto que la mano mece.  
    Mas esto lo enfurece y no lo apiada  
    y lo urge a entrar en esa dulce plaza.

Primero la trompeta de su lengua  
convoca a parlamento a su captura  
que, hundida, asoma la barbilla apenas  
para saber por qué la escaramuza  
y él se lo da a entender por señas mudas.  
    Mas ella con plegarias aún le inisiste  
    que muestre los blasones de su crimen.

Replica él: «El tono de tu rostro,  
que incluso airado empalidece al lirio  
y sume hasta a la rosa en el sonrojo,  
te explicará mi amor y es mi testigo.  
A ese blasón me debo y he subido  
    las torres de tu invicto fuerte y culpo  
    a tu mirada de entregar sus muros.

»Por eso me adelanto a tus embates:  
fue tu belleza la que urgió esta noche  
a que a mi antojo, dócil, te regales;  
mi antojo te unge a ti como su goce  
y a conquistarlo a pulso se dispone.  
    Mas cuando la razón lo desaprueba  
    lo enciende nuevamente tu belleza.

»Sé bien qué heridas causará mi asalto,

qué espinas guardan a la rosa ufana;  
quien quiere miel se arriesga a ser picado:  
ya la prudencia me mostró sus cartas.  
Mas el antojo es sordo a las alarmas.  
    Con solo un ojo, solo ve lo bello  
    y, en contra de natura, goza al verlo.

»He debatido en mi alma qué dolor,  
qué pena, qué vergüenza sembraría;  
mas nada altera el rumbo a la pasión  
o frena su estampida repentina.  
Después del acto habrá lágrimas tibias,  
    reproches y desdén y enemistad,  
    mas en mi infamia no querré cejar».

Y dicho esto, su ancha espada blande:  
diríase un halcón que vuela en ronda  
y con su envergadura cubre al ave  
que matará su pico si remonta.  
Al pie del insultante gladio llora  
    Lucrecia, que lo escucha a su merced,  
    igual que el ave escucha el cascabel.

«Lucrecia», dice, «hoy me darás deleite.  
Si te negaras, forzaré el camino  
y aquí en tu lecho pienso darte muerte.  
Después, con un esclavo haré lo mismo,  
matando así tu honor con tu descuido,  
    y lo pondré en tus brazos muertos para  
    decir que lo maté pues te abrazaba.

»Así, tu esposo viudo será el blanco  
de todas las miradas y rumores,  
tus deudos sufrirán, avergonzados,  
tu prole perderá, bastarda, el nombre  
y tú, la autora de su oprobio enorme,  
    verás que de tu infamia se harán versos  
    que cantarán los niños de otros tiempos.

»Mas guardaré el secreto si te rindes:

es como si, al callar, nada ocurriera.  
El daño es nimio al lado de los fines  
sabiendo conservar las apariencias.  
A veces el veneno de una hierba,  
    si a otro componente se combina,  
    su efecto ponzoñoso purifica.

»Por tanto, por tus hijos y tu esposo,  
atiende a mi deseo. No los manches,  
pues nada habrá que lave su desdoro,  
la mácula que no podrá olvidarse,  
peor que esclavo herrado o los lunares,  
    pues al nacer, la culpa de las marcas  
    es de natura, no de nuestra infamia».

Y aquí se irguió un momento y fue a clavar  
su criminal mirar de basilisco  
en ella, viva imagen de piedad,  
que, corza blanca en garras de algún grifo,  
rogaba, en esa selva sin arbitrio,  
    a la salvaje bestia cuya ley  
    responde a su apetito y su placer.

Mas cuando un nubarrón apremia al mundo  
y viene a ensombrecer las nobles cumbres,  
la entraña de la tierra envía un flujo  
que ahuyenta los vapores que las cubren  
y frena, dividiéndolos, su empuje.  
    Así frenan sus ansias esos ruegos:  
    Plutón no gruñe mientras canta Orfeo.

Mas el felino de la noche juega  
con el ratón jadeante en su hábil mano.  
Se ceba el buitro hambriento si su presa  
da pena, pues jamás está saciado.  
La escucha, mas su corazón al llanto  
    no le garante entrada. La lujuria  
    no cede como el mármol a la lluvia.

Lucrecia, suplicante, mira, en vilo,

los pliegues inflexibles de ese rostro,  
y apoya sus plegarias con suspiros  
que añaden gracia a su elocuente tono.  
Emplea mal los puntos y los modos  
y ha de decir dos veces cada frase  
pues se le quiebra el habla en cualquier parte.

Por el poder omnímodo de Júpiter,  
por la amistad, el rango, la hidalguía,  
el lazo conyugal, el llanto impune,  
la honestidad, la humana ley divina,  
por cielo y tierra juntos, lo conmina  
a retirarse al lecho que lo acoge  
y darse a la honradez, no a las pasiones.

«No pagues», clama, «la hospitalidad  
con el peculio negro que preparas.  
No rompas lo que no hay como arreglar  
ni ensucies el venero que te sacia.  
Renuncia al mal sin arrojar la lanza.  
No es cazador aquel que en el vedado  
contra una pobre cierva tensa el arco.

»Detente por mi esposo, que es tu amigo.  
Tú que eres poderoso, ahorra el tiro.  
Soy débil, no te cebes con mi nido.  
Tu dignidad te impide ser indigno.  
Suspiro por echarte en torbellino.  
Si una mujer a un hombre lo conmueve  
con llantos y gemidos, aquí tienes...

»... los que tú quieras, que, cual mar revuelto,  
se estrellan en tu corazón sin rumbo,  
para ablandarlo con su movimiento:  
el agua aparta a piedras de su curso.  
Mas si tu corazón no es risco duro,  
que lo derrita el llanto: la piedad  
traspasa hasta una puerta de metal.

»Creyéndote Tarquinio te hospedé.

¿Lo has suplantado para avergonzarlo?  
Al cielo clamo por lo que haces de él:  
mancillas su honra y su buen nombre en vano.  
Tú no eres quien parece. O, al contrario,  
tú no parece ser ni rey ni dios,  
pues, como un dios, el rey es buen rector.

»¿De viejo juntarás cuánta vergüenza  
si antes de florecer despunta el vicio?  
¿De qué serás capaz al ser alteza  
si eres capaz de ultrajes siendo el hijo?  
Recuerda que si nada cometido  
por un vasallo puede perdonarse,  
no oculta el rey, ni muerto, sus maldades.

»Así, serás amado a fuer de miedo,  
y a un rey feliz es por amor que temen.  
Te rodearás de los peores reos  
pues tú sus mismos crímenes cometes.  
Que al menos esto logre detenerte:  
los príncipes son libro, escuela, espejo  
en donde aprende, mira, lee el pueblo.

»¿Se aprenderá en tu escuela la lujuria?  
¿Le enseñarás lecciones de ignominia?  
¿Querrás ser tú el espejo en que confunda  
respeto con pecado y que permita,  
en nombre del oprobio, que tú finjas?  
Prefieres el desprecio a los elogios  
y harás una alcahueta de tus logros.

»¿Control total? Por él, que te lo dio,  
controla con el corazón tu gladio.  
No desenvaines por causar dolor  
pues se te dio para matar lo malo.  
¿Y cómo harás honor al principado  
si, por tu falta, el mal puede decir  
que él aprendió a pecar gracias a ti?

»Medita qué espectáculo ha de ser

ver a otro cometiendo tu bajeza.  
Los hombres sus baldones no los ven  
y tienden a borrar sus peores huellas.  
Tu acción, si la hace otro, la condenas.  
    ¡Con qué fruición se entierran en la infamia  
    aquellos que sus malos actos tapan!

»A ti, a ti apelo a mano alzada,  
no al vicio seductor, tu infausto amigo.  
Que vuelva de su exilio tu templanza  
y marchen los pensares corrompidos.  
Dará al deseo espurio su castigo  
    y, al apartar la bruma de tus ojos,  
    sabrás de ti y de mí y serás piadoso».

«¡No más!», gritó Tarquinio. «Mi deseo  
no mengua; su marea crece y sube.  
Las lucecitas mueren pero el fuego  
persiste, pues el viento lo sacude.  
Los arroyuelos, con su diezmo, se unen  
    a su salado soberano al punto,  
    mas esta suma no le cambia el gusto.»

«Tú eres», dijo ella, «un rey, un mar  
y, mira, en tu infinito cauce caben  
lujuria, deshonor, iniquidad,  
que manchan ese océano de sangre.  
Si estas miserias logran que tú cambies,  
    tu mar caerá en un útero de limo  
    y el fango de tu mar no se habrá ido.

»Serán tus siervos reyes; tú, su esclavo;  
tú, noble envilecido; ellos, tus nobles;  
les diste vida y ellos te enterraron;  
les crecerá el orgullo; a ti, el reproche.  
Lo nimio no ha de solapar lo enorme;  
    no baja el cedro hasta el arbusto enteco:  
    quien cede es el arbusto bajo el cedro.

»Por tanto, deja que esos siervos bajos...».

«No más», la interrumpió. «No he de escucharte.  
Entrégate a mi amor. Si no el desgarró  
del odio sentirás; no seré amable.  
Y luego te pondré, con cruel alarde,  
    junto a un lacayo vil en su litera  
    que te acompañe en tu fatal condena.»

Entonces puso el pie sobre la luz,  
pues luz y vicio son archienemigos.  
Oculto en esa noche de betún,  
es más tirano el crimen sin ser visto.  
La oveja llora, el lobo la ha cogido  
    y ahoga el lloro con la colcha blanca,  
    matándolo en sus labios escarlata.

Pues con el lino que antes la cubría  
pretende que reculen sus clamores  
y en esas castas lágrimas vertidas  
refresca el rostro ardiente. ¡Que deshonre  
la lúbrica impudicia un lecho noble!  
    Si ha de lavar las gotas de ese crimen,  
    ni con perpetuo llanto lo consigue.

Perdió algo máspreciado que vivir  
y él gana lo que pronto ha de perder.  
La unión forzosa fuerza a nueva lid;  
dolor engendra el goce mes tras mes  
y hasta el ardor se enfría en el desdén.  
    La castidad fue despojada en balde:  
    lujuria, el caco, es aún más pobre que antes.

El galgo ahíto o el halcón cebado,  
ya sin poder oler ni emprender vuelo,  
van lentos tras su presa o descuidando  
aquello que era el fin de sus anhelos;  
así, Tarquinio, en esta noche lleno  
    de buen sabor, digiere amargamente,  
    y ve menguar, hastiado, su deleite.

¡Oh crimen tan profundo que ni el hondo



y vasto pensamiento imaginó!  
Deseo, ebrio, debe echarlo todo  
si ha de considerar su aberración.  
Con el orgullo intacto, ni su ardor  
    ni su insolencia se contienen mientras  
    su anhelo, cual rocín, baje la testa.

Y entonces, flojo y lacias las mejillas,  
ceñudo, seco el ojo y vacilante,  
deseo, débil, como quien mendiga  
y acaba de quebrar, querrá quejarse.  
Ataca a la virtud mientras su carne  
    enhiesta, sueña, pero luego se hunde,  
    lo vence el miedo y ruega que lo indulten.

Ocurre así con este infiel romano  
y su ansia desmedida de lujuria,  
pues contra él mismo ahora ha presagiado  
que nunca acabará su desventura.  
El templo de su alma se derrumba  
    y acuden a sus ruinas tropas ralas  
    que inquietan por su estado a la vejada.

Responde que sus propios insurrectos  
han derribado su sagrado muro  
y un crimen tan letal le ha roto el sueño  
de la inmortalidad y abierto un mundo  
de muerte en vida y de dolor perpetuo;  
    que supo prevenirlos sin problemas,  
    mas no previó su ardor ni desvergüenza.

Pensando así, se adentra en esa noche,  
vencido vencedor que al ganar pierde,  
llevándose la herida sin conforte,  
la cicatriz vendada y permanente,  
dejando a su botín maltrecho, inerme.  
    Lo que su anhelo en ella descargó  
    es culpa que ella carga con dolor.

Él se escabulle cual furtivo can

y ella, cansada, cual cordera late.  
Él se odia y recrimina tanto mal,  
y ella rasguña, en su penar, sus carnes.  
Él huye aprisa y suda culpa a mares,  
ella maldice aquella noche infausta  
y él ve que el goce vuela y queda en nada.

Él se retira, penitente y triste,  
y ella se queda descastada y sola.  
Él busca, ansioso, luz, que el día brille,  
y ella prefiere no ver más la aurora.  
«La noche ve de día sus deshonras,  
y mi ojo puro nunca ha practicado  
fingir que no hay pecado al no mirarlo.

»Pues cree que otros ojos pueden ver  
el mismo oprobio del que fue testigo,  
y así, la oscuridad prefiere, pues  
lo que se oculta en sombras no está dicho.  
Sé que habrá de llorar, arrepentido,  
y grabará, cual agua en el acero,  
en mis mejillas el baldón que llevo.»

Ahora clama en contra del reposo  
y quiere a su ojo ciego para siempre.  
Despierta al corazón con golpes toscos:  
que salte de su arcón para que encuentre  
mejor morada para un alma fuerte.  
Transida de dolor, abjura entonces  
del sórdido secreto de la noche.

«¡Oh noche aciaga, imagen del infierno,  
notario fantasmal de la vergüenza,  
proscenio de tragedias y actos negros,  
encubridor caótico, aya ciega,  
refugio de lo peor, vil alcahueta,  
antro mortal, conspiras en susurros  
con la muda traición y el más corrupto!

»Oh turbia noche, odiada y vaporosa,

culpable de esta herida que no sana,  
que tus tinieblas nublen al que asoma  
al este; frena al tiempo que no para  
o, si el sol sube ufano a su morada,  
    rodea su cabeza de oro en nubes  
    mefíticas antes de que se oculte.

»Corrompe la mañana de humedad;  
que enferme con sus fétidos vapores  
el astro y su vitalidad sin par.  
No sea que a su cenit, prieto, asome;  
que tus efluvios formen pelotones  
    y lo sofoquen tus humeantes filas  
    y se haga noche eterna al mediodía.

»Tarquinio, siendo noche y no su hijo,  
mancillaría a la plateada reina  
y a sus doncellas a la vez, que al hilo  
ya no saldrían a la noche a verla.  
Serían camaradas de mi afrenta  
    y la amistad mitiga los pesares:  
    la charla del palmero acorta el viaje.

»Conmigo nadie se sonroja, en cambio,  
ni para consolarme ofrece el hombro  
o esconde su dolor en mi regazo:  
me siento sola y solo sola lloro,  
rociando el suelo con salado abono,  
    y mezclo queja y pena, llanto y habla,  
    mementos breves de mi eterna rabia.

»¡Oh noche, horno que vierte densa bruma,  
no dejes que el alerta día observe  
el rostro que en tu negro manto oculta  
las huellas del martirio que padece!  
Mantente firme en tu sombrío frente:  
    que los abusos propios de tu zona  
    se puedan enterrar bajo tus sombras.

»Protégeme del indiscreto día.

La luz enseñará en mi frente escrito  
el cuento de la castidad rendida,  
el voto roto por el tajo impío,  
y los analfabetos que los libros  
no saben descifrar sabrán leer  
que en mí la indignidad sació su sed.

»La nana hará dormir con ello al bebe,  
y el nombre de Tarquinio dará miedo.  
El orador, por ser más elocuente,  
pondrá a Tarquinio junto a mi despecho.  
Y en fiestas, los juglares con mi cuento  
sabrán captar la pública atención:  
me hundió Tarquinio; a Colatino, yo.

»Que mi reputación y mi buen nombre  
a salvo estén por mor de Colatino.  
Si han de ser tema de murmuraciones,  
su podredumbre causará un perjuicio  
en las raíces de otro tronco erguido  
tan inocente de esta impura mancha  
cual pura yo por él me conservaba.

»¡Oh oculta infamia, íntima, invisible,  
velada llaga, cicatriz moral!  
A Colatino el rostro le proscribes  
y el ojo de Tarquinio ya sabrá  
que no fue herido en guerra sino en paz.  
¡Ay, cuántos cargan con heridas graves  
y solo quien las provocó lo sabe!

»Si en mí radica, Colatino, tu honra,  
me la han quitado en dura escaramuza;  
yo, ya sin miel, soy casi una abejorra,  
sin nada del verano y su frescura,  
saqueada y devastada por la injuria.  
De tu colmena frágil una avispa  
sorbió la casta miel que protegía.

»Yo soy culpable de tu honor manchado;

mas recibí a tu huésped por tu honor.  
Él te invocó y no quise desdeñarlo  
ni deshonrarte con mi oposición.  
Que estaba muy cansado, mencionó,  
y habló de la virtud. ¡Oh, mal gratuito,  
que la virtud sea pasto de un inicuo!

»¿Por qué el gusano invade el brote virgen?  
¿O el vil cuclillo incuba en nido ajeno?  
¿O infecta el sapo fuentes con orines?  
¿O entra el furor tirano en pechos buenos?  
¿O violan reyes sus propios decretos?  
No hay perfección que sea tan cabal  
que nada no la pueda emponzoñar.

»El viejo que hace acopio de sus fondos  
padece gota, llagas y calambres,  
y no ve bien ni goza del tesoro:  
cual Tántalo, muy lejos de saciarse,  
entroja fútilmente sus sobrantes,  
sin más placer por todas sus ganancias  
que el daño de saber que no lo sanan.

»Es rico cuando ya no puede usarlo  
y deja que lo herede su progenie,  
que es orgullosa y pronto lo ha diezmado.  
Su padre era muy débil y ellos, fuertes,  
y una fortuna así no dura siempre.  
Los dulces que anhelamos se acidulan  
en el momento en que son nuestras uvas.

»En plena primavera habrá ventiscas;  
hierbajos crecen junto a lindas flores;  
el áspid silba donde el ave trina;  
la iniquidad devora lo que es noble;  
ninguna propiedad nos corresponde,  
pues la ocasión que viene junto a ella  
o mata su valor o su existencia.

»¡Tú eres, oh ocasión, la responsable!

Tú llevas la traición hasta el traidor  
y al lobo allí donde el cordero yace;  
si ha de pecarse, fijas tú el reloj;  
y violas ley, derecho y la razón.

Y sin dejarse ver, entre tus rejas,  
el vil pecado aguarda a quien se acerca.

»Por ti violan vestales juramentos;  
tú fundes en tu hoguera la templanza;  
ahogas la honradez, matas lo cierto.  
Tú, pécora venal, flagrante hetaira,  
siembras escándalos y no plegarias.

¡Traidora, corrompida, mal presagio,  
tu miel se vuelve hiel; tu risa, llanto!

»Vergüenza abierta dan tus goces íntimos,  
y tus banquetes trocan en ayunos;  
tus títulos, en nombres poco dignos,  
tu dulce lengua, en ácido regusto.  
Tu vanidad brutal no dura mucho.

¿Cómo es, vil ocasión, que obrando mal  
las huestes aún te vengan a buscar?

»¿Podrás colaborar con el humilde,  
llevarlo a que su petición se entregue?  
¿Hacer que los desmanes se terminen,  
librar del yugo a aquellos que no tienen,  
curar enfermos y a los que se duelen?

El pobre, el ciego, el cojo son clamor,  
mas ellos nunca dan con la ocasión.

»Duerme el galeno y el paciente se hunde;  
hambrea el huérfano y el rico engulle;  
festeja el juez mientras la viuda sufre;  
nadie aconseja si los miasmas fluyen;  
la caridad no es cosa que te guste.

Envidia, ultraje, cólera, desastres  
te escoltan donde vayas como pajes.

»Si la verdad y la virtud te buscan,

mil cruces las apartan de tu auxilio.  
Mas el pecado no paga tu ayuda:  
se la das gratis, sin más requisito  
que te deleite con lo que ha podrido.

Fue Colatino quien debió venir  
y no Tarquinio, de no ser por ti.

»Te culpo, pues, de asesinato y robo,  
te culpo de soborno y de perjurio,  
te culpo de imposturas y de expolios,  
de incesto abominable yo te culpo:  
los cómplices de tu apetito inmundo  
por los pecados que son y serán  
de la creación hasta el juicio final.

»¡Jiboso tiempo, aliado de la noche,  
correo veloz, jinete del espanto,  
devorador de juventud, de los dolores  
guardián, tizón de la virtud y esclavo!  
Lo crías todo y todo habrás matado.  
¡Escúchame, cambiante y falso tiempo!  
Quita mi vida: ya has quitado el resto.

»¿Por qué tu sierva, la ocasión, me hurtó  
las horas de reposo que me diste,  
y canceló mi suerte? En la prisión  
del sufrimiento eterno quiso hundirme.  
El tiempo es el que todo el odio extingue  
y come los errores de los dichos;  
no arruina la virtud de un lecho digno.

»El don del tiempo es amigar los reinos,  
dar luz a la verdad, sin falsedades,  
bruñir lo antiguo con su sello viejo,  
velar la noche; al alba, despertarse;  
vejar al vejador para que cambie,  
rajar los edificios con las eras  
y que sus torres queden polvorientas.

»Llenar los monumentos de carcoma,

dar al olvido cosas que se hundan,  
manchar los viejos libros y las obras,  
dejar al cuervo viejo sin sus plumas,  
secar la savia de la encina dura,  
    que pierda forja el hierro y que se oxide,  
    y que la rueda de fortuna gire.

»Que vea la abuela el fruto de sus hijas,  
el niño sea hombre; el hombre, niño;  
que mate al tigre que solo asesina,  
que dome al unicornio y al felino,  
que engañe al más astuto y al más listo,  
    que dé al labriego mieses abundantes  
    y gaste, con gotitas, rocas grandes.

»¿Por qué obras con maldad en tu trayecto  
si no podrás volver para enmendarlo?  
Un mísero minuto de regreso  
son mil por mil amigos que has ganado,  
pues quien prestó al deudor no hará otro tanto.  
    ¡Oh, vuelve atrás la noche en una hora  
    y evitaré el tifón y tu zozobra!

»Lacayo eterno de la eternidad,  
haz que Tarquinio no huya como sea.  
Inventa hasta lo inconcebible y más  
y que maldiga su maldita afrenta.  
Pon en sus ojos sombras que estremezcan,  
    y que cada recuerdo del estupro  
    convierta en un demonio cada arbusto.

»Molesta su reposo con angustias,  
aflígelo en su lecho y que solloce.  
Abrúmalo con sendas desventuras  
que lo hagan gimotear y no se colme.  
Lapídalo con duros corazones  
    y que mujeres dulces como madres  
    lo traten como tigres implacables.

»Que tenga tiempo de arrancar sus rizos,



y para delirar en contra propia,  
y tiempo de que el tiempo sea esquivo  
y de que viva esclavo de su escoria,  
y que envidie a un mendigo por sus sobras,  
y de que vea a quien pidiendo vive  
negarle los mendrugos que él le pide.

»Y de que se enemiste con su gente  
y que los locos rían a su paso,  
y tiempo de que el tiempo le recuerde  
que es lento en el dolor y acelerado  
en tiempo de alegrías y arrebatos;  
y deja que su irrevocable lacra  
solloce por el tiempo que malgasta.

»¡Tutor, oh tiempo, del que es malo o bueno,  
enséñame a insultar a quien formaste!  
Que de su propia sombra tenga miedo  
y a cada hora a sí quiera matarse.  
Que hagan correr sus manos esa sangre,  
pues quién habrá tan sucio que se ofrezca  
a ser verdugo de esa mala pieza.

»Peor aún es que un hijo de rey  
enturbie su honra con aberraciones.  
Si el hombre es poderoso, aún más lo es  
lo que le asigna el odio o los honores,  
pues el escándalo de estado es doble.  
La luna, entre las nubes, no aparece  
mas las estrellas pueden esconderse.

»Si el cuervo moja su ala negra en limo  
no advierte nadie que se lleva el fango,  
mas cuando el níveo cisne hace lo mismo,  
la mancha en su plumón no habrá marchado.  
El rey es día, y noche sus lacayos.  
No vemos al mosquito cuando vuela  
y al águila la ves aunque no quiera.

»¡Atrás palabras huecas, torpes siervos

de necios, flacos jueces, alborotos!  
Buscad empleo en fútiles colegios;  
montad debates entre los ociosos  
y haced de mediadores de los tontos.

No haré un esfuerzo ni argumentaré  
pues mi recurso escapa ya a la ley.

»En vano he maldecido a la ocasión,  
al tiempo y a la noche o a Tarquinio.  
En vano de mi infamia hago un clamor.  
En vano mi desgracia cierta esquivo.  
Este humo de palabras no ha servido.

El único remedio que me calme  
será que haga fluir mi infame sangre.

»¿Por qué vacilas ahora, pobre mano?  
Será tu honor librarme de esta mancha.  
si muero vivirás, pues me has honrado;  
si vivo, vivirás con mi desgracia;  
al no haber defendido a tu leal dama,  
sin saber arañar al monstruo inmundo,  
suicídala y se lavará el renuncio.»

Aquí, el revuelto tálamo abandona  
y busca un instrumento impar de muerte,  
mas no es un matadero, no hay tal cosa  
que ayude a que su aliento la deserte.  
Pasando entre sus labios, se disuelve  
igual que humo del Etna, y se consume,  
o como el del cañón que al éter sube.

«En vano», gime, «en vano busco y vivo  
por dar un fin feliz a triste vida.  
Temí al azor salvaje de Tarquinio  
y ahora busco el arma que me extinga.  
Mas fue un temor, aquel, de esposa digna;  
y así lo soy... ¡Oh no, no puede ser!  
Tarquinio me ha arrancado eso también.

»Perdida la razón de mi existir,

ahora ya morir no me da miedo.  
Lavando en muerte el mal daría, así,  
a mi librea el sello de lo honesto  
y a la viviente infamia un cuerpo muerto.  
    ¡Ayuda inútil —pues ya no hay fortuna—,  
    quemar el cofre que no tuvo culpa!

»Pues bien, mi Colatino, no sabrás  
qué amarga sabe la verdad violada;  
no dañaré tu afecto franco ya  
fingiéndolo que esta ofrenda sigue intacta.  
No crecerá el injerto en esta rama  
    ni quien pudrió tu huerto irá contando  
    que tú le haces de padre a su bastardo.

»Ni sonreirá en secreto al contemplarte,  
ni va a mofarse allí con quien quisiera  
pues no compró el botín con oro infame  
sino que lo robó y forzó la puerta.  
En cuanto a mí, de mi hado soy la dueña;  
    no cejaré hasta que la muerte cobre  
    su deuda y con mi vida la condone.

»No te envenenaré con mi deshonra  
ni envolveré mi falta con excusas;  
no blanquearé el portal para que esconda  
la suciedad de su impiedad nocturna.  
Mi lengua dirá todo y, cual exclusiva  
    que baña la pradera al pie del monte,  
    mis ojos lavarán mi hediondo informe».

Con esto, Filomela puso fin  
al prístino gorjeo de su angustia  
y, lánguida, la noche fue al nadir  
del Hades, pues el día que despunta  
reparte ya esa luz que el ojo busca.  
    Lucrecia, oscura, por pudor no mira  
    y pide que la noche vuelva a hundirla.

El día, que hurga por doquier, curioso,

le apunta con sus rayos y ella dice,  
gimiendo entre lamentos: «Ojo de ojos,  
no violes mi ventana ni me espíes.  
Despierta con cosquillas a otros miles.  
No oprimas con tu aguda luz mi frente;  
lo hecho de noche, el día no lo intente».

Así disputa con lo que ella ve.  
La pena chincha y cambia como un crío  
que, en su capricho, nada encuentra bien.  
Con el dolor antiguo es más sencillo:  
lo doma el tedio; el otro es atrevido  
cual nadador novato, se zambulle  
y entre el esfuerzo y el orgullo se hunde.

También Lucrecia, inmersa entre cuidados,  
a todo lo que alcanza a ver se opone  
y todo la remite a su quebranto;  
ve en cada nueva cosa nuevos golpes  
y, si una mengua, otra sigue entonces.  
Su pena es muda a veces, sin palabras,  
y a veces el furor le enciende el habla.

Los pajarillos que al albor saludan  
irritan con sus trinos su lamento,  
pues la alegría en sus heridas hurga;  
el triste en el jolgorio está muriendo.  
Para el dolor, solo el dolor es bueno.  
Así, la pena solo se consuela  
si hay otra pena igual que la comprenda.

La muerte es doble a vista de la orilla  
y ayuna por diez más quien ve comer;  
ante el remedio aún arde más la herida  
y al daño aún daña más lo que hace bien.  
La pena intensa es como el río que,  
si lo detienen, echa abajo el dique;  
así, el dolor sin ley no tiene límite.

«Roncal burlón», gimió, «entierra al fondo

de tu ancho y agitado pecho el trino,  
y sé, para conmigo, mudo y sordo;  
mi intensa pena no soporta el ritmo.  
El chusco en casa triste no es bien visto.  
Regala tu armonía a oídos cultos;  
el padecer prefiere el llanto en bruto.

»Ven, Filomela, canta sobre raptos,  
enrama el triste soto entre mis greñas.  
Rezuma el suelo triste por tu espanto,  
igual que yo, por cada nota en pena,  
sostengo el diapasón con mi tristeza:  
yo mentaré a Tarquinio como acorde,  
tú cántale a Tereo los bemoles.

»Si tú, por mantener punzante el duelo,  
desde un espino cantas, yo, infeliz,  
por imitarte a ti, contra mi pecho  
pondré un cuchillo, para que, al sentir  
temor mis ojos, caigan y hallen fin.  
Y así, estos trastes lograrán que afine  
el estro con que nuestras almas gimen.

»Y ya que no eres de cantar de día  
y rehúyes las miradas, pudorosa,  
algún desierto oscuro, sin salida,  
ajeno a los calores o el aljófara,  
habrá donde cantarles nuestras coplas  
dolientes a las fieras y amansarlas.  
Si el hombre es fiera, que ellas tengan alma».

Así como la corza que, en escorzo  
e inmóvil, mira en busca de un atajo,  
o como el que, perdido entre matojos,  
da vueltas sin cesar, desorientado,  
así se siente ella, ponderando  
cuál es mejor, si vida o muerte, siendo  
que viva es deshonrosa y muerta, un peso.

«Pues si me mato», piensa, «no hago más

que emponzoñar el alma con la carne.  
Quien pierde la mitad puede aguantar  
mejor que el que ha perdido todo y parte.  
Terrible decisión toma la madre  
    que, si una pierde, y tiene dos criaturas,  
    a la otra mata por no criar ninguna.

»Mi alma o bien mi cuerpo: ¿cuál mejor  
si, puro el uno, la otra era divina?  
¿A cuál más me arrimaba de los dos  
si al cielo y Colatino los debía?  
El pino sin corteza se marchita,  
    sus hojas, sin la savia, se resecan:  
    así se encuentra mi alma, sin corteza.

»Saquean su hogar, estorban su reposo,  
derriba su mansión el enemigo,  
su sacro altar es profanado y roto,  
manchado por el vicio desmedido.  
Que no se diga que es un acto impío  
    que abra yo una brecha en este fuerte  
    por donde mi alma en pena se despeñe.

»Mas antes Colatino ha de saber  
la causa de mi abrupta muerte, para  
poder jurar vengarse del que fue  
verdugo de mis horas más aciagas.  
Tarquinio heredará mi sangre ajada,  
    que él mismo mancilló y que por él vierto:  
    su firma inscrita está en mi testamento.

»Mi honor lo heredará el cuchillo fiel  
que parta en dos mi cuerpo deshonorado.  
Por vida deshonrosa honor daré,  
pues, si esta muere, el otro vive a cambio.  
Mi fama está en los restos del escarnio  
    pues al morir lo mato y que reviva  
    mi honor, sin la vergüenza que lo impida.

»Oh dulce dueño de mi dulce joya,

¿qué heredarás de mí si la perdí?  
Mi ahínco, amor, será tu vanagloria  
y ejemplo de venganza que seguir:  
descifra en mí el destino de ese ruin.

Me mato, yo, tu amiga y tu enemigo;  
tú acaba igual con el servil Tarquinio.

»Resumo el testamento brevemente:  
mi cuerpo y alma, al suelo y a los cielos;  
mi honor para el cuchillo que me hiere;  
a ti, mi esposo, te daré mi empeño;  
mi escarnio para quien me hurtó el respeto;  
y todo mi respeto vivo vaya  
a quienes no me escarnen por mi falta.

»¡Tú fuerza, Colatino, que se cumpla  
pues cómo fui forzada tú sabrás!  
Mi sangre lavará todas mis culpas;  
mi muerte en vida al fin verá el final.  
No hesites, corazón, y di: ‘¡Se hará!’.  
Cede a mi mano, que ella te conquiste:  
será, al matarte, muerta y ambos libres».

Ni bien el triste plan de muerte urdió  
y se enjugó las perlas de sus ojos,  
citó a la criada con quebrada voz  
y aquella en acudir tardó muy poco:  
el pensamiento vuela igual que el probo.  
El rostro de Lucrecia le parece  
un páramo al que el sol funde la nieve.

La sierva le da cautos buenos días  
con suave voz, señal de su recato,  
y a su ama triste con tristeza mira,  
pues ve que viste el sayo del quebranto,  
mas no se atreve a preguntar, en cambio,  
por qué se han eclipsado sus dos soles  
y en sus mejillas solo hay lagrimones.

Y como, en el ocaso, hace el rocío

de cada flor un ojo que solloza,  
los ojos de la sierva están ahítos  
de solidarias perlas de congoja  
por esos soles que hunden en las olas  
    saladas su crepúsculo y que entregan  
    al llanto nocturnal a la doncella.

Las dos son como acequias de marfil  
que van a dar a aljibes de coral.  
La una con motivo, la otra a fin  
de acompañarla al verla sollozar.  
El sexo tierno gimotea asaz:  
    tantean lo que causa ese dolor  
    y lloran, pues les parte el corazón.

La cera del sentir de la mujer  
se amolda al mármol del sentir del hombre.  
Son débiles y a veces el doblez  
las marca por engaño, fuerza o roce.  
No son por tanto autoras de su azote  
    así como la cera no es culpable  
    de que en su faz un íncubo se estampe.

Su prado, con su espléndida tersura,  
se ofrece a los gusanos más menudos;  
mas en los hombres, como en foscas grutas,  
dormitan vicios sordos y profundos.  
Por el cristal el polvo espía a gusto.  
    Y si unos bajo el ceño esconden crímenes,  
    los rostros de las otras los exhiben.

Que nadie inculpe a la marchita flor  
sino al invierno crudo que la mata.  
No el devorado y sí el que devoró  
es responsable. No han de ser culpadas  
las débiles mujeres de las manchas  
    forzadas por la egregia prepotencia  
    del hombre que las llena de vergüenza.

Lucrecia es un cabal ejemplo de esto:



de noche, amenazada con la muerte  
y con que los detalles del deceso  
oprobien al marido, el cuerpo cede.  
El riesgo de negarse era tan fuerte  
que un pánico mortal heló su cuerpo,  
¿y quién no puede hollar un cuerpo muerto?

Con suavidad, Lucrecia le habla al fin  
a la fiel contraparte de su angustia:  
«Muchacha», dice, «¿qué te hace seguir  
vertiendo lágrimas como la lluvia?  
Si lloras por la pena que me abrumba,  
no lo hagas, niña, pues no la aminora;  
si no ya lloraría yo las propias.

»Mas dime, niña, ¿cuándo...», y se detuvo  
a suspirar, «¿... se fue de aquí Tarquinio?».  
«Señora, yo aún dormía», le repuso.  
«Lamento mi torpeza y mi descuido  
mas fue quizá debido a un imprevisto:  
al levantarme aún no era de día  
y ya Tarquinio había hecho salida.

»Excuse, mi señora, a esta criada  
si osa preguntarle qué la oprime.»  
«¡Oh, calla!», le mandó. «Si te contara,  
contarlo no lo haría reducirse  
y excede cuanto el habla nos permite:  
es un infierno esta tortura que hace  
que sientas lo que no puede expresarse.

»Busca papel, y tinta y una pluma.  
Espera, tengo aquí lo necesario.  
¿Qué, pues? Que un hombre de mi esposo acuda  
para entregarle este mensaje en mano  
a mi señor, mi amor, mi bien amado.  
Dile que ha de llevarlo con presteza;  
lo escribo ya, pues es de suma urgencia.»

Ya sola, pone manos a la obra,

mas no posa aún la pluma en el papel.  
Se enfrentan su razón y su congoja;  
medita, escribe y lo borra después:  
o es muy directa o no se hace entender.  
    Se agolpan sus ideas como aquellos  
    que se atropellan por entrar primeros.

Por fin empieza así: «Digno señor  
de esta mujer indigna que te envía  
todo su afecto. Préstame atención:  
si quieres ver a tu Lucrecia viva,  
amor, has de venir a toda prisa.  
    Apelo a ti desde esta triste casa.  
    Mi pena es grande; breves, mis palabras».

Ya pliega la versión de su pesar,  
dolor certero escrito inciertamente.  
En ella, Colatino atisbará  
su pena, sin saber a qué se debe.  
No osa revelarlo, pues no quiere  
    que la mancilla él pueda atribuirle  
    sin que ella, con su sangre, se la explique.

Prefiere transmitir las sensaciones  
de su tormento cuando él esté cerca,  
y los suspiros y las lágrimas adornen  
su adversidad, librándola siquiera  
del peso acusador de la sospecha.  
    Por no entintarlo, ya no gasta tinta  
    en frases que la acción deja prescritas.

Más triste es ver llorar que nos lo narren:  
el ojo, así, transmitirá al oído  
la agitación que ha visto desplegarse  
y se reparte a cada parte un pico  
que es solo parte del dolor que oímos.  
    Es más discreto el golfo que el estero  
    y baja el daño cuando sopla el verbo.

Su carta está sellada y destinada

«A Ardea, con urgencia, a mi señor».  
Al agrio mensajero ella le encarga  
que vuele más que el peregrino halcón  
en plena tempestad del norte atroz.  
Veloz más que veloz le sabe a poco:  
lo más extremo siempre es extremoso.

El rudo siervo en sumisión se postra  
y, sonrojándose al mirar furtivamente,  
recibe el rollo sin abrir la boca  
y vuela, ingenuo y tímido, hacia el jefe.  
Mas quienes llevan culpa dentro creen  
que cada ojo atisba su vergüenza,  
y así interpreta su rubor Lucrecia,

en tanto que el muy lerdo se ha turbado  
por falta de entereza, ingenio, audacia.  
Criaturas tan modestas no hablan harto:  
se expresan con la acción, pues las palabras  
prometen rapidez pero retrasan.  
Y así este ser pretérito y honesto  
fijó con su mirada el juramento.

Su celo dio recelo a la patricia,  
haciendo que ambos rostros se inflamasen.  
Creía ella que él algo sabía  
y, sonrojada, lo miró acuciante.  
Ese mirar tenaz lo hizo turbarse  
y cuanto más se sonrojaba él  
más crédito le daba a su saber.

Ansía su regreso ya, al minuto,  
mas él está hace poco de camino.  
Encuentra que matar el tiempo es duro  
pues ha agotado el llanto y los suspiros;  
dolor mata al dolor; llanto, al gemido.  
Por eso acalla un poco los reproches  
e intenta renovar sus resquemores.

Recuerda finalmente una pintura

muy nítida de Príamo y su Troya;  
el gran poder de Grecia la circunda,  
pues han raptado a Helena y la deshonra  
se vuelve contra Ilión, tan orgullosa  
    que el cielo, así parece, se arrodilla  
    y besa sus torreones sin medida.

Burlando a la naturaleza, el arte  
dio falsa vida a mil visos dramáticos.  
Son manchas secas lágrimas que plañe  
la viuda por su esposo asesinado;  
la sangre humea, dando vida al cuadro,  
    y brillan ojos muertos como breas  
    agonizantes en la noche yerta.

Se aprecia al zapador tenaz que avanza,  
cubierto de sudor y polvoriento,  
y es como si en aquellas barbacanas  
escudriñaran ojos verdaderos  
con odio contenido a los helenos.  
    Tan delicado fue el pintor aquí  
    que a esas miradas se las ve sufrir.

Y orgullo y majestad ostenta el rostro  
marcial de los caudillos y los jefes;  
los jóvenes son diestros y animosos;  
y aquí y allá el pintor señala a veces  
a pálidos cobardes en las huestes  
    que, al ser como paisanos del lugar,  
    creemos ver que tiemblan de verdad.

¡Qué arte ha puesto en Áyax y en Ulises!  
Son dignas de admirar sus expresiones:  
en cada rostro el corazón se exhibe  
y expresa claramente sus valores.  
Los ojos de Áyax rabian, cegadores,  
    y los de Ulises, calmos y ladinos,  
    sonríen revelando su dominio.

A Néstor, grave, se lo ve incitando

a los aqueos al combate y hace  
un gesto tan precioso con la mano  
que atrapa la atención por su donaire.  
Su barba cana es como si vibrase  
con el discurso, y se entrevé el aliento  
que asciende en espirales hasta el cielo.

Se apiñan rostros a su alrededor  
que beben de sus sólidas palabras.  
Escuchan juntos, mas con expresión  
diversa: una sirena los embriaga;  
los hay altos y bajos, es la gracia.  
Los de detrás asoman sus cabezas  
y da la sensación de que se acercan.

La mano de uno en la cabeza de otro;  
sombrea alguna oreja una nariz;  
la masa empuja a alguno, ahogado y rojo;  
hay otro que parece maldecir;  
y es tal su rabia que parece al fin  
que si cesara Néstor su discurso  
los gladios abrirían sendos surcos.

Había tanto ingenio allí, a la vez  
velado y a la vista, tenso y fino,  
que Aquiles no llegaba a aparecer  
del todo: lanza en mano, con estilo  
oculto al ojo, había que intuirlo.  
La mano, el pie, la cara y poco más:  
el resto era cuestión de imaginar.

Y en la sitiada acrópolis de Troya,  
al ver salir a Héctor, su esperanza,  
las madres frigias vivan orgullosas  
a sus radiantes hijos con sus armas,  
y es tan extraño cómo los aclaman  
que en medio de sus muestras de alegría  
parece que un oscuro miedo anida.

La playa de Dardania, donde luchan,

se baña hasta el Simois en roja sangre;  
sus olas contra la ribera empujan  
y empapan, remedando los combates,  
la abrupta costa; mas, tras retirarse,  
regresan en oleadas con tesón  
a disparar la espuma del Simois.

Lucrecia busca en esos trazos sueltos  
un rostro que sea el rostro de la pena;  
ve muchos con el malestar impreso  
mas no uno en el que todo se concentra;  
de pronto encuentra a la afligida Hécuba  
clavando su mirada anciana en Príamo,  
que se va en sangre a pies del fatuo Pirro.

En ella aunó el pintor el tiempo que huye  
y el paso de lo bello al desconsuelo.  
Su tez se agrieta, sus mejillas se hunden:  
de lo que fue no queda ni el recuerdo.  
Su sangre azul, que ya ha virado al negro,  
añora la energía del pasado  
y es como savia muerta en un cadalso.

Lucrecia, absorta en esa triste anciana,  
igualaba su dolor al de la imagen,  
que le replicaría con palabras  
furiosas contra Grecia si gritase.  
Mas el pintor no es dios y al no pintarle  
la voz, Lucrecia, grave, lo amonesta,  
pues le ha dado dolor y no una lengua.

«Mudo instrumento», dice, «sin sonido,  
yo entonaré tus penas con la mía  
y aliviaré el dolor plasmado en Príamo,  
y a Pirro, su agresor, le irá la vida,  
y haré que en Troya el llanto el fuego extinga,  
y arrancaré los ojos con mi acero  
de todos tus rivales, los aqueos.

»La hetaira que hizo esto, ¿dónde está?

¡Le arañaré la cara con las uñas!  
Tú, Paris, con tu vil lubricidad,  
libraste a Troya al fuego y a la furia;  
tus ojos encendieron la locura  
y en Troya, con el crimen de tus ojos,  
has dado muerte a hijos, madre, esposo.

»¿Por qué el deseo personal de alguno  
va a ser la plaga pública de tantos?  
Que caiga ese pecado sobre el único  
que lo gozó y que queden liberados  
aquellos que no tienen culpa y cargo.  
¿Por qué hay un inocente que recibe  
castigo general si es de otro el crimen?

»Aquí Hécula solloza, Príamo muere,  
aquí Héctor cae y Troilo se desmaya,  
aquí hay amigos juntos en la muerte,  
aquí entre amigos sin querer se matan  
y el ansia de uno solo a todos mancha.  
De haber frenado Príamo a su hijo,  
el porvenir de Ilión no había ardido».

Lucrecia llora a Troya y sus miserias  
pintadas, pues la pena, cuando toca,  
es como una campana y ya no cesa:  
con poco esfuerzo suena a todas horas.  
La pobre cuenta historias lastimosas  
a los aciagos trazos y colores:  
les da palabras y ellos, expresiones.

Recorre con la vista el triste cuadro  
y sufre con cada pesar que avista.  
De pronto atisba a un infeliz atado  
que a unos pastores frigios simpatiza.  
Su cara preocupada no es sombría.  
Camino a Troya va con los arrieros  
tan calmo que no siente sus aprietos.

Aquí el pintor empleó todo su oficio

en ocultar el fraude y darle un aire  
humilde, reposado, de ojos líquidos  
y frente alzada y presta a los pesares,  
mejillas ni muy blancas ni granates:  
    ni el rojo delataba culpa alguna,  
    ni el blanco el miedo de las almas turbias.

Mas como un consumado y cruel demonio,  
mostraba una apariencia tan cabal  
y tan ajena a su secreto encono,  
que no sabría ni el más suspicaz  
que tanta felonía y tanto mal  
    nublaran condición tan apacible,  
    con tanto infierno en rasgos tan humildes.

Certero, el artesano interpretó  
así a Sinón, perjuro en cuya historia  
creería Príamo con gran candor  
y cuya vil diatriba fue la antorcha  
que puso fuego a la gloriosa Troya,  
    acongojando al cielo, y las estrellas  
    dejaron, al no verse, sus esferas.

Con celo examinó Lucrecia el trazo  
y reprochó al pintor su impar talento,  
pues a Sinón lo encuentra algo falseado:  
¿tan pulcra hechura en alguien tan enfermo?  
Absorta y sin poder dejar de verlo,  
    halló en su rostro rasgos tan veraces  
    que concluyó que el cuadro no era fiable.

«No es cierto», dijo, «que haya tanto infundio...»,  
e iba a decir «en complexión tan digna»,  
mas recordó a Tarquinio en un segundo  
y el «cierto» se hizo «injusto» y, enseguida,  
cobró en su lengua la expresión debida:  
    «No es justo que haya tanto infundio, digo,  
    en alguien cuyo aspecto no es indigno».

«Pues tal como se pinta al vil Sinón,



tan serio y triste, fatigado y sobrio,  
fingiendo algún pesar o algún dolor,  
se presentó Tarquinio, armado y todo,  
honesto para fuera y en el fondo  
    vicioso. E igual que Príamo, fui tonta  
    y en él confié, y así cayó mi Troya.

»¡Se ve a llorar a Príamo, que escucha  
con pena al tal Sinón que llora a mares!  
¿Tan viejo y tan privado de cordura?  
Por cada lágrima hay un frigio exangüe.  
En su ojo hay fuego, nada de agua sale.  
    Las perlas que tal compasión te dan  
    son teas para que arda tu ciudad.

»Le birlan esos trucos al infierno,  
por eso entre las llamas Sinón tiembla  
y en ese hielo suyo oculta el fuego.  
Mas esa unión de extremos es la treta  
en que los tontos caen y se enredan.  
    Y tanto halaga a Príamo con lágrimas  
    que puede a Troya arder en agua.»

Ahora es tal la furia que la habita  
que la paciencia no anida en su pecho.  
Araña al mal Sinón con uñas finas  
y lo compara al huésped que, protervo,  
ha hecho que ella se odie con su hecho.  
    Al fin sonrío y deja de rasgarlo:  
    «¡No sigas, loca! Así no le haces daño».

Así refluye y fluye su congoja  
y matan tiempo al tiempo sus gemidos.  
La noche exige ya, luego la aurora,  
mas ambas en partir tardan lo mismo.  
En pena, el tiempo breve es infinito;  
    la pena, si es profunda, apenas duerme,  
    y en la vigilia el tiempo se enlentece.

Mas, gracias a este tiempo que pasó

absorta en la pintura y sus imágenes,  
ha ido distraendo su dolor  
con el dolor de aquellos avatares  
que la consuelan aún siendo irreales.

Alivia a algunos, aunque no los cura,  
creer que otros pasaron sus angustias.

Mas hete aquí que el mensajero adusto  
ha vuelto con su jefe y comitiva,  
que encuentra que Lucrecia lleva luto  
y, en torno al ojo rojo de agonía,  
azules arcoiris se deshilan.

Mas pronto vienen otros como seña  
de que aparecerán nuevas tormentas.

Y al verla así, tan triste, su marido  
escruta la tristeza de esa cara.  
Los ojos, anegados, rojos, fríos;  
la tez doliente blanca y descarnada.  
No osa preguntarle cómo estaba;  
se quedan ambos fijos, como en trance,  
dos viejos conocidos expectantes.

Al fin, tomándole la exangüe mano,  
le dice: «¿Qué percance extraño y ruin  
pudo ocurrir para que estés temblando?  
¿Qué ha sido, amor, de tu color feliz?  
¿Por qué razón de duelo has de vestir?  
Revélame, oh querida, tu pesar,  
pues solo así podré darte la paz».

Tres veces sus suspiros dan la orden  
mas no salen palabras de su boca.  
Por fin, hace un esfuerzo y le responde  
con humildad, y explica cómo su honra  
cayó bajo el empuje de esa escoria,  
y Colatino y toda su partida  
escuchan gravemente su desdicha.

Entonces ese cisne entre los juncos

inicia el himno triste de su muerte:  
«Palabras breves», dice, «es lo más justo  
para explicar lo que ya es indeleble.  
En mi alma no hay palabras que lo expresen.  
Y son tan largos todos mis desvelos  
que en una lengua no caben enteros.

»Que a esto su tarea se reduzca:  
esposo amado, se llegó a tu cama  
un hombre extraño y reposó su nuca  
en el cojín que yo le reservaba  
a tu cabeza noble y fatigada;  
no cuesta imaginar lo que le sigue:  
Lucrecia, ay, del ultraje no está libre.

»Pues en la hondura cruel de medianoche,  
con gladio refulgente entró en mi alcoba  
una criatura con antorcha insomne  
que susurró: “Ven ya, dama de Roma,  
sé amable con mi amor, o la deshonra  
eterna recaerá en ti y en tu hogar  
si tú a mi amor no quieres dar solaz.

»”Ya que a tu esclavo menos agraciado,  
si no accedieras a colmar mi antojo,  
lo mataré y a ti tras él te mato  
y juraré que, al encontraros solos  
en acto lujurioso, puse coto  
a la abominación. Y en esta empresa,  
yo cobro fama y tú vergüenza eterna”.

»Fue aquí donde empecé a llorar, transida,  
y él me apretó su gladio contra el pecho,  
jurando que, si a todo no accedía,  
ya no hablaría, pues habría muerto;  
en cambio, mi deshonra, en el recuerdo  
de Roma viviría para siempre:  
Lucrecia con su esclavo halla la muerte.

»Yo era débil; fuerte, mi enemigo;

y mi temor le daba aún más ventaja.  
Mi juez salvaje me prohibió hacer ruido:  
no había aquí recursos ni demandas.  
Su púrpura lasciva ahora juraba  
    que mi belleza le arrobó los ojos,  
    y el reo muere si es al juez el robo.

»Oh, dime cómo fabricar mi excusa  
o cómo hacer que mi alma aquí se ampare:  
si bien mi sangre roja ya está sucia,  
mi espíritu está intacto y no es culpable;  
no fue forzado y no hubo de entregarse  
    a prácticas dolosas, y está puro  
    en la prisión infecta de este yugo».

Aquí el patrón turbado del naufragio  
bajó el testuz y con ahogada voz,  
los ojos fijos, los brazos cruzados,  
los labios como cera nueva, dio  
un golpe desolado de timón;  
    mas es en vano, encalla allí otra vez:  
    exhala aliento que vuelve a beber.

Igual que bajo el puente, caudalosa,  
escapa a la mirada la corriente,  
mas en su orgullo salta y se rebota  
hacia el estrecho donde se revuelve,  
lanzada en furia, y fluye y reaparece,  
    así su ayes y suspiros tratan  
    de repeler, sin fruto, la resaca.

Lucrecia, en vista de sus contratiempos,  
acude a despertar su frenesí:  
«Señor, aunando al mío tu tormento,  
lo aumentas: cuando llueve hay más fluir.  
Con tu dolor, el mío no ve el fin.  
    Que baste entonces un naufragio solo  
    y que zozobre un solo par de ojos.

»Y por amor a quien te tuvo en vilo,

a aquella, tu Lucrecia amada, atiende:  
has de vengarte ya de tu enemigo,  
el tuyo, el mío, el suyo y defenderme  
así de lo ocurrido. Lo que hicieres  
ya llega tarde. Mas que el traidor muera,  
pues la clemencia más maldad procrea.

»Mas antes de decir cuál es su nombre,  
oh, nobles», dijo al resto del cortejo,  
«jurad por vuestro honor y vuestros dioses  
venganza contra aquel que usó mi cuerpo,  
pues es un acto digno de respeto  
ir a vengar con armas la injusticia.  
Curad, oh caballeros, mis heridas».

A su pedido, con noble premura,  
uno tras otro se juramentaron  
a dar, caballerosamente, ayuda,  
ansiosos por saber quién fue el bastardo.  
Mas ella, que aún no había terminado  
su triste historia, los calló: «Decid,  
¿con qué borrar esta mancha ruin?».

«¿Cuál es la calidad de mi perjurio?  
Si tan violenta fue la circunstancia,  
¿mi espíritu no queda impune y puro  
pues se negaba a que lo deshonraran?  
¿No hay modo de lograr que así se haga?  
La fuente emponzoñada al fin se limpia,  
¿no puedo yo limpiar esta mancha?»

Con esto todos juntos le responden  
que su alma limpia limpiará el ultraje  
y con sonrisa seria y triste esconde  
el mapa en que se imprimen las señales  
con lágrimas del infortunio infame.  
«No, no», les dice, «ya no habrá mujer  
que excuse con mi excusa su traspies».

Aquí suspira al borde del soponcio

y suelta el nombre de Tarquinio. Dice:  
«¡Él, él!», mas balbucea, y en su ahogo,  
se atora y carraspea y luego gime,  
e inspira, se atropella, se resiste  
y al fin exclama: «¡Es él, es él, preclaros,  
Quien guía contra mí mi propia mano!».

Tras esto envaina en su incruento pecho  
un cruel cuchillo y su alma desenvaina.  
El golpe la libera del infierno  
de esa prisión corrupta en que boqueaba.  
Hondos suspiros llevan su alma alada  
hasta las nubes. Abre aquel cuchillo  
la herida por la que huye su destino.

Atónitos cual piedras por la escena  
mortal, no atina nadie a reaccionar;  
el padre de Lucrecia al ver abierta  
la herida, se abalanza sobre el haz  
de sangre, y Bruto saca aquel letal  
cuchillo de la fuente bermellona.  
La sangre lo persigue, vengadora,

Y brota de su pecho en borbotones  
pausados que, con sangre a cada lado,  
rodean el cadáver, un islote  
recién saqueado, yerto, yermo y vasto,  
vacío en la crecida roja, y blanco.  
Aún queda sangre buena, roja y pura;  
la negra es la que el crimen hizo inmunda.

En la horrorosa faz de negra sangre  
helada y mustia, flota un halo acuoso  
que es como si en el cenagal llorase;  
y desde entonces, tal vez por sus lloros,  
la sangre coagulada tiene un tono  
de agua, pero a la que es roja y fina  
la llena de sonrojo la podrida.

«¡Ay hija, hija!», se duele Lucrecio.

«Te quitas tú la vida y muero yo.  
Los hijos de sus padres son reflejo,  
¿yo dónde vivo ahora que murió?  
Te di la vida y tú me das dolor.  
¿Precede la hija a sus progenitores?  
¿Somos sus descendientes y ellos nones?

»¡Mi pobre espejo roto! Vi el futuro,  
en tu semblante dulce, de un presente  
feliz; mas ahora veo el rostro crudo  
de una vetusta, lenta y magra muerte.  
¡En tus mejillas ya no puedo verme!  
¡Has roto la belleza que hubo en ti  
y ya no puedo verme como fui!

»¡Oh, tiempo, ponle freno a tu camino  
si cesan de vivir quienes nos siguen!  
¿Se llevará la muerte a los más vivos  
en tanto los endebles sobreviven?  
La abeja joven a la vieja exige  
su trono; vive, pues, Lucrecia y ve  
la muerte de tu padre y no al revés.»

Entonces, como en sueños, se adelanta  
su esposo y a Lucrecio pide paso,  
y cae en el torrente helado y baña  
en esa sangre el rostro amedrentado,  
igual que si estuviera agonizando,  
mas con viril recato se rehace  
y se impone vivir para vengarse.

La llaga atroz que su alma sufre frena  
su lengua que, furiosa con la angustia  
que obstruye su emoción y su vehemencia,  
por fin arranca, mas con tal premura  
que brotan de sus labios y se empujan  
palabras débiles que a su corazón,  
al no entenderse, no le hacen favor.

Sonaba algún «Tarquinio» aquí o allá,

mascado entre los dientes, con desprecio.  
Tardaba en descargar la tempestad  
y el río del dolor iba en aumento.  
Por fin cayó la lluvia y menguó el viento;  
    esposo y padre lloran y se apoyan:  
    la han de llorar por hija y por esposa.

La llama suya el uno, suya el otro,  
mas no poseen lo que ambos aducen.  
El padre dice: «Es mía», y el esposo  
«Es mía», le replica, «no me impugnes  
el bien de mi dolor. Que nadie jure  
    que llora por aquella que he perdido,  
    pues solo ha de velarla Colatino».

«Mas yo», terció Lucrecio, «le di vida,  
la misma que ha vertido pronto y tarde».  
«¡No, no! Yo fui su esposo y era mía.  
Me arrebató a sí misma al suicidarse.»  
«Mi hija» y «mi mujer» llenan con ayes  
    el aire que, quedándose a Lucrecia,  
    replica «mi hija» y «mi mujer» con pena.

Y Bruto, que el cuchillo de su flanco  
había sacado, al ver que disputaban  
por su dolor, su ingenio pone a salvo  
y en las heridas de Lucrecia lava  
su extravagancia, ya considerada  
    por los romanos propia de bufones,  
    que broma y chanza tienen por deportes.

Mas se despoja ahora del disfraz  
tras el que se escondían sus ideas  
y, haciendo gala de sagacidad,  
las lágrimas de Colatino frena:  
«¡Señor romano, acaba con tu afrenta!  
    Que mi ignorado ser, dado por lerdo,  
    instruya a tu experiencia en mi colegio.

»Pues, ¿curas el dolor con más dolor?



¿La herida con heridas va a aliviarse?  
¿Acaso crees que vengas la traición  
que ha hecho morir a tu mujer matándote?  
Ese infantil impulso es de cobardes.  
    Tu esposa desdichada así lo hizo  
    y se mató en lugar de su enemigo.

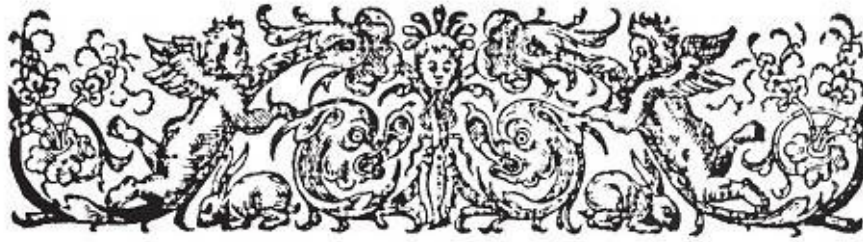
»No mojes más, romano valeroso,  
tu corazón en el glacial relente  
y ayúdame a rezar por que los ojos  
de nuestros dioses vean nuestras preces:  
pues de ellos es también de quien depende  
    que de las calles eche nuestra hombría  
    el mal que sume a Roma en la ignominia.

»Juremos por el Capitolio amado  
y por la casta sangre mancillada,  
por ese sol que nutre nuestros campos,  
y por la ley que a todos nos ampara,  
y por Lucrecia y su valiente alma,  
    y este puñal con que sangró su ser,  
    que vengaremos a esta esposa fiel».

Y dicho así, posó en su pecho el puño  
y un beso dio al puñal como su sello,  
y todos acudieron al segundo,  
pues con su arenga estaban en acuerdo.  
Hincaron las rodillas en el suelo  
    y Bruto repitió la invocación,  
    que todos prometieron con honor.

Y tras jurar esta cabal sentencia,  
se decidieron a llevar a Roma  
el cuerpo de Lucrecia a hacer la afrenta  
del vil Tarquinio pública y notoria.  
Y tras hacerlo así sin más demora,  
    el pueblo en Roma dio su veredicto,  
    que fue el destierro eterno de Tarquinio.



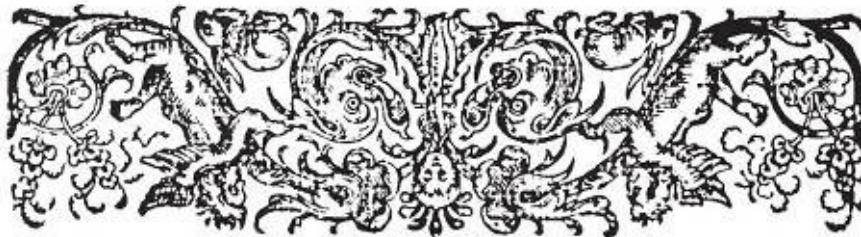


# SONETOS

## SONNETS

*versión de  
Andrés Ehrenhaus*

Aunque el libro se publicó en 1609, no se ha establecido aún un consenso en torno a la fecha de composición, que oscila entre 1592 y 1602. Para algunos críticos, se trata incluso de la más temprana de sus obras. En su catálogo, Francis Meres asegura que en 1598 los sonetos circulaban en manuscrito entre sus amigos íntimos. El volumen de 1609 no tuvo ninguna reedición hasta 1640.



TO THE ONLY BEGETTER OF  
THESE INSUING SONNETS  
MR. W. H. ALL HAPPINESS  
AND THAT ETERNITY  
PROMISED  
BY  
OUR EVER-LIVING POET  
WISHETH  
THE WELL-WISHING  
ADVENTURER IN  
SETTING  
FORTH  
T. T.

AL ÚNICO GENERADOR DE  
LOS SIGUIENTES SONETOS  
MR. W. H. TODA LA FELICIDAD  
Y ESA ETERNIDAD  
PROMETIDA  
POR  
NUESTRO INMORTAL POETA  
LE DESEA  
CON SUS MEJORES VOTOS  
EL AVENTURADO  
QUE LOS DA  
A LA LUZ.

T. T.

I

*From fairest creatures we desire increase,  
That thereby beauty's rose might never die,  
But as the ripener should by time decease,  
His tender heir might bear his memory;  
But thou, contracted to thine own bright eyes,  
Feed'st thy light's flame with self-substantial fuel,  
Making a famine where abundance lies,  
Thyself thy foe, to thy sweet self too cruel.  
Thou that art now the world's fresh ornament  
And only herald to the gaudy spring  
Within thine own bud buriest thy content,  
And, tender churl, mak'st waste in niggarding:  
Pity the world, or else this glutton be:  
To eat the world's due, by the grave and thee.*

I

Deseamos ver que lo más bello abunde  
para que la belleza en flor no muera,  
pues hasta el fruto pródigo sucumbe  
y es justo que un retoño lo suceda;  
pero en ti mandan tus hermosos ojos  
y al ser tú el alimento de tu llama,  
siembras el hambre allí donde hay de todo  
y eres tu propia presa maltratada.  
Tú que hoy adornas con tu encanto el mundo  
y anuncias sin igual la primavera,  
mezquinas el vigor de tu capullo  
y al no gastar derrochas tus reservas:  
apiádate y no dejes que tu gula  
se parta el pan del mundo con la tumba.

## II

*When forty winters shall besiege thy brow  
And dig deep trenches in thy beauty's field,  
Thy youth's proud livery, so gazed on now,  
Will be a tattered weed, of small worth held.  
Then being asked where all thy beauty lies,  
Where all the treasure of thy lusty days,  
To say within thine own deep-sunken eyes  
Were an all-eating shame and thriftless praise.  
How much more praise deserved thy beauty's use  
If thou couldst answer 'This fair child of mine  
Shall sum my count, and make my old excuse',  
Proving his beauty by succession thine.  
    This were to be new made when thou art old,  
    And see thy blood warm when thou feel'st it cold.*

## II

Cuando un asedio de cuarenta inviernos  
te surque el bello prado de trincheras,  
tu atuendo, que ahora es ostentoso y nuevo,  
será un guiñapo que ya no interesa.  
Y cuando te pregunten dónde yace  
el esplendor de tus lozanos años,  
no digas que en tus ojos espectrales,  
pues sonará a artificio o a descaro.  
Darás más digno empleo a tu apostura  
si puedes contestar: «Este hijo mío  
redime mi vejez, cuadra mi suma;  
mi patrimonio está en su parecido».  
    Llegada la vejez, su joven vida  
    calentará tu sangre que se enfría.

### III

*Look in thy glass, and tell the face thou viewest  
Now is the time that face should form another,  
Whose fresh repair if now thou not renewest  
Thou dost beguile the world, unbless some mother.  
For where is she so fair whose unneared womb  
Disdains the tillage of thy husbandry?  
Or who is he so fond will be the tomb  
Of his self-love to stop posterity?  
Thou art thy mother's glass, and she in thee  
Calls back the lovely April of her prime;  
So thou through windows of thine age shalt see,  
Despite of wrinkles, this thy golden time.  
    But if thou live remembered not to be,  
    Die single, and thine image dies with thee.*

### III

Contéplate al espejo y di a tu rostro  
que ya se reproduzca sin demora;  
si no renuevas tu frescura en otro  
al mundo y a una madre desazonas.  
Pues ¿qué doncella habrá tan altanera  
para vedar su huerto a tu simiente?  
¿Y quién tan vanidoso que prefiera  
privarnos de belleza con su muerte?  
Tú eres la viva imagen de tu madre  
y ella ve en ti el frescor de sus abriles;  
también tú en tu vejez podrás mirarte  
y ver la edad de oro que ahora vives.  
    Mas si prefieres que no te recuerden,  
    no engendres y tu imagen con ti muere.

#### IV

*Unthrifty loveliness, why dost thou spend  
Upon thyself thy beauty's legacy?  
Nature's bequest gives nothing, but doth lend,  
And being frank, she lends to those are free.  
Then, beauteous niggard, why dost thou abuse  
The bounteous largess given thee to give?  
Profitless usurer, why dost thou use  
So great a sum of sums yet canst not live?  
For having traffic with thyself alone,  
Thou of thyself thy sweet self dost deceive.  
Then how when nature calls thee to be gone:  
What acceptable audit canst thou leave?  
    Thy unused beauty must be tombed with thee,  
    Which usèd, lives th'executor to be.*

#### IV

Encanto derrochado, ¿por qué gastas  
tu herencia de apostura solo en ti?  
Natura no regala apenas nada:  
tan solo presta a quienes dan sin fin.  
¿Por qué, entonces, bello egoísta, abusas  
de la largueza con que te han munido?  
Efímero usurero, ¿por qué apuras  
tamaña suma y no obtienes respiro?  
Si tu único cliente es tu persona,  
acabarás sisándote tu encanto;  
así, cuando por fin llegue tu hora,  
¿con qué reserva harás cuadrar tu saldo?  
    Sin uso, tu belleza es cosa muerta;  
    usada, se convierte en tu albacea.



## V

*Those hours that with gentle work did frame  
 The lovely gaze where every eye doth dwell  
 Will play the tyrants to the very same,  
 And that unfair which fairly doth excel;  
 For never-resting time leads summer on  
 To hideous winter, and confounds him there,  
 Sap checked with frost, and lusty leaves quite gone,  
 Beauty o'er-snowed, and bareness everywhere.  
 Then were not summer's distillation left  
 A liquid prisoner pent in walls of glass,  
 Beauty's effect with beauty were bereft,  
 Nor it nor no remembrance what it was.  
 But flowers distilled, though they with winter meet,  
 Lose but their show; their substance still lives sweet.*

## V

Las horas obsequiosas que tallaron  
 el rostro que cautiva las miradas  
 serán las mismas que, como tiranos,  
 desgracien lo que ahora irradia gracia.  
 El tiempo inexorable transfigura  
 el agraciado estío en fiero invierno:  
 la savia helada, las ramas desnudas,  
 lo bello bajo nieve, el campo yermo;  
 si la esencia estival no permanece  
 prisionera en su cárcel cristalina,  
 la belleza y su efecto, ambos dos mueren  
 a un tiempo, sin dejar memoria viva.  
 Las flores, aunque hibernen, destiladas  
 no lucen mas conservan la sustancia.

## VI

*Then let not winter's ragged hand deface  
In thee thy summer ere thou be distilled.  
Make sweet some vial, treasure thou some place  
With beauty's treasure ere it be self-killed.  
That use is not forbidden usury  
Which happies those that pay the willing loan:  
That's for thyself to breed another thee,  
Or ten times happier, be it ten for one;  
Ten times thyself were happier than thou art,  
If ten of thine ten times refigured thee.  
Then what could death do if thou shouldst depart,  
Leaving thee living in posterity?  
    Be not self-willed, for thou art much too fair  
    To be death's conquest and make worms thine heir.*

## VI

No dejes, pues, que el tosco invierno borre,  
si no te has destilado, tu verano:  
endulza una vasija; busca dónde  
incrementar tu erario y no enterrarlo.  
Ese uso no es usura mal mirada  
pues llena de alborozo a quienes paguen  
y a ti te beneficia de la crianza  
de uno igual a ti, o diez si cabe.  
Serás diez veces más feliz que ahora  
al verte reflejado en otros diez;  
la muerte no podrá con tu persona  
pues si ellos viven, vives tú también.  
    Mas no disfrutes solo tu legado  
    o heredarán tu encanto los gusanos.

## VII

*Lo, in the orient when the gracious light  
Lifts up his burning head, each under eye  
Doth homage to his new-appearing sight,  
Serving with looks his sacred majesty,  
And having climbed the steep-up heavenly hill,  
Resembling strong youth in his middle age,  
Yet mortal looks adore his beauty still,  
Attending on his golden pilgrimage.  
But when from highmost pitch, with weary car,  
Like feeble age he reeleth from the day,  
The eyes, 'fore duteous, now converted are  
From his low tract, and look another way.  
So thou, thyself outgoing in thy noon,  
Unlooked on diest unless thou get a son.*

## VII

¡Lo ves! Cuando la tierna luz renace  
y asoma por oriente su penacho,  
todos los ojos rinden homenaje  
a la sagrada majestad del astro.  
Y cuando, ya en su edad mediana, alcanza,  
robusto y joven aún, la etérea cima,  
no dejan de adorarlo las miradas  
que siguen su dorada travesía.  
Mas cuando se retira lentamente  
en su cansino carro, como un viejo,  
los ojos que lo honraban ya se vuelven  
y dejan de seguirlo en su trayecto.  
Tú que estás en el cenit del camino,  
sin hijos morirás inadvertido.

## VIII

*Music to hear, why hear'st thou music sadly?  
Sweets with sweets war not, joy delights in joy.  
Why lov'st thou that which thou receiv'st not gladly,  
Or else receiv'st with pleasure thine annoy?  
If the true concord of well-tunèd sounds  
By unions married do offend thine ear,  
They do but sweetly chide thee, who confounds  
In singleness the parts that thou shouldst bear.  
Mark how one string, sweet husband to another,  
Strikes each in each by mutual ordering,  
Resembling sire and child and happy mother,  
Who all in one one pleasing note do sing;  
Whose speechless song, being many, seeming one,  
Sings this to thee: 'Thou single wilt prove none.'*

## VIII

Si tú eres música, ¿te apena oírla?  
Si el dulce es dulce y es gozoso el gozo,  
¿por qué amas lo que tomas con inquina  
y tomas con placer lo ignominioso?  
Si no te es grato oír el maridaje  
de notas que armonizan y se suman  
es porque te regañan con voz suave:  
no es solo para ti esta partitura.  
Las cuerdas, como sabes, se disponen  
por melodiosos pares y al pulsarlas,  
al tiempo que nos cantan un acorde,  
parecen padre, hijo y madre amada.  
Y su canción, sin letra y con donaire,  
te canta: «Tú, solista, no eres nadie».

## IX

*Is it for fear to wet a widow's eye  
That thou consum'st thyself in single life?  
Ah, if thou issueless shalt hap to die,  
The world will wail thee like a makeless wife.  
The world will be thy widow, and still weep  
That thou no form of thee hast left behind,  
When every private widow well may keep  
By children's eyes her husband's shape in mind.  
Look what an unthrift in the world doth spend  
Shifts but his place, for still the world enjoys it;  
But beauty's waste hath in the world an end,  
And kept unused, the user so destroys it.  
No love toward others in that bosom sits  
That on himself such murd'rous shame commits.*

## IX

¿Acaso el miedo al llanto de una viuda  
te hará dilapidar tu vida a solas?  
Si mueres sin dejar progenitura  
el mundo llorará como una esposa  
preñada de viudez y no de vida,  
pues tú no dejas huellas al marcharte,  
en tanto que otras viudas, cuando miran  
los ojos de sus hijos, ven al padre.  
Lo que en el mundo gasta un manirroto  
va de una mano a otra, no se pierde.  
Lo bello, derrochado, dura poco;  
no usado, se destruye para siempre.  
No late amor al prójimo en el pecho  
de quien se impone un crimen tan abyecto.

X

*For shame deny that thou bear'st love to any,  
Who for thyself art so unprovident.  
Grant, if thou wilt, thou art beloved of many,  
But that thou none lov'st is most evident;  
For thou art so possessed with murd'rous hate  
That 'gainst thyself thou stick'st not to conspire,  
Seeking that beauteous roof to ruinate  
Which to repair should be thy chief desire.  
O, change thy thought, that I may change my mind!  
Shall hate be fairer lodged than gentle love?  
Be as thy presence is, gracious and kind,  
Or to thyself at least kind-hearted prove.  
    Make thee another self for love of me,  
    That beauty still may live in thine or thee.*

X

A nadie quieres: no quieras negarlo,  
pues ni siquiera cuidas de ti mismo.  
Sin duda te aman muchos, sin embargo,  
ninguno ha sido ni es correspondido.  
El odio criminal que llevas dentro  
te incita a conspirar contra tu casa  
y a hacerte derribar su noble techo  
cuando lo noble es ver que se repara.  
Depón tu empeño y yo, mi incertidumbre:  
¿prohíjas más al odio que al amor?  
Sé, como tu presencia, amable y dulce  
o tente, cuando menos, compasión.  
    Haz, por nosotros, otro igual; es justo  
    que la belleza viva en ti o lo tuyo.

XI

*As fast as thou shalt wane, so fast thou grow'st  
In one of thine from that which thou departest,  
And that fresh blood which youngly thou bestow'st  
Thou mayst call thine when thou from youth convertest.  
Herein lives wisdom, beauty, and increase;  
Without this, folly, age, and cold decay.  
If all were minded so, the times should cease,  
And threescore year would make the world away.  
Let those whom nature hath not made for store,  
Harsh, featureless, and rude, barrenly perish.  
Look whom she best endowed she gave the more,  
Which bounteous gift thou shouldst in bounty cherish.  
She carved thee for her seal, and meant thereby  
Thou shouldst print more, not let that copy die.*

XI

Al tiempo que tú menguas crecerás  
en uno de los tuyos, al que dejas;  
la savia que, de joven, sepas dar  
será tu propiedad cuando envejezcas.  
En ello hay sensatez, belleza, aumento;  
sin ello, necedad, vejez, estrago:  
pensando como tú, cesará el tiempo  
y el mundo durará sesenta años.  
Que aquellos que natura desatiende,  
los bastos, fieros, zafios, se supriman;  
en cambio, el más dotado más obtiene:  
compártelo con creces mientras vivas.  
Natura te talló como su emblema;  
imprime más, no dejes que se muera.

## XII

*When I do count the clock that tells the time,  
And see the brave day sunk in hideous night;  
When I behold the violet past prime,  
And sable curls ensilvered o'er with white;  
When lofty trees I see barren of leaves,  
Which erst from heat did canopy the herd,  
And summer's green all girded up in sheaves  
Borne on the bier with white and bristly beard:  
Then of thy beauty do I question make  
That thou among the wastes of time must go,  
Since sweets and beauties do themselves forsake,  
And die as fast as they see others grow,  
    And nothing 'gainst time's scythe can make defence  
    Save breed to brave him when he takes thee hence.*

## XII

Si veo en el reloj que el tiempo vuela  
y que se sume el día en noche turbia;  
si veo que se agostan las violetas  
y hay canas en guedejas que eran rubias;  
si en árboles copudos que ofrecían  
su sombra a los rebaños no hay follaje,  
y el trigo, en fardos, ya segado, eriza  
los carros con sus barbas otoñales;  
entonces pongo en duda tu hermosura,  
pues tú también serás pasto del tiempo.  
Los bellos y los gráciles renuncian  
y mueren mientras crecen otros nuevos.  
    El tiempo siega todo: cuando engendres  
    le habrás plantado cara aunque te lleve.



### XIII

*O that you were yourself! But, love, you are  
No longer yours than you yourself here live.  
Against this coming end you should prepare,  
And your sweet semblance to some other give.  
So should that beauty which you hold in lease  
Find no determination; then you were  
Yourself again after your self's decease,  
When your sweet issue your sweet form should bear.  
Who lets so fair a house fall to decay,  
Which husbandry in honour might uphold  
Against the stormy gusts of winter's day,  
And barren rage of death's eternal cold?  
O, none but unthrifts, dear my love, you know.  
You had a father; let your son say so.*

### XIII

¡Si fueras tú tu yo! Pero, ay, amor,  
tú solo serás tuyo mientras vivas;  
disponte a abandonar esta ilusión  
y lega en otro tus facciones finas.  
Así conseguirás que no termine  
esta belleza que detentas, puesto  
que cuando el dulce vástago te imite  
serás de nuevo tú, aunque hayas muerto.  
Tan digna residencia no merece  
que un mal tutor la deje abandonada  
a expensas del invierno y sus corrientes  
y el frío eterno de la muerte vacua.  
No despilfarres, pues, amor, y dale  
a tu hijo lo que tú tuviste: un padre.

#### XIV

*Not from the stars do I my judgement pluck,  
And yet methinks I have astronomy;  
But not to tell of good or evil luck,  
Of plagues, of dearths, or seasons' quality.  
Nor can I fortune to brief minutes tell,  
'Pointing to each his thunder, rain, and wind,  
Or say with princes if it shall go well  
By oft predict that I in heaven find;  
But from thine eyes my knowledge I derive,  
And, constant stars, in them I read such art  
As truth and beauty shall together thrive  
If from thyself to store thou wouldst convert.  
Or else of thee this I prognosticate:  
Thy end is truth's and beauty's doom and date.*

#### XIV

Si bien no soy versado en las estrellas,  
presumo de saber de astronomía.  
No para dar la suerte, mala o buena,  
ni predecir hambrunas o desdichas;  
no anuncio la fortuna con detalle,  
ni a cada cual, su viento, lluvia o trueno;  
tampoco sé augurar los avatares  
de un reino descifrando el firmamento.  
Tus ojos, dos estrellas pertinaces  
que son la mera fuente de mi ciencia,  
me dicen que, si siembras tu linaje,  
triunfan la verdad y la belleza.  
En cambio, si desistes, pronostico  
que tu final será su finiquito.

XV

*When I consider every thing that grows  
Holds in perfection but a little moment,  
That this huge stage presenteth naught but shows  
Whereon the stars in secret influence comment;  
When I perceive that men as plants increase,  
Cheerèd and checked even by the selfsame sky;  
Vaunt in their youthful sap, at height decrease,  
And wear their brave state out of memory:  
Then the conceit of this inconstant stay  
Sets you most rich in youth before my sight,  
Where wasteful time debateth with decay  
To change your day of youth to sullied night;  
    And all in war with time for love of you,  
    As he takes from you, I engraft you new.*

XV

Si pienso que la perfección le dura  
apenas un instante a lo que crece;  
que en este inmenso teatro perpetúan  
los astros sus arcanos intereses;  
si veo que los hombres y las plantas  
floreced al albur del mismo cielo,  
de jóvenes se jactan de su savia  
y menguan al llegar al apogeo;  
entonces, aunque la inconstante vida,  
al ver tu juventud, te muestre grande,  
me consta que conspiran tiempo y ruina  
por inclinar tu día hacia la tarde.

    En nombre de mi amor, combato el tiempo:  
    lo que te quita él, yo lo reinjerto.

XVI

*But wherefore do not you a mightier way  
Make war upon this bloody tyrant, time,  
And fortify yourself in your decay  
With means more blessèd than my barren rhyme?  
Now stand you on the top of happy hours,  
And many maiden gardens yet unset  
With virtuous wish would bear your living flowers,  
Much liker than your painted counterfeit.  
So should the lines of life that life repair  
Which this time's pencil or my pupil pen  
Neither in inward worth nor outward fair  
Can make you live yourself in eyes of men.  
    To give away yourself keeps your self still,  
    And you must live drawn by your own sweet skill.*

XVI

¿Por qué no te rebelas contra el paso  
fatídico y tiránico del tiempo  
y afrontas el futuro reforzado  
con algo menos yermo que mis versos?  
Ahora que tus horas son de dicha  
habrá más de una huerta virginal  
deseosa de albergar tus flores vivas,  
más fieles que el retrato más veraz.  
Así, con su labor, la vida rehace  
lo que ni el tiempo y su pincel ni el mío  
sabrán sacar de ti ni procurarte:  
que a ojos de los hombres sigas vivo.  
    Entrégate y dibuja con tus dotes  
    el modo en que tu vida se prolongue.

## XVII

*Who will believe my verse in time to come  
If it were filled with your most high deserts?—  
Though yet, heaven knows, it is but as a tomb  
Which hides your life, and shows not half your parts.  
If I could write the beauty of your eyes  
And in fresh numbers number all your graces,  
The age to come would say 'This poet lies;  
Such heavenly touches ne'er touched earthly faces.'  
So should my papers, yellowed with their age,  
Be scorned, like old men of less truth than tongue,  
And your true rights be termed a poet's rage  
And stretchèd metre of an antique song.  
But were some child of yours alive that time,  
You should live twice: in it, and in my rhyme.*

## XVII

¿Quién va a creer mañana en mis poemas  
si solo están colmados de tus gracias?  
Y aun así, como una tumba, enseñan  
apenas la mitad y el resto callan.  
Si yo pudiera describir tus ojos  
y enumerar de a una tus beldades  
dirían: «Miente el poeta; ningún rostro  
reúne tales dotes celestiales».  
Reirían del papel amarillento  
en el que hay más embustes que palabras  
producto del fervor de un poeta viejo  
que atesta sus estrofas desusadas.  
Teniendo un hijo vivo, vivirías  
dos veces: una en él y otra en mis rimas.

## XVIII

*Shall I compare thee to a summer's day?  
Thou art more lovely and more temperate.  
Rough winds do shake the darling buds of May,  
And summer's lease hath all too short a date.  
Sometime too hot the eye of heaven shines,  
And often is his gold complexion dimmed,  
And every fair from fair sometime declines,  
By chance or nature's changing course untrimmed;  
But thy eternal summer shall not fade  
Nor lose possession of that fair thou ow'st,  
Nor shall death brag thou wander'st in his shade  
When in eternal lines to time thou grow'st.  
So long as men can breathe or eyes can see,  
So long lives this, and this gives life to thee.*

## XVIII

¿Por qué igualarte a un día de verano  
si tú eres más hermoso y apacible?  
El viento azota los capullos mayos  
y el término estival no tarda en irse;  
si a veces arde el óculo solar,  
más veces su dorada faz se nubla  
y es norma que, por obra natural  
o del azar, lo bello al fin sucumba.  
Mas no se nublará tu estío eterno  
ni perderá la gracia que posee,  
ni te tendrá la muerte por trofeo  
si eternas son las líneas donde creces.  
Habiendo quien respire y pueda ver,  
todo esto sigue vivo y tú también.

XIX

*Devouring time, blunt thou the lion's paws,  
And make the earth devour her own sweet brood;  
Pluck the keen teeth from the fierce tiger's jaws,  
And burn the long-lived phoenix in her blood.  
Make glad and sorry seasons as thou fleet'st,  
And do whate'er thou wilt, swift-footed time,  
To the wide world and all her fading sweets.  
But I forbid thee one most heinous crime:  
O, carve not with thy hours my love's fair brow,  
Nor draw no lines there with thine antique pen.  
Him in thy course untainted do allow  
For beauty's pattern to succeeding men.  
Yet do thy worst, old time; despite thy wrong  
My love shall in my verse ever live young.*

XIX

Oh tiempo, róele al león las zarpas  
y hazle a la tierra devorar su prole,  
que al tigre se le pudra la quijada  
y el fénix arda envuelto en sus humores.  
Altera las cosechas a tu antojo  
y apura, tiempo raudo, como ansíes  
la miel del ancho mundo y sus despojos,  
mas no cometas el infame crimen  
de hollar la frente que amo con tus horas  
o rubricarla con tu antigua pluma.  
Libera de tu estigma a su persona,  
pues ha de ser dechado de hermosura.  
Aunque hagas lo que quieras, viejo tiempo,  
mi amor vivirá joven en mis versos.

XX

*A woman's face with nature's own hand painted  
Hast thou, the master-mistress of my passion;  
A woman's gentle heart, but not acquainted  
With shifting change as is false women's fashion;  
An eye more bright than theirs, less false in rolling,  
Gilding the object whereupon it gazeth;  
A man in hue, all hues in his controlling,  
Which steals men's eyes and women's souls amazeth.  
And for a woman wert thou first created,  
Till nature as she wrought thee fell a-doting,  
And by addition me of thee defeated  
By adding one thing to my purpose nothing.  
But since she pricked thee out for women's pleasure,  
Mine be thy love and thy love's use their treasure.*

XX

Un rostro de mujer, pintado a mano,  
te dio natura, mi señor, mi dueña;  
y es de mujer tu corazón tan manso,  
sin falsas veleidades mujeriegas:  
tus ojos brillan más y son más fieles,  
y tiñen de dorado lo que miran;  
hombre afinado, a ti te admiran huestes  
de ojos viriles y almas femeninas.  
Natura, que te había concebido  
mujer, quedó prendada de tal forma  
que me dejó, en la suma, sustraído  
al aumentar tu nada en una cosa.  
Pues bien, si te dotó para su goce,  
tu amor es mío y de ellas, tu derroche.



XXI

*So is it not with me as with that muse  
Stirred by a painted beauty to his verse,  
Who heaven itself for ornament doth use,  
And every fair with his fair doth rehearse,  
Making a couplement of proud compare  
With sun and moon, with earth, and sea's rich gems,  
With April's first-born flowers, and all things rare  
That heaven's air in this huge rondure hems.  
O let me, true in love, but truly write,  
And then believe me my love is as fair  
As any mother's child, though not so bright  
As those gold candles fixed in heaven's air.  
Let them say more that like of hearsay well;  
I will not praise that purpose not to sell.*

XXI

No haré como esa musa que, en sus versos,  
le canta a una belleza aderezada,  
se atreve a usar el cielo de ornamento  
y, a fuerza de encontrar en cada gracia  
un símil de lo bello, lo empareja  
al sol, la luna, a gemas de los mares,  
a toda flor de abril y a mil rarezas  
que habitan las esferas celestiales.  
Dejadme ser veraz, ame o escriba,  
y creedme que mi amor no es más hermoso  
que el hijo de cualquier mujer ni brilla  
cual en el éter los candiles de oro.  
Si han de hacer alharaca, por mí, bien;  
yo no lo haré, pues nada he de vender.

XXII

*My glass shall not persuade me I am old  
So long as youth and thou are of one date;  
But when in thee time's furrows I behold,  
Then look I death my days should expiate.  
For all that beauty that doth cover thee  
Is but the seemly raiment of my heart,  
Which in thy breast doth live, as thine in me;  
How can I then be elder than thou art?  
O therefore, love, be of thyself so wary  
As I, not for myself, but for thee will,  
Bearing thy heart, which I will keep so chary  
As tender nurse her babe from faring ill.  
Presume not on thy heart when mine is slain:  
Thou gav'st me thine not to give back again.*

XXII

No logrará mi espejo avejentarme  
si tú y la juventud vais de la mano;  
mas cuando el tiempo a ti también te marque  
sabré que el tiempo a mí ya me ha alcanzado.  
Pues toda esa belleza que te viste  
es el ropaje de mi corazón:  
si él vive en ti como en mi pecho vives,  
¿por qué iba a ser más viejo yo que vos?  
Es esta la razón por la que ruego  
que cuides de ti, amor, como yo cuido  
tu dulce corazón que yo, en mi pecho,  
atiendo de los males como a un niño.  
Me diste el corazón: si lo reclamas  
acabas con el mío y aún te ufanas.

### XXIII

*As an unperfect actor on the stage  
Who with his fear is put besides his part,  
Or some fierce thing replete with too much rage  
Whose strength's abundance weakens his own heart,  
So I, for fear of trust, forget to say  
The perfect ceremony of love's rite,  
And in mine own love's strength seem to decay,  
O'er-charged with burden of mine own love's might.  
O let my books be then the eloquence  
And dumb presagers of my speaking breast,  
Who plead for love, and look for recompense  
More than that tongue that more hath more expressed.  
O learn to read what silent love hath writ;  
To hear with eyes belongs to love's fine wit.*

### XXIII

Así como al actor con pocas tablas  
el miedo le confunde los papeles,  
o al ser feroz el cúmulo de rabia  
le mina el corazón aun siendo fuerte,  
por miedo de confiarme se me olvidan  
los ritos amorosos del cortejo  
y el peso de mi amor es tal que mina  
la fuerza que mi amor retiene dentro.  
Prefiero la elocuencia de mis ojos,  
voceros mudos de mi pecho hablante,  
que piden por amor y exigen poco,  
que la de aquella lengua que habla en balde.  
Lee bien lo que el amor silente escribe,  
pues la mirada que oye de amor vive.

## XXIV

*Mine eye hath played the painter, and hath steeled  
Thy beauty's form in table of my heart.  
My body is the frame wherein 'tis held,  
And perspective it is best painter's art;  
For through the painter must you see his skill  
To find where your true image pictured lies,  
Which in my bosom's shop is hanging still,  
That hath his windows glazed with thine eyes.  
Now see what good turns eyes for eyes have done:  
Mine eyes have drawn thy shape, and thine for me  
Are windows to my breast, wherethrough the sun  
Delights to peep, to gaze therein on thee.  
Yet eyes this cunning want to grace their art:  
They draw but what they see, know not the heart.*

## XXIV

Jugando, mi ojo, a ser pintor, pintó  
sobre mi corazón tu hermosa imagen;  
mi cuerpo puso el marco y el pintor,  
al darle perspectiva, puso el arte.  
Si miras a través de su talento,  
verás tu copia fiel representada  
por siempre en el altillo de mi pecho,  
que ha hecho de tus ojos sus ventanas.  
Los ojos se regalan mutuamente:  
los míos te esbozaron y los tuyos,  
ventanas de mi pecho, dejan que entre  
el sol a deleitarse en tu dibujo.  
Mas a pesar de su arte, mi ojo es torpe:  
dibuja lo que ve, no lo que escondes.

XXV

*Let those who are in favour with their stars  
Of public honour and proud titles boast,  
Whilst I, whom fortune of such triumph bars,  
Unlooked-for joy in that I honour most.  
Great princes' favourites their fair leaves spread  
But as the marigold at the sun's eye,  
And in themselves their pride lies buried,  
For at a frown they in their glory die.  
The painful warrior famousèd for might,  
After a thousand victories, once foiled  
Is from the book of honour razèd quite,  
And all the rest forgot for which he toiled.  
Then happy I, that love and am beloved  
Where I may not remove nor be removed.*

XXV

Que los favorecidos por los astros  
se jacten de sus títulos y honores,  
en tanto yo, privado de esos fastos,  
disfruto por ventura de otros dones.  
Caléndulas que al ojo del sol se abren,  
los favoritos de los poderosos  
se tragan el orgullo cuando caen  
pues su favor depende de un antojo.  
Si el célebre campeón de mil batallas  
sufriera una vez sola una derrota,  
lo harían borrar del libro de la fama  
y olvidarían su gesta sin demora.  
Me alegro, pues, de amar y ser amado  
sin miedo de ser víctima o tirano.

XXVI

*Lord of my love, to whom in vassalage  
Thy merit hath my duty strongly knit,  
To thee I send this written embassy  
To witness duty, not to show my wit;  
Duty so great which wit so poor as mine  
May make seem bare in wanting words to show it,  
But that I hope some good conceit of thine  
In thy soul's thought, all naked, will bestow it,  
Till whatsoever star that guides my moving  
Points on me graciously with fair aspect,  
And puts apparel on my tattered loving  
To show me worthy of thy sweet respect.  
Then may I dare to boast how I do love thee;  
Till then, not show my head where thou mayst prove me.*

XXVI

Señor de mi pasión, a cuyo encanto  
se debe que te deba vasallaje,  
recibe este recado que te mando  
en muestra del deber, no por jactarme;  
deber tan grande que mi pobre ingenio,  
queriendo engalanarlo, lo desviste,  
si bien confío en que podrás, con tiento,  
cubrir sus desnudeces con tu psique.  
Pues hasta que la estrella que me guía  
señale que mi aspecto es favorable  
y arroje mi pasión desguarecida,  
no lograré que quieras respetarme.  
Entonces vocearé cuánto te quiero;  
en tanto, agacho el lomo y me reservo.

XXVII

*Weary with toil I haste me to my bed,  
The dear repose for limbs with travel tired;  
But then begins a journey in my head  
To work my mind when body's work's expired;  
For then my thoughts, from far, where I abide,  
Intend a zealous pilgrimage to thee,  
And keep my drooping eyelids open wide,  
Looking on darkness which the blind do see:  
Save that my soul's imaginary sight  
Presents thy shadow to my sightless view,  
Which like a jewel hung in ghastly night  
Makes black night beauteous and her old face new.  
Lo, thus by day my limbs, by night my mind,  
For thee, and for myself, no quiet find.*

XXVII

Cansado del trajín del viaje, busco  
alivio de mis huesos en la cama;  
mas cuando el cuerpo ha dado ya lo suyo,  
se inicia en mi cabeza otra jornada.  
Vagando en pos de ti, cual peregrinos  
celosos de su andar, mis pensamientos  
obligan a mis párpados caídos  
a hurgar la oscuridad, como los ciegos.  
Mas mi alma, cuya vista conjetura  
tu sombra, se la muestra a mi ceguera:  
es una alhaja que a la noche espuria  
y vieja la convierte en bella y nueva.  
Así, por ti, mi cuerpo por el día,  
mi mente por las noches, no se alivian.

XXVIII

*How can I then return in happy plight,  
That am debarred the benefit of rest,  
When day's oppression is not eased by night,  
But day by night and night by day oppressed,  
And each, though enemies to either's reign,  
Do in consent shake hands to torture me,  
The one by toil, the other to complain  
How far I toil, still farther off from thee?  
I tell the day to please him thou art bright,  
And do'st him grace when clouds do blot the heaven;  
So flatter I the swart-complexioned night  
When sparkling stars twire not thou gild'st the even.  
But day doth daily draw my sorrows longer,  
And night doth nightly make grief's strength seem stronger.*

XXVIII

Oh, ¿cómo regresar de buen talante  
si el mínimo descanso se me niega?  
De noche no consigo sosegarme  
tras la opresión del día, y viceversa.  
Es como si los dos, siendo enemigos,  
hubieran acordado mi tormento:  
el uno, yendo lejos sin respiro;  
la otra, protestando que estés lejos.  
Si quiero complacer al día, digo  
que brillas y, si hay nubes, lo engalanas;  
y digo que engalanas con tu brillo  
la noche umbrosa, para así adularla.  
Si cada día aumenta mi quebranto,  
de noche su largor es más amargo.



XXIX

*When, in disgrace with fortune and men's eyes,  
I all alone beweepe my outcast state,  
And trouble deaf heaven with my bootless cries,  
And look upon myself and curse my fate,  
Wishing me like to one more rich in hope,  
Featured like him, like him with friends possessed,  
Desiring this man's art and that man's scope,  
With what I most enjoy contented least:  
Yet in these thoughts myself almost despising,  
Haply I think on thee, and then my state,  
Like to the lark at break of day arising  
From sullen earth, sings hymns at heaven's gate;  
For thy sweet love remembered such wealth brings  
That then I scorn to change my state with kings'.*

XXIX

Cuando la suerte es perra y me señalan  
y lloro en soledad como un proscrito,  
el cielo ignora mis plegarias vanas  
y al verme así maldigo mi destino,  
quisiera parecerme a alguien más fausto,  
dotado de apostura y amistades,  
o a otros, con su ingenio y sus encantos:  
¡ni mi mayor solaz ya me complace!  
Al borde ya de despreciar mi vida,  
por suerte pienso en ti y mi pensamiento,  
al lado de la alondra al dar el día,  
se pone a cantar himnos a los cielos.  
Pues recordar tu amor es tal fortuna  
que no le envidio a ningún rey su hartura.

XXX

*When to the sessions of sweet silent thought  
I summon up remembrance of things past,  
I sigh the lack of many a thing I sought,  
And with old woes new wail my dear time's waste.  
Then can I drown an eye unused to flow  
For precious friends hid in death's dateless night,  
And weep afresh love's long-since-cancelled woe,  
And moan th'expense of many a vanished sight.  
Then can I grieve at grievances foregone,  
And heavily from woe to woe tell o'er  
The sad account of fore-bemoanèd moan,  
Which I new pay as if not paid before.  
    But if the while I think on thee, dear friend,  
    All losses are restored, and sorrows end.*

XXX

Si a la sesión de dulces pensamientos  
acuden memorias del pasado,  
suspiro por los sueños que se fueron  
e insisto en presentar viejos agravios.  
Mis ojos secos lloran, afligidos  
por los amigos que me hurtó la parca  
y peno por amores que han prescrito  
y por lo que gasté en quimeras vanas.  
Y puedo lamentar las aflicciones  
zanjadas, y sumar cada congoja  
al triste saldo de los sinsabores  
que, aunque pagué, vuelvo a pagar ahora.  
    Mas si entretanto pienso en ti, mi amigo,  
    recobro mi entereza y lo perdido.

XXXI

*Thy bosom is endearèd with all hearts  
Which I by lacking have supposed dead,  
And there reigns love, and all love's loving parts,  
And all those friends which I thought buried.  
How many a holy and obsequious tear  
Hath dear religious love stol'n from mine eye  
As interest of the dead, which now appear  
But things removed that hidden in there lie!  
Thou art the grave where buried love doth live,  
Hung with the trophies of my lovers gone,  
Who all their parts of me to thee did give:  
That due of many, now is thine alone.  
    Their images I loved I view in thee,  
    And thou, all they, hast all the all of me.*

XXXI

Tu pecho acoge aquellos corazones  
que, al darlos por perdidos, di por muertos,  
y en él reina el amor, sus partes nobles,  
y todo amigo que enterré en el tiempo.  
Más de una lágrima gentil y casta  
robó a mis ojos el amor sincero  
a cuenta de interés por los que faltan,  
¡que están, pero escondidos en tu pecho!  
En ti vive el amor sepulto, junto  
a antiguos galardones de mis lances,  
y lo que fue de muchos ahora es tuyo  
pues te han hecho legado de sus partes.  
    Hoy veo en ti sus adorados rostros:  
    todos son tú y de mí lo tienes todo.

XXXII

*If thou survive my well-contented day  
When that churl death my bones with dust shall cover,  
And shalt by fortune once more resurvey  
These poor rude lines of thy deceased lover,  
Compare them with the bett'ring of the time,  
And though they be outstripped by every pen  
Reserve them for my love, not for their rhyme  
Exceeded by the height of happier men.  
O then vouchsafe me but this loving thought:  
'Had my friend's muse grown with this growing age,  
A dearer birth than this his love had brought  
To march in ranks of better equipage;  
But since he died, and poets better prove,  
Theirs for their style I'll read, his for his love.'*

XXXII

Si tras ese buen día en que la muerte  
cerril me torne en polvo, releyeras  
los pobres versos torpes, casualmente,  
de quien te amó y descansa bajo tierra,  
compáralos con lo que ahora se estila  
y, aunque todas las plumas sean mejores,  
retenlos por mi amor, no por su rima,  
menguada ante la talla de otros hombres.  
Me basta con que pienses con cariño:  
«Con una musa propia de este tiempo,  
su amor, seguramente, habría parido,  
por no quedar atrás, mejores versos;  
mas como ha muerto, ¿qué valoro yo?  
En otros, el estilo; en él, su amor».

XXXIII

*Full many a glorious morning have I seen  
Flatter the mountain tops with sovereign eye,  
Kissing with golden face the meadows green,  
Gilding pale streams with heavenly alchemy;  
Anon permit the basest clouds to ride  
With ugly rack on his celestial face,  
And from the forlorn world his visage hide,  
Stealing unseen to west with this disgrace.  
Even so my sun one early morn did shine  
With all triumphant splendour on my brow;  
But out, alack, he was but one hour mine;  
The region cloud hath masked him from me now.  
    Yet him for this my love no whit disdaineth:  
    Suns of the world may stain when heaven's sun staineth.*

XXXIII

He visto más de un alba majestuosa  
engalanar con su fulgor las cimas,  
besar con áurea faz prados y copas,  
dorar arroyos con su etérea alquimia  
y al cabo permitir que los más torvos  
y oscuros nubarrones la atormenten,  
privando al triste mundo de su rostro,  
que marcha, desterrado, hacia el oeste.  
Así brilló mi sol una mañana  
e iluminó mi frente su esplendor,  
mas no fue mío más que una hora magra  
y desde entonces todo se nubló.  
    No obstante, no por eso lo desdeño:  
    no hay sol que no mancille; ni el del cielo.

XXXIV

*Why didst thou promise such a beauteous day  
And make me travel forth without my cloak,  
To let base clouds o'ertake me in my way,  
Hiding thy brav'ry in their rotten smoke?  
'Tis not enough that through the cloud thou break  
To dry the rain on my storm-beaten face,  
For no man well of such a salve can speak  
That heals the wound and cures not the disgrace.  
Nor can thy shame give physic to my grief;  
Though thou repent, yet I have still the loss.  
Th'offender's sorrow lends but weak relief  
To him that bears the strong offence's cross.  
    Ah, but those tears are pearl which thy love sheds,  
    And they are rich, and ransom all ill deeds.*

XXXIV

¿Por qué me prometiste un bello día,  
haciendo que avanzara sin capote,  
si luego torvas nubes se avecinan  
y envuelven tu bravura en sus vapores?  
No basta con que irrumpas entre nubes  
para enjugar la lluvia de mi cara,  
pues nadie quiere un bálsamo que cure  
la herida y no repare la desgracia;  
ni es buena medicina tu vergüenza  
ni dejo de perder si te arrepientes,  
pues el pesar de quien causó la ofensa  
no carga con la cruz del que se ofende.  
    Mas, ay, amor, las perlas de tu llanto  
    sí pueden subsanar tus malos actos.

XXXV

*No more be grieved at that which thou hast done:  
Roses have thorns, and silver fountains mud.  
Clouds and eclipses stain both moon and sun,  
And loathsome canker lives in sweetest bud.  
All men make faults, and even I in this,  
Authorizing thy trespass with compare,  
Myself corrupting salving thy amiss,  
Excusing thy sins more than thy sins are;  
For to thy sensual fault I bring in sense—  
Thy adverse party is thy advocate—  
And 'gainst myself a lawful plea commence.  
Such civil war is in my love and hate  
That I an accessory needs must be  
To that sweet thief which sourly robs from me.*

XXXV

No te lamentes más por tus acciones:  
la rosa tiene espinas; lodo, el lago;  
eclipses, las estrellas y los soles;  
y el brote más meloso tiene un chancro.  
Los hombres tienen faltas y yo mismo,  
al comparar la tuya, la consiento,  
y hacerlo me corrompe pues estimo  
más leve tu pecado que el ajeno.  
A un tiempo tu abogado y contrincante,  
intento razonar tu dulce falta  
e inicio una demanda de tu parte:  
la lucha entre mi amor y mi odio es tanta  
que tengo que erigirme en auxiliar  
del reo que me arroba sin piedad.

XXXVI

*Let me confess that we two must be twain  
Although our undivided loves are one;  
So shall those blots that do with me remain  
Without thy help by me be borne alone.  
In our two loves there is but one respect,  
Though in our lives a separable spite  
Which, though it alter not love's sole effect,  
Yet doth it steal sweet hours from love's delight.  
I may not evermore acknowledge thee  
Lest my bewailèd guilt should do thee shame,  
Nor thou with public kindness honour me  
Unless thou take that honour from thy name.  
But do not so. I love thee in such sort  
As, thou being mine, mine is thy good report.*

XXXVI

Por más que nuestros dos amores se unan,  
nosotros somos dos, he de aceptarlo,  
y es justo que las manchas que perduran  
recaigan solo en mí, sin ti a mi lado.  
Tenemos dos amores y un respeto,  
y aunque la hoja afilada de la insidia  
no logre que ese amor pierda su efecto,  
le roba dulces horas de delicia.  
No temas, ya no te saludaré  
si mi llorada culpa te abochorna,  
ni tú podrás honrarme y ser cortés  
sin exponer tu nombre a la deshonra.  
No lo hagas, pues mi amor es tan enorme  
que, si eres mío, mío es tu renombre.



XXXVII

*As a decrepit father takes delight  
To see his active child do deeds of youth,  
So I, made lame by fortune's dearest spite,  
Take all my comfort of thy worth and truth;  
For whether beauty, birth, or wealth, or wit,  
Or any of these all, or all, or more,  
Entitled in thy parts do crownèd sit,  
I make my love engrafted to this store.  
So then I am not lame, poor, nor despised,  
Whilst that this shadow doth such substance give  
That I in thy abundance am sufficed  
And by a part of all thy glory live.  
Look what is best, that best I wish in thee;  
This wish I have, then ten times happy me.*

XXXVII

Igual que la vital desenvoltura  
del hijo es el placer del padre anciano,  
a mí, que me ha lisiado la fortuna,  
me bastan tu verdad y tus encantos.  
Pues tanto si son cuna, genio, hacienda,  
belleza o todas juntas u otras varias  
las armas que blasonan tu nobleza,  
yo engarzaré mi amor a tu abundancia.  
En tanto la sustancia de tu sombra  
me nutra, no soy pobre ni tullido  
ni digno de desprecio, pues me colma  
lo poco de tu gloria que hago mío.  
Que tomes lo mejor yo te deseo  
y me tendrás diez veces más contento.

### XXXVIII

*How can my muse want subject to invent  
While thou dost breathe, that pour'st into my verse  
Thine own sweet argument, too excellent  
For every vulgar paper to rehearse?  
O, give thyself the thanks if aught in me  
Worthy perusal stand against thy sight;  
For who's so dumb that cannot write to thee,  
When thou thyself dost give invention light?  
Be thou the tenth muse, ten times more in worth  
Than those old nine which rhymers invoke,  
And he that calls on thee, let him bring forth  
Eternal numbers to outlive long date.  
If my slight muse do please these curious days,  
The pain be mine, but thine shall be the praise.*

### XXXVIII

¿Cómo iba a hacerle falta, mientras vivas,  
buscar motivos nuevos a mi musa,  
cuando es tan dulce el arte que tú inspiras  
que no hay papel vulgar que lo traduzca?  
Si hay algo de lo que hago que, a tus ojos,  
sea digno de valor, date las gracias;  
pues solo un necio no hallaría el modo  
de darle forma al resplandor que irradias.  
Si en nueve musas creen los rimadores,  
sé tú la que hace diez; y sé diez veces  
más eficaz: que todo el que te invoque  
pueda alumbrar estrofas indelebles.  
Y si mi musa agrada en estos tiempos,  
el parto es mío pero tuyo el premio.

XXXIX

*O, how thy worth with manners may I sing  
When thou art all the better part of me?  
What can mine own praise to mine own self bring,  
And what is't but mine own when I praise thee?  
Even for this let us divided live,  
And our dear love lose name of single one,  
That by this separation I may give  
That due to thee which thou deserv'st alone.  
O absence, what a torment wouldst thou prove  
Were it not thy sour leisure gave sweet leave  
To entertain the time with thoughts of love,  
Which time and thoughts so sweetly dost deceive,  
And that thou teachest how to make one twain  
By praising him here who doth hence remain!*

XXXIX

¿Qué modo es el mejor para cantarte  
si tú eres, de mis partes, la mejor?  
¿De qué puede servir que yo me alabe,  
ya que al cantarte a ti me alabo yo?  
Por eso, amor, vivamos divididos,  
sin dar a nuestro amor el mismo nombre;  
pues solo al separarte de lo mío  
podré alabarte como corresponde.  
¡Ausencia! Qué tormento tan amargo  
serías sin el dulce pasatiempo  
de amar pensando pues amando es cuando  
se encantan juntos tiempo y pensamiento.  
De ti aprendí a alabar al que no está;  
así, de donde hay uno, sale un par.

XL

*Take all my loves, my love, yea, take them all:  
What hast thou then more than thou hadst before?  
No love, my love, that thou mayst true love call—  
All mine was thine before thou hadst this more.  
Then if for my love thou my love receivest,  
I cannot blame thee for my love thou usest;  
But yet be blamed if thou this self deceivest  
By wilful taste of what thyself refuseth.  
I do forgive thy robb'ry, gentle thief,  
Although thou steal thee all my poverty;  
And yet love knows it is a greater grief  
To bear love's wrong than hate's known injury.  
Lascivious grace, in whom all ill well shows,  
Kill me with spites, yet we must not be foes.*

XL

¿Me quitas mis amores? ¡Todos tuyos!  
¿Qué te han de dar, amor, que ya no tengas?  
No te darán amor sincero y puro;  
en cambio yo te di cuanto quisieras.  
Si por mi amor recibes a quien me ama,  
el uso que le des no es reprochable;  
mas he de reprocharte si te engañas  
buscando el gozo en lo que rechazaste.  
Robar lo suyo a un pobre es felonía  
y aun así, bandido, te perdono,  
sin olvidar que es más letal la herida  
de amor que la lesión frontal del odio.  
Lasciva gracia, muestra bien tu mal  
y aunque me mates salva la amistad.

XLI

*Those pretty wrongs that liberty commits  
When I am sometime absent from thy' heart  
Thy beauty and thy years full well befits,  
For still temptation follows where thou art.  
Gentle thou art, and therefore to be won;  
Beauteous thou art, therefore to be assailèd;  
And when a woman woos, what woman's son  
Will sourly leave her till he have prevailed?  
Ay me, but yet thou mightst my seat forbear,  
And chide thy beauty and thy straying youth  
Who lead thee in their riot even there  
Where thou art forced to break a two-fold truth:  
    Hers, by thy beauty tempting her to thee,  
    Thine, by thy beauty being false to me.*

XLI

Tu juventud y tu belleza explican  
que al ausentarme de tu corazón  
la libertad te induzca a la malicia  
pues donde vayas, va la tentación.  
Y es que tu gracia te hace apetecible  
y tu apostura invita a conquistarte;  
¿y qué hijo de mujer se le resiste  
a un guiño de mujer sin dar combate?  
No vuelvas, ay de mí, a usar mi asiento  
y aplaca esa belleza descarriada  
que te hunde en el escándalo, sabiendo  
que acabarás rompiendo dos palabras:  
    la de ella, que sucumbe a tu belleza;  
    y la de tu belleza traicionera.

XLII

*That thou hast her, it is not all my grief,  
And yet it may be said I loved her dearly;  
That she hath thee is of my wailing chief,  
A loss in love that touches me more nearly.  
Loving offenders, thus I will excuse ye:  
Thou dost love her because thou know'st I love her,  
And for my sake even so doth she abuse me,  
Suff'ring my friend for my sake to approve her.  
If I lose thee, my loss is my love's gain,  
And losing her, my friend hath found that loss:  
Both find each other, and I lose both twain,  
And both for my sake lay on me this cross.  
But here's the joy: my friend and I are one.  
Sweet flatt'ry! Then she loves but me alone.*

XLII

No duele tanto que la hicieras tuya,  
si bien es cierto que la quise mucho;  
la pérdida es más íntima y aguda  
sabiendo que además tú fuiste suyo.  
Así os excusaré, falsos amantes:  
la amaste solo porque yo la amaba  
y ella porque me amaba dio su parte,  
buscando que, al tenerte, la aprobara.  
Si yo te pierdo a ti, te gana ella,  
y si la pierdo a ella, ganas tú;  
y cuando os encontréis, seré el que pierda  
y cargue, por mi bien, con vuestra cruz.  
Mas yo y mi amigo somos uno; así,  
aunque ella lo ame, me está amando a mí.

### XLIII

*When most I wink, then do mine eyes best see,  
For all the day they view things unrespected;  
But when I sleep, in dreams they look on thee,  
And, darkly bright, are bright in dark directed.  
Then thou, whose shadow shadows doth make bright,  
How would thy shadow's form form happy show  
To the clear day with thy much clearer light,  
When to unseeing eyes thy shade shines so!  
How would, I say, mine eyes be blessèd made  
By looking on thee in the living day,  
When in dead night thy fair imperfect shade  
Through heavy sleep on sightless eyes doth stay!  
All days are nights to see till I see thee,  
And nights bright days when dreams do show thee me.*

### XLIII

Mis ojos ven mejor si están cerrados,  
así no se distraen con simplezas;  
mas al dormir, te ven en sueños claros  
y brillan en lo oscuro como estelas.  
Y tú, sombra que alumbras a otras sombras,  
si a ojos que no ven reluces tanto,  
¿podrá lucir aún más tu dulce forma  
en plena claridad y a pleno campo?  
Pues si en la noche inerte tus borrosos  
contornos engalanan mi pupila,  
¿podrán embelesarse más mis ojos  
al verte a la luz viva de los días?  
El día es noche cuando no te veo  
y días son las noches que te sueño.

XLIV

*If the dull substance of my flesh were thought,  
Injurious distance should not stop my way;  
For then, despite of space, I would be brought  
From limits far remote where thou dost stay.  
No matter then although my foot did stand  
Upon the farthest earth removed from thee;  
For nimble thought can jump both sea and land  
As soon as think the place where he would be.  
But ah, thought kills me that I am not thought,  
To leap large lengths of miles when thou art gone,  
But that, so much of earth and water wrought,  
I must attend time's leisure with my moan,  
    Receiving naught by elements so slow  
    But heavy tears, badges of either's woe.*

XLIV

Si en vez de carne yo estuviera hecho  
de grácil pensamiento, volaría  
allí donde estuvieras al momento  
sin que la lejanía me lo impida.  
No importaría nada que plantara  
mi pie en lo más remoto de la Tierra  
pues salta el pensamiento tierra y agua  
con solo imaginar cuál es su meta.  
Es cruel no ser, ay, solo pensamiento  
y devorar las leguas hasta hallarte,  
mas de agua y tierra soy también, y debo  
ir con mi ruego al tiempo y resignarme.  
    Tan lentos elementos solo ofrendan  
    las lágrimas que sellan nuestra ausencia.



XLV

*The other two, slight air and purging fire,  
Are both with thee wherever I abide;  
The first my thought, the other my desire,  
These present-absent with swift motion slide;  
For when these quicker elements are gone  
In tender embassy of love to thee,  
My life, being made of four, with two alone  
Sinks down to death, oppressed with melancholy,  
Until life's composition be recured  
By those swift messengers returned from thee,  
Who even but now come back again assured  
Of thy fair health, recounting it to me.  
    This told, I joy; but then no longer glad,  
    I send them back again and straight grow sad.*

XLV

Los otros dos están —aire ligero  
y fuego purgador— siempre contigo,  
pues son mi pensamiento y mi deseo,  
que vienen y se van como han venido.  
Cuando estos dos, más ágiles, se van,  
en cálida embajada, tras de ti,  
mi vida, reducida a un solo par,  
se hunde, desolada, en el nadir;  
mas vuelve a componerse y sumar cuatro  
ni bien los dos intrépidos regresan,  
con óptimas noticias, de tu lado:  
rebasas de salud, según me cuentan;  
    lo cual me alegra un rato pero luego  
    vuelvo a mandártelos y me entristezco.

XLVI

*Mine eye and heart are at a mortal war  
How to divide the conquest of thy sight.  
Mine eye my heart thy picture's sight would bar,  
My heart, mine eye the freedom of that right.  
My heart doth plead that thou in him dost lie,  
A closet never pierced with crystal eyes;  
But the defendant doth that plea deny,  
And says in him thy fair appearance lies.  
To 'cide this title is empanellèd  
A quest of thoughts, all tenants to the heart,  
And by their verdict is determinèd  
The clear eye's moiety and the dear heart's part,  
As thus: mine eye's due is thy outward part,  
And my heart's right thy inward love of heart.*

XLVI

Mi corazón y mi ojo están en guerra  
por ver cómo reparten tu apariencia;  
mi ojo a mi corazón no le tolera  
que vea lo que este a aquel le niega.  
Mi corazón alega que en él vives  
(una vitrina a prueba de miradas),  
pero su litigante no lo admite  
y afirma ser el dueño de tu estampa.  
Para dilucidarlo se ha reunido  
un tribunal de nobles pensamientos  
que determinan con su veredicto  
la parte de uno y otro por consenso:  
y si compete a mi ojo tu exterior,  
tu amor es fuero de mi corazón.

XLVII

*Betwixt mine eye and heart a league is took,  
And each doth good turns now unto the other.  
When that mine eye is famished for a look,  
Or heart in love with sighs himself doth smother,  
With my love's picture then my eye doth feast,  
And to the painted banquet bids my heart.  
Another time mine eye is my heart's guest  
And in his thoughts of love doth share a part.  
So either by thy picture or my love,  
Thyself away art present still with me;  
For thou not farther than my thoughts canst move,  
And I am still with them, and they with thee;  
Or if they sleep, thy picture in my sight  
Awakes my heart to heart's and eye's delight.*

XLVII

Mi corazón y mi ojo están en paz  
y ambos a dos se cubren de favores:  
si el ojo tiene antojo de mirar  
o el corazón suspira por tus dones,  
con tu retrato mi ojo se regala  
e invita al corazón a ese banquete;  
o bien el invitado es mi ojo y cata  
las ansias que mi corazón le ofrece.  
Y así, ya por tu estampa o por mi afecto,  
aun cuando estás ausente estás conmigo,  
pues vas adonde van mis pensamientos  
y ellos y yo seguimos tu camino.  
Luego, al dormir, tu huella en mi mirada  
despierta al corazón, y al ojo agrada.

XLVIII

*How careful was I when I took my way  
Each trifle under truest bars to thrust,  
That to my use it might unused stay  
From hands of falsehood, in sure wards of trust.  
But thou, to whom my jewels trifles are,  
Most worthy comfort, now my greatest grief,  
Thou best of dearest and mine only care  
Art left the prey of every vulgar thief.  
Thee have I not locked up in any chest  
Save where thou art not, though I feel thou art—  
Within the gentle closure of my breast,  
From whence at pleasure thou mayst come and part;  
And even thence thou wilt be stol'n, I fear,  
For truth proves thievish for a prize so dear.*

XLVIII

Con cuánto esmero puse a buen recaudo  
las cosas más triviales al marcharme,  
dejándolas a salvo de falsarios,  
intactas para cuando regresase.  
Mas tú, que vuelves nimias mis alhajas,  
que fuiste paz y hoy eres mi zozobra,  
al irme, serás presa codiciada  
de todo malhechor de baja estofa.  
A ti no te he encerrado en otro arcón  
que aquel donde no estás, aunque tu sitio  
esté muy dentro de mi corazón,  
del cual vienes y vas a tu capricho.  
Me temo que de allí también te roben:  
contigo hasta los justos son ladrones.

XLIX

*Against that time —if ever that time come—  
When I shall see thee frown on my defects,  
Whenas thy love hath cast his utmost sum,  
Called to that audit by advised respects;  
Against that time when thou shalt strangely pass  
And scarcely greet me with that sun, thine eye  
When love converted from the thing it was,  
Shall reasons find of settled gravity:  
Against that time do I ensconce me here  
Within the knowledge of mine own desert,  
And this my hand against myself uprear  
To guard the lawful reasons on thy part.  
    To leave poor me thou hast the strength of laws,  
    Since why to love I can allege no cause.*

XLIX

A cuenta de ese tiempo, si llegara,  
en que te desazonen mis defectos,  
y en que tu amor decida cuadrar caja  
siguiendo la opinión de los expertos;  
a cuenta de ese tiempo en que, al cruzarnos,  
apenas me salude el sol de tu ojo,  
y en que el amor, ahora tan cambiado,  
encuentre razonable ser juicioso;  
a cuenta de ese tiempo me atrincherero  
en la certeza de mi parvedad  
y empuño ya mi mano en mi desmedro  
por no oponerme a ti en el tribunal.  
    Por ley, pobre de mí, puedes dejarme  
    pues no tengo coartada para amarte.

L

*How heavy do I journey on the way,  
When what I seek —my weary travel's end—  
Doth teach that ease and that repose to say  
'Thus far the miles are measured from thy friend.'  
The beast that bears me, tired with my woe,  
Plods dully on to bear that weight in me,  
As if by some instinct the wretch did know  
His rider loved not speed, being made from thee.  
The bloody spur cannot provoke him on  
That sometimes anger thrusts into his hide,  
Which heavily he answers with a groan  
More sharp to me than spurring to his side;  
For that same groan doth put this in my mind:  
My grief lies onward and my joy behind.*

L

Con cuánta pesadumbre emprendo el viaje  
sabiendo que el descanso del camino  
traerá consigo el eco de esta frase:  
«¡Estás a tantas millas de tu amigo!».  
Lastrada bajo el peso de mi pena,  
mi bestia se desplaza a paso lento;  
parece que su instinto le dijera  
que nos aleja más si va ligero.  
La espuela sanguinaria no la azuza  
y, cuando siente el filo del puyazo,  
su queja pesarosa me es más dura  
que el hierro que se clava en su costado,  
pues hace que mi mente me repita:  
delante está el pesar, detrás, la dicha.

LI

*Thus can my love excuse the slow offence  
Of my dull bearer when from thee I speed:  
From where thou art why should I haste me thence?  
Till I return, of posting is no need.  
O what excuse will my poor beast then find  
When swift extremity can seem but slow?  
Then should I spur, though mounted on the wind;  
In wingèd speed no motion shall I know.  
Then can no horse with my desire keep pace;  
Therefore desire, of perfect'st love being made,  
Shall reigh no dull flesh in his fiery race;  
But love, for love, thus shall excuse my jade:  
    Since from thee going he went wilful-slow,  
    Towards thee I'll run, and give him leave to go.*

LI

Así, el amor excusa el poco brío  
que puso mi montura al alejarnos,  
pues hasta que volvamos no hay motivo  
para correr y repostar caballos.  
Oh, ¿cómo excusará mi bestia entonces  
que toda su premura no me valga?  
Ya puedo fustigarla que, aunque monte  
a lomos de la brisa, no hay yeguada  
capaz de ir a la par de mi deseo.  
Querrá el deseo (que no es carne lerda  
sino amor puro) relinchar sin freno;  
mas el amor excusará a mi bestia:  
    si cuando te dejé no tuvo prisa,  
    yo la tendré al volver y ella, que elija.

LII

*So am I as the rich whose blessèd key  
Can bring him to his sweet up-lockèd treasure,  
The which he will not ev'ry hour survey,  
For blunting the fine point of seldom pleasure.  
Therefore are feasts so solemn and so rare  
Since, seldom coming, in the long year set  
Like stones of worth they thinly placèd are,  
Or captain jewels in the carcanet.  
So is the time that keeps you as my chest,  
Or as the wardrobe which the robe doth hide,  
To make some special instant special blest  
By new unfolding his imprisoned pride.  
    *Blessèd are you whose worthiness gives scope,  
    Being had, to triumph; being lacked, to hope.**

LII

Yo vengo a ser el rico cuya llave  
bendita abre el cerrojo del tesoro,  
mas no entra a revisarlo a cada instante  
pues el placer casual es menos corto.  
Por eso los festejos se reparten  
en lo que va de un año, como piedras  
preciosas cuanto más ocasionales  
igual que en un collar cuentan las gemas.  
Así, también, el tiempo que te guarda  
como en un guardarropas y te esconde  
desplegará su joya encadenada  
apenas en benditas ocasiones.  
    Bendito tú, que triunfa quien te tuvo  
    y espera su ocasión el que no pudo.



LIII

*What is your substance, whereof are you made,  
That millions of strange shadows on you tend?  
Since every one hath, every one, one shade,  
And you, but one, can every shadow lend.  
Describe Adonis, and the counterfeit  
Is poorly imitated after you.  
On Helen's cheek all art of beauty set,  
And you in Grecian tires are painted new.  
Speak of the spring and foison of the year:  
The one doth shadow of your beauty show,  
The other as your bounty doth appear;  
And you in every blessèd shape we know.  
    In all external grace you have some part,  
    But you like none, none you, for constant heart.*

LIII

¿De qué estás hecho tú, de qué sustancia,  
que puedes conformar mil y una sombras?  
Cada uno es de una forma que no cambia;  
en cambio tú eres de una y de mil formas.  
Al describir a Adonis, su retrato  
será una pobre copia de tu imagen;  
si a Helena y sus mejillas esbozamos,  
a ti de joven griego hay que pintarte.  
Hablemos de cosecha y primavera:  
la una recompensa tu derroche,  
la otra plasma el don de tu belleza  
y en toda forma se te reconoce.  
    Si en toda gracia externa tienes parte,  
    no hay una con tu corazón constante.

LIV

*O how much more doth beauty beauteous seem  
By that sweet ornament which truth doth give!  
The rose looks fair, but fairer we it deem  
For that sweet odour which doth in it live.  
The canker blooms have full as deep a dye  
As the perfumèd tincture of the roses,  
Hang on such thorns, and play as wantonly  
When summer's breath their maskèd buds discloses;  
But for their virtue only is their show  
They live unwooed and unrespected fade,  
Die to themselves. Sweet roses do not so;  
Of their sweet deaths are sweetest odours made:  
And so of you, beauteous and lovely youth,  
When that shall fade, by verse distils your truth.*

LIV

¡Oh, cuánto más reluce la beldad  
si la verdad con su dulzor la adorna!  
La rosa es grata pero lo es aún más  
por el aroma dulce que la colma.  
El tinte intenso del escaramujo  
es como el de la rosa perfumada,  
presenta espinas y se mece al bufo  
más tórrido, que lo desenmascara;  
y ya, sin más virtud que su envoltura,  
no es festejado, languidece y muere  
a solas. Mas las dulces rosas, nunca;  
se hacen aromas de su dulce muerte.  
Así, cuando tu plenitud decrezca,  
vendrá mi verso a destilar tu esencia.

LV

*Not marble nor the gilded monuments  
Of princes shall outlive this powerful rhyme,  
But you shall shine more bright in these contents  
Than unswept stone besmeared with sluttish time.  
When wasteful war shall statues overturn,  
And broils root out the work of masonry,  
Nor Mars his sword nor war's quick fire shall burn  
The living record of your memory.  
'Gainst death and all oblivious enmity  
Shall you pace forth; your praise shall still find room  
Even in the eyes of all posterity  
That wear this world out to the ending doom.  
So, till the judgement that yourself arise,  
You live in this, and dwell in lovers' eyes.*

LV

Ni el mármol ni los regios monumentos  
son más indestructibles que estas rimas;  
tú brillarás en ellas cuando el tiempo  
desgaste, vil, las piedras que ahora brillan.  
Y si la guerra tumba las estatuas  
y las murallas ceden a la horda,  
ni el fuego atroz ni Marte con su espada  
impedirán que viva tu memoria.  
Harás frente a la muerte y al olvido  
y aumentarás tu crédito a los ojos  
de la posteridad, que sin respiro  
hace rodar al mundo ante su trono.  
Pues hasta que en el juicio te levantes,  
tú vivirás aquí y en los que se amen.

LVI

*Sweet love, renew thy force. Be it not said  
Thy edge should blunter be than appetite,  
Which but today by feeding is allayed,  
Tomorrow sharpened in his former might.  
So, love, be thou; although today thou fill  
Thy hungry eyes even till they wink with fullness,  
Tomorrow see again, and do not kill  
The spirit of love with a perpetual dullness.  
Let this sad int'rim like the ocean be  
Which parts the shore where two contracted new  
Come daily to the banks, that when they see  
Return of love, more blessed may be the view;  
Or call it winter, which being full of care,  
Makes summer's welcome, thrice more wished, more rare.*

LVI

Reponte, dulce amor, que no se diga  
que no eres tan punzante como el hambre,  
que pese a que se sacia cada día,  
despunta al día siguiente igual de grande.  
Por eso, amor, aunque hoy tus ojos queden  
ahitos de comer hasta el agobio,  
mañana vuelve a abrirlos si no quieres  
matar de tedio el hálito amoroso.  
Hagamos de esta triste ausencia un mar  
que parte en dos la costa donde a diario  
acuden las dos partes a esperar  
la vuelta del amor revificado:  
así el invierno y su rigor consiguen  
hacer que ansiemos el verano el triple.

LVII

*Being your slave, what should I do but tend  
Upon the hours and times of your desire?  
I have no precious time at all to spend,  
Nor services to do, till you require;  
Nor dare I chide the world-without-end hour  
Whilst I, my sovereign, watch the clock for you,  
Nor think the bitterness of absence sour  
When you have bid your servant once adieu.  
Nor dare I question with my jealous thought  
Where you may be, or your affairs suppose,  
But like a sad slave stay and think of naught  
Save, where you are, how happy you make those.  
So true a fool is love that in your will,  
Though you do anything, he thinks no ill.*

LVII

¿Qué hacer, si soy tu esclavo, que no sea  
cumplir con tu deseo a todas horas?  
Mi tiempo no es precioso ni me queda  
más dicha que servir lo que dispongas.  
Pendiente del reloj por ti, monarca,  
ni le reprocho al tiempo que sea eterno  
ni pienso en que la ausencia será amarga  
el día que despidas a tu siervo,  
ni dejo que mis celos se hagan cargo  
de dónde estás y en cuál de tus asuntos.  
No pienso, triste esclavo, en nada salvo  
que, donde estés, harás feliz a muchos.  
Qué ingenuo es el amor, que no se ofende  
aunque hagas lo que quieras cuando quieras.

LVIII

*That god forbid, that made me first your slave,  
I should in thought control your times of pleasure,  
Or at your hand th'account of hours to crave,  
Being your vassal bound to stay your leisure.  
O let me suffer, being at your beck,  
Th' imprisoned absence of your liberty,  
And patience, tame to sufferance, bide each check,  
Without accusing you of injury.  
Be where you list, your charter is so strong  
That you yourself may privilege your time  
To what you will; to you it doth belong  
Yourself to pardon of self-doing crime.  
I am to wait, though waiting so be hell,  
Not blame your pleasure, be it ill or well.*

LVIII

El mismo dios que me hizo ser tu esclavo  
prohibió que mida el tiempo de tus goces  
o inquiera si computas esos ratos.  
¡Soy tu vasallo: cumplo y tú dispones!  
Oh, déjame que, a tu servicio, sufra  
tu libertad ausente, que es mi cárcel  
y, lejos de acusarte a ti de injuria,  
soporte con paciencia tus desplantes.  
Ve donde quieras que, con tanta venia,  
podrás beneficiarte a tu albedrío  
y a tiempo entero: tienes la licencia  
de perdonarte el crimen cometido.  
Yo espero, aunque la espera sea un infierno,  
sin cuestionar tu goce, malo o bueno.

LIX

*If there be nothing new, but that which is  
Hath been before, how are our brains beguiled,  
Which, labouring for invention, bear amiss  
The second burden of a former child!  
O that record could with a backward look  
Even of five hundred courses of the sun  
Show me your image in some antique book  
Since mind at first in character was done,  
That I might see what the old world could say  
To this composèd wonder of your frame;  
Whether we are mended or whe'er better they,  
Or whether revolution be the same.  
O, sure I am the wits of former days  
To subjects worse have given admiring praise.*

LIX

Si nada es nuevo y todo cuanto hay  
ya había sido antes, nos preñamos  
de engaño por parir una vez más  
a un niño ya nacido en el pasado.  
Habría que buscar en los registros  
de cinco veces cien años solares  
hasta encontrar tu imagen en un libro,  
pues todo se apuntaba en los anales,  
y así saber qué piensan los remotos  
del marco portentoso de tu cuerpo:  
si son mejores ellos o nosotros  
o todo ha regresado con el tiempo.  
Seguro que el ingenio del ayer  
untó modelos peores con su miel.

LX

*Like as the waves make towards the pebbled shore,  
So do our minutes hasten to their end,  
Each changing place with that which goes before;  
In sequent toil all forwards do contend.  
Nativity, once in the main of light,  
Crawls to maturity, wherewith being crowned  
Crookèd eclipses 'gainst his glory fight,  
And time that gave doth now his gift confound.  
Time doth transfix the flourish set on youth,  
And delves the parallels in beauty's brow;  
Feeds on the rarities of nature's truth,  
And nothing stands but for his scythe to mow.  
    And yet to times in hope my verse shall stand,  
    Praising thy worth despite his cruel hand.*

LX

Se afanan por llegar, nuestros minutos,  
como olas a la orilla, a su final,  
y cada cual reemplaza al que, a su turno,  
luchaba para no quedarse atrás.  
Primera luz, el nacimiento avanza  
hacia la madurez, donde se enciende;  
eclipses zafios lidian con su estampa  
y el tiempo le reclama su presente.  
El tiempo, que sustrae la lozanía,  
socava la belleza con arrugas,  
se nutre de lo extraño de la vida  
y si algo se resiste, su hoz lo trunca.  
    No obstante espero que su mano cruel  
    deje a mi verso en pie, y a ti con él.



LXI

*Is it thy will thy image should keep open  
My heavy eyelids to the weary night?  
Dost thou desire my slumbers should be broken  
While shadows like to thee do mock my sight?  
Is it thy spirit that thou send'st from thee  
So far from home into my deeds to pry,  
To find out shames and idle hours in me,  
The scope and tenure of thy jealousy?  
O no; thy love, though much, is not so great.  
It is my love that keeps mine eye awake,  
Mine own true love that doth my rest defeat,  
To play the watchman ever for thy sake.  
For thee watch I whilst thou dost wake elsewhere,  
From me far off, with others all too near.*

LXI

¿Qué quieres, que mis párpados pesados  
acechen en la noche fatigosa?  
¿Que viva sin soñar, buscando en vano  
vestigios de tu imagen en las sombras?  
¿O acaso enviaste a tu alma a que observara  
mis actos, donde vaya, por si viese  
indicios de perfidias o de holganza?  
¿Tan fuertes son los celos que me tienes?  
¡Qué va! Tu amor, que es mucho, no es tan grande:  
mi amor es el que me mantiene en vilo,  
mi amor, que ha de impedirme que descanse  
pues él es quien vigila tu camino.  
Yo a ti te observo mientras tú despiertas  
lejos de mí, mas de otros, ay, muy cerca.

LXII

*Sin of self-love possesseth all mine eye,  
And all my soul, and all my every part;  
And for this sin there is no remedy,  
It is so grounded inward in my heart.  
Methinks no face so gracious is as mine,  
No shape so true, no truth of such account,  
And for myself mine own worth do define  
As I all other in all worths surmount.  
But when my glass shows me myself indeed,  
Beated and chapped with tanned antiquity,  
Mine own self-love quite contrary I read;  
Self so self-loving were iniquity.  
'Tis thee, my self, that for myself I praise,  
Painting my age with beauty of thy days.*

LXII

Pequé de amarme a mí con todo empeño,  
con todo mi ojo, mi alma y con mi mente,  
y ese pecado arraiga tan adentro  
que no hay ninguna cura que lo enmiende.  
Creí que no había rostro como el mío  
ni nadie con un porte tan donoso  
y me juzgué a mí mismo, convencido  
de que era superior a cualquier otro.  
Mas cuando en el espejo veo mi cara  
curtida y maltratada por los años,  
entonces mi lectura es la contraria  
y considero inicuo amarme tanto.  
Y así te alabo en mí, por si pudiera  
pintar mi edad con tu belleza fresca.

LXIII

*Against my love shall be as I am now,  
With time's injurious hand crushed and o'erworn;  
When hours have drained his blood and filled his brow  
With lines and wrinkles; when his youthful morn  
Hath travelled on to age's steepy night,  
And all those beauties whereof now he's king  
Are vanishing, or vanished out of sight,  
Stealing away the treasure of his spring:  
For such a time do I now fortify  
Against confounding age's cruel knife,  
That he shall never cut from memory  
My sweet love's beauty, though my lover's life.  
His beauty shall in these black lines be seen,  
And they shall live, and he in them still green.*

LXIII

A cuenta de que sufra como yo  
la acción demoledora y ruin del tiempo  
y que las horas sangren su expresión,  
sembrándola de arrugas, o que el tierno  
albor de su mañana se haga noche  
abrupta y las bellezas que hoy gobierna  
ya se hayan disipado o se evaporen,  
quitándole a mi amor su primavera;  
a cuenta de ese día me aseguro  
de que el cuchillo cruel de la vejez  
no corte del recuerdo de este mundo  
la vida y la belleza de mi bien.  
En estas líneas vive su beldad,  
que, si ellas viven, reverdecerá.

LXIV

*When I have seen by time's fell hand defacèd  
The rich proud cost of outworn buried age;  
When sometime-lofty towers I see down razed,  
And brass eternal slave to mortal rage;  
When I have seen the hungry ocean gain  
Advantage on the kingdom of the shore,  
And the firm soil win of the wat'ry main,  
Increasing store with loss and loss with store;  
When I have seen such interchange of state,  
Or state itself confounded to decay,  
Ruin hath taught me thus to ruminatè:  
That time will come and take my love away.  
    This thought is as a death, which cannot choose  
    But weep to have that which it fears to lose.*

LXIV

Al ver que el tiempo y su vil mano borran  
la augusta pompa de las viejas ruinas,  
la torre más altiva se desploma  
y el bronce eterno es siervo de la ira;  
que el mar en su avidéz gana terreno  
al reino de la costa y, a su vez,  
la tierra firme extiende al mar su reino  
de modo que, al ganar, vuelve a perder;  
al ver que se intercambian los estados  
o que el estado se hunde sin razón,  
he de esperar que el tiempo y su vil mano  
vendrán a despojarme de mi amor.  
    Saberlo ya es morir y solo queda  
    llorar por conservar lo que se pierda.

LXV

*Since brass, nor stone, nor earth, nor boundless sea,  
But sad mortality o'ersways their power,  
How with this rage shall beauty hold a plea,  
Whose action is no stronger than a flower?  
O how shall summer's honey breath hold out  
Against the wrackful siege of battering days  
When rocks impregnable are not so stout,  
Nor gates of steel so strong, but time decays?  
O fearful meditation! Where, alack,  
Shall time's best jewel from time's chest lie hid,  
Or what strong hand can hold his swift foot back,  
Or who his spoil of beauty can forbid?  
O none, unless this miracle have might:  
That in black ink my love may still shine bright.*

LXV

Si ni la piedra, el bronce, el mar, la tierra  
se libran de la triste destrucción,  
¿cómo ha de hacerle frente la belleza,  
que apenas tiene el brío de una flor?  
¿Y qué opondrá el aliento veraniego  
al despiadado embate de los días,  
si el tiempo tumba pórticos de hierro  
y ni la roca aguanta su embestida?  
¡Cruel desazón! Pues ¿quién podrá evitar  
que el tiempo encofre su mejor alhaja?  
¿Qué mano detendrá su pie fugaz,  
librando a la belleza de su azada?  
No salvará a mi amor sino un milagro:  
que impreso en tinta negra brille tanto.

LXVI

*Tired with all these, for restful death I cry:  
As, to behold desert a beggar born,  
And needy nothing trimmed in jollity,  
And purest faith unhappily forsworn,  
And gilded honour shamefully misplaced,  
And maiden virtue rudely strumpeted,  
And right perfection wrongfully disgraced,  
And strength by limping sway disablèd,  
And art made tongue-tied by authority,  
And folly, doctor-like, controlling skill,  
And simple truth miscalled simplicity,  
And captive good attending captain ill.  
Tired with all these, from these would I be gone,  
Save that to die I leave my love alone.*

LXVI

Que venga ya la muerte: estoy cansado  
de ver hecho un mendigo al que más vale,  
y que el don nadie vista con boato,  
y al cándido lo engañe el miserable,  
y que el honor recaiga en el indigno,  
y que el perfecto sufra la desdicha,  
y la doncella se hunda en el ludibrio,  
y al fuerte lo invaliden las intrigas,  
y que la autoridad censure el arte,  
y la locura cure lo sensato,  
y tachen de simpleza a las verdades,  
y viva el bien cautivo de lo malo.  
Mas en la muerte no hallaré reposo  
si, muerto yo, mi amor se queda solo.

LXVII

*Ah, wherefore with infection should he live  
And with his presence grace impiety,  
That sin by him advantage should achieve  
And lace itself with his society?  
Why should false painting imitate his cheek,  
And steal dead seeming of his living hue?  
Why should poor beauty indirectly seek  
Roses of shadow, since his rose is true?  
Why should he live now nature bankrupt is,  
Beggared of blood to blush through lively veins,  
For she hath no exchequer now but his,  
And proud of many, lives upon his gains?  
O him she stores to show what wealth she had  
In days long since, before these last so bad.*

LXVII

¿Por qué ha de sufrir él la corrupción  
y honrar con su presencia a la ignominia,  
y que el pecado goce del favor  
que otorga su graciosa compañía?  
¿Por qué debe imitarlo el falso arte,  
sacar de su alma viva copia muerta?  
¿O la belleza ruin querer buscarle  
rosas de sombra si su rosa es cierta?  
¿Por qué ha de vivir hoy, cuando natura  
en ruinas le mendiga sangre ardiente?  
Sin más aval que el de él y su fortuna,  
se jacta pero vive de sus bienes.  
Y lo retiene en prueba de que antaño  
supo ser rica, en tiempos menos malos.

LXVIII

*Thus is his cheek the map of days outworn,  
When beauty lived and died as flowers do now,  
Before these bastard signs of fair were borne  
Or durst inhabit on a living brow;  
Before the golden tresses of the dead,  
The right of sepulchres, were shorn away  
To live a second life on second head;  
Ere beauty's dead fleece made another gay.  
In him those holy antique hours are seen  
Without all ornament, itself and true,  
Making no summer of another's green,  
Robbing no old to dress his beauty new;  
    And him as for a map doth nature store,  
    To show false art what beauty was of yore.*

LXVIII

Su cara es, pues, el mapa de esos tiempos  
en que lo bello, igual que ahora las flores,  
vivía hasta morir, sin que aderezos  
bastardos empolvasen las facciones;  
de cuando no esquilaban las guedejas  
de aquellos que dormían para siempre  
por darles otra vida en otra testa,  
y a nadie hacía más bello un vello inerte.  
Como en las horas sacras del pasado,  
en él todo es verdad, sin falsedades:  
no hará de un verde ajeno su verano  
ni ha de robar vestidos para aviarse.  
    Natura, así, cual mapa lo atesora:  
    donde hay belleza pura, huelgan modas.



LXIX

*Those parts of thee that the world's eye doth view  
Want nothing that the thought of hearts can mend.  
All tongues, the voice of souls, give thee that due,  
Utt'ring bare truth even so as foes commend.  
Thy outward thus with outward praise is crowned,  
But those same tongues that give thee so thine own  
In other accents do this praise confound  
By seeing farther than the eye hath shown.  
They look into the beauty of thy mind,  
And that in guess they measure by thy deeds.  
Then, churls, their thoughts—although their eyes were kind—  
To thy fair flower add the rank smell of weeds.  
But why thy odour matcheth not thy show,  
The soil is this: that thou dost common grow.*

LXIX

Ninguna de tus partes a la vista  
requiere que el ingenio la componga,  
ni hay lengua —voz del alma— que desdiga  
tus dones, ni rival que lo desoiga.  
Mas siendo que destacas en lo externo,  
las lenguas que pregonan tus encantos  
enturbian de inmediato sus acentos  
al ver donde no alcanza el ojo humano.  
Y así pretenden sopesar tu mente  
midiendo su belleza por tus actos;  
y si antes te admiraron, ahora infieren  
que tu preciosa flor hiede a hierbajos.  
¿Por qué no va tu aspecto con tu olor?  
Te has vuelto público, esa es la razón.

LXX

*That thou art blamed shall not be thy defect,  
For slander's mark was ever yet the fair.  
The ornament of beauty is suspect,  
A crow that flies in heaven's sweetest air.  
So thou be good, slander doth but approve  
Thy worth the greater, being wooed of time;  
For canker vice the sweetest buds doth love,  
And thou present'st a pure unstainèd prime.  
Thou hast passed by the ambush of young days  
Either not assailed, or victor, being charged;  
Yet this thy praise cannot be so thy praise  
To tie up envy, evermore enlarged.  
If some suspect of ill masked not thy show,  
Then thou alone kingdoms of hearts shouldst owe.*

LXX

Que se hable mal de ti no es tu defecto.  
Lo bello siempre es blanco de la insidia  
que, como un cuervo en el azul del cielo,  
recela del ornato y lo mancilla.  
Así, que te difamen es indicio  
de tu virtud, que incluso el tiempo anhela:  
el chancro adora el brote más tiernito  
y tú fuiste una intacta primavera.  
Salvaste las primeras emboscadas  
incólume o acaso victorioso,  
mas no te amparará de la amenaza  
creciente de la envidia tanto encomio.  
Si el mal no suscitase resquemores  
caerían a tus pies mil corazones.

LXXI

*No longer mourn for me when I am dead  
Than you shall hear the surly sullen bell  
Give warning to the world that I am fled  
From this vile world with vilest worms to dwell.  
Nay, if you read this line, remember not  
The hand that writ it; for I love you so  
That I in your sweet thoughts would be forgot  
If thinking on me then should make you woe.  
O, if, I say, you look upon this verse  
When I perhaps compounded am with clay,  
Do not so much as my poor name rehearse,  
But let your love even with my life decay,  
Lest the wise world should look into your moan  
And mock you with me after I am gone.*

LXXI

No quiero que, si muero, te conduelas  
después de que el tañido destemplado  
anuncie al mundo que cambié la brega  
del mundo vil por la de los gusanos.  
No, ni recuerdes, si oyes este verso,  
qué mano lo forjó: mi amor es tal  
que pido que me olvides en tus sueños  
si, por pensar en mí, te haré penar.  
Y si, ay de mí, lo lees cuando forme  
un todo con el barro, te suplico  
que evites pronunciar mi pobre nombre  
y dejes que tu amor muera conmigo:  
no vaya a ser que el mundo, si me lloras,  
te hiera por mi culpa con su sorna.

LXXII

*O, lest the world should task you to recite  
What merit lived in me that you should love,  
After my death, dear love, forget me quite;  
For you in me can nothing worthy prove—  
Unless you would devise some virtuous lie  
To do more for me than mine own desert,  
And hang more praise upon deceased I  
Than niggard truth would willingly impart.  
O, lest your true love may seem false in this,  
That you for love speak well of me untrue,  
My name be buried where my body is,  
And live no more to shame nor me nor you;  
    For I am shamed by that which I bring forth,  
    And so should you, to love things nothing worth.*

LXXII

Olvídame, no vaya a ser que el mundo  
te pida que recites lo que en vida  
mostré de bueno para que, difunto,  
me quieras aún, pues nada encontrarías,  
a menos que repares mis carencias  
y, a fuerza de mentir virtuosamente,  
me otorgues los halagos que me niega  
la cruda realidad hasta en la muerte.  
Mi nombre ha de yacer junto a mi cuerpo  
en vez de seguir vivo y mancillarnos,  
no vaya a ser que al fin tu amor sincero,  
si ha de mentir por mí, parezca falso.  
    Mi oprobio es lo que pongo por delante;  
    el tuyo, amar aquello que no vale.

LXXIII

*That time of year thou mayst in me behold  
When yellow leaves, or none, or few, do hang  
Upon those boughs which shake against the cold,  
Bare ruined choirs where late the sweet birds sang.  
In me thou seest the twilight of such day  
As after sunset fadeth in the west,  
Which by and by black night doth take away,  
Death's second self, that seals up all in rest.  
In me thou seest the glowing of such fire  
That on the ashes of his youth doth lie  
As the death-bed whereon it must expire,  
Consumed with that which it was nourished by.  
This thou perceiv'st, which makes thy love more strong,  
To love that well which thou must leave ere long.*

LXXIII

En mí tú ves esa época del año  
en que las ramas trémulas, desnudas,  
no albergan coros de aves con sus cantos  
sino tres hojas secas, dos, ninguna.  
En mí ves el crepúsculo del día  
que, cuando el sol se apaga en el poniente,  
se sume en el descanso a que lo invita  
la negra noche, hermana de la muerte.  
Y ves que aún arde un poco de ese fuego  
en las cenizas del pasado, lumbre  
que acabará expirando en ese lecho  
pues lo que la avivaba la consume.  
Que entiendas esto es lo que te dará  
la fuerza para amar lo que se va.

LXXIV

*But be contented when that fell arrest  
Without all bail shall carry me away.  
My life hath in this line some interest,  
Which for memorial still with thee shall stay.  
When thou reviewest this, thou dost review  
The very part was consecrate to thee.  
The earth can have but earth, which is his due;  
My spirit is thine, the better part of me.  
So then thou hast but lost the dregs of life,  
The prey of worms, my body being dead,  
The coward conquest of a wretch's knife,  
Too base of thee to be rememberèd.  
    The worth of that is that which it contains,  
    And that is this, and this with thee remains.*

LXXIV

Mas no te abatas cuando al fin el cruel  
arresto inapelable me reclame,  
pues si algo hubo en mi vida de interés  
te ayudará esta línea a recordarme.  
Y cuando la repases, busca en ella  
la parte que te ha sido consagrada:  
la tierra que se quede con la tierra  
y tú, con lo mejor de mí, con mi alma.  
Tú solo habrás perdido mi cadáver,  
el poso, lo que apuran los gusanos,  
la vil conquista de un cuchillo infame,  
indigno de que debas recordarlo.  
    Lo bueno de eso es eso que contiene,  
    que es esto, y que contigo permanece.

LXXV

*So are you to my thoughts as food to life,  
Or as sweet-seasoned showers are to the ground;  
And for the peace of you I hold such strife  
As 'twixt a miser and his wealth is found:  
Now proud as an enjoyer, and anon  
Doubting the filching age will steal his treasure;  
Now counting best to be with you alone,  
Then bettered that the world may see my pleasure;  
Sometime all full with feasting on your sight,  
And by and by clean starvèd for a look;  
Possessing or pursuing no delight  
Save what is had or must from you be took.  
Thus do I pine and surfeit day by day,  
Or gluttoning on all, or all away.*

LXXV

De ti mi pensamiento se alimenta  
igual que la llovizna nutre el suelo;  
sentir tu paz me turba y me deleita  
así como el dinero al usurero.  
Ni bien se enorgullece de su gozo  
ya teme que le roben la fortuna,  
y duda entre tenerte para él solo  
o proclamar al mundo su ventura;  
a veces está ahíto de extasiarse  
o siente hambre voraz de una mirada,  
sin otra posesión más que esa parte  
que tú le das o que él a ti te saca.  
Y así, hambriento y harto cada día,  
o me lo como todo o no hay comida.

LXXVI

*Why is my verse so barren of new pride,  
So far from variation or quick change?  
Why, with the time, do I not glance aside  
To new-found methods and to compounds strange?  
Why write I still all one, ever the same,  
And keep invention in a noted weed,  
That every word doth almost tell my name,  
Showing their birth and where they did proceed?  
O know, sweet love, I always write of you,  
And you and love are still my argument;  
So all my best is dressing old words new,  
Spending again what is already spent;  
    For as the sun is daily new and old,  
    So is my love, still telling what is told.*

LXXVI

¿Por qué carecerá mi verso tanto  
de cambios, variaciones, novedades?  
¿Cómo es que, con el tiempo, no me lanzo  
a practicar con métodos flamantes?  
¿Por qué son ropa vieja mis creaciones  
y es tan común mi estilo que parece  
que todas las palabras dan mi nombre  
y enseñan el lugar de donde vienen?  
Oh, dulce amor, te escribo siempre a ti  
y tú y mi amor sois mi único argumento,  
y gasto lo gastado, así, sin fin,  
para vestir lo viejo con lo nuevo:  
    si el sol es nuevo y viejo cada día,  
    también mi amor. Da igual cómo lo diga.



LXXVII

*Thy glass will show thee how thy beauties wear,  
Thy dial how thy precious minutes waste,  
The vacant leaves thy mind's imprint will bear,  
And of this book this learning mayst thou taste:  
The wrinkles which thy glass will truly show  
Of mouthèd graves will give thee memory;  
Thou by thy dial's shady stealth mayst know  
Time's thievish progress to eternity;  
Look what thy memory cannot contain  
Commit to these waste blanks, and thou shalt find  
Those children nursed, delivered from thy brain,  
To take a new acquaintance of thy mind.  
    These offices so oft as thou wilt look  
    Shall profit thee and much enrich thy book.*

LXXVII

Tu espejo te hará ver cómo te eclipsas  
y tu reloj, que los minutos vuelan;  
pon tu impresión en páginas vacías  
y aprenderás del libro esas certezas.  
Al ver en el espejo tus arrugas  
recordarás las tumbas desdentadas  
y en tu reloj, la sombra que lo surca  
te hará saber que el tiempo siempre avanza.  
Lo que desborde tu memoria ponlo  
en estas hojas huera y tu mente  
verá volver un día a los retoños,  
ya grandes, que salieron de su vientre.  
    Aplicáte y verás que el ejercicio  
    te hará mejor a ti y, contigo, al libro.

LXXVIII

*So oft have I invoked thee for my muse  
And found such fair assistance in my verse  
As every alien pen hath got my use,  
And under thee their poesy disperse.  
Thine eyes, that taught the dumb on high to sing  
And heavy ignorance aloft to fly,  
Have added feathers to the learned's wing  
And given grace a double majesty.  
Yet be most proud of that which I compile,  
Whose influence is thine and born of thee.  
In others' works thou dost but mend the style,  
And arts with thy sweet graces gracèd be;  
    But thou art all my art, and dost advance  
    As high as learning my rude ignorance.*

LXXVIII

Yo tanto te invoqué como mi musa  
y fuiste en mis poemas tan benigno  
que al fin cogió mi juego cualquier pluma  
y se valió de ti para esparcirlo.  
Con tus ojos el mudo se hizo vate  
y la ignorancia plúmbea cobró vuelo,  
en las alas del sabio hay más plumaje  
y la gracia redobla su abolengo;  
mas no hay mayor orgullo que haber sido  
padre y señor de la obra que yo acopio.  
A otros mejorarás en el estilo  
y harás que su arte sea digno de encomio:  
    tú en cambio representas todo mi arte;  
    ilustra con tu encanto a este ignorante.

LXXIX

*Whilst I alone did call upon thy aid  
My verse alone had all thy gentle grace;  
But now my gracious numbers are decayed,  
And my sick muse doth give another place.  
I grant, sweet love, thy lovely argument  
Deserves the travail of a worthier pen,  
Yet what of thee thy poet doth invent  
He robs thee of, and pays it thee again.  
He lends thee virtue, and he stole that word  
From thy behaviour; beauty doth he give,  
And found it in thy cheek: he can afford  
No praise to thee but what in thee doth live.  
Then thank him not for that which he doth say,  
Since what he owes thee thou thyself dost pay.*

LXXIX

Cuando era solo yo quien te invocaba,  
tu gracia era exclusiva de mi verso;  
ahora que mis líneas pierden gracia,  
mi musa ha dado paso a otro más diestro.  
No dudo, amor, que tu argumento vale  
que una pluma mejor haga el trabajo;  
mas toda la invención con que tu vate  
te retribuye ya te la ha robado,  
así como robó de tu conducta  
la idea de virtud con que te colma  
o de tu dulce rostro, la hermosura:  
ya estaba en ti todo lo que él te otorga.  
Así, pues, no agradezcas sus lindezas  
ya que has de pagar tú lo que él te adeuda.

LXXX

*O, how I faint when I of you do write,  
Knowing a better spirit doth use your name,  
And in the praise thereof spends all his might,  
To make me tongue-tied, speaking of your fame!  
But since your worth, wide as the ocean is,  
The humble as the proudest sail doth bear,  
My saucy barque, inferior far to his,  
On your broad main doth wilfully appear.  
Your shallowest help will hold me up afloat  
Whilst he upon your soundless deep doth ride;  
Or, being wrecked, I am a worthless boat,  
He of tall building and of goodly pride.  
Then if he thrive and I be cast away,  
The worst was this: my love was my decay.*

LXXX

*Ay, cómo dudo cuando de ti escribo  
sabiendo que otro espíritu te alaba  
mejor que yo y con tan potente estilo  
que es como si con él me amordazara.  
Mas como tu caudal, que es noble y ancho,  
se deja atravesar por toda vela,  
también mi basto y pertinaz balandro,  
menor que el suyo, surca tu grandeza.  
Si yo con tu somera ayuda floto,  
él sabe hollar tu piélagos profundo;  
o soy un barco náufrago, sin fondo,  
y él, uno levantado con orgullo.  
Lo peor de que yo encalle y él prosiga  
es que mi propio amor sea mi ruina.*

LXXXI

*Or I shall live your epitaph to make,  
Or you survive when I in earth am rotten.  
From hence your memory death cannot take,  
Although in me each part will be forgotten.  
Your name from hence immortal life shall have,  
Though I, once gone, to all the world must die.  
The earth can yield me but a common grave  
When you entombèd in men's eyes shall lie.  
Your monument shall be my gentle verse,  
Which eyes not yet created shall o'er-read,  
And tongues to be your being shall rehearse  
When all the breathers of this world are dead.  
You still shall live—such virtue hath my pen—  
Where breath most breathes, even in the mouths of men.*

LXXXI

O vivo para hacerte el epitafio  
o vives tú y se pudrirá mi carne.  
Si mueres, tu recuerdo estará a salvo;  
de mí habrán olvidado cada parte.  
Tendrá tu nombre vida para siempre  
y a mí no habrá en el mundo quien me llore;  
la tierra me reserva un hoyo inerte:  
tú yaces en los ojos de los hombres.  
Mi verso fiel será tu monumento,  
lectura de los ojos que aún no existen;  
y cuando estén, los que hoy suspiran, muertos  
no faltarán las lenguas que te imiten.  
Tú vivirás —mi pluma es garantía—  
en tanto haya una boca que respira.

LXXXII

*I grant thou wert not married to my muse,  
And therefore mayst without attaint o'erlook  
The dedicated words which writers use  
Of their fair subject, blessing every book.  
Thou art as fair in knowledge as in hue,  
Finding thy worth a limit past my praise,  
And therefore art enforced to seek anew  
Some fresher stamp of the time-bettering days.  
And do so, love; yet when they have devised  
What strained touches rhetoric can lend,  
Thou, truly fair, wert truly sympathized  
In true plain words by thy true-telling friend;  
And their gross painting might be better used  
Where cheeks need blood: in thee it is abused.*

LXXXII

Tú nunca te casaste con mi musa;  
eres, por tanto, libre de fijarte  
en las dedicatorias cuya hechura  
bendice cada libro de otros vates.  
Tan grandes son tu encanto y tu saber  
que su valor excede mis lisonjas;  
si el tiempo te mejora, busca quien  
sepa estampar mejor esas mejoras.  
Haz eso, amor; pero cuando combinen  
con trazos afectados sus ornatos  
verás que quien de veras te describe  
es sencillo y veraz: tu amigo honrado.  
Las burdas pinceladas tienen uso  
en rostros macilentos, no en el tuyo.

LXXXIII

*I never saw that you did painting need,  
And therefore to your fair no painting set.  
I found—or thought I found—you did exceed  
The barren tender of a poet's debt;  
And therefore have I slept in your report:  
That you yourself, being extant, well might show  
How far a modern quill doth come too short,  
Speaking of worth, what worth in you doth grow.  
This silence for my sin you did impute,  
Which shall be most my glory, being dumb;  
For I impair not beauty, being mute,  
When others would give life, and bring a tomb.  
    There lives more life in one of your fair eyes  
    Than both your poets can in praise devise.*

LXXXIII

A ti pintura nunca te hizo falta,  
por tanto no me he puesto a retocarte,  
pues siempre presumí que sobrepasas  
la oferta ineficaz que adeuda un vate.  
Por eso me dormí con tu pintura,  
pensando que está en ti la prueba viva  
de que se queda corta cualquier pluma  
que trate de añadir donde ya había.  
Tú crees que es pecado mi silencio  
y yo me vanaglorio de ser mudo:  
callando, ni malogro lo que es bello  
ni, en vez de darte vida, te sepulto.  
    Un ojo tuyo encierra más viveza  
    que los elogios de tus dos poetas.

LXXXIV

*Who is it that says most which can say more  
Than this rich praise: that you alone are you,  
In whose confine immurèd is the store  
Which should example where your equal grew?  
Lean penury within that pen doth dwell  
That to his subject lends not some small glory;  
But he that writes of you, if he can tell  
That you are you, so dignifies his story.  
Let him but copy what in you is writ,  
Not making worse what nature made so clear,  
And such a counterpart shall fame his wit,  
Making his style admirèd everywhere.  
You to your beauteous blessings add a curse,  
Being fond on praise, which makes your praises worse.*

LXXXIV

¿Quién que hable bien podrá alabarte más  
que aquel que dice: solo tú eres tú?  
¿En qué recinto amurallado está  
la réplica que iguala tu virtud?  
Malhaya aquella pluma que escatima  
la gloria que concede a su modelo;  
en cambio, el que te escribe, con que diga  
que tú eres tú, ya dignifica el verso.  
Le basta con calcar, sin empañarlo,  
lo que natura ha escrito en ti sin tacha,  
pues esa copia hará que sea admirado  
y por doquier su estilo cobre fama.  
Ansiando elogios, todo lo que vales  
se empaña, pues cosechas falsedades.



LXXXV

*My tongue-tied muse in manners holds her still  
While comments of your praise, richly compiled,  
Reserve thy character with golden quill  
And precious phrase by all the muses filed.  
I think good thoughts whilst other write good words,  
And like unlettered clerk still cry 'Amen'  
To every hymn that able spirit affords  
In polished form of well-refinèd pen.  
Hearing you praised I say ' 'Tis so, 'tis true,'  
And to the most of praise add something more;  
But that is in my thought, whose love to you,  
Though words come hindmost, holds his rank before.  
Then others for the breath of words respect,  
Me for my dumb thoughts, speaking in effect.*

LXXXV

Mi musa, por educación, se muerde  
la lengua y calla mientras se compilan  
elogios que te visten de oropeles  
y frases que las otras musas liman.  
Lo que otros apalabran, yo lo pienso,  
y digo, como un clérigo iletrado,  
«Amén» ante esos himnos que el ingenio,  
con refinada pluma, va lustrando.  
«Pues claro, es cierto», digo si te alaban  
y añado algún elogio de mi parte,  
mas solo en pensamiento, no en palabras,  
que así mi amor irá siempre delante.  
Si a otros por sus dichos los respetas,  
a mí, por lo que pienso, que es mi letra.

LXXXVI

*Was it the proud full sail of his great verse  
Bound for the prize of all-too-precious you  
That did my ripe thoughts in my brain inhearse,  
Making their tomb the womb wherein they grew?  
Was it his spirit, by spirits taught to write  
Above a mortal pitch, that struck me dead?  
No, neither he nor his compeers by night  
Giving him aid my verse astonishèd.  
He nor that affable familiar ghost  
Which nightly gulls him with intelligence,  
As victors, of my silence cannot boast;  
I was not sick of any fear from thence.  
But when your countenance filled up his line,  
Then lacked I matter; that enfeebled mine.*

LXXXVI

¿Fue que su verso henchido a toda vela,  
sediento del botín de tu persona,  
hizo que naufragaran mis ideas  
y allí donde nacieron, hoy reposan?  
¿O acaso su estro insigne, que fraguaron  
maestros espectrales, me fulmina?  
No, ni él ni sus noctámbulos aliados  
harían enmudecer a mi poesía.  
No, ni él ni ese fantasma complaciente  
que le estiba el ingenio por las noches  
tienen razón para enorgullecerse:  
son de muy otro signo mis temores.  
Fue al ver cómo llenabas sus estrofas  
cuando las mías se volvieron flojas.

LXXXVII

*Farewell—thou art too dear for my possessing,  
And like enough thou know'st thy estimate.  
The charter of thy worth gives thee releasing;  
My bonds in thee are all determinate.  
For how do I hold thee but by thy granting,  
And for that riches where is my deserving?  
The cause of this fair gift in me is wanting,  
And so my patent back again is swerving.  
Thyself thou gav'st, thy own worth then not knowing,  
Or me to whom thou gav'st it else mistaking;  
So thy great gift, upon misprision growing,  
Comes home again, on better judgement making.  
Thus have I had thee as a dream doth flatter:  
In sleep a king, but waking no such matter.*

LXXXVII

¡Adiós! Tú sabes bien que lo que vales  
es más de lo que puedo permitirme;  
tu cédula te otorga libertades:  
según nuestros contratos eres libre.  
Pues ¿cómo conservarte sin tu venia?  
¿Acaso me merezco tu riqueza?  
Sin más aval que el ansia que me alienta,  
entiendo que caduque mi licencia.  
Tú te entregaste sin haber tasado  
ni tu valor ni el mío, que es escaso;  
tu don, tras el error, es aún más caro  
y vuelve a ti, que puedes sopesarlo.  
Te tuve así como se tiene un sueño:  
te sueñas rey y te despiertas yermo.

LXXXVIII

*When thou shalt be disposed to set me light  
And place my merit in the eye of scorn,  
Upon thy side against myself I'll fight,  
And prove thee virtuous though thou art forsworn.  
With mine own weakness being best acquainted,  
Upon thy part I can set down a story  
Of faults concealed wherein I am attainted,  
That thou in losing me shall win much glory;  
And I by this will be a gainer too;  
For bending all my loving thoughts on thee,  
The injuries that to myself I do,  
Doing thee vantage, double vantage me.  
Such is my love, to thee I so belong,  
That for thy right myself will bear all wrong.*

LXXXVIII

El día en que decidas denostarme  
y expongás mis virtudes al escarnio,  
litigaré en mi contra y, por salvarte,  
diré que eres virtuoso aunque seas falso.  
Habiendo convenido mis flaquezas,  
inventaré una historia que silencie  
cualquier agravio que me produjeras;  
tú ganarás más gloria así, al perderme,  
y yo también saldré ganando de ello:  
al invertir en ti mis emociones,  
si tú de cada ofensa que me infiero  
te llevas algo, yo me llevo el doble.  
Tal es mi amor y tal mi lealtad:  
si es por tu bien, asumo todo el mal.

LXXXIX

*Say that thou didst forsake me for some fault,  
And I will comment upon that offence;  
Speak of my lameness, and I straight will halt,  
Against thy reasons making no defence.  
Thou canst not, love, disgrace me half so ill,  
To set a form upon desired change,  
As I'll myself disgrace, knowing thy will.  
I will acquaintance strangle and look strange,  
Be absent from thy walks, and in my tongue  
Thy sweet beloved name no more shall dwell,  
Lest I, too much profane, should do it wrong,  
And haply of our old acquaintance tell.  
For thee, against myself I'll vow debate;  
For I must ne'er love him whom thou dost hate.*

LXXXIX

Si dices que me dejas por mis faltas,  
no intentaré esconderlas: al contrario;  
si mientas mi cojera, no haré nada  
por defenderme y andaré renqueando.  
Amor, tú a mí no me desgraciarías  
ni la mitad que yo, si me cambiases;  
enséñame tu anhelo y yo enseguida  
seré como un extraño si te place,  
no volveré a cruzarme en tu camino  
ni a deleitar mi lengua con tu nombre,  
no fuera que, tan solo con decirlo,  
pudieran inferir que me conoces.  
Por ti, yo iré en mi contra sin piedad  
tan solo por no amar al que has de odiar.

XC

*Then hate me when thou wilt, if ever, now,  
Now while the world is bent my deeds to cross,  
Join with the spite of fortune, make me bow,  
And do not drop in for an after-loss.  
Ah do not, when my heart hath scaped this sorrow,  
Come in the rearward of a conquered woe;  
Give not a windy night a rainy morrow  
To linger out a purposed overthrow.  
If thou wilt leave me, do not leave me last,  
When other petty griefs have done their spite,  
But in the onset come; so shall I taste  
At first the very worst of fortune's might,  
And other strains of woe, which now seem woe,  
Compared with loss of thee will not seem so.*

XC

Si me has de odiar, no dudes, hazlo ahora;  
haz, junto a mi desgracia, que me humille  
ahora que mi mundo se desploma;  
más tarde no habrá más para los buitres.  
Y si mi corazón se cura solo  
no vengas por detrás a conquistarme;  
llover sobre mojado no es el modo  
de prolongar el triste desenlace.  
Si me vas a dejar, hazlo enseguida,  
sin que otros sinsabores me conmuevan;  
embiste de una vez, que tengo prisa  
por saborear mi más dura condena.  
Al lado de perderte, otros dolores  
ni duelen ni parecen tan atroces.

XCI

*Some glory in their birth, some in their skill,  
Some in their wealth, some in their body's force,  
Some in their garments (though new-fangled ill),  
Some in their hawks and hounds, some in their horse,  
And every humour hath his adjunct pleasure  
Wherein it finds a joy above the rest.  
But these particulars are not my measure;  
All these I better in one general best.  
Thy love is better than high birth to me,  
Richer than wealth, prouder than garments' cost,  
Of more delight than hawks or horses be,  
And having thee of all men's pride I boast,  
    Wretched in this alone: that thou mayst take  
    All this away, and me most wretched make.*

XCI

Están quienes presumen de su alcurnia  
y quienes de sus bienes, maña o fuerza,  
de vestir —mal— lo último que se usa,  
del perro, del halcón o de la yegua.  
A cada humor le atañe una afición  
que solo satisface a quien la siente;  
yo en cambio sé que tengo la mejor  
pues todas, a su lado, empequeñecen.  
Tu amor es más valioso que el linaje,  
más rico que vestidos y valores,  
más caro que caballos o rapaces;  
tenerte me destaca de otros hombres.  
    Mas, mísero de mí: si tú te fueras  
    del lujo pasaría a la miseria.

XCII

*But do thy worst to steal thyself away,  
For term of life thou art assurèd mine,  
And life no longer than thy love will stay,  
For it depends upon that love of thine.  
Then need I not to fear the worst of wrongs  
When in the least of them my life hath end.  
I see a better state to me belongs  
Than that which on thy humour doth depend.  
Thou canst not vex me with inconstant mind,  
Since that my life on thy revolt doth lie.  
O, what a happy title do I find—  
Happy to have thy love, happy to die!  
    But what's so blessèd fair that fears no blot?  
    Thou mayst be false, and yet I know it not.*

XCII

Tú trata a toda costa de no hurtarte,  
que el sello que nos une es de por vida  
y sin tu amor la vida ya es en balde,  
pues de tu amor depende que perviva.  
Mi vida de lo peor se encuentra a salvo  
si con lo menos malo ya se muere:  
me auguro más a gusto en ese estado  
que a expensas de tu humor y sus vaivenes.  
Si acaba con mi vida un solo enredo,  
¿qué daño puede hacerme tu inconstancia?  
Feliz si soy tu amor, feliz si muero:  
qué hallazgo tan feliz es mi coartada.  
    Mas ¿qué hay tan grato que no sufra ofensa?  
    Podrías ser falso y yo ni darme cuenta.



XCIII

*So shall I live supposing thou art true  
Like a deceived husband; so love's face  
May still seem love to me, though altered new—  
Thy looks with me, thy heart in other place.  
For there can live no hatred in thine eye,  
Therefore in that I cannot know thy change.  
In many's looks the false heart's history  
Is writ in moods and frowns and wrinkles strange;  
But heaven in thy creation did decree  
That in thy face sweet love should ever dwell;  
Whate'er thy thoughts or thy heart's workings be,  
Thy looks should nothing thence but sweetness tell.  
How like Eve's apple doth thy beauty grow  
If thy sweet virtue answer not thy show!*

XCIII

He de vivir así, como el esposo  
burlado que tolera tus embustes  
y cree ver amor en ese rostro  
que, ausente el corazón, aún me confunde.  
Pues como nunca hay odio en tu mirada  
no encuentro allí señal de que has cambiado.  
Lo que otros corazones falsos callan  
acaba escrito en muecas, gestos, trazos;  
en ti parece haber mandado el cielo  
que siempre hubiera amor en tu semblante  
y nunca el corazón o el pensamiento  
alteren la dulzura que repartes.  
Es como el fruto de Eva tu belleza,  
que luce sin mostrarnos lo que encierra.

XCIV

*They that have power to hurt and will do none,  
That do not do the thing they most do show,  
Who moving others are themselves as stone,  
Unmovèd, cold, and to temptation slow—  
They rightly do inherit heaven's graces,  
And husband nature's riches from expense;  
They are the lords and owners of their faces,  
Others but stewards of their excellence.  
The summer's flower is to the summer sweet  
Though to itself it only live and die,  
But if that flower with base infection meet  
The basest weed outbraves his dignity;  
For sweetest things turn sourest by their deeds:  
Lilies that fester smell far worse than weeds.*

XCIV

Aquellos que, pudiendo herir, no hieren  
ni hacen tampoco lo que más enseñan,  
y permanecen, aun cuando conmueven,  
tan fríos e insensibles como piedras,  
son justos herederos de las gracias  
del cielo, que administran con mesura;  
son dueños y señores de sus caras:  
el resto, como mucho, los ayuda.  
La flor de estío luce en el verano,  
florece y se marchita por su cuenta;  
mas basta que la infecte algún hierbajo  
para que se resienta su nobleza:  
actuando mal se amarga lo más dulce;  
no hay peor olor que el lirio que se pudre.

XCIV

*How sweet and lovely dost thou make the shame  
Which, like a canker in the fragrant rose,  
Doth spot the beauty of thy budding name!  
O, in what sweets dost thou thy sins enclose!  
That tongue that tells the story of thy days,  
Making lascivious comments on thy sport,  
Cannot dispraise, but in a kind of praise,  
Naming thy name, blesses an ill report.  
O, what a mansion have those vices got  
Which for their habitation chose out thee,  
Where beauty's veil doth cover every blot  
And all things turns to fair that eyes can see!  
Take heed, dear heart, of this large privilege:  
The hardest knife ill used doth lose his edge.*

XCIV

¡Qué dulce y adorable es tu perfidia  
que, como un chancro en la fragante rosa,  
corroe tu buen nombre y lo mancilla!  
¡En qué dulzura envuelves la deshonra!  
La lengua que relata tus andanzas  
y abunda en la lascivia de tus lances  
quisiera difamarte mas te ensalza:  
nombrarte limpia el acta más infame.  
¡Y qué mansión habitan esos vicios  
al escogerte a ti como vivienda,  
cuya belleza vela lo nocivo  
y torna bella toda la impureza!  
Cuidado, corazón, con los antojos,  
que mellan el cuchillo más filoso.

XCVI

*Some say thy fault is youth, some wantonness;  
Some say thy grace is youth and gentle sport.  
Both grace and faults are loved of more and less;  
Thou mak'st faults graces that to thee resort.  
As on the finger of a thronèd queen  
The basest jewel will be well esteemed,  
So are those errors that in thee are seen  
To truths translated and for true things deemed.  
How many lambs might the stern wolf betray  
If like a lamb he could his looks translate!  
How many gazers mightst thou lead away  
If thou wouldst use the strength of all thy state!  
But do not so: I love thee in such sort  
As, thou being mine, mine is thy good report.*

XCVI

Te tildan de ser joven, descarriado,  
o por ser joven y vital te adulan,  
y todos —ricos, pobres— te aman algo:  
tus vicios son tus gracias, y las usas.  
Así como en el dedo de una reina  
la joya más vulgar parece cara,  
tus faltas se traducen en certezas  
y todos las encuentran atinadas.  
¿A cuántos corderitos sangraría  
el lobo que en cordero se traduce?  
¿A cuántos llevarías tú a la ruina  
si usaras todo el nervio de tu empuje?  
No lo hagas, pues mi amor es tan enorme  
que, si eres mío, mío es tu renombre.

XCVII

*How like a winter hath my absence been  
From thee, the pleasure of the fleeting year!  
What freezings have I felt, what dark days seen,  
What old December's bareness everywhere!  
And yet this time removed was summer's time,  
The teeming autumn big with rich increase,  
Bearing the wanton burden of the prime  
Like widowed wombs after their lords' decease.  
Yet this abundant issue seemed to me  
But hope of orphans and unfathered fruit,  
For summer and his pleasures wait on thee,  
And thou away, the very birds are mute;  
Or if they sing, 'tis with so dull a cheer  
That leaves look pale, dreading the winter's near.*

XCVII

¡Qué invierno fue no estar junto a tu lado,  
placer fugaz del año fulminante!  
¡Qué fríos padecí, qué días magros!  
¡Diciembre y su escasez en todas partes!  
Todo ello fue en verano, y a las puertas  
del pingüe otoño, que en su vientre orondo  
portaba ya la mies de primavera  
como una viuda encinta sin su esposo.  
Quimeras, orfandad, frutos perdidos  
es cuanto yo veía en la abundancia,  
pues tienes al verano a tu servicio  
y si no estás, los pájaros no cantan  
o trinan, al cantar, tan tristemente  
que, trémulas, las hojas palidecen.

XCVIII

*From you have I been absent in the spring  
When proud-pied April, dressed in all his trim,  
Hath put a spirit of youth in everything,  
That heavy Saturn laughed and leapt with him.  
Yet nor the lays of birds nor the sweet smell  
Of different flowers in odour and in hue  
Could make me any summer's story tell,  
Or from their proud lap pluck them where they grew;  
Nor did I wonder at the lily's white,  
Nor praise the deep vermilion in the rose.  
They were but sweet, but figures of delight  
Drawn after you, you pattern of all those;  
Yet seemed it winter still, and, you away,  
As with your shadow I with these did play.*

XCVIII

En primavera tuve que ausentarme;  
abril, luciendo sus mejores galas,  
sembraba juventud por todas partes  
y hasta Saturno el grave retozaba.  
Mas ni los cantos de las avecillas  
me inspirarían cuentos de verano  
ni, oliendo tantas flores coloridas,  
así sus tallos para hacerme un ramo:  
no me extasiaba el blanco de los lirios  
ni el bermellón profundo de la rosa,  
figuras que arrebatan los sentidos,  
copiadas de tu molde, como todas.  
Y si jugué con ellas, fue siguiendo  
tu sombra, pues no estabas y era invierno.

XCIX

*The forward violet thus did I chide:  
Sweet thief, whence didst thou steal thy sweet that smells,  
If not from my love's breath? The purple pride  
Which on thy soft cheek for complexion dwells  
In my love's veins thou hast too grossly dyed.  
The lily I condemnèd for thy hand,  
And buds of marjoram had stol'n thy hair;  
The roses fearfully on thorns did stand,  
One blushing shame, another white despair;  
A third, nor red nor white, had stol'n of both,  
And to his robb'ry had annexed thy breath;  
But for his theft in pride of all his growth  
A vengeful canker ate him up to death.  
More flowers I noted, yet I none could see  
But sweet or colour it had stol'n from thee.*

XCIX

Ladrona —reprendí yo a la violeta  
precoz—, ¿no habrás robado tu perfume  
del soplo de mi amado? De sus venas  
sacaste el noble tinte con que cubres  
de púrpura tu suave consistencia.  
Copió tu mano el lirio y lo juzgué;  
el haz de mejorana hurtó tu pelo;  
las rosas, espinadas, eran tres:  
color rubor y blanco desespero,  
y una tercera, a medias roja y blanca,  
que aunaba a sus colores tu frescor:  
por ese robo, en plena exuberancia,  
un verme vengador la carcomió.  
Había muchas flores, pero todas  
robaban tus colores o tu aroma.

C

*Where art thou, muse, that thou forget'st so long  
To speak of that which gives thee all thy might?  
Spend'st thou thy fury on some worthless song,  
Dark'ning thy power to lend base subjects light?  
Return, forgetful muse, and straight redeem  
In gentle numbers time so idly spent;  
Sing to the ear that doth thy lays esteem  
And gives thy pen both skill and argument.  
Rise, resty muse, my love's sweet face survey  
If time have any wrinkle graven there.  
If any, be a satire to decay  
And make time's spoils despisèd everywhere.  
Give my love fame faster than time wastes life;  
So, thou prevene'st his scythe and crookèd knife.*

C

Oh, musa, ¿dónde has ido que te olvidas  
de hablar de aquello que te da sustancia?  
¿Malgastas tu furor en cancioncillas  
vulgares que al brillar a ti te opacan?  
Regresa, olvidadiza, y rinde cuenta  
del tiempo malgastado como debes:  
cantándole al oído que te aprecia  
y que da rumbo y tino a tus haberes.  
Levanta y dime, musa perezosa,  
¿ha ajado el tiempo el rostro que yo adoro?  
Si fuera así, pon a la ruina en solfa  
y búrlate del tiempo y sus despojos.  
Haz célebre a mi amor antes que caiga  
el tiempo encima de él con su guadaña.



CI

*O truant muse, what shall be thy amends  
For thy neglect of truth in beauty dyed?  
Both truth and beauty on my love depends;  
So dost thou too, and therein dignified.  
Make answer, muse. Wilt thou not haply say  
'Truth needs no colour with his colour fixed,  
Beauty no pencil beauty's truth to lay,  
But best is best if never intermixed'?  
Because he needs no praise wilt thou be dumb?  
Excuse not silence so, for 't lies in thee  
To make him much outlive a gilded tomb,  
And to be praised of ages yet to be.  
Then do thy office, muse. I teach thee how  
To make him seem long hence as he shows now.*

CI

Oh musa aviesa, paga tu desdoro  
a la verdad teñida de belleza.  
Las dos dependen de mi amor; no hay modo  
que te honre más que depender como ellas.  
Di, musa, si tú crees que necesita  
colores la verdad que la resalten.  
¿Pintada la belleza es más cumplida?  
¿Mejora lo mejor al combinarse?  
Tú excusas tu mudez en que él no tiene  
necesidad de halagos; tú procura  
que viva su memoria y lo veneren  
más tiempo que a los oros de su tumba.  
Haz tus deberes, musa: yo te enseño  
a que su estampa viva en el recuerdo.

## CII

*My love is strengthened, though more weak in seeming.  
I love not less, though less the show appear.  
That love is merchandized whose rich esteeming  
The owner's tongue doth publish everywhere.  
Our love was new and then but in the spring  
When I was wont to greet it with my lays,  
As Philomel in summer's front doth sing,  
And stops his pipe in growth of riper days—  
Not that the summer is less pleasant now  
Than when her mournful hymns did hush the night,  
But that wild music burdens every bough,  
And sweets grown common lose their dear delight.  
Therefore like her I sometime hold my tongue,  
Because I would not dull you with my song.*

## CII

Mi amor no mengua aunque parezca magro  
ni aunque lo muestre poco te amo menos:  
ir pregonando a voces sus encantos  
expone al propio amor al mercadeo.  
Ya cuando en nuestro amor fue primavera  
lo festejé con versos y romanzas,  
igual que canta en mayo Filomela,  
que cierra el pico cuando hay abundancia.  
Y aunque el verano no es menos sabroso  
ahora, sin sus salmos nocturnales,  
se suman en las ramas tantos coros  
que el dulce repetido ya no place.  
Por eso suelo hacer callar mi voz:  
no quiero que te hastíe mi canción.

### CIII

*Alack, what poverty my muse brings forth  
That, having such a scope to show her pride,  
The argument all bare is of more worth  
Than when it hath my added praise beside!  
O blame me not if I no more can write!  
Look in your glass and there appears a face  
That overgoes my blunt invention quite,  
Dulling my lines and doing me disgrace.  
Were it not sinful then, striving to mend,  
To mar the subject that before was well?—  
For to no other pass my verses tend  
Than of your graces and your gifts to tell;  
    And more, much more, than in my verse can sit  
    Your own glass shows you when you look in it.*

### CIII

¡Tan pobre es, ay, lo que da a luz mi musa  
que, habida la ocasión donde lucirse,  
es más vistosa la verdad desnuda  
que cuando mis halagos la revisten!  
¡No me reproches que te escriba poco!  
La cara que tú ves en el espejo  
supera mis recursos, que son toscos,  
y difumina sin piedad mis versos.  
Pues ¿no es pecaminoso deslucir  
lo bueno por querer perfeccionarlo?  
Si escribo versos solo es con el fin  
de describir tu gracia y tus encantos.  
    Tu espejo enseña mucho, mucho más  
    de lo que en mi poesía puede entrar.

CIV

*To me, fair friend, you never can be old;  
For as you were when first your eye I eyed,  
Such seems your beauty still. Three winters cold  
Have from the forests shook three summers' pride;  
Three beauteous springs to yellow autumn turned  
In process of the seasons have I seen,  
Three April perfumes in three hot Junes burned  
Since first I saw you fresh, which yet are green.  
Ah yet doth beauty, like a dial hand,  
Steal from his figure and no pace perceived;  
So your sweet hue, which methinks still doth stand,  
Hath motion, and mine eye may be deceived.  
For fear of which, hear this, thou age unbred:  
Ere you were born was beauty's summer dead.*

CIV

Tú para mí jamás podrás ser viejo  
pues en tus ojos hay, ay, aires dulces  
e intacta es tu belleza. Tres inviernos  
dejaron al verano sin sus bucles,  
tiñeron su raudal tres primaveras  
de ocre otoñal y en tres junios ardientes  
quemaron tres abriles sus esencias  
desde que te encontré, y aún estás verde.  
Mas la belleza huye, imperceptible,  
igual que en el reloj la sombra horaria;  
así, tu hermosa huella no es tan firme  
y avanza ajena a mi ojo, que se engaña.  
Cuidado, juventud: ¿cuántos veranos  
agonizaron antes de tu parto?

CV

*Let not my love be called idolatry,  
Nor my belovèd as an idol show,  
Since all alike my songs and praises be  
To one, of one, still such, and ever so.  
Kind is my love today, tomorrow kind,  
Still constant in a wondrous excellence.  
Therefore my verse, to constancy confined,  
One thing expressing, leaves out difference.  
'Fair, kind, and true' is all my argument,  
'Fair, kind, and true' varying to other words,  
And in this change is my invention spent,  
Three themes in one, which wondrous scope affords.  
    Fair, kind, and true have often lived alone,  
    Which three till now never kept seat in one.*

CV

Mi amor no ha de llamarse idolatría  
ni es ídolo mi amado si mis himnos  
y todas mis canciones se originan  
en uno, solo en uno y siempre el mismo.  
Tan bueno es hoy mi amor como mañana  
y tal es su excelencia que es constante;  
por eso, si me ciño a la constancia,  
me expreso sobre un todo, no su parte.  
«Hermoso, bueno, honesto» es mi argumento;  
«hermoso, bueno, honesto» o cosa igual;  
en esas variaciones me entretengo,  
fundiendo tres en uno sin parar.  
    Hermoso, bueno, honesto: salvo en ti,  
    se han dado separados, nunca así.

CVI

*When in the chronicle of wasted time  
I see descriptions of the fairest wights,  
And beauty making beautiful old rhyme  
In praise of ladies dead and lovely knights;  
Then in the blazon of sweet beauty's best,  
Of hand, of foot, of lip, of eye, of brow,  
I see their antique pen would have expressed  
Even such a beauty as you master now.  
So all their praises are but prophecies  
Of this our time, all you prefiguring,  
And for they looked but with divining eyes  
They had not skill enough your worth to sing;  
For we which now behold these present days  
Have eyes to wonder, but lack tongues to praise.*

CVI

Si me tropiezo en crónicas de antaño  
con descripciones de criaturas bellas,  
con rimas que lo bello ha mejorado  
de hidalgos lánguidos y damas muertas,  
en el blasón de la belleza antigua,  
en manos, pies, en labios, ojos, frente,  
descubro que esas plumas bien podrían  
cantarle a la belleza que posees.  
Por tanto, sus elogios son augurios  
de nuestro tiempo y aunque prefiguran  
tu aspecto y te hayan visto en el futuro,  
se quedan cortos ante tu valúa.  
Y ahora que podemos admirarte  
nos faltan buenas lenguas que te canten.

CVII

*Not mine own fears nor the prophetic soul  
Of the wide world dreaming on things to come  
Can yet the lease of my true love control,  
Supposed as forfeit to a confined doom.  
The mortal moon hath her eclipse endured,  
And the sad augurs mock their own presage;  
Incertainties now crown themselves assured,  
And peace proclaims olives of endless age.  
Now with the drops of this most balmy time  
My love looks fresh, and death to me subscribes,  
Since spite of him I'll live in this poor rhyme  
While he insults o'er dull and speechless tribes;  
    And thou in this shalt find thy monument  
    When tyrants' crests and tombs of brass are spent.*

CVII

Ni la profética alma de este mundo,  
que en sueños ve el futuro, ni mis miedos,  
echando mano de actas y trasuntos,  
darán cerco a mi amor puro y sincero.  
Mortal, la luna superó su eclipse  
y los augures rieron de sí mismos;  
lo que era incierto va corona en ristre  
y anuncian una paz rica en olivos.  
Mi amor, en estos jubilosos días,  
resurge y, mal que le pese a la muerte,  
yo sigo vivo en estas pobres rimas  
y ella, diezmando a tribus balbucientes.  
    Mas cuando los tiranos y sus gestos  
    no estén, tú aquí tendrás tu monumento.

### CVIII

*What's in the brain that ink may character  
Which hath not figured to thee my true spirit?  
What's new to speak, what now to register,  
That may express my love or thy dear merit?  
Nothing, sweet boy; but yet like prayers divine  
I must each day say o'er the very same,  
Counting no old thing old, thou mine, I thine,  
Even as when first I hallowed thy fair name.  
So that eternal love in love's fresh case  
Weighs not the dust and injury of age,  
Nor gives to necessary wrinkles place,  
But makes antiquity for aye his page,  
Finding the first conceit of love there bred  
Where time and outward form would show it dead.*

### CVIII

¿Qué hay en la mente digno de ir a imprenta  
que yo con el espíritu callase?  
¿Qué modo de decir, qué forma nueva  
para expresar mi amor y tus bondades?  
No hay nada, dulce niño, pero a diario  
repito, cual plegaria, que eres mío  
y tuyo soy, igual que como cuando  
santifiqué tu nombre en nuestro inicio.  
Así, el amor eterno, en esa piel,  
al polvo de la edad le quita peso  
y mira a las arrugas con desdén  
pues hace de lo antiguo un texto nuevo,  
y encuentra allí el retoño de amor puro  
que tiempo y forma quieren ver difunto.



CIX

*O never say that I was false of heart,  
Though absence seemed my flame to qualify—  
As easy might I from myself depart  
As from my soul, which in thy breast doth lie.  
That is my home of love. If I have ranged,  
Like him that travels I return again,  
Just to the time, not with the time exchanged,  
So that myself bring water for my stain.  
Never believe, though in my nature reigned  
All frailties that besiege all kinds of blood,  
That it could so preposterously be stained  
To leave for nothing all thy sum of good;  
For nothing this wide universe I call  
Save thou my rose; in it thou art my all.*

CIX

No digas nunca que te he sido indigno  
ni que la ausencia mitigó mi fuego  
pues antes me separo de mí mismo  
y no de mi alma, que vive en tu pecho.  
Es mi redil de amor: si he dado tumbos,  
como el que viaja, siempre vuelvo a casa;  
y vuelvo a tiempo, y en el tiempo justo,  
con agua para reparar mi mancha.  
No vayas a creer que, si me vencen  
las sólitas flaquezas de la sangre,  
me dejaré manchar tan tontamente  
para perder por nada lo que vales;  
pues nada es lo que suma el universo  
y en él, mi rosa, tú eres todo el resto.

CX

*Alas, 'tis true, I have gone here and there  
And made myself a motley to the view,  
Gored mine own thoughts, sold cheap what is most dear,  
Made old offences of affections new.  
Most true it is that I have looked on truth  
Askance and strangely. But, by all above,  
These blenches gave my heart another youth,  
And worse essays proved thee my best of love.  
Now all is done, have what shall have no end;  
Mine appetite I never more will grind  
On newer proof to try an older friend,  
A god in love, to whom I am confined.  
Then give me welcome, next my heaven the best,  
Even to thy pure and most most loving breast.*

CX

Pues, sí, es verdad, he estado aquí y allá  
y fui un bufón en muchas ocasiones,  
me traicioné, vendí barato y mal  
mi bien, y eché a perder nuevos amores.  
A la verdad, es cierto, le presté  
poca atención; pero, válgame el cielo,  
ir y venir me hizo reverdecer,  
y errar, ver que tu amor era el más bueno.  
Eso acabó pero esto no se acaba:  
no volveré a aguzar mis apetitos  
ni someter a prueba en nuevas catas  
el imperioso amor de un viejo amigo.  
Tú que eres mi paraíso, dame amparo  
en tu pecho tan puro y tan amado.

CXI

*O, for my sake do you with fortune chide,  
The guilty goddess of my harmful deeds,  
That did not better for my life provide  
Than public means which public manners breeds.  
Thence comes it that my name receives a brand,  
And almost thence my nature is subdued  
To what it works in, like the dyer's hand.  
Pity me then, and wish I were renewed,  
Whilst like a willing patient I will drink  
Potions of eisel 'gainst my strong infection;  
No bitterness that I will bitter think,  
Nor double penance to correct correction.  
Pity me then, dear friend, and, I assure ye  
Even that your pity is enough to cure me.*

CXI

Regaña de mi parte a la fortuna,  
la diosa responsable de mis faltas,  
pues solo supo darme con largura  
medios mundanos y maneras bastas.  
Como la tinta tiñe al tintorero,  
así mi oficio me ha teñido el nombre  
y a veces tiñe mi temperamento:  
desea, por piedad, que me recobre.  
Yo, como un buen paciente, beberé  
vinagres en poción contra mi peste;  
no hay amargura que me amargue el ser  
ni doble reprensión que me enderece.  
Tenme piedad, amigo: por mi parte  
me basta tu piedad para curarme.

CXII

*Your love and pity doth th'impresion fill  
Which vulgar scandal stamped upon my brow;  
For what care I who calls me well or ill,  
So you o'er-green my bad, my good allow?  
You are my all the world, and I must strive  
To know my shames and praises from your tongue—  
None else to me, nor I to none alive,  
That my steeled sense or changes, right or wrong.  
In so profound abyss I throw all care  
Of others' voices that my adder's sense  
To critic and to flatterer stoppèd are.  
Mark how with my neglect I do dispense:  
    You are so strongly in my purpose bred  
    That all the world besides, methinks, they're dead.*

CXII

Tu amor y tu piedad borran la marca  
que el vil escándalo grabó en mi frente;  
¿qué importa que me insulten o me aplaudan  
si tú me apruebas y me reverdeces?  
Tú para mí eres todo el mundo y debo  
saber si acierto o fallo por tu boca;  
no hay nadie como tú, ni vivo o muerto,  
que cimbre mi metal como le antoja.  
A tan profundo abismo he arrojado  
cualquier rumor ajeno que soy sordo  
cual áspid a las críticas y halagos.  
Mas mi desdén se excusa de este modo:  
    tan dentro estás de mí que, salvo a ti,  
    veo a todo el mundo muerto o por morir.

CXIII

*Since I left you mine eye is in my mind,  
And that which governs me to go about  
Doth part his function and is partly blind,  
Seems seeing, but effectually is out;  
For it no form delivers to the heart  
Of bird, of flower, or shape which it doth latch.  
Of his quick objects hath the mind no part,  
Nor his own vision holds what it doth catch;  
For if it see the rud'st or gentlest sight,  
The most sweet favour or deformèd'st creature,  
The mountain or the sea, the day, or night,  
The crow or dove, it shapes them to your feature.  
Incapable of more, replete with you,  
My most true mind thus makes mine eye untrue.*

CXIII

El ojo, que me guía para andar,  
está en mi mente desde que me fui:  
parece ver, mas de hecho viene y va  
y, a medias ciego, se ha de repartir;  
no ofrece al corazón ninguna forma  
de flor o de ave, cuando las atrapa,  
ni deja en mente rastro de las cosas  
veloces, ni retiene lo que caza.  
Ya sea horrible o bello lo que mira,  
un ser deforme o el más agraciado,  
el mar o la montaña, noche o día,  
paloma o cuervo, todo es tu retrato.  
Sin otra opción, repleta de ti solo,  
mi mente sí es veraz, la engaña el ojo.

CXIV

*Or whether doth my mind, being crowned with you,  
Drink up the monarch's plague, this flattery,  
Or whether shall I say mine eye saith true,  
And that your love taught it this alchemy,  
To make of monsters and things indigest  
Such cherubins as your sweet self resemble,  
Creating every bad a perfect best  
As fast as objects to his beams assemble?  
O, 'tis the first, 'tis flatt'ry in my seeing,  
And my great mind most kingly drinks it up.  
Mine eye well knows what with his gust is 'greeing,  
And to his palate doth prepare the cup.  
If it be poisoned, 'tis the lesser sin  
That mine eye loves it and doth first begin.*

CXIV

¿Será que, coronada por ti, bebe  
mi mente el mal de reyes del halago?  
¿O he de decir que mi ojo no es quien miente  
y que tu amor la alquimia le ha enseñado  
de convertir a monstruos y desechos  
en dulces querubines de tu porte,  
trocando lo más basto en lo perfecto  
en cuanto el haz del ojo lo recoge?  
Es lo primero, sí: mi vista alaba  
y mi gran mente bebe majestuosa,  
pues mi ojo la conoce y le prepara  
a gusto de su paladar la copa.  
Qué importa que contenga ese veneno  
si mi ojo, por amor, bebe primero.

CXV

*Those lines that I before have writ do lie,  
Even those that said I could not love you dearer;  
Yet then my judgement knew no reason why  
My most full flame should afterwards burn clearer.  
But reckoning time, whose millioned accidents  
Creep in 'twixt vows and change decrees of kings,  
Tan sacred beauty, blunt the sharp'st intents,  
Divert strong minds to th' course of alt'ring things—  
Alas, why, fearing of time's tyranny,  
Might I not then say 'Now I love you best',  
When I was certain o'er uncertainty,  
Crowning the present, doubting of the rest?  
Love is a babe; then might I not say so,  
To give full growth to that which still doth grow.*

CXV

Los versos que antes escribí mentían,  
incluso cuando dije que no puedo  
quererte más; entonces no sabía  
qué enhiesta iba a crecer mi llama luego.  
El tiempo es implacable y sus mil trances  
alteran los decretos y promesas,  
mancillan la belleza, turban planes  
y apartan al juicioso de su senda.  
Ah, ¿cómo no decir entonces: «te amo  
hoy más que nunca», cuando solo estaba  
seguro de que el tiempo es un tirano  
y que el presente es todo; el resto, nada?  
Amor es un infante y no ha crecido;  
¿no crecerá mejor si no lo digo?

CXVI

*Let me not to the marriage of true minds  
Admit impediments. Love is not love  
Which alters when it alteration finds,  
Or bends with the remover to remove.  
O no, it is an ever fixèd mark  
That looks on tempests and is never shaken;  
It is the star to every wand'ring barque,  
Whose worth's unknown although his height be taken.  
Love's not time's fool, though rosy lips and cheeks  
Within his bending sickle's compass come;  
Love alters not with his brief hours and weeks,  
But bears it out even to the edge of doom.  
If this be error and upon me proved,  
I never writ, nor no man ever loved.*

CXVI

No admito que se impida el matrimonio  
sincero entre dos almas. No es amor  
el que ante la mudanza muda el modo  
o marcha con aquel que se marchó.  
Amor es como un faro impenitente  
que arrostra las tormentas sin bandearse;  
lucero de las barcas que se pierden,  
ignoto a la razón, no a los compases.  
Por más que hienda labios y mejillas  
con su guadaña, no es bufón del tiempo,  
ni muda con el paso de los días  
ni cesa hasta las lindes de lo eterno.  
Si no es así y estoy errado, entonces  
ni yo escribí ni amó jamás un hombre.



CXVII

*Accuse me thus: that I have scanted all  
Wherein I should your great deserts repay,  
Forgot upon your dearest love to call  
Whereto all bonds do tie me day by day;  
That I have frequent been with unknown minds,  
And given to time your own dear-purchased right;  
That I have hoisted sail to all the winds  
Which should transport me farthest from your sight.  
Book both my wilfulness and errors down,  
And on just proof surmise accumulate;  
Bring me within the level of your frown,  
But shoot not at me in your wakened hate,  
    Since my appeal says I did strive to prove  
    The constancy and virtue of your love.*

CXVII

Acúsame nomás de ser mezquino  
y no pagar tus gracias con holgura,  
de no atender tu amor como es debido,  
por más vínculos diarios que nos unan;  
de frecuentar a espíritus ajenos  
y malgastar lo tuyo sin medida,  
de izar la vela al son de cualquier viento  
que me transporte lejos de tu vista.  
Registra mis porfías y mis faltas,  
basado en ellas ábreme sumario,  
y apúntame con una mueca amarga  
mas sin mojar en odio tus disparos.  
    Pues ¿cuál ha sido siempre mi intención?  
    Probar la fe y constancia de tu amor.

## CXVIII

*Like as, to make our appetites more keen,  
With eager compounds we our palate urge;  
As to prevent our maladies unseen  
We sicken to shun sickness when we purge:  
Even so, being full of your ne'er cloying sweetness,  
To bitter sauces did I frame my feeding,  
And, sick of welfare, found a kind of meetness  
To be diseased ere that there was true needing.  
Thus policy in love, t'anticipate  
The ills that were not, grew to faults assured,  
And brought to medicine a healthful state  
Which, rank of goodness, would by ill be cured.  
But thence I learn, and find the lesson true:  
Drugs poison him that so fell sick of you.*

## CXVIII

Así como apelamos a compuestos  
a fin de estimular nuestro apetito  
o, en prevención de males encubiertos,  
sabemos dar al cuerpo un lavativo,  
yo, ahíto de tu mórbida dulzura,  
me dediqué a comer amargas salsas  
y, hastiado de bondad, busqué fortuna  
en la dolencia, sin necesitarla.  
Actuando así, el amor, por prevenir  
lo que aún no era dolor, cayó en el mal  
y puso en tratamiento al bien que, al fin,  
tan solo al enfermar se curará.  
De aquí aprendí que el que de ti se enferma,  
si toma medicinas, se envenena.

CXIX

*What potions have I drunk of siren tears  
Distilled from limbecks foul as hell within,  
Applying fears to hopes and hopes to fears,  
Still losing when I saw myself to win!  
What wretched errors hath my heart committed  
Whilst it hath thought itself so blessèd never!  
How have mine eyes out of their spheres been fitted  
In the distraction of this madding fever!  
O benefit of ill! Now I find true  
That better is by evil still made better,  
And ruined love when it is built anew  
Grows fairer than at first, more strong, far greater.  
So I return rebuked to my content,  
And gain by ill's thrice more than I have spent.*

CXIX

¡Qué llanto de sirenas he bebido,  
filtrado en alambiques sulfurosos,  
mezclando lo que temo y lo que aspiro,  
perdiendo aunque creí ganar en todo!  
¡Qué malos tumbos dio mi corazón,  
creyéndose más plácido que nunca!  
¡Qué fiebre enloquecida me dejó  
sin ojos en las órbitas y a oscuras!  
¡Oh, utilidad del mal! Ahora veo claro  
que el bien, gracias al mal, mejora mucho  
y que el amor en ruinas, renovado,  
vuelve a crecer más fuerte, grande y puro.  
Regreso escarmentado a mi redil:  
gané, con mal, tres veces lo que di.

CXX

*That you were once unkind befriends me now,  
And for that sorrow which I then did feel  
Needs must I under my transgression bow,  
Unless my nerves were brass or hammered steel.  
For if you were by my unkindness shaken  
As I by yours, you've past a hell of time,  
And I, a tyrant, have no leisure taken  
To weigh how once I suffered in your crime.  
O that our night of woe might have remembered  
My deepest sense how hard true sorrow hits,  
And soon to you as you to me then tendered  
The humble salve which wounded bosoms fits!  
But that your trespass now becomes a fee;  
Mine ransoms yours, and yours must ransom me.*

CXX

Si ahora me conviene que me hieras  
es porque ese dolor que tuve dentro  
me obliga a reprocharme mis bajezas:  
mis nervios, ya lo ves, no son de acero.  
Pues si mi felonía te hizo daño  
igual que a mí la tuya, habrás vivido  
un infernal suplicio y yo, tirano,  
no me paré a pensar en mi martirio.  
¡Ay, nuestra noche triste no logró  
hacerme recordar cuánto se sufre  
y compartir contigo el simple alcohol  
que friegue las heridas que nos unen!  
Por suerte tu pecado es una fianza  
y el uno con el otro al fin se saldan.

CXXI

*'Tis better to be vile than vile esteemed  
When not to be receives reproach of being,  
And the just pleasure lost, which is so deemed  
Not by our feeling but by others' seeing.  
For why should others' false adulterate eyes  
Give salutation to my sportive blood?  
Or on my frailties why are frailer spies,  
Which in their wills count bad what I think good?  
No, I am that I am, and they that level  
At my abuses reckon up their own.  
I may be straight, though they themselves be bevel;  
By their rank thoughts my deeds must not be shown,  
Unless this general evil they maintain:  
All men are bad and in their badness reign.*

CXXI

Mejor es ser malvado que mal visto  
si no nos juzgarán por lo que somos  
ni se valorará lo que sentimos  
sino lo que otros vean en nosotros.  
¿Por qué han de festejar los ojos falsos  
y adulterados de otros mis deportes,  
meterse en mi bajeza espías bajos  
a confundir mi bien con sus pasiones?  
Soy el que soy y quienes crean verme  
en mis abusos de hecho ven los suyos.  
Quizá se tuerzan ellos y yo acierte:  
no he de fiarme de su juicio impuro  
a menos que demuestren que sea cierto  
que el hombre es malo y la maldad, su imperio.

CXXII

*Thy gift, thy tables, are within my brain  
Full characterized with lasting memory,  
Which shall above that idle rank remain  
Beyond all date, even to eternity;  
Or at the least so long as brain and heart  
Have faculty by nature to subsist,  
Till each to razed oblivion yield his part  
Of thee, thy record never can be missed.  
That poor retention could not so much hold,  
Nor need I tallies thy dear love to score;  
Therefore to give them from me was I bold,  
To trust those tables that receive thee more.  
    To keep an adjunct to remember thee  
    Were to import forgetfulness in me.*

CXXII

Tu don fue una libreta que conservo  
impresa por completo en la memoria,  
que es tanto o más eterna que los tiempos  
y más durable que esas simples notas;  
pues mientras corazón y mente vivan  
y no le entreguen al filoso olvido  
la parte tuya que ambos retenían,  
va a estar a buen recaudo tu registro.  
Mas poco ha de caber en la libreta  
ni ha menester mi amor de calendario;  
por tanto, no te enoje que la diera,  
confiándote a mejores memorandos.  
    Si en un dietario yo te recordase,  
    admitiría que podré olvidarte.

CXXIII

*No, time, thou shalt not boast that I do change!  
Thy pyramids built up with newer might  
To me are nothing novel, nothing strange,  
They are but dressings of a former sight.  
Our dates are brief, and therefore we admire  
What thou dost foist upon us that is old,  
And rather make them born to our desire  
Than think that we before have heard them told.  
Thy registers and thee I both defy,  
Not wond'ring at the present, nor the past;  
For thy records and what we see doth lie,  
Made more or less by thy continual haste.  
    This I do vow, and this shall ever be:  
    I will be true despite thy scythe and thee.*

CXXIII

No, tiempo, no te jactes de que cambio:  
sé bien que las pirámides que alzaste  
son meras construcciones del pasado  
que tú disfrazas como novedades.  
Tan breve es nuestro tránsito que aquello  
que pasa por antiguo nos admira;  
nos place más colmar nuestro deseo  
que recordar que es cosa conocida.  
Te desafío a ti y a tus archivos:  
recelo del pasado y del presente  
pues corres a tal ritmo enloquecido  
que tu visión y lo que vemos mienten.  
    Ni tu hoz ni tú, lo juro, impedirán  
    que siga siendo fiel a la verdad.

CXXIV

*If my dear love were but the child of state  
It might for fortune's bastard be unfathered,  
As subject to time's love or to time's hate,  
Weeds among weeds or flowers with flowers gathered.  
No, it was builded far from accident;  
It suffers not in smiling pomp, nor falls  
Under the blow of thrallèd discontent  
Whereto th'inviting time our fashion calls.  
It fears not policy, that heretic  
Which works on leases of short-numbered hours,  
But all alone stands hugely politic,  
That it nor grows with heat nor drowns with showers.  
    To this I witness call the fools of time,  
    Which die for goodness, who have lived for crime.*

CXXIV

Si fuera cierto que mi amor es hijo  
bastardo de fortuna, sin un padre,  
sería, al son del tiempo y sus caprichos,  
flor entre flores, hierba en los hierbales.  
Mas, lejos de surgir por accidente,  
no es víctima de la sonriente pompa  
ni en aras de los tiempos se somete  
al agrio descontento que es la moda.  
No teme a la política, herejía  
que lo reduce todo a corto plazo;  
su envergadura, en cambio, sí es política,  
incólume al calor o los chubascos.  
    Testigo de ello es el bufón del tiempo,  
    que muere honrado y vive delinquiendo.



CXXV

*Were't aught to me I bore the canopy,  
With my extern the outward honouring,  
Or laid great bases for eternity  
Which proves more short than waste or ruining?  
Have I not seen dwellers on form and favour  
Lose all and more by paying too much rent,  
For compound sweet forgoing simple savour,  
Pitiful thrivers in their gazing spent?  
No, let me be obsequious in thy heart,  
And take thou my oblation, poor but free,  
Which is not mixed with seconds, knows no art  
But mutual render, only me for thee.  
Hence, thou suborned informer! A true soul  
When most impeached stands least in thy control.*

CXXV

¿Acaso me concierne ir bajo palio  
haciendo ostentación de mi obsecuencia,  
o cimentar lo eterno incluso cuando  
resulte ser endeble y no trascienda?  
¿No he visto yo a inquilinos del empaque  
perder en alquileres todo y más,  
y despreciar lo simple y endeudarse  
por dar satisfacción a su ansiedad?  
Yo solo obsequiaré a tu corazón  
con una ofrenda pobre pero honrada,  
sin mixtificaciones ni otro don  
que el de la entrega mutua que nos ata.  
¡Cuidado, delator! Las almas puras  
se te escabullen cuando las acusas.

CXXVI

*O thou my lovely boy, who in thy power  
Dost hold time's fickle glass, his sickle-hour;  
Who hast by waning grown, and therein show'st  
Thy lovers withering as thy sweet self grow'st—  
If nature, sovereign mistress over wrack,  
As thou goest onwards still will pluck thee back,  
She keeps thee to this purpose: that her skill  
May time disgrace, and wretched minutes kill.  
Yet fear her, O thou minion of her pleasure!  
She may detain but not still keep her treasure.*

*Her audit, though delayed, answered must be,  
And her quietus is to render thee.*

[ ]

[ ]

CXXVI

Oh niño de mi vida, que retrasas  
las horas, el espejo, la guadaña,  
y en tanto tú floreces, por contraste,  
parecen marchitarse tus amantes.  
Natura, que se impone sobre el tiempo,  
permite que no sufras sus efectos  
pues, mientras te retiene, ella aniquila  
los lóbregos minutos y la ruina.  
¡Mas témela, juguete de su gozo!  
Por mucho que retenga su tesoro  
también natura paga lo que debe  
y el saldo de esta cuenta es devolverte.

[ ]

[ ]

CXXVII

*In the old age black was not counted fair,  
Or if it were, it bore not beauty's name;  
But now is black beauty's successive heir,  
And beauty slandered with a bastard shame:  
For since each hand hath put on nature's power,  
Fairing the foul with art's false borrowed face,  
Sweet beauty hath no name, no holy bower,  
But is profaned, if not lives in disgrace.  
Therefore my mistress' eyes are raven-black,  
Her brows so suited, and they mourners seem  
At such who, not born fair, no beauty lack,  
Sland'ring creation with a false esteem.  
Yet so they mourn, becoming of their woe,  
That every tongue says beauty should look so.*

CXXVII

Antaño no era límpido lo negro  
o al menos no invocaba la belleza;  
ahora el color negro es su heredero  
y cubre a la belleza de vergüenza.  
Y puesto que le es dado a cualquier mano  
embellecer lo feo con barnices,  
se queda la belleza sin santuario,  
sin nombre, profanada, sola y triste.  
Por eso los dos ojos de mi amada  
son negros como cuervos que parecen  
dolerse porque la belleza falsa  
se impone sobre todo lo que crece,  
y es tan genuino el luto de esos ojos  
que encarnan la belleza para todos.

CXXVIII

*How oft, when thou, my music, music play'st  
Upon that blessèd wood whose motion sounds  
With thy sweet fingers when thou gently sway'st  
The wiry concord that mine ear confounds,  
Do I envy those jacks that nimble leap  
To kiss the tender inward of thy hand  
Whilst my poor lips, which should that harvest reap,  
At the wood's boldness by thee blushing stand!  
To be so tickled they would change their state  
And situation with those dancing chips  
O'er whom thy fingers walk with gentle gait,  
Making dead wood more blessed than living lips.  
    Since saucy jacks so happy are in this,  
    Give them thy fingers, me thy lips to kiss.*

CXXVIII

En cuanto tú, mi música, le arrancas  
a la madera noble sus sonidos  
y con tus dedos cálidos desgranas  
la música que nubla mis oídos,  
envidio al instrumento que te besa,  
solícito, las yemas de las manos,  
y arranca de mis labios la cosecha  
por la que suspiraban, sonrojados.  
Querrían, por sentir esas cosquillas,  
cambiar su suerte por la de las llaves  
que bajo el roce de tus dedos vibran  
como si en vez de leño fueran carne.  
    Que se entretengan ellas con tus dedos;  
    yo, con tus labios, para darles besos.

CXXIX

*Th'expense of spirit in a waste of shame  
Is lust in action; and till action, lust  
Is perjured, murd'rous, bloody, full of blame,  
Savage, extreme, rude, cruel, not to trust,  
Enjoyed no sooner but despisèd straight,  
Past reason hunted, and no sooner had  
Past reason hated as a swallowed bait  
On purpose laid to make the taker mad;  
Mad in pursuit, and in possession so,  
Had, having, and in quest to have, extreme;  
A bliss in proof and proved, a very woe;  
Before, a joy proposed; behind, a dream.  
All this the world well knows, yet none knows well  
To shun the heaven that leads men to this hell.*

CXXIX

Si en antros de impudicia se derrama  
vigor, eso es lascivia, que en su afán  
es cruel, sangrienta, indigna de confianza,  
atroz, salvaje, sórdida y brutal;  
fugaz y aborrecida casi al vuelo,  
buscada sin razón y, al consumarse,  
odiada sin razón, como ese cebo  
capaz de volver loco a quien lo trague:  
tan loco cuando busca y cuando tuvo,  
posea, poseería o poseyera;  
en acto, un gozo, luego, un infortunio;  
un sueño que no pasa de promesa.  
Lo saben todos y ninguno evita  
el cielo que al infierno los destina.

CXXX

*My mistress' eyes are nothing like the sun;  
Coral is far more red than her lips' red.  
If snow be white, why then her breasts are dun;  
If hairs be wires, black wires grow on her head.  
I have seen roses damasked, red and white,  
But no such roses see I in her cheeks;  
And in some perfumes is there more delight  
Than in the breath that from my mistress reeks.  
I love to hear her speak, yet well I know  
That music hath a far more pleasing sound.  
I grant I never saw a goddess go:  
My mistress when she walks treads on the ground.  
And yet, by heaven, I think my love as rare  
As any she belied with false compare.*

CXXX

Los ojos de mi amada no parecen  
dos soles, ni sus labios son corales;  
sus pechos pardos no son blanca nieve,  
su pelo es negro y recio como alambre.  
Si he visto rosas rojas, blancas, rosas,  
ninguna rosa veo en sus mejillas,  
y hay mil olores con mejor aroma  
que el hálito de hiel que ella destila.  
Me encanta oírla hablar, pero sé bien  
que su rumor no es nada musical.  
¿Cómo andaré una diosa? No lo sé;  
mi amada pisa el suelo al caminar.  
Y aun así mi amor es, por el cielo,  
tan rara como las de falso arreo.

CXXXI

*Thou art as tyrannous so as thou art  
As those whose beauties proudly make them cruel,  
For well thou know'st to my dear dotting heart  
Thou art the fairest and most precious jewel.  
Yet, in good faith, some say that thee behold  
Thy face hath not the power to make love groan.  
To say they err I dare not be so bold,  
Although I swear it to myself alone;  
And, to be sure that is not false I swear,  
A thousand groans but thinking on thy face  
One on another's neck do witness bear  
Thy black is fairest in my judgement's place.  
In nothing art thou black save in thy deeds,  
And thence this slander, as I think, proceeds.*

CXXXI

Tú puedes ser tirana tal cual eres,  
como esas que, por bellas, son tiranas,  
pues sabes que mi corazón ferviente  
te tiene por la joya más preciada.  
Algunos dicen de tu rostro, al verlo,  
que nunca haría gemir de amor a nadie;  
yo juro, estando a solas, que no es cierto  
mas callo y no me atrevo a contestarles.  
Sé que no juro en vano pues tu rostro  
me arranca no un gemido sino miles,  
y así van demostrando, uno tras otro,  
que tu negrura me es irresistible.

No hay nada negro en ti salvo tus actos  
y es justa la calumnia en ese caso.

CXXXII

*Thine eyes I love, and they, as pitying me—  
Knowing thy heart torment me with disdain—  
Have put on black, and loving mourners be,  
Looking with pretty ruth upon my pain;  
And truly, not the morning sun of heaven  
Better becomes the gray cheeks of the east,  
Nor that full star that ushers in the even  
Doth half that glory to the sober west,  
As those two mourning eyes become thy face.  
O, let it then as well beseem thy heart  
To mourn for me, since mourning doth thee grace,  
And suit thy pity like in every part.  
Then will I swear beauty herself is black,  
And all they foul that thy complexion lack.*

CXXXII

Tus ojos, a los que amo, se conducen  
del daño que tu corazón me causa,  
y se han puesto de negro para verme  
sufrir por el desdén con que me tratas.  
Lo cierto es que ni el sol temprano luce  
mejor en las mejillas del levante,  
ni el astro vespertino da más lumbre  
a la penumbra grave de la tarde  
que los luceros negros a tu rostro.  
¡Oh, deja que tu corazón se ponga  
de luto y haga juego con tus ojos,  
y tu piedad se muestre encantadora!  
Yo juraré que la belleza es negra  
y burdas las que no se te parezcan.



CXXXIII

*Beshrew that heart that makes my heart to groan  
For that deep wound it gives my friend and me!  
Is't not enough to torture me alone,  
But slave to slavery my sweet'st friend must be?  
Me from myself thy cruel eye hath taken,  
And my next self thou harder hast engrossed.  
Of him, myself, and thee I am forsaken—  
A torment thrice threefold thus to be crossed.  
Prison my heart in thy steel bosom's ward,  
But then my friend's heart let my poor heart bail;  
Whoe'er keeps me, let my heart be his guard;  
Thou canst not then use rigour in my jail.  
    And yet thou wilt; for I, being pent in thee,  
    Perforce am thine, and all that is in me.*

CXXXIII

¡Maldigo el corazón que hace gemir  
al mío, pues también hiere a mi amigo!  
¿No basta con que me atormente a mí?  
¿Ha de tener de esclavo a aquel que estimo?  
Primero me enajena tu ojo cruel  
y luego en mi otro ser quiere cebarse,  
dejándome sin mí, sin ti, sin él,  
con un dolor tres veces tres más grande.  
Encierra en tu prisión mi corazón  
y a cambio de esa fianza suelta el suyo;  
ya no podrás tratarlo con rigor  
si soy su celador y él, mi recluso.  
    O tal vez sí, pues soy tu prisionero  
    y es tuyo lo que es mío y llevo dentro.

CXXXIV

*So, now I have confessed that he is thine,  
And I myself am mortgaged to thy will,  
Myself I'll forfeit, so that other mine  
Thou wilt restore to be my comfort still.  
But thou wilt not, nor he will not be free,  
For thou art covetous, and he is kind.  
He learned but surety-like to write for me  
Under that bond that him as fast doth bind.  
The statute of thy beauty thou wilt take,  
Thou usurer that putt'st forth all to use,  
And sue a friend came debtor for my sake;  
So him I lose through my unkind abuse.  
Him have I lost; thou hast both him and me;  
He pays the whole, and yet am I not free.*

CXXXIV

Ahora que he admitido que él es tuyo  
y yo me he hipotecado a tu deseo,  
renuncio a mi anticipo si a tu turno  
me lo devuelves para mi consuelo.  
Mas no lo harás, ni él va a querer ser libre  
pues tú eres codiciosa y él, amable:  
¡qué rápido aceptaste que él te firme  
donde firmaba yo, para avalarme!  
Pondrás una demanda con el acta  
de la belleza que usas como usura  
en contra del deudor que dio la cara  
y pierdo por tratarlo en forma injusta.  
Lo pierdo a él y tú nos ganas a ambos;  
y aunque él lo pague todo, sigo atado.

CXXXV

*Whoever hath her wish, thou hast thy Will,  
And Will to boot, and Will in overplus.  
More than enough am I that vex thee still,  
To thy sweet will making addition thus.  
Wilt thou, whose will is large and spacious,  
Not once vouchsafe to hide my will in thine?  
Shall will in others seem right gracious,  
And in my will no fair acceptance shine?  
The sea, all water, yet receives rain still,  
And in abundance addeth to his store;  
So thou, being rich in Will, add to thy Will  
One will of mine to make thy large Will more.  
Let no unkind no fair beseechers kill;  
Think all but one, and me in that one Will.*

CXXXV

Algunas tienen ansias; tú, a tu Will,  
a Will aquí y a Will por acullá;  
yo soy aquel que al acosarte a ti  
añade a tu dulzura otro Will más.  
¿Querrás, con ese Will tan espacioso,  
dignarte a que en tu Will esconda el mío?  
¿Resulta más gracioso Will en otros;  
le cierran a mi triste Will caminos?  
El mar es agua pura y aun así  
la lluvia que recibe lo acrecienta;  
si tú eres rica en Will, suma a tu Will  
mi Will, para que así tu Will se crezca.  
No mates a los que te admiran sin  
dejarme vivo a mí, y a mí en tu Will.

CXXXVI

*If thy soul check thee that I come so near,  
Swear to thy blind soul that I was thy Will,  
And will, thy soul knows, is admitted there;  
Thus far for love my love-suit sweet fulfil.  
Will will fulfil the treasure of thy love,  
Ay, fill it full with wills, and my will one.  
In things of great receipt with ease we prove  
Among a number one is reckoned none.  
Then in the number let me pass untold,  
Though in thy store's account I one must be;  
For nothing hold me, so it please thee hold  
That nothing me a something, sweet, to thee.  
    Make but my name thy love, and love that still,  
    And then thou lov'st me for my name is Will.*

CXXXVI

Si le molesta a tu alma que me arrime,  
dile a esa ciega que yo soy tu Will,  
y a Will allí, lo sabe, se le admite;  
en nombre del amor, dame tu sí.  
De Will mi Will te colmará el tesoro:  
tendrás mil Wills, y entre esos Wills, el mío.  
Allí donde hay espacio para todo  
uno entre muchos no es reconocido;  
no importa que entre tantos ni me notes  
si en el balance consta que soy uno.  
Así, tenme por nada, pues me coges  
mejor si, siendo nada, te doy gusto.  
    Mi nombre haz tuyo; amándolo hasta el fin  
    me estás amando a mí: mi nombre es Will.

CXXXVII

*Thou blind fool love, what dost thou to mine eyes  
That they behold and see not what they see?  
They know what beauty is, see where it lies,  
Yet what the best is take the worst to be.  
If eyes corrupt by over-partial looks  
Be anchored in the bay where all men ride,  
Why of eyes' falsehood hast thou forgèd hooks  
Whereto the judgement of my heart is tied?  
Why should my heart think that a several plot  
Which my heart knows the wide world's common place?—  
Or mine eyes, seeing this, say this is not,  
To put fair truth upon so foul a face?  
    In things right true my heart and eyes have erred,  
    And to this false plague are they now transferred.*

CXXXVII

Amor, ciego insensato, ¿qué le hiciste  
a mi ojo, que no ve lo que está viendo?  
Conoce la belleza y su escondite  
mas cuando ve lo peor lo da por bueno.  
Si el ojo, corrompido de ir sesgando,  
fondea donde todos y echa el ancla,  
¿por qué haces un anzuelo de ese engaño  
que en medio de mi corazón se clava?  
¿Acaso puede creerse el corazón  
el dueño del lugar común del mundo?  
¿Y mi ojo no advertirle que es mejor  
honrar a la verdad que a un rostro burdo?  
    Mi corazón erró, mi ojo, lo mismo,  
    y de esa falsa plaga están servidos.

CXXXVIII

*When my love swears that she is made of truth  
I do believe her though I know she lies,  
That she might think me some untutored youth  
Unlearnèd in the world's false subtleties.  
Thus vainly thinking that she thinks me young,  
Although she knows my days are past the best,  
Simply I credit her false-speaking tongue;  
On both sides thus is simple truth suppressed.  
But wherefore says she not she is unjust,  
And wherefore say not I that I am old?  
O, love's best habit is in seeming trust,  
And age in love loves not to have years told.  
Therefore I lie with her, and she with me,  
And in our faults by lies we flattered be.*

CXXXVIII

Mi amor jura estar hecha de verdad  
y, aun cuando sé que engaña, yo le creo,  
que así ella me ve joven, virginal  
y ajeno a sutilezas y camelos.  
Si pienso que ella piensa que soy joven,  
sabiendo que me sabe muy vivido,  
es por dar crédito a su lengua innoble:  
de la verdad, los dos nos deshucimos.  
¿Por qué razón no dice que es injusta?  
¿O yo que ya pasó mi primavera?  
Amar es simular confianza mutua  
y, en el amor maduro, no echar cuentas:  
por eso retozamos engañados,  
pues solo en el engaño está el halago.

CXXXIX

*O, call not me to justify the wrong  
That thy unkindness lays upon my heart.  
Wound me not with thine eye but with thy tongue;  
Use power with power, and slay me not by art.  
Tell me thou lov'st elsewhere, but in my sight,  
Dear heart, forbear to glance thine eye aside.  
What need'st thou wound with cunning when thy might  
Is more than my o'erpressed defence can bide?  
Let me excuse thee: 'Ah, my love well knows  
Her pretty looks have been mine enemies,  
And therefore from my face she turns my foes  
That they elsewhere might dart their injuries.'  
Yet do not so; but since I am near slain,  
Kill me outright with looks, and rid my pain.*

CXXXIX

No me hagas declarar que tu crueldad  
me hiere el corazón por causa justa;  
la lengua, y no los ojos, has de usar  
y si me matas, mata sin argucias.  
Di que amas por doquier, mas en mi vista  
renuncia a las miradas de soslayo;  
¿acaso te hace falta ahondar mi herida  
con tretas, si yo ya no doy abasto?  
Mas deja que te excuse: mi amor sabe  
que su mirada dulce es mi enemigo,  
por eso mira a otros, para ahorrarme  
el daño de sus dardos asesinos.  
No lo hagas, que ya estoy desfalleciente:  
mirándome, me alivias con la muerte.

CXL

*Be wise as thou art cruel; do not press  
My tongue-tied patience with too much disdain,  
Lest sorrow lend me words, and words express  
The manner of my pity-wanting pain.  
If I might teach thee wit, better it were,  
Though not to love, yet, love, to tell me so—  
As testy sick men when their deaths be near  
No news but health from their physicians know.  
For if I should despair I should grow mad,  
And in my madness might speak ill of thee.  
Now this ill-wresting world is grown so bad  
Mad slanderers by mad ears believèd be.  
That I may not be so, nor thou belied,  
Bear thine eyes straight, though thy proud heart go wide.*

CXL

Sé lista igual que cruel y no desates  
con tus desaires mi paciente lengua,  
no sea que el pesar me preste frases  
que expresen mi dolor y tu inclemencia.  
Si fuera tu maestro, te diría  
que cuando no ames digas lo contrario,  
igual que a los enfermos que agonizan  
les dicen los doctores que están sanos,  
que a mí desesperarme me desquicia,  
y desquiciarme me hace decir pestes,  
y tan fuera de quicio está la vida  
que la calumnia siempre tiene oyentes.  
Trancemos, pues: dirige hacia los otros  
tu altivo corazón y a mí, tus ojos.



CXLI

*In faith, I do not love thee with mine eyes,  
For they in thee a thousand errors note;  
But 'tis my heart that loves what they despise,  
Who in despite of view is pleased to dote.  
Nor are mine ears with thy tongue's tune delighted,  
Nor tender feeling to base touches prone;  
Nor taste nor smell desire to be invited  
To any sensual feast with thee alone;  
But my five wits nor my five senses can  
Dissuade one foolish heart from serving thee,  
Who leaves unswayed the likeness of a man,  
Thy proud heart's slave and vassal-wretch to be.  
Only my plague thus far I count my gain:  
That she that makes me sin awards me pain.*

CXLI

Doy fe de que no te amo con mis ojos  
pues ellos ven en ti mil y una lacras;  
no así mi corazón, que ignora todo  
lo que ellos miran mal, y te idolatra.  
Tu voz tampoco arrulla mis oídos  
ni me estremecerás con tus mohínes,  
ni tienen sed mi olfato o mi apetito  
de disfrutar contigo de un convite.  
Pero un corazón loco no hace caso  
de sus cinco sentidos y saberes;  
prefiere ser esclavo y ruin vasallo  
del orgulloso corazón que tienes.  
Lo poco que he ganado es esta plaga:  
por ella peco y con dolor me paga.

CXLII

*Love is my sin, and thy dear virtue hate,  
Hate of my sin grounded on sinful loving.  
O, but with mine compare thou thine own state,  
And thou shalt find it merits not reproving;  
Or if it do, not from those lips of thine  
That have profaned their scarlet ornaments  
And sealed false bonds of love as oft as mine,  
Robbed others' beds' revenues of their rents.  
Be it lawful I love thee as thou lov'st those  
Whom thine eyes woo as mine importune thee.  
Root pity in thy heart, that when it grows  
Thy pity may deserve to pitied be.  
If thou dost seek to have what thou dost hide,  
By self example mayst thou be denied!*

CXLII

Amar es mi pecado y tu excelente  
virtud, odiar mi amor pecaminoso;  
quizá si lo comparas con mi suerte  
verás que no merece tanto oprobio.  
O tal vez sí, mas nunca de tus labios  
que hasta su propia púrpura ofendieron,  
que extienden, como yo, contratos falsos  
y roban las ganancias de otros lechos.  
Lo justo es que yo te ame como tú amas  
a los que miras mientras mi ojo asedia,  
y si en tu pecho la piedad arraiga  
tal vez se apiaden de ella cuando crezca.  
Querer hacer lo que después encubres  
te expone a que tu ejemplo te repudie.

CXLIII

*Lo, as a care-ful housewife runs to catch  
One of her feathered creatures broke away,  
Sets down her babe and makes all swift dispatch  
In pursuit of the thing she would have stay,  
Whilst her neglected child holds her in chase,  
Cries to catch her whose busy care is bent  
To follow that which flies before her face,  
Not prizing her poor infant's discontent:  
So runn'st thou after that which flies from thee,  
Whilst I, thy babe, chase thee afar behind;  
But if thou catch thy hope, turn back to me  
And play the mother's part: kiss me, be kind.  
So will I pray that thou mayst have thy Will  
If thou turn back and my loud crying still.*

CXLIII

Ved cómo corre la patrona atenta  
cuando uno de sus pollos se le va,  
deja al bebé en el suelo y acelera  
tras eso que quisiera conservar;  
el niño se le aferra, desolado,  
y llora al verla trajinar y a gatas  
en pos del que se escapa sin reparo,  
ajena a que su infante la reclama:  
así vas tú tras el que se te evade  
y yo, tu niño, tras de ti a lo lejos;  
mas si lo atrapas, vuelve y haz de madre,  
sé buena y comprensiva y dame besos.  
Podrás tener tu Will si, te lo imploro,  
te das la vuelta y calmas mis sollozos.

CXLIV

*Two loves I have, of comfort and despair,  
Which like two spirits do suggest me still.  
The better angel is a man right fair,  
The worser spirit a woman coloured ill.  
To win me soon to hell my female evil  
Tempteth my better angel from my side,  
And would corrupt my saint to be a devil,  
Wooing his purity with her foul pride;  
And whether that my angel be turned fiend  
Suspect I may, yet not directly tell;  
But being both from me, both to each friend,  
I guess one angel in another's hell.  
Yet this shall I ne'er know, but live in doubt  
Till my bad angel fire my good one out.*

CXLIV

Pesar y alivio son mis dos amores  
y entrambos, como espíritus, me incitan:  
el ángel bueno es un esbelto joven;  
el malo, una mujer de negras tintas.  
La vil, por atraerme hasta el infierno,  
buscó llevarse al ángel de mi lado  
y hacer del santo un diablo y corromperlo,  
tentando su pureza con descaro.  
Si mi ángel es o no enemigo mío,  
por más que lo sospeche, yo lo ignoro;  
mas puedo imaginar que, al ser amigos,  
en el infierno de uno pene el otro.  
Saldré de dudas cuando de las brasas  
del ángel malo salga el bueno en llamas.

CXLV

*Those lips that love's own hand did make  
Breathed forth the sound that said 'I hate'  
To me that languished for her sake;  
But when she saw my woeful state,  
Straight in her heart did mercy come,  
Chiding that tongue that ever sweet  
Was used in giving gentle doom,  
And taught it thus anew to greet:  
'I hate' she altered with an end  
That followed it as gentle day  
Doth follow night who, like a fiend,  
From heaven to hell is flown away.  
    'I hate' from hate away she threw,  
    And saved my life, saying 'not you.'*

CXLV

Los labios que hizo amor a mano  
vertieron «odio» en mis oídos,  
sin reparar en mi quebranto;  
mas ella, al verme tan dolido,  
abrió a la compasión el pecho,  
amonestó a la dulce lengua  
por no emitir juicios serenos,  
y le enseñó maneras nuevas,  
dotando al «odio» de un final  
que lo siguió como el buen día  
a la hosca noche, que al clarear  
vuelve al infierno donde habita.  
    Sin odio al «odio» lo dejó,  
    salvándome: «pero a ti no».

CXLVI

*Poor soul, the centre of my sinful earth,  
[ ] these rebel powers that thee array,  
Why dost thou pine within and suffer dearth,  
Painting thy outward walls so costly gay?  
Why so large cost, having so short a lease,  
Dost thou upon thy fading mansion spend?  
Shall worms, inheritors of this excess,  
Eat up thy charge? Is this thy body's end?  
Then, soul, live thou upon thy servant's loss,  
And let that pine to aggravate thy store.  
Buy terms divine in selling hours of dross;  
Within be fed, without be rich no more.  
So shalt thou feed on death, that feeds on men,  
And death once dead, there's no more dying then.*

CXLVI

Pobre alma, centro de mi barro infame,  
sustento de rebeldes que se arrostran,  
¿por qué penar por dentro y pasar hambre  
si tu muralla externa es tan suntuosa?  
¿Por qué arrendar tan caro una morada  
que languidecerá en tan poco tiempo?  
¿Herederá el gusano esa abundancia?  
¿Acabará en su estómago tu cuerpo?  
Vive, alma, de lo que tu siervo pierde  
y suma su penuria a tus reservas;  
permuta eternidad por tiempo inerte  
pues la riqueza externa no alimenta.  
Tú nútrete de muerte y ella, de hombres;  
muriendo muerte no hay morir entonces.

CXLVII

*My love is as a fever, longing still  
For that which longer nurseth the disease,  
Feeding on that which doth preserve the ill,  
Th'uncertain sickly appetite to please.  
My reason, the physician to my love,  
Angry that his prescriptions are not kept,  
Hath left me, and I desperate now approve  
Desire is death, which physic did except.  
Past cure I am, now reason is past care,  
And, frantic mad with evermore unrest.  
My thoughts and my discourse as madmen's are,  
At random from the truth vainly expressed;  
For I have sworn thee fair, and thought thee bright,  
Who art as black as hell, as dark as night.*

CXLVII

Mi amor, como una fiebre, solo ansía  
aquello que prolonga su dolencia  
y sacia su hambre absurda y enfermiza  
nutriéndose del mal que lo sustenta.  
Su médico, que es mi razón, se ha ido  
furioso pues no cuida a su paciente,  
y ahora, desolado, me repito  
lo mismo que el doctor: deseo es muerte.  
Quien pierde la razón, perdió la cura  
y, en mi locura, yo perdí el reposo;  
mi pensamiento y mi discurso mudan  
sin tino ni razón, como los locos:  
juré y pensé que eras radiante y clara  
mas eres negra noche endemoniada.

CXLVIII

*O me, what eyes hath love put in my head,  
Which have no correspondence with true sight!  
Or if they have, where is my judgement fled,  
That censures falsely what they see aright?  
If that be fair whereon my false eyes dote,  
What means the world to say it is not so?  
If it be not, then love doth well denote  
Love's eye is not so true as all men's. No,  
How can it, O, how can love's eye be true,  
That is so vexed with watching and with tears?  
No marvel then though I mistake my view:  
The sun itself sees not till heaven clears.  
O cunning love, with tears thou keep'st me blind  
Lest eyes, well seeing, thy foul faults should find!*

CXLVIII

Ay, ¿qué ojos puso amor en mi cabeza  
que ven lo que no es cierto cuando miran?  
Si lo es, ¿qué juicio tengo que falsea  
aquello que ha acertado a ver mi vista?  
Y si algo grato ven mis ojos falsos,  
¿por qué se empeña el mundo en rebatirlo?  
Lo sea o no, mi amor lo deja claro:  
el ojo del amor no es fidedigno.  
¿Cómo iba a serlo? ¿Puede ser veraz  
un ojo que ahoga en llanto sus visiones?  
No es raro que se nuble mi mirar:  
ni el sol ve cuando hay nubes que lo esconden.  
¡Astuto amor! Cegándome con lloros,  
jamás veré tus faltas con mis ojos.



CXLIX

*Canst thou, O cruel, say I love thee not  
When I against myself with thee partake?  
Do I not think on thee when I forgot  
Am of myself, all-tyrant for thy sake?  
Who hateth thee that I do call my friend?  
On whom frown'st thou that I do fawn upon?  
Nay, if thou lour'st on me, do I not spend  
Revenge upon myself with present moan?  
What merit do I in myself respect  
That is so proud thy service to despise,  
When all my best doth worship thy defect,  
Commanded by the motion of thine eyes?  
But, love, hate on; for now I know thy mind.  
Those that can see thou lov'st, and I am blind.*

CXLIX

Oh cruel, ¿por qué me dices que no te amo,  
si vivo a pesar mío de tu parte?  
¿No pienso en ti si soy como un tirano  
de mí que de su ser quiere olvidarse?  
¿A quién que diga odiarte llamo amigo,  
a quién halago de los que desprecias,  
y si me desapruebas no me aplico  
venganza aunque no pueda ahogar la queja?  
¿Acaso entre mis méritos hay uno  
que por orgullo abjure de servirte;  
no rindo a tu defecto mi tributo  
si un gesto de tus ojos me lo pide?  
Mas odia, amor, que ahora ya te entiendo:  
tú quieres a quien ve, y yo soy ciego.

CL

*O, from what power hast thou this powerful might  
With insufficiency my heart to sway,  
To make me give the lie to my true sight  
And swear that brightness doth not grace the day?  
Whence hast thou this becoming of things ill,  
That in the very refuse of thy deeds  
There is such strength and warrantise of skill  
That in my mind thy worst all best exceeds?  
Who taught thee how to make me love thee more  
The more I hear and see just cause of hate?  
O, though I love what others do abhor,  
With others thou shouldst not abhor my state.  
    If thy unworthiness raised love in me,  
    More worthy I to be beloved of thee.*

CL

¿De qué poder obtienen tus carencias  
la fuerza para guiar mi corazón,  
logrando que a mi vista fiel le mienta,  
y niegue que de día luce el sol?  
¿Por qué son tan dotados tus defectos  
que incluso en la más ruin de tus maniobras  
hay tal potencia y tanto fundamento  
que lo peor de ti me sabe a gloria?  
¿Quién es tu profesor, que a más motivos  
que tengo para odiarte, más te adoro?  
Yo amé lo que otros han aborrecido,  
no me aborrezcas tú frente a esos otros.  
    Por tu indecencia fui mejor amante:  
    amarme es lo decente de tu parte.

CLI

*Love is too young to know what conscience is,  
Yet who knows not conscience is born of love?  
Then, gentle cheater, urge not my amiss,  
Lest guilty of my faults thy sweet self prove.  
For, thou betraying me, I do betray  
My nobler part to my gross body's treason.  
My soul doth tell my body that he may  
Triumph in love; flesh stays no farther reason,  
But rising at thy name doth point out thee  
As his triumphant prize. Proud of this pride,  
He is contented thy poor drudge to be,  
To stand in thy affairs, fall by thy side.  
No want of conscience hold it that I call  
Her 'love' for whose dear love I rise and fall.*

CLI

Qué es la conciencia, amor lo ignora: es joven;  
mas nace del amor, ¿quién no lo sabe?  
No fuerces, pues, bribón, mis tropezones,  
si de ellos no te place ser culpable;  
al traicionarme tú, traiciono yo  
a mi alma con mi cuerpo traicionero,  
que aprueba que este triunfe en el amor.  
La carne, sin dudarlo ni un momento,  
se yergue ante tu nombre, satisfecha  
del premio de su triunfo. Y, orgullosa,  
está dispuesta a ser la pobre bestia  
que cumple, lo da todo, va y se postra.  
No falto a mi conciencia si la llamo  
amor, pues por su amor asciendo y caigo.

CLII

*In loving thee thou know'st I am forsworn,  
But thou art twice forsworn to me love swearing:  
In act thy bed-vow broke, and new faith torn  
In vowing new hate after new love bearing.  
But why of two oaths' breach do I accuse thee  
When I break twenty? I am perjured most,  
For all my vows are oaths but to misuse thee,  
And all my honest faith in thee is lost.  
For I have sworn deep oaths of thy deep kindness,  
Oaths of thy love, thy truth, thy constancy,  
And to enlighten thee gave eyes to blindness,  
Or made them swear against the thing they see.  
For I have sworn thee fair—more perjured eye  
To swear against the truth so foul a lie.*

CLII

Si amarte es mi perjurio, como sabes,  
el tuyo, por jurarme amor, es doble:  
tras mancillar el tálamo, sembraste  
el nuevo amor de nuevas desazones.  
Mas, yo que he roto veinte votos, ¿puedo  
culparte a ti de dos? ¿No es más perjuero  
que te urja con apremios deshonestos?  
Ya no confío en ti ni en lo profundo  
de tu bondad, pues cuando me hice votos  
de tu tesón, tu amor y tu decencia,  
cegué, para alumbrarte más, mis ojos  
y los forcé a abjurar de lo que vieran.  
Juré que eras radiante, mas teñía  
de negro la verdad con mi mentira.

CLIII

*Cupid laid by his brand and fell asleep.  
A maid of Dian's this advantage found,  
And his love-kindling fire did quickly steep  
In a cold valley-fountain of that ground,  
Which borrowed from this holy fire of love  
A dateless lively heat, still to endure,  
And grew a seething bath which yet men prove  
Against strange maladies a sovereign cure.  
But at my mistress' eye love's brand new fired,  
The boy for trial needs would touch my breast.  
I, sick withal, the help of bath desired,  
And thither hied, a sad distempered guest,  
    But found no cure; the bath for my help lies  
    Where Cupid got new fire: my mistress' eyes.*

CLIII

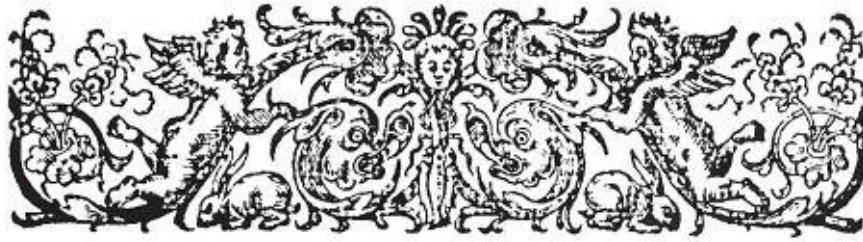
Cupido se durmió junto a su antorcha  
y una vestal de Diana, al percatarse,  
hundió la dulce llama que enamora  
en las heladas aguas de aquel valle  
que el fuego del amor ha calentado  
con su vigor munífico y perenne,  
haciendo que los males más extraños  
se curen en sus termas y sus fuentes.  
Mas, en el ojo de mi amada, amor  
volvió a prenderse y me rozó en el pecho;  
así enfermé y busqué la curación  
del baño, con urgencia y desconsuelo.  
    No me curó; mi baño es lo que abrasa  
    al querubín: los ojos de mi amada.

CLIV

*The little love-god lying once asleep  
Laid by his side his heart-inflaming brand,  
Whilst many nymphs that vowed chaste life to keep  
Came tripping by; but in her maiden hand  
The fairest votary took up that fire  
Which many legions of true hearts had warmed,  
And so the general of hot desire  
Was sleeping by a virgin hand disarmed.  
This brand she quenchèd in a cool well by,  
Which from love's fire took heat perpetual,  
Growing a bath and healthful remedy  
For men diseased; but I, my mistress' thrall,  
Came there for cure; and this by that I prove:  
Love's fire heats water, water cools not love.*

CLIV

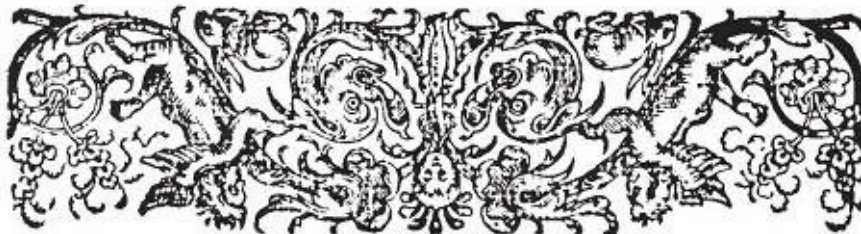
Dejó el pequeño dios de amor a un lado  
el dardo con que inflama corazones  
y algunas ninfas castas lo encontraron  
durmiendo allí. La más hermosa, entonces,  
con mano virginal tomó ese fuego  
que a tanto corazón ha enardecido,  
y el general del férvido deseo  
perdió, al dormir, el arma en un suspiro.  
La ninfa hundió la llama en un venero  
y amor caldeó sus aguas, donde acuden  
a procurarse alivio los enfermos.  
Allí acudí a curar mi servidumbre  
y supe que aunque amor caliente el agua,  
el agua nunca apagará su llama.



## LAMENTO DE UNA AMANTE A LOVER'S COMPLAINT

*versión de  
Andrés Ehrenhaus*

El poema titulado *Lamento de una amante*, compuesto en estrofas de siete versos con rima *ababbcc*, la llamada «rima real», fue publicado en 1609 junto con los *Sonetos* y atribuido a Shakespeare, pero su autoría ha sido siempre muy discutida. Se ha dicho incluso que podría ser obra de John Davies de Hereford (1565-1618), admirador e imitador de Shakespeare.



*From off a hill whose concave womb re-worded  
A plaintful story from a sist'ring vale,  
My spirits t'attend this double voice accorded,  
And down I laid to list the sad-tuned tale;  
Ere long espied a fickle maid full pale,  
Tearing of papers, breaking rings a-twain,  
Storming her world with sorrow's wind and rain.*

*Upon her head a plaited hive of straw  
Which fortified her visage from the sun,  
Whereon the thought might think sometime it saw  
The carcass of a beauty spent and done.  
Time had not scythèd all that youth begun,  
Nor youth all quit; but spite of heaven's fell rage,  
Some beauty peeped through lattice of seared age.*

*Oft did she heave her napkin to her eyne,  
Which on it had conceited characters,  
Laund'ring the silken figures in the brine  
That seasoned woe had pelleted in tears,  
And often reading what contents it bears;  
As often shrieking undistinguished woe  
In clamours of all size, both high and low.*

*Sometimes her levelled eyes their carriage ride  
As they did batt'ry to the spheres intend;  
Sometime diverted their poor balls are tied  
To th'orbèd earth; sometimes they do extend  
Their view right on; anon their gazes lend  
To every place at once, and nowhere fixed,  
The mind and sight distractedly commixed.*

*Her hair, nor loose nor tied in formal plait,  
Proclaimed in her a careless hand of pride;  
For some, untucked, descended her sheaved hat,  
Hanging her pale and pinèd cheek beside.  
Some in her threaden fillet still did bide,  
And, true to bondage, would not break from thence,  
Though slackly braided in loose negligence.*



*A thousand favours from a maund she drew  
Of amber, crystal, and of beaded jet,  
Which one by one she in a river threw  
Upon whose weeping margin she was set;  
Like usury applying wet to wet,  
Or monarch's hands that lets not bounty fall  
Where want cries some, but where excess begs all.*

*Of folded schedules had she many a one  
Which she perused, sighed, tore, and gave the flood;  
Cracked many a ring of posied gold and bone,  
Bidding them find their sepulchres in mud;  
Found yet more letters sadly penned in blood,  
With sleided silk feat and affectedly  
Enswathed and sealed to curious secrecy.*

*These often bathed she in her fluxive eyes,  
And often kissed, and often 'gan to tear;  
Cried 'O false blood, thou register of lies,  
What unapproved witness dost thou bear!  
Ink would have seemed more black and damnèd here!'  
This said, in top of rage the lines she rents,  
Big discontent so breaking their contents.*

*A reverend man that grazed his cattle nigh,  
Sometime a blusterer that the ruffle knew  
Of court, of city, and had let go by  
The swiftest hours observèd as they flew,  
Towards this afflicted fancy fastly drew,  
And, privileged by age, desires to know  
In brief the grounds and motives of her woe.*

*So slides he down upon his grainèd bat,  
And comely distant sits he by her side,  
When he again desires her, being sat,  
Her grievance with his hearing to divide.  
If that from him there may be aught applied  
Which may her suffering ecstasy assuage,  
'Tis promised in the charity of age.*

*'Father,' she says, 'though in me you behold  
The injury of many a blasting hour,  
Let it not tell your judgement I am old;  
Not age, but sorrow over me hath power.  
I might as yet have been a spreading flower,  
Fresh to myself, if I had self-applied  
Love to myself, and to no love beside.*

*'But woe is me, too early I attended  
A youthful suit—it was to gain my grace—  
O, one by nature's outwards so commended  
That maidens' eyes stuck over all his face.  
Love lacked a dwelling and made him her place,  
And when in his fair parts she did abide  
She was new-lodged and newly deified.*

*'His browny locks did hang in crookèd curls,  
And every light occasion of the wind  
Upon his lips their silken parcels hurls.  
What's sweet to do, to do will aptly find.  
Each eye that saw him did enchant the mind,  
For on his visage was in little drawn  
What largeness thinks in paradise was sawn.*

*'Small show of man was yet upon his chin;  
His phoenix down began but to appear,  
Like unshorn velvet, on that termless skin  
Whose bare outraged the web it seemed to wear;  
Yet showed his visage by that cost more dear,  
And nice affections wavering stood in doubt  
If best were as it was, or best without.*

*'His qualities were beauteous as his form,  
For maiden-tongued he was, and thereof free.  
Yet if men moved him, was he such a storm  
As oft twixt May and April is to see  
When winds breathe sweet, unruly though they be.  
His rudeness so with his authorized youth  
Did livery falseness in a pride of truth.*

*'Well could he ride, and often men would say  
"That horse his mettle from his rider takes;  
Proud of subjection, noble by the sway,  
What rounds, what bounds, what course, what stop he makes!"  
And controversy hence a question takes,  
Whether the horse by him became his deed,  
Or he his manège by th' well-doing steed.*

*'But quickly on this side the verdict went:  
His real habitude gave life and grace  
To appertainings and to ornament,  
Accomplished in himself, not in his case.  
All aids, themselves made fairer by their place,  
Came for additions; yet their purposed trim  
Pieced not his grace, but were all graced by him.*

*'So on the tip of his subduing tongue  
All kind of arguments and question deep,  
All replication prompt, and reason strong,  
For his advantage still did wake and sleep.  
To make the weeper laugh, the laughter weep,  
He had the dialect and different skill,  
Catching all passions in his craft of will,*

*'That he did in the general bosom reign  
Of young, of old, and sexes both enchanted,  
To dwell with him in thoughts, or to remain  
In personal duty, following where he haunted.  
Consents bewitched, ere he desire, have granted,  
And dialogued for him what he would say,  
Asked their own wills, and made their wills obey.*

*'Many there were that did his picture get  
To serve their eyes, and in it put their mind,  
Like fools that in th'imagination set  
The goodly objects which abroad they find  
Of lands and mansions, theirs in thought assigned,  
And labour in more pleasures to bestow them  
Than the true gouty landlord which doth owe them.*

*'So many have, that never touched his hand,  
Sweetly supposed them mistress of his heart.  
My woeful self, that did in freedom stand,  
And was my own fee-simple, not in part,  
What with his art in youth, and youth in art,  
Threw my affections in his charmèd power,  
Reserved the stalk and gave him all my flower.*

*'Yet did I not, as some my equals did,  
Demand of him, nor being desirèd yielded.  
Finding myself in honour so forbid,  
With safest distance I mine honour shielded.  
Experience for me many bulwarks builded  
Of proofs new bleeding, which remained the foil  
Of this false jewel and his amorous spoil.*

*'But ah, who ever shunned by precedent  
The destined ill she must herself assay,  
Or forced examples 'gainst her own content  
To put the by-past perils in her way?  
Counsel may stop a while what will not stay,  
For when we rage, advice is often seen,  
By blunting us, to make our wits more keen.*

*'Nor gives it satisfaction to our blood  
That we must curb it upon other's proof,  
To be forbod the sweets that seems so good  
For fear of harms that preach in our behoof.  
O appetite, from judgement stand aloof!  
The one a palate hath that needs will taste,  
Though reason weep, and cry it is thy last.*

*'For further I could say this man's untrue,  
And knew the patterns of his foul beguiling;  
Heard where his plants in others' orchards grew,  
Saw how deceits were gilded in his smiling,  
Knew vows were ever brokers to defiling,  
Thought characters and words merely but art,  
And bastards of his foul adulterate heart.*

*'And long upon these terms I held my city  
Till thus he gan besiege me: "Gentle maid,  
Have of my suffering youth some feeling pity,  
And be not of my holy vows afraid.  
That's to ye sworn to none was ever said;  
For feasts of love I have been called unto,  
Till now did ne'er invite nor never woo.*

*"All my offences that abroad you see  
Are errors of the blood, none of the mind.  
Love made them not; with acture they may be,  
Where neither party is nor true nor kind.  
They sought their shame that so their shame did find,  
And so much less of shame in me remains  
By how much of me their reproach contains.*

*"Among the many that mine eyes have seen,  
Not one whose flame my heart so much as warmèd  
Or my affection put to th' smallest teen,  
Or any of my leisures ever charmèd.  
Harm have I done to them, but ne'er was harmèd;  
Kept hearts in liveries, but mine own was free,  
And reigned commanding in his monarchy.*

*"Look here what tributes wounded fancies sent me  
Of pallid pearls and rubies red as blood,  
Figuring that they their passions likewise lent me  
Of grief and blushes, aptly understood  
In bloodless white and the encrimsoned mood—  
Effects of terror and dear modesty,  
Encamped in hearts, but fighting outwardly.*

*"And lo, behold, these talents of their hair,  
With twisted metal amorously impleached,  
I have received from many a several fair,  
Their kind acceptance weepingly beseeched,  
Whith th'annexations of fair gems enriched,  
And deep-brained sonnets that did amplify  
Each stone's dear nature, worth, and quality.*

*“The diamond? —why, ’twas beautiful and hard,  
Whereto his invised properties did tend;  
The deep-green em’rald, in whose fresh regard  
Weak sights their sickly radiance do amend;  
The heaven-hued sapphire and the opal blend  
With objects manifold; each several stone,  
With wit well blazoned, smiled or made some moan.*

*“Lo, all these trophies of affections hot,  
Of pensived and subdued desires the tender,  
Nature hath charged me that I hoard them not,  
But yield them up where I myself must render—  
That is to you, my origin and ender;  
For these of force must your oblations be,  
Since I their altar, you enpatron me.*

*“O then advance of yours that phraseless hand  
Whose white weighs down the airy scale of praise.  
Take all these similes to your own command,  
Hallowed with sighs that burning lungs did raise.  
What me, your minister for you, obeys,  
Works under you, and to your audit comes  
Their distract parcels in combinèd sums.*

*“Lo, this device was sent me from a nun,  
A sister sanctified of holiest note,  
Which late her noble suit in court did shun,  
Whose rarest havings made the blossoms dote;  
For she was sought by spirits of richest coat,  
But kept cold distance, and did thence remove  
To spend her living in eternal love.*

*“But O, my sweet, what labour is’t to leave  
The thing we have not, mast’ring what not strives,  
Paling the place which did no form receive,  
Playing patient sports in unconstrainèd gyves!  
She that her fame so to herself contrives  
The scars of battle scapeth by the flight,  
And makes her absence valiant, not her might.*

*“O, pardon me, in that my boast is true!  
The accident which brought me to her eye  
Upon the moment did her force subdue,  
And now she would the caged cloister fly.  
Religious love put out religion’s eye.  
Not to be tempted would she be immured,  
And now, to tempt, all liberty procured.*

*“How mighty then you are, O hear me tell!  
The broken bosoms that to me belong  
Have emptied all their fountains in my well,  
And mine I pour your ocean all among.  
I strong o’er them, and you o’er me being strong,  
Must for your victory us all congest,  
As compound love to physic your cold breast.*

*“My parts had power to charm a sacred nun,  
Who disciplined, ay dieted in grace,  
Believed her eyes when they t’ assail begun,  
All vows and consecrations giving place.  
O most potential love: vow, bond, nor space  
In thee hath neither sting, knot, nor confine,  
For thou art all, and all things else are thine.*

*“When thou impresses, what are precepts worth  
Of stale example? When thou wilt inflame,  
How coldly those impediments stand forth  
Of wealth, of filial fear, law, kindred, fame.  
Love’s arms are peace, ’gainst rule, ’gainst sense, ’gainst shame;  
And sweetens in the suff’ring pangs it bears  
The aloes of all forces, shocks, and fears.*

*“Now all these hearts that do on mine depend,  
Feeling it break, with bleeding groans they pine,  
And supplicant their sighs to you extend  
To leave the batt’ry that you make ’gainst mine,  
Lending soft audience to my sweet design,  
And credent soul to that strong-bonded oath  
That shall prefer and undertake my troth”.*

*'This said, his wat'ry eyes he did dismount,  
Whose sights till then were levelled on my face.  
Each cheek a river running from a fount  
With brinish current downward flowed apace.  
O, how the channel to the stream gave grace,  
Who glazed with crystal gate the glowing roses  
That flame through water which their hue encloses.*

*'O father, what a hell of witchcraft lies  
In the small orb of one particular tear!  
But with the inundation of the eyes  
What rocky heart to water will not wear?  
What breast so cold that is not warmèd here?  
O cleft effect! Cold modesty, hot wrath,  
Both fire from hence and chill extinture hath.*

*'For lo, his passion, but an art of craft,  
Even there resolved my reason into tears.  
There my white stole of chastity I daffed,  
Shook off my sober guards and civil fears;  
Appear to him as he to me appears,  
All melting, though our drops this diff'rence bore:  
His poisoned me, and mine did him restore.*

*'In him a plenitude of subtle matter,  
Applied to cautels, all strange forms receives,  
Of burning blushes or of weeping water,  
Or swooning paleness; and he takes and leaves,  
In either's aptness, as it best deceives,  
To blush at speeches rank, to weep at woes,  
Or to turn white and swoon at tragic shows,*

*'That not a heart which in his level came  
Could scape the hail of his all-hurting aim,  
Showing fair nature is both kind and tame,  
And, veiled in them, did win whom he would maim.  
Against the thing he sought he would exclaim;  
When he most burned in heart-wished luxury,  
He preached pure maid and praised cold chastity.*



*'Thus merely with the garment of a grace  
The naked and concealèd fiend he covered,  
That th'unexperient gave the tempter place,  
Which like a cherubin above them hovered.  
Who, young and simple, would not be so loved?  
Ay me, I fell, and yet do question make  
What I should do again for such a sake.*

*'O that infected moisture of his eye,  
O that false fire which in his cheek so glowed,  
O that forced thunder from his heart did fly,  
O that sad breath his spongy lungs bestowed,  
O all that borrowed motion seeming owed  
Would yet again betray the fore-betrayed,  
And new pervert a reconcilèd maid.'*



En un collado cuyo vientre huero  
doblaba el triste canto de otro valle,  
detuve el paso para oír el eco  
con todos mis sentidos expectantes;  
y vi a una moza pálida y variable  
partiendo en dos anillos y cuartillas  
y ahogando en lluvia y viento sus desdichas.

Un capuchón de paja resguardaba  
del sol su rostro, donde el pensamiento  
puede pensar que viera alguna traza  
de una belleza mustia. Pero el tiempo  
no había segado el rastro por entero  
de aquella juventud ni el cielo airado,  
vidriado esa belleza con los años.

Así como enjugaba los salobres  
gotones de su llanto en el pañuelo,  
lavando las curiosas inscripciones  
bordadas en la seda con esmero,  
lanzaba toda clase de lamentos,  
de viva voz o en lánguidos gemidos,  
al releer con avidez los signos.

A veces, con la precisión de un arma,  
apunta el ojo al cielo en batería;  
a veces sus pupilas van atadas  
al suelo terrenal; a veces fija  
al frente la visión y luego mira  
a todas partes y a ningún lugar,  
confusas mente y vista por igual.

Sus pelos, ni al albur ni recogidos,  
son muestra de un orgullo descuidado.  
Algunos cuelgan del sombrero, finos,  
mejilla abajo, junto al cutis blanco,  
y hay otros que, sujetos a su lazo,  
prefieren serle fieles y se quedan  
trenzados entre sí con negligencia.

De un cesto iba sacando mil obsequios,  
de alámbar, de cristal o de azabache,  
y los tiraba al río plañidero  
a cuya orilla había ido a situarse:  
mojado a lo mojado usura añade,  
igual que el rey que, al pobre, ni una miga,  
y al rico le da todo lo que pida.

Atesoraba, en pliegos, muchas cartas  
que echaba al agua rotas, suspirando,  
y alianzas de oro y hueso que arrojaba  
en trozos a sus tumbas en el fango.  
Atadas con esmero, a sangre el trazo,  
más notas fue sacando, cuyos sellos  
guardaban de curiosos sus secretos.

Y ya las embebía en sus dos ojos  
llorosos, las besaba, las rompía,  
clamando: «¡Oh sangre falsa, testimonio  
espurio de un acopio de mentiras,  
más negra y más maldita que la tinta!».   
Así decía, airada, destruyendo  
el contenido con el descontento.

Apacentaba cerca un venerable  
pastor que fuera en tiempos un bribón  
de corte y de ciudad, de los que saben  
ver desfilar las horas del reloj;  
el hombre a la afligida se acercó  
y, usando el privilegio de sus años,  
le requirió la causa del quebranto.

Hacia ella baja; en su bastón de leño  
se apoya para, a prudencial distancia,  
sentarse y repetirle su deseo  
de ser también partícipe del drama:  
que si él pudiera darle, le declara,  
alivio de su angustia, así lo hará  
por mor de la clemencia de la edad.

«Que ahora en mí», dice ella, «padre, veas  
la huella de hondas horas de dolor  
no debe guiar tu juicio a que soy vieja:  
las penas, no la edad, son mi opresión.  
Aún podría estarme abriendo yo  
y ser la flor que fui, de haberme dado  
a mí mi amor, en vez de amar en vano.

»Mas, ¡ay de mí!, me avine sin demora  
a los requerimientos amorosos  
de un joven tan apuesto que las mozas  
no pueden quitar ojo de su rostro,  
pues Venus, sin hogar, buscó uno propio  
y al dar con él y con su esbelta planta,  
cobró mayor deidad allí alojada.

»Sus pardos rizos, que colgaban, sueltos,  
iban a dar, sedosos, a sus labios  
con cada leve exhalación del viento.  
Lo grato, al fin, acabará pasando:  
todo ojo sucumbía a sus encantos  
al ver en su semblante un anticipo  
de lo que nos depara el paraíso.

»Sin casi asomo de hombre en la barbilla,  
un vello de ave fénix despuntaba  
cual tierna felpa en esa piel tan fina  
que imberbe era mejor que festoneada,  
aunque aun así ganaba con la barba.  
Sus jueces no sabían decidir  
si había de ir con ella o tal vez sin.

»Parejo en sus virtudes y en presencia,  
tenía voz y hablar de moza; en cambio,  
en pullas de hombres era una tormenta  
de aquellas que se ven de abril a mayo,  
de viento montaraz y delicado.  
Con su rudeza y juventud podía  
dar visos de verdad a la mentira.

»Montaba bien y, como dicen muchos,  
“El buen jinete imprime a su caballo  
el brío, la docilidad, el orgullo  
en el galope, el brinco, el freno, el tranco”.  
De ahí la controversia sobre cuánto  
debía el noble equino a su manejo  
y cuánto le debía él al jamelgo.

»Mas no tardó en zanjarse la querrela:  
su esencia le otorgaba vida y gracia  
a aquello que era ornato y apariencia  
y redundaba en él, no en su fachada.  
Y aquello que, a su lado, se agraciaba  
pedía más; y en vez de que mermase,  
su gracia, repartida, era más grande.

»Y así, en la punta de su dulce lengua  
dormían y acechaban, a su arbitrio,  
razones, argumentos y respuestas  
de varia condición y todo tipo:  
trocaba el llanto en risa y en plañido  
la risa, con facundia y sin esfuerzo,  
embelesando a todos al momento.

»Reinaba de esta guisa en corazones  
de jóvenes y viejos de ambos sexos,  
dispuestos a plantarse en sus valores  
o acompañarlo en nuevos argumentos,  
ansiosos de cumplir con sus deseos.  
Pues para barruntar lo que deseaban,  
usaban sus razones y palabras.

»Más de uno se agenciaba su retrato  
por dar servicio al ojo y a la mente,  
igual que algunos necios van soñando  
que son los propietarios de los bienes  
de tierras y mansiones de otra gente,  
y sudan más por darles un provecho  
que el buen señor gotoso que es su dueño.

»¡Son tantas las que, sin rozarlo nunca,  
soñaron que eran dueñas de su afecto!  
Y yo, que estaba libre de ataduras  
y a cargo de mí misma por completo,  
al ver su juventud y su talento,  
dejé que me envolviera su atracción  
y, salvo el tallo, le entregué mi flor.

»Mas no hice como algunas de las otras  
que, sin que él las deseara, se entregaron;  
en cambio, compelida a actuar con honra,  
logré poner la honra a buen recaudo  
detrás de las murallas que iba alzando  
con la experiencia de las malheridas  
por esta falsa joya y sus conquistas.

»Mas, ay, ¿qué joven puede delegar  
en otras el albur de su destino?  
¿Qué ejemplos desdichados le ahorrarán  
los trances que las otras han sufrido?  
Lo inquieto no se frena aconsejando  
pues, cuando ansiamos algo, los consejos  
parecen desbravarnos el deseo.

»Ni da satisfacción a nuestra sangre  
que el avatar ajeno la modere  
y quede sin probar dulces manjares  
por miedo a lo que el daño nos advierte.  
¡No hay juicio, oh apetito, que te frene!  
Quien tenga paladar, querrá catar  
el fruto aunque le digan: “¡No habrá más!”.

»Bien pude haberme dicho: “este hombre es falso”.  
Sabía cómo usaba su perfidia,  
las flores que regaba en otros prados  
y el fraude que ocultaba su sonrisa;  
y sé que el voto augura la mancilla,  
pues sus palabras eran artificios  
bastardos de su corazón lascivo.

»Por tiempo defendí mi ciudadela  
y él redobló el asedio: “Dulce moza,  
sé compasiva con mi joven pena  
y mis sagrados votos no desoigas:  
jamás juré lo que te juro a otra;  
pues si a un festín de amores me llamaron,  
yo nunca me tenté ni he cortejado.

»”En todos los agravios que me imputan  
actuó la sangre y nunca la conciencia;  
en ellos no hubo amor, son faltas mutuas  
en las que las dos partes se malean:  
quien busca al fin encuentra la vergüenza,  
y cuanta más vergüenza me reprochan,  
es menos la vergüenza que me toca.

»”Si muchas vi, ninguna cuya llama  
pudiera calentarme el corazón  
o hiciera que mi afecto se inquietara  
o distrajera mi ocio con su ardor.  
Quizá dañé, mas ni una me dañó:  
su corazón, no el mío, fue vasallo,  
y yo reiné como amo soberano.

»”Dolidas, me cubrían de trofeos  
—rubíes rojo sangre, céreas perlas—  
creyendo transmitirme, así, con ellos,  
su anhelo y su aflicción, que representan  
el blanco exangüe, la pasión bermeja,  
reflejos del terror y del recato,  
tan íntimos y, al tiempo, tan osados.

»”Y mira los cabellos engastados  
en tiernos relicarios de metal  
que tantas me mandaron, suplicando,  
llorosas, que tuviera a bien guardar,  
cada uno con sus gemas y, además,  
con lúcidos sonetos que acrecientan  
la talla y el valor de cada piedra.

»"Loaban al diamante duro y bello,  
dotado de indivisas propiedades;  
a la esmeralda, cuyo verde fresco  
repara las penumbras oculares;  
al ópalo, al zafiro azur, capaces  
de reflejarlo todo; y cada gema  
gemía o sonreía en consecuencia.

»"Y todos los trofeos que aquí ves,  
muestrario de deseos sofocados  
y ardientes, no los puedo retener;  
allí donde me entregue habré de darlos,  
o sea, a ti, mi fin y mi preámbulo.  
Mi ofrenda son, mi dádiva forzosa,  
pues soy tu altar y tú eres mi patrona.

»"Extiende, pues, tu mano indescriptible,  
tan blanca que decanta los platillos  
de la alabanza, y llévate estos dijes  
que han santiguado férvidos suspiros;  
lo que se rinde a mí, tu fiel ministro,  
actúa en tu favor y cada ofrenda,  
sumándose, vendrá a aumentar tu hacienda.

»"¿Ves este emblema? Me lo dio una monja  
o hermana de sagradas devociones  
que renunció en la corte a ser esposa.  
Ansiada por los ricos y los nobles,  
turbaba a los pimpollos con sus dotes  
mas, conteniéndose, distante y fría,  
optó al amor eterno de por vida.

»"Mas, cielo mío, ¿cuánto esfuerzo entraña  
abandonar lo que uno no posee,  
vallar la tierra que no ha sido hollada,  
jugar a usar grilletes que no empecen?  
Aquella que su fama así retiene  
y vuela del combate y sus secuelas  
demuestra más caución que fortaleza.



»"Disculpa mi jactancia, pero es cierto que el lance que me puso ante sus ojos mermó su resistencia en un momento. Deseosa de volar del claustro, pronto cambió la fe por el amor devoto. Y si, por no tentarse, se amuró, se quiso libre al ver la tentación.

»"Mas tú, ¡qué grande es el poder que tienes! Los tiernos corazones que he quebrado vaciaron en mi pozo sus torrentes y yo lo vierto todo en tu mar vasto. Con ellas fui tenaz; contigo, manso. Quizá entre todos, ya que tú has vencido, podamos reanimar tu pecho frío.

»"Con mis encantos conquisté a una sor que, pese a su rigor y a su obediencia, sitiada por sus ojos, entregó la plaza con sus votos y promesas. ¡Amor total! No hay sitio, lazo o prenda que te retenga, obligue o haga un nudo, pues tú eres todo y todo es siempre tuyo.

»"¿Qué pueden en tu contra los más rancios y sólidos preceptos? ¡Qué a desgana se oponen, cuando abrasas, los reparos de ley, respeto, honor, riqueza o fama! Amor, con paz, pudor y juicio aplastas y endulzas, cuando empiezan los dolores, el amargor de embates, miedos, golpes.

»"Los muchos corazones que poseo, al ver romperse el mío, languidecen y ruegan, desangrándose en lamentos, que ya no lo combatas y dispenses audiencia a mis designios y mis preces y crédito al solemne compromiso que de alma y de palabra garantizo".

»Así me habló y sus ojos apartaron  
la vista humedecida de mi cara;  
dos ríos caudalosos y salados  
surcaron sus mejillas delicadas.  
¡Qué gracia daba el cauce a aquellas aguas!  
Dos rosas atrapadas por la ría  
ardían bajo el agua cristalina.

»¡Oh padre, cuánta magia del demonio  
oculta cada lágrima en su esfera!  
Pues ante el aguacero de unos ojos,  
¿qué corazón de piedra no se mella?  
¿Qué pecho frío allí no se calienta?  
¡Oh dupla que enardece la humildad  
y extingue la ira ardiente por igual!

»Al fin, con su pasión, o con su maña,  
logró que ahogara en llanto mi razón,  
y me arranqué la estola casta y blanca,  
los miedos, los reparos y el pudor,  
mostrándome como él se me mostró,  
deshecha, mas en llantos muy distintos:  
él me infectó y el mío le hizo alivio.

»En él, un mundo de sutil materia  
adquiere astutamente cualquier forma,  
rubor en llamas, aguas plañideras  
o exangüe palidez, y las adopta  
según convenga: si hay penar, solloza,  
se ruboriza si el lenguaje es basto  
o cuando hay drama va y se pone blanco.

»No había corazón que se salvase  
estando a tiro de su experta mira,  
pues la belleza es dócil y es amable;  
por eso, conquistaba a quien hería.  
Negaba lo que ansiaba con codicia  
y cuanto más ardía de lujuria,  
más fría era su prédica y más pura.

»Cubría tras el velo de una gracia  
la desnudez furtiva del perverso  
y, como un querubín, revoloteaba  
a las ingenuas hasta estar adentro.  
¿Qué joven acababa resistiendo?  
También yo sucumbí, ay, mas no sé  
qué haría si volviera a suceder.

»Oh líquida ponzoña de sus ojos,  
oh falso resplandor de sus mejillas,  
oh trueno de su corazón tramposo,  
oh triste aliento que su pecho urdía,  
sus prácticas, ajenas y fingidas,  
van a seguir burlando a las burladas  
y pervirtiendo a la que se repara».





# EL FÉNIX Y EL TÓRTOLO

## THE PHOENIX AND TURTLE

*versión de  
Andreu Jaume*

Compuesto en tetrámetros trocaicos, se publicó por primera vez en 1601 como apéndice al poema alegórico de Robert Chester titulado *Love's Martyr*, junto a otras variaciones en torno a la idea del fénix y el tórtolo firmadas por John Marston, George Chapman y Ben Jonson. La aportación de Shakespeare no tenía ahí título y solo empezó a denominarse así a partir de 1807.



*Let the bird of loudest lay  
On the sole Arabian tree  
Herald sad and trumpet be,  
To whose sound chaste wings obey.*

*But thou shrieking harbinger,  
Foul precurrer of the fiend,  
Augur of the fever's end —  
To this troupe come thou not near.*

*From this session interdict  
Every fowl of tyrant wing  
Save the eagle, feathered king.  
Keep the obsequy so strict.*

*Let the priest in surplice white  
That defunctive music can,  
Be the death-divining swan,  
Lest the requiem lack his right.*

*And thou treble-dated crow,  
That thy sable gender mak'st  
With the breath thou giv'st and tak'st,  
'Mongst our mourners shalt thou go.*

*Here the anthem doth commence:  
Love and constancy is dead,  
Phoenix and the turtle fled  
In a mutual flame from hence.*

*So they loved as love in twain  
Had the essence but in one,  
Two distincts, division none.  
Number there in love was slain.*

*Hearts remote yet not asunder,  
Distance and no space was seen  
'Twixt this turtle and his queen.  
But in them it were a wonder.*

*So between them love did shine  
That the turtle saw his right  
Flaming in the Phoenix' sight.  
Either was the other's mine.*

*Property was thus appalled  
That the self was not the same.  
Single nature's double name  
Neither two nor one was called.*

*Reason, in itself confounded,  
Saw division grow together  
To themselves, yet either neither,  
Simple were so well compounded*

*That it cried 'How true a twain  
Seemeth this concordant one!  
Love hath reason, reason none,  
If what parts can so remain.'*

*Whereupon it made this threne  
To the phoenix and the dove,  
Co-supremes and stars of love,  
As chorus to their tragic scene.*

### THRENOS

*Beauty, truth, and rarity,  
Grace in all simplicity,  
Here enclosed in cinders lie.*

*Death is now the phoenix' nest,  
And the turtle's loyal breast  
To eternity doth rest.*

*Leaving no posterity  
'Twas not their infirmity,  
It was married chastity.*

*Truth may seem but cannot be,  
Beauty brag, but 'tis not she.  
Truth and beauty buried be.*

*To this urn let those repair  
That are either true or fair.  
For these dead birds sigh a prayer.*



Que el ave de cantar más alto,  
allá en el solo árbol árabe  
clarín sea y heraldo grave:  
a cuyo son plieguen alas los castos.

Pero tú, emisario estridente,  
nuncio perverso del maligno,  
del ardor muerto adivino,  
a esta banda no te acerques.

De esta sesión queda interdicha  
toda ave de tirana ala  
salvo ese rey de pluma el águila,  
pues las exequias son estrictas.

Ya el sacerdote con su alba,  
que música mortuoria puede,  
sea el cisne adivino de la muerte,  
así el réquiem derecho gana.

Y tú cuervo de triple edad  
que creas tu progenie en sable,  
con el hálito que entra y sale,  
allá con los dolientes vas.

Aquí la antífona comienza,  
amor con su constancia ha muerto,  
fénix y tórtolo se fueron  
en mutua llama de la tierra.

Se amaron como se aman dos,  
teniendo esencia solo una,  
distintos, división ninguna,  
la cifra enamorada allí murió.

Almas lejanas, pero unidas;  
distancia sin espacio vieran  
entre este tórtolo y su reina;  
en otros fuera maravilla.



Tan fuerte era de amor el brillo,  
que el tórtolo sintió el derecho,  
en la mirada de fénix ardiendo,  
el uno era para el otro el mío.

La propiedad así temblaba,  
lo suyo no era ya lo mismo,  
sola natura con nombres distintos,  
ni dos ni uno se llamaba.

Razón en sí misma aturdida,  
vio en división el mismo tronco,  
para ellos ni uno ni otro,  
simpleza tan bien concebida

Que ella gritó, «qué puro par  
hay en lo que la concordia aún,  
amor tiene razón, razón ninguna,  
si lo que parte así puede quedar».

De lo cual hizo este treno,  
al fénix y el palomo,  
cosupremos y astros amorosos,  
como coro en su trágico suceso.

## TRENO

Belleza, verdad y rareza,  
gracia en pura simpleza,  
aquí recluidos, en cenizas duerman.

Muerte es ahora de fénix el nido  
Y del tórtolo el pecho amigo  
hacia la eternidad se ha ido.

Quedaron sin posteridad,  
pero no por enfermedad,  
fue desposada castidad.

Verdad parece aunque no sea,  
belleza luce, pero no es ella,  
sepultas sean verdad y belleza.

A esta urna acudan aquellos  
que son puros o bellos,  
oren por estos dos pájaros muertos.





WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

# Notas

# Introducción

[1] La más reciente biografía de Marlowe es: Park Honan, *Christopher Marlowe. Poet & Spy*, Oxford, Oxford University Press, 2005. <<

[2] Véase James Shapiro, *Contested Will. Who Wrote Shakespeare?*, Londres, Faber & Faber, 2010. <<

[3] Acerca de la leyenda de que Shakespeare nunca emborronaba sus manuscritos y no tachaba ningún verso, Ben Jonson, en *Discoveries*, un libro de citas y reflexiones, escribió: «¡Ojalá hubiera tachado cientos!». <<



[4] Al parecer, el hecho de que no se hiciera mención a sus libros y manuscritos se explica por la costumbre isabelina de acompañar los testamentos de un inventario que, en el caso de Shakespeare, se ha perdido. <<

[5] John Aubrey (1626-1697) fue un anticuario inglés que se dedicó a escribir apuntes biográficos de personajes relevantes de la historia inglesa en su monumental *Brief Lives*, publicado por primera vez en 1813. Hay una selección en castellano: John Aubrey, *Vidas breves*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. <<

[6] Hay noticia de una obra perdida de Shakespeare, *Cardenio*, que se cree fue escrita a medias por John Fletcher y Shakespeare y que los King's Men estrenaron en 1613. La obra desarrollaba la historia de un personaje de la primera parte de *Don Quijote*, que había sido traducida al inglés por Thomas Shelton en 1612. En 1727, Lewis Theobald publicó una obra titulada *Double Falsehood* que decía estaba basada en tres manuscritos, entre ellos el perdido *Cardenio*. La historia parece que últimamente ha merecido crédito por parte de los especialistas, pues la prestigiosa colección Arden de las obras de Shakespeare la ha incluido en su canon y la Royal Shakespeare Company la interpretó en 2011. <<

[7] Samuel Pepys, *Diarios*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 101. Traducción de Norah Lacoste. <<

[8] Véase *La violación de Lucrecia* de este volumen. <<

[9] Véase *La violación de Lucrecia* de este volumen. <<

[10] Véase soneto LXV de este volumen. <<

[11] Véase soneto CXXIX de este volumen. <<



[12] La mejor edición monográfica que se ha hecho del poema es William Shakespeare, *El tórtolo y fénix*, Nicole d'Amonville ed., Barcelona, Herder, 1997. El libro incluye estudios de Jonathan Boulting, Robert Marteau y Jacques Daw, así como diversas traducciones al castellano, al francés y al catalán de Nicole d'Amonville, Annie Bats, Pedro Galmés, Pere Gimferrer, Robert Marteau, Magí Morera i Galícia, Arnau Pons y Edison Simons. <<